

Subsec. 2a
Dike. 1a

a. 17-1a

2767

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA

LIBRO XXVII



HISTORIA POLÍTICA

DE LOS

PAPAS

HISTORIA POLITICA

LOS PAPA

LA CATEDRA

DE LA

HISTORIA POLÍTICA
DE
LOS PAPAS,

por

P. LANFREY

TRADUCIDA

POR M. SALES Y FERRÉ.



SEVILLA
Administracion
de la Biblioteca Científico-Literaria
LERENA, 8

MADRID
Libreria de Victoriano
Suarez.
JACOMETREZO, 72

Imp. de R. Baldaraque

HISTORIA POLÍTICA

DE

LOS PAPAS.

CAPITULO I.

Origen del Papado y primera forma de su poder temporal.

El cristianismo naciente fué una república espiritual, sin jefe supremo, brazo secular ni poder temporal. Tal fué quizás, de todos sus principios constitutivos, el que más poderosamente contribuyó á esa rápida fortuna que por tanto tiempo se ha creído que no podia explicarse sino por el milagro. Ofreció á una sociedad víctima de la fuerza material la imagen de una autoridad puramente moral; declaróse independiente de todo sistema político, ó por mejor decir, extraño á todo poder, á toda ambicion terrestre, en una época en que las naciones se ahogaban en el círculo inflexible de la organizacion romana, y por solo este contraste tenia de antemano ganada su

causa. Interpretado de este modo, su éxito puede prescindir de la hipótesis de los milagros; confirma las grandes leyes de la historia en vez de contradecirlas, y honra mil veces más á la naturaleza humana que esos golpes de Estado que la credulidad presta á la Providencia, sin advertir que ofende su sabiduría queriendo glorificar su poder. No debemos reparar en destruir la leyenda, cuando la leyenda rebaja á la humanidad.

Cuando con el cristianismo primitivo apareció el dogma de la libertad espiritual, Roma no solamente habia despojado á los pueblos de cuanto constituia sus tradiciones y su nacionalidad, sino que les habia arrebatado hasta sus dioses, llevados cautivos á sus templos, dándoles en cambio sus Césares que adorar. Sabido es que, por una singular y significativa analogía, los romanos deducian de su religion el principio de conquista contenido en su política, y confiscaban á la vez los dioses y los reinos. Cuando el mundo hubo sido conquistado y los dioses vencidos, Roma se hizo divinizar á sí misma en la persona de sus amos, y el culto grosero de los emperadores sucedió á aquella era de decadencia, en que el politeísmo envejecido habia renegado de su propio simbolismo por la llana y trivial interpretacion de Evhemero. No siendo ya los dioses para los sábios más que reyes divinizados despues de su muerte, bien podia un emperador romano ser divinizado en vida. De esta suerte, como si no bastase que los pueblos fuesen esclavos, les fué preciso adorar su propia servidumbre.

En vano, para interesarlos en su conservacion y engañar hasta la conspiracion de sus recuerdos, se

extendió gradualmente el derecho de ciudad casi tan lejos como la misma conquista; porque no podían reconocer su patria en la formidable centralización que les había atraído para devorarlos, ni sus dioses en los vanos simulacros encadenados al Panteón. El resultado de estas medidas fué debilitar la única personalidad enérgica que aún quedaba al Imperio, la de la misma Roma; por manera que tan solo una organización meramente mecánica, y obligada por su extensión indefinida á concentrarse más y más, sobrevivía al alma ausente. Por esta ley de su desarrollo, aquel poder monstruoso llegó á confiscar hasta el cielo mismo, último refugio de los vencidos.

Así se explica la universal atracción que ejerció la doctrina que devolvía á los oprimidos una patria y un dios colocados por cima de los ataques de la brutalidad, y que por boca de San Pablo proclamaba la igualdad entre vencedores y vencidos, señores y esclavos, hombres y mujeres, judíos y gentiles. La pureza de los otros preceptos de la fé cristiana, no pudo por menos de brillar con luz incomparable en medio de aquella corrupción en que había caído la sociedad antigua; pero ninguno ejerció influencia tan decisiva como esta reivindicación inesperada de los derechos de la personalidad desconocida. El cristianismo fué ante todo un grito de libertad, una fórmula de emancipación, un inmenso esfuerzo del espíritu humano para escapar al reinado de la fuerza, y tuvo por cómplices á todos los pueblos oprimidos.

Si á este carácter predominante añadimos el de su universalidad, por la cual se distingue claramente, las del judaísmo, del que tomó tantos elementos que por

mucho tiempo fué considerado como una secta judía, como de las otras religiones de la antigüedad, eminentemente exclusivas, nacionales, hechas á imágen y para uso de un solo pueblo; si comparamos la simplicidad de sus dogmas y ceremonias, la libertad de su ortodoxia, que dieron á pensar primero si seria una filosofía y no un culto, como sus enemigos le reprocharon por mucho tiempo, tendremos en el cristianismo, tal como se manifiesta en su forma primitiva y espontánea, la antítesis más completa que pueda imaginarse de la legalidad romana; y esta oposicion fué la que le hizo dueño del mundo.

Semejante oposicion era tanto más absoluta, cuanto que nada tenia de agresiva ni de hostil. Con su sumision tan resignada á los poderes terrestres, el cristianismo primitivo puso más de relieve el abismo que le separaba de ellos; y así vivian en dos esferas tan extrañas la una á la otra, que no podia suponerse que hubiese punto de contacto entre ellas. Pero si tan fácilmente les abandonó el cuerpo, fué á condicion de guardarse entera el alma. En esta separacion estribó su principal fuerza, y por su esencia puramente espiritual salvóse de los ataques de sus poderosos enemigos.

Por su misma naturaleza excluyó, pues, la Iglesia cristiana de los dos primeros siglos toda idea de autoridad política. En aquella edad de inspiracion, espontaneidad y desinterés, no tenia aún gobierno, templos ni ritos, y apenas se distinguian en ella los primeros elementos de su gerarquía. Minutius Félix, en su *Apologta*, considera esto como su título de gloria: «El templo del verdadero Dios, dice, es el universo;

su imagen, el hombre; el sacrificio que le agrada, las buenas obras.»—¿No se creería oír á uno de esos deístas que diez y siete siglos más tarde habian de protestar á su vez contra una institucion que habia venido á ser tan distinta de si misma, que todas las obras escritas en su defensa podian retorcerse contra ella como otras tantas condenaciones?

Faltábale tambien á la Iglesia la nocion de una autoridad espiritual personificada en un solo hombre, esto es, el Papado, del cual no hallamos la menor huella en los primeros apologistas. Se encuentra sí el nombre de papa, pero aplicado indistintamente á todos los obispos. Despues de la muerte de los Apóstoles, la autoridad espiritual perteneció á los obispos elegidos por la asamblea de los fieles, á los sacerdotes, á los diáconos, á los intérpretes de las Escrituras, que habian podido conocer á los primeros pastores y conservar sus tradiciones; y los vínculos entre las varias iglesias, se mantenian por disposiciones votadas y redactadas en comun en forma de cartas, que tratan las más veces de cuestiones de moral.

Mas tarde, cuando el poder episcopal comienza á desprenderse de las formas democráticas de los primeros dias, estas relaciones se multiplican y regularizan. Los asuntos que interesan á toda la Iglesia se tratan en asambleas de obispos, que preside por lo comun el que ha provocado la reunion. Lejos de atribuirse los obispos de Roma preeminencias sobre sus colegas, ni lo pretenden siquiera, y la mejor prueba de que no poseen en esta organizacion primera las prerogativas que más tarde tuvieron, es que todas estas prerogativas las ejercen los concilios, que ad minis

tran, regulan y gobiernan hasta las menores competencias. La intervencion de los papas pasó tan desapercibida en la cristiandad naciente, que no se sabe si Cleto y Anacleto fueron una persona ó dos, ni si reinó ó reinaron antes ó despues de San Clemente. En cuanto á este, lejos de arrogarse en las actas que nos quedan de él autoridad sobre las otras iglesias, nunca habla en su nombre, limitándose á expresar los votos y sentimientos de sus diocesanos.

¡Cuánto distan estos principios tan humildes y tan grandes de aquella república cristiana, en que el más influyente era el más santo, y en que la unidad resultaba no de la coaccion sino del consentimiento de los corazones, del espectáculo que ofrece algunos siglos más tarde! ¡Quién la reconocería en esa monarquía absoluta, en que el clérigo forma una clase privilegiada, separada de los fieles; en que la eleccion se reduce á un nombramiento hecho por el superior en favor de un poder único é irresponsable; en que el obispo de Roma, heredero de la autoridad de los concilios, aspirando á la de los césares, soberano árbitro de las naciones, pretende á la vez gobernar las conciencias y distribuir los reinos, reinar sobre el alma y sobre el cuerpo, del mismo modo que aquel imperio romano contra el cual habia venido el cristianismo á protestar! Sin duda el camino recorrido entre estos extremos no es otro que el círculo en que se mueven de ordinario las instituciones políticas, pero parece que las sociedades religiosas, que pretenden poseer un ideal absoluto, deberian escapar á esta inestabilidad.

De esta suerte vemos cómo el papado, que críticas

poco ilustradas han presentado como institucion nacida con el cristianismo y formada de piés á cabeza, fué por el contrario una creacion lenta y sucesiva. Tambien vemos qué especie de evolucion representa en la idea cristiana. Desarrollose en su seno, casi de la misma manera que el gérmen del poder absoluto nace y crece en el seno de las democracias. Primero apareció la autoridad espiritual; luego, la disciplina, la gestion de los intereses comunes, el gobierno; á continuacion, las pretensiones temporales; por último, el sueño de la monarquía universal.

Los concilios fueron los primeros en aprovecharse de esta tendencia, y la favorecieron en ódio á las divisiones que empezaban á turbar á la Iglesia. Pero en estos siglos de entusiasmo y de sinceridad, los fieles habrian rechazado como una impiedad el medio que se eligió más tarde para cortar las dificultades en vez de resolverlas. Atribuir la infalibilidad á los concilios, les hubiese parecido un acto de idolatría, y con más razon habrian retrocedido ante la idea de poner semejante arma en manos de un solo hombre. Tampoco vemos mencionada la autoridad pontifical en las *Apologias* de Justino, de Minutius Félix, de San Ireneo, de Clemente de Alejandria, obras en que se tratan con gran copia de detalles todas las cuestiones que interesan á la Iglesia. La palabra iglesia romana, que de vez en cuando se encuentra en ellas, se usa siempre en la acepcion de diócesis de Roma. Las aspiraciones del obispo de Roma á un título honorífico, más bien que á la primacia efectiva, aparecen por primera vez en los últimos libros de Tertuliano, pero únicamente las menciona para combatirlas. En vano

se buscaría igualmente con que justificarlas en los numerosos escritos de Orígenes. Mas en San Cipriano se advierte ya que la prerogativa papal ha ganado terreno, gracias á las divisiones que habian estallado en la disciplina y la unidad. San Cipriano se dirige al obispo de Roma como al jefe «de la Iglesia principal, fuente de la unidad sacerdotal,» pero le llama su «colega,» y cuando el papa Esteban falló en última apelacion entre él y su competidor á la silla de Cartago, no dejó de rechazar á su vez las pretensiones del obispo de los obispos. «Estoy indignado, le escribia con este motivo San Firmiliano, de la arrogancia del obispo de Roma, que pretende haber heredado su obispado del apóstol Pedro.»

A pesar de esta oposicion de los caracteres mas puros é independientes con que se honraba la iglesia cristiana, el movimiento que tendia á concentrar la autoridad en manos de un solo hombre, era secundado por tantas causas que tarde ó temprano habia de prevalecer. Y una vez decidida esta concentracion por la extension de las conquistas del cristianismo y la necesidad de gobernarlas, por la urgencia de poner remedio á los cismas sin cesar renacientes, por la persecucion, por la inveterada costumbre de dar á la ley una personificacion visible y viva, por el cansancio que producen las dictaduras, habia una razon poderosa para que este cambio se verificase en favor de los obispos de Roma, cual era, la incomparable situacion de su diócesis.

Las miradas del mundo estaban todavia fijas en Roma, y hecha Roma cristiana, natural era que se fuese á buscar en ella la regla de las conciencias,

como en ella se habia encontrado hasta entónces la regla de los intereses. El pensamiento de calcar el imperio espiritual sobre el de los Césares, debia ocurrirse naturalmente á espíritus aún mal emancipados de su larga servidumbre, y halagaba igualmente á los políticos, como fácil medio de utilizar una organizacion secular, y de impresionar vivamente las imaginaciones tomando un reflejo de la grandeza romana. La iglesia tuvo, pues, su capital y su cesar como el imperio, y las provincias imperiales sirvieron de modelo para el establecimiento de las provincias eclesiásticas.

Por su parte, los emperadores no podian menos de admirarse de la prodigiosa prosperidad de la institucion que habian querido destruir, y más aún de la facilidad con que la adaptaron al cuadro de su propio gobierno. Ambas instituciones estaban en efecto como superpuestas, y de imitacion en imitacion habian llegado á poseer casi el mismo mecanismo. No habiendo podido destruirse la una á la otra despues de luchas interminables, poseyendo en adelante muchos puntos de contacto é intereses comunes, era imposible que en un momento dado no se les ocurriese á sus jefes aliarse para prestarse mútuo apoyo. Tal sucedió bajo Constantino.

Sellóse, pues, el pacto, pero con la reserva, en cada uno de los contratantes, de explotarlo exclusivamente en su provecho; porque el imperio y la iglesia, á pesar de la semejanza artificial de sus formas, eran dos fuerzas tan contrarias en espíritu, origen y tendencias, que no podian formar alianza sólida y duradera. Habia en el cristianismo y fuera de su gerar-

quía muchos elementos de independencia y de moralidad, para que pudiese vivir mucho tiempo en armonía con aquel poder brutal, hijo de la decadencia del politeísmo.

Así nació la Roma espiritual, y la democracia cristiana quedó trasformada en una monarquía, que debía aspirar en adelante á hacerse absoluta. Mas no por esto hay razon para asimilar el poder de los papas sobre la iglesia al de los césares sobre el imperio; pero el camino estaba trazado y encontrado el modelo. Entónces aparece la primera forma del poder temporal, haciéndose la iglesia propietaria y ocupando las magistraturas. La donacion de Constantino es una fábula que solamente un sofista se atreveria á defender hoy; sin embargo, no contiene otro error que el de suponer nacida en un dia una obra esencialmente sucesiva, colocar todo el desarrollo en lo que no era más que el gérmen.

Las consecuencias de este consorcio místico de la iglesia con el imperio romano, no tardaron en dejarse sentir, desarrollándose con tal evidencia que nunca se dió enseñanza más elocuente. Todos los signos de caducidad que se manifestaban en el imperio, pasan á la iglesia, hasta el movimiento de dislocacion que habia producido el reparto del dominio imperial. El Oriente comienza á separarse del Occidente, bajo el punto de vista religioso como del político; la iglesia persigue en nombre de la unidad, como habia hecho el imperio; rehusa á sus enemigos la tolerancia que por tanto tiempo habia invocado para sí; cierra sus templos y se enriquece con sus despojos; repite contra las sectas disidentes la implacable guerra que Ro-

ma habia hecho á las nacionalidades; las disputas teológicas, hasta entónces inofensivas, ensangrientan las ciudades; y á semejanza del imperio, la iglesia tiene sus pretorianos que ponen la tiara á subasta, elevan papa contra papa, obispo contra obispo, concilio contra concilio. Todavía más. Era preciso pagar á los emperadores el precio de su proteccion, y se ve á un hombre cargado de crímenes como Constantino, cubierto con la sangre de su hermano, de su hijo y de su mujer, recibir el incienso en calidad de *obispo exterior* en las basílicas cristianas, al mismo tiempo que se hacia adorar en calidad de cesar en los últimos templos del politeísmo. Sin haber sido bautizado, depone obispos, falla en última apelacion sus diferencias, convoca y preside concilios, decide cuestiones de dogma segun las inspiraciones de su impaciencia ó de su capricho, y para mayor escándalo, es colocado en el número de los bienaventurados. Sus sucesores conservan y ejercen tódos sus privilegios. En fin, el favor imperial produce en algunos meses lo que las más atroces persecuciones no habian podido producir en el curso de tantos años: un papa renegado y un concilio perjuro.

Al mismo tiempo, las costumbres y los caracteres se envilecian, y á las libres controversias de los primeros Apologistas sucedia una interpretacion sutil y refinada. Las fórmulas y las prácticas religiosas reemplazaban á la fè; la moral era abandonada por el dogma; y los puntos de reunion de los fieles, que primero eran especie de escuelas donde se instruia con la lectura de las Escrituras, y de donde, segun atestiguan Lactancio y Orígenes, estaban severamente pros-

critas las estatuas, las imágenes y el incienso, se transforman en soberbias basílicas, donde se amontonan ceremonias tomadas de los cultos paganos, mezcla de aparato y de misterio hábilmente combinados para impresionar las imaginaciones.

Tales fueron los primeros frutos de la revolución que acababa de verificarse en la iglesia. El valor de esta transformación pudo apreciarse desde luego por sus resultados, que la experiencia de los siglos ha confirmado por completo. Todo lo que ganó la iglesia en unidad y poder político, lo perdió en autoridad moral. La vitalidad que el cristianismo llevaba en su seno y la especie de metamorfosis que sufrió al ser adoptado por la imaginación de los pueblos bárbaros, le salvaron sin duda de la prematura decadencia á que parecía condenado; pero conservó el nuevo elemento que le había legado el paganismo expirante, á saber, la forma de gobierno inspirada por el absolutismo romano, con la denominación pagana de *Pontifex maximus*.

CAPÍTULO II.

Del papel político de los papas en la época de la invasión de los bárbaros.

Por tristes que fueran las consecuencias de la alianza de la iglesia con el imperio bajo el punto de vista de los grandes intereses de la civilización y del desarrollo ulterior del cristianismo, daría pruebas de criterio estrecho el que no reconociese el bien relativo que proporcionó desde luego á los pueblos sometidos á la dominación romana. Esa alianza rompió la antigua y formidable unidad del Estado, introduciendo el saludable principio de la separación de los dos poderes espiritual y temporal, concentrados hasta entonces en una sola mano. Y si se dijese que la iglesia no tuvo en esto otro fin que el de libertarse de las trabas de la autoridad imperial, y que se esforzó en apropiarse las prerrogativas así que pudo intentarlo sin peligro, no por esto, contestaríamos, fué el beneficio menos positivo para la humanidad. Mas esta alianza trajo también la decadencia moral en la iglesia, y á la vez un progreso para el imperio.

Pero, apesar de cuanto el imperio habia hecho por

la iglesia, ésta no podía ménos de mostrarse ingrata para con él. Érale muy superior en luces para no aperebirse de que la consideraba simplemente como instrumento de gobierno, y en sentimiento moral, para no protestar de la complicidad forzada que semejante alianza le imponia; porque participando de los honores, veíase obligada á participar tambien de las ignominias. Por otra parte, léjos de adquirir la iglesia con esta alianza la fuerza y estabilidad que habia esperado, recibia los golpes de los sacudimientos de dia en dia más frecuentes que conmovian el edificio romano. Despues de los edictos por los cuales los emperadores habian confirmado y aumentado los privilegios que poseia desde Constantino; despues de la célebre acta que bajo Teodosio hizo del cristianismo la única religion del Estado, el culto obligado de los ciudadanos; despues de las nuevas conquistas que habian agrandado sus dominios y extendido su soberanía espiritual más allá de los límites del imperio sometiéndole pueblos todavia indomados, le era mucho más penoso ver su prosperidad expuesta á tantos azares. Tampoco podia resignarse á dejar la independendencia de sus pontífices á merced de aquellos césares efímeros, tanto ménos dispuestos á respetar su autoridad, cuanto que veian la suya expuesta siempre á los golpes de fuerza del primer ocupante. Ahora tocaba cuan caros le salian los servicios que habia aceptado de ellos, y los que ya no contaba sino por sus humillaciones. Hacíanle pagar sus beneficios, no solo por la intolerable influencia que ejercian en las cuestiones más extrañas á su competencia, sino por sus pretensiones en materia de dogma y de fé, tan exageradas que ni al mis-

mo papa se le reconocian. Naturalmente, habiendo aceptado desde un principio la intervencion de los emperadores en sus negocios interiores, les habia otorgado el derecho de considerarla como legitima reciprocidad, y habia perdido el de quejarse. De este modo se veia, bajo el reinado mismo del principio de la distincion de los dos poderes, producirse en su forma más perniciosa gran parte de los inconvenientes que trae consigo su confusion.

No atreviéndose á romper sus lazos para recobrar su primera independencia, la iglesia sólo podia esperar su libertad de una revolucion que colocase su poder sobre la autoridad de los emperadores, ó de la definitiva destruccion del imperio; empresa imposible la primera, peligrosa la segunda. En cuanto á la constitucion de un dominio territorial independiente, no habia que pensar en ello en tanto hubiese un César en pié, por ser incompatible con la unidad absoluta que constituia el fondo de las tradiciones imperiales. Sólo por un anacronismo inconcebible se ha podido atribuir semejante aspiracion á los papas de esta época, quienes no concibieron tal pensamiento sino en medio de la disolucion universal que se siguió. Lo que evidentemente aparece en ellos hácia los últimos dias de la decadencia romana, es la creciente impaciencia con que sobrellevan la tutela de los emperadores; impaciencia muy natural en quienes se consideraban, con razon, como depositarios y representantes de una institucion que tenia vida para largos siglos, en presencia de un fantasma coronado al que solo por costumbre se obedecia.

No es ménos de admirar el espíritu político y pre-

visor que anima al sacerdote. En todas las provincias, en todas las ciudades, ocupa las principales magistraturas, desempeña las funciones municipales, abandonadas por los ciudadanos como honor fatal y ruinoso, y hasta se eleva á veces á las mismas prefecturas. Donde quiera que hay un *defensor del pueblo*, la persona que hace respetar este último recuerdo del poder tribunicio es un obispo. Al dar Justiniano la ley confiando á los obispos el derecho de vigilar á todos los funcionarios del imperio, no hizo más que sancionar una prerogativa que hacia tiempo ejercian. Su bienhechora influencia adquirió raíces más profundas aún, cuando penetró en el seno de las familias y en el corazón de las ciudades, obteniendo la inspeccion de las tutelas y curatelas, y el encargo de proteger los intereses de la ciudad y los derechos de los menores. En una palabra, el sacerdote fué tan necesario cuanto los otros magistrados eran inútiles ú odiosos, y por su carácter popular se le confiaron las funciones bienhechoras de la administracion, dejando al imperio las opresivas ó impopulares.

En este momento en que la iglesia, despues de haber utilizado la proteccion del imperio, buscaba libertarse de las obligaciones que habia contraido para con él, es cuando aparecen los bárbaros. Saludólos como á sus libertadores, viendo en ellos soldados armados para su propio triunfo, por más que la mayor parte perteneciese á la comunión ária. El imperio era una fuerza gastada, decrepita, llegada al fin de su evolucion, imposible de transformar; mientras que los bárbaros le traian un elemento jóven, vivo, lleno de expansion, de fecundidad y de porvenir. En Roma

contuvo la expresion de su contento por el temor de enagenarse el corazon de los vencidos insultando su derrota; pero en todas partes resonó un grito de alegria, y regocijóse el universo cristiano el dia en que Roma sucumbió delante de Alarico. Entónces estalló el ódio mal apagado del cristiano contra el viejo templo del politeismo, y el resentimiento de los pueblos oprimidos que habia contribuido al primer éxito del cristianismo en los pueblos conquistados. Mensajeros de la justicia para los unos, de la venganza para los otros, los bárbaros fueron los bienvenidos. «Ha sido conquistada á su vez, dice San Jerónimo, la que conquistó el universo.»

La caída del imperio de Occidente no dejó en pié en Italia, como fuerza organizadora y activa, más que el poder del papado, centro y personificacion de la iglesia. Fué lo único que la invasion respetó, lo único que permaneció entre aquellos frágiles establecimientos de la conquista, que se empujaban los unos á los otros como la ola empuja á la ola. Nada subsistió fuera de él. Tal como era entónces, indefinido, desarmado, sin atribuciones precisas, solo de pié en medio de las ruinas, tenia toda la majestad de un poder moral. Siempre activo, siempre dispuesto al sacrificio, rodeado de un prestigio que impresionaba á los conquistadores, veíanle los pueblos interponerse como mediador entre la victoria y los vencidos. Ante él retrocedió humildemente Atila, con él trataron Alarico y Genserico. Su recompensa fué una gran popularidad, mezcla de temor y de veneracion; y cuando Odoacro, jefe de los hérulos, fundó su reino en Italia, si dejó subsistir una república romana en el centro de sus

provincias, no se detuvo ante un fantasma clásico, sino ante la ciudad sagrada donde residía el representante de la fé cristiana.

Esta repugnancia semi-supersticiosa de un bárbaro hereje á violar el asilo del jefe de la iglesia de Occidente, despertó la primera idea de un dominio temporal independiente, y ofreció al propio tiempo la ocasion de asentar sus primeros cimientos. Lo que la conquista no se atrevia á tomarles, ¿no tenían los papas el derecho de atribuirselo? ¿Debian considerarse como súbditos de la pequeña municipalidad romana, ó del imperio griego que habian contribuido á expulsar de Italia, y que parecia haber renunciado á reconquistarla?

Desde este instante aparece en sus actos el pensamiento de apropiarse esta dominacion. Apercibiéronse del medio de librarse de la tutela de los poderes políticos, y ya no lo abandonaron en adelante. Desde esta hora su conducta no tiene otro fin que el de impedir á todo trance que ningun reino poderoso se establezca en Italia, hasta el de estorbar que Italia se eleve á nacion, porque semejante trasformacion seria incompatible con su soberanía. Esta primera inspiracion, que nos da sentido á la política que no han dejado de seguir hasta nuestros dias, tuvo incalculable influencia en los destinos de Italia.

Al reino de los hérulos sucede el de los godos, y los papas lo favorecen mientras no les hace sombra; pero apenas se robustece, lo combaten, excitando contra él el sentimiento nacional y la especie de república federativa que gobernaban en calidad de tribunos. Y como estas fuerzas no bastasen, llaman en su ayuda

á aquellos mismos emperadores de Oriente cuya expulsión habían favorecido, sin preocuparse de la guerra que habrán de sostener contra ellos al día siguiente de la victoria, y prefiriendo estos dueños débiles y apartados á una dominación doblemente amenazadora por su fuerza y proximidad. Cuando lleguen los lombardos, los combatirán por medios análogos, y el día en que se sentirán impotentes, irán á buscarles enemigos allende los Alpes. Del seno de la ciudad libre que sirve de cuna á su poder naciente, desencadenarán frecuentes tempestades, porque es preciso, para que ellos puedan crecer, que todo disminuya y se debilite á su alrededor.

De esta manera destruyen unas por otras todas las dominaciones que pueden ponerles obstáculo, desplegando en esta obra paciencia y habilidad ejemplares. Aquí aparece ya la enfermedad que durante tantos siglos ha de padecer Italia. Aquellas dominaciones sucesivas que se presentan en la península italiana, y que en modo alguno consintieron los papas dejarle adoptar, no le traían ya la servidumbre, sino la nacionalidad. No fueron de otro género las dominaciones por las que se constituyeron en toda Europa las naciones modernas. Odoacro, Teodorico el Grande, el mismo Luitprando, se muestran afectos á la civilización italiana, solo piden darle una espada, servirla para rejuvenecerla; pero el papado no quiere que se levante ningún poder en torno de él, y preciso es que perezcan. Aquellas fusiones de razas que en Francia, España, Inglaterra, forman nuevos pueblos más vigorosos por la misma mezcla, y preparan de este modo la unidad que asegurará su independencia, los papas

las impiden en Italia, sustituyéndoles un exterminio sin trégua, una movilidad constante. No bien aparece un principio de unidad, un centro, un punto de reunion, un poder nacional, un elemento de estabilidad, que prometen defender á Italia, darle individualidad, la libre posesion de sí misma, llaman al extranjero para destruirlos.

Aunque no es más que un proyecto, su poder político lleva ya, gracias á las tendencias que lo preparan, todos los frutos que ha de producir más tarde. Condena á Italia á no tener nacionalidad, y por consecuencia inevitable, á no conocer independendencia. Se dice que los papas le trajeron en cambio la monarquía espiritual que poseian sobre el mundo; ilusoria compensacion, puesto que empezaron á perder su autoridad moral el dia en que adquirieron la soberanía política; inútil sacrificio, puesto que la iglesia habia podido vivir sin poder temporal durante los siglos más difíciles y gloriosos de su existencia.

CAPÍTULO III.

Donacion de Pipino y pacto de Carlomagno.

En el origen de la mayor parte de los poderes se encuentra una usurpacion, y sin embargo, cuando se ven atacados, acuden todos á la legitimidad de su origen. Presentan con ostentacion sus títulos falsificados, pero nunca se les ocurre responder: juzgadme por mis obras. No invocan para justificarse su duracion, puesto que en cierto modo la suprimen subiendo á la fuente de donde emanan; tampoco sus beneficios, de los que no parece que guardan memoria; sino la posesion regular, legal, fundada en la apariencia de un derecho. Paréceles que se salvan de todas las reivindicaciones de la justicia, si pueden mostrar por un instante su mano extendida sobre su cuna.

Semejantes preocupaciones se conciben en los poderes fundados sobre la ficcion de la herencia, respecto de los cuales la pureza del derecho reside únicamente en la de la trasmision, no poseyendo el último descendiente de una raza real otros títulos que los que tuvo su fundador; mas en un poder que, como el papado, estuvo fundado por tanto tiempo en el

asentimiento del pueblo, y cuya naturaleza excluye hasta la idea de la solidaridad hereditaria, semejante defensa es un falso cálculo, que solo se explica por las dificultades de una situación desesperada.

La historia no puede, sin gran injusticia, reducir este debate á una cuestión de legalidad; cúmplele hacer valer los títulos que se olvidan, pero reducir también á su verdadero valor los que se desnaturalizan. La larga existencia del papado sería un enigma y hasta una vergüenza para el género humano, si no tuviese títulos más serios, más meritorios y dignos de confianza, que las donaciones falsas ó sospechosas que invocan todavía hoy apologistas desacertados. Ante todo debe juzgársele por el conjunto de sus actos, por su papel en la civilización, por su influencia en Europa y especialmente en Italia, y no por las invenciones asaz mezquinas de los continuadores de las falsas Decretales. Sin embargo, por la misma importancia que ha dado á la legitimidad originaria de su soberanía temporal siempre que la ha visto amenazada ó comprometida, no podemos menos de someterla á una crítica respetuosa. En esta cuestión se oculta, por otra parte, al lado del principio de su poder político, la fuente mucho más importante, y en general poco notada, de sus pretensiones al imperio.

Hemos visto de qué manera la idea de una soberanía temporal independiente debió nacer en los pontífices romanos, como el medio más expedito de proteger su autoridad moral en medio de las turbulencias y el caos de las invasiones, y como un hecho reconocido por la imaginación popular aun ántes de, exis-

tir. Inclinándose de antemano delante de este poder, todavía ideal, los pueblos se lo designaban y les impulsaban á fundarlo. Dos obstáculos se oponían, sin embargo, á la inmediata realizacion de este proyecto: por una parte, la soberanía del imperio griego restaurada en Roma y en las provincias del Exarcado, soberanía casi nula de hecho, pero intacta de derecho; por otra, los perseverantes esfuerzos de los reyes bárbaros para hacer de Italia una nacion fuerte y homogénea, concentrada bajo una sola mano. Los papas adoptaron la táctica de combatir á los griegos por los bárbaros y á los bárbaros por los griegos. Tenían su punto de apoyo en la misma Italia, cuya poblacion indígena les suministraba una fuerza en cierto modo personal, que supieron aprovechar con rara habilidad.

Este aliado era el antiguo sentimiento nacional y republicano, exaltado más bien que debilitado por las humillaciones, y al que se juntaba un vago, pero persistente lamento de las tradiciones imperiales y de la grandeza perdida. Los romanos eran ya ese pueblo indisciplinado é incomprensible, extraño consorcio de la antigua ambicion con la nueva impotencia, y que siempre fiel y nunca sometido, positivo y fantástico á la vez, durante toda la Edad Media sirvió á los pontífices y les hizo la guerra, los adoró y los maldijo, los exaltó detestándolos, viendo alternativamente en ellos, ya con idolatría ya con horror, los continuadores de la gloria romana y los aliados de los bárbaros, sin poder nunca discernir el sentido de sus contradicciones, ni amarlos ni romper con ellos definitivamente.

Exterminados los hérulos, destruido el reino de

los godos y la obra del gran Teodorico, y reducido á un poder nominal el emperador griego, todo el esfuerzo de los papas volvi6se contra los lombardos, que habian recogido la herencia de aquellos. Bajo la dominacion de estos bárbaros, que dur6 200 años, llev6se á cabo el mayor y más perseverante trabajo que se ha emprendido nunca para fundar la nacionalidad italiana, á cuyo solo fin trabajaron realmente en cuanto hicieron por consolidar su establecimiento, y casi no cabe duda que lo habrian conseguido, sin la invencible oposicion que encontraron en los soberanos pontífices.

Por lo demás, fácil es ver, bajo las maldiciones que los escritores eclesiásticos han acumulado sobre la memoria de este pueblo, las cualidades que parecian predestinarle para aquella obra. No ménos enérgico y emprendedor que las demás razas bárbaras, era más flexible, más humano, más accesible á la civilizacion. En pocos años se le vió dulcificar sus costumbres, y asimilarse la poblacion indigena. Arriano en creencias, abrazó la fé cat6lica para favorecer esta fusion de sangre y de intereses, con la solidariedad de opiniones religiosas. Mostró, además, conocer perfectamente las condiciones políticas y militares de Italia. Estableci6se al pié de los Alpes como centinela avanzado para guardar la Península contra las invasiones, y aseguró esta defensa natural con una linea de fortalezas, que dominaban los desfiladeros de las montañas. Pronto este muro habria sido inútil por la fuerza del nuevo pueblo, que no podia ménos de desarrollarse á su abrigo.

Pero esta empresa fué lo que les perdi6. Cuanto

más cerca habían estado de llevarla á cabo, tanto más debían expiarla. El ódio implacable que los papas mostraron á este pueblo y que sobrevivió á su exterminio, no puede explicarse sino por el obstáculo que opuso á la ejecucion de sus planes, en el momento en que estaban á punto de realizarlos. Tuvieron el arte de comunicar esta aversion á toda la poblacion indígena, dirigiéndose á las pasiones religiosas y á los sentimientos patrióticos. Nunca se vió raza tan maldecida, puesta fuera de la ley y entregada á la execracion de los siglos; nunca los azotes de Dios cayeron sobre un pueblo con tan exaltada cólera. Sus anatemas recuerdan aquellas imprecaciones del fanatismo judáico, en las que se pide que la cabeza de los recién nacidos sea aplastada bajo la piedra; y cuando se buscan los motivos en la historia de esta nacion, nos admiramos de ver que el momento en que le son prodigados con más furor, es precisamente el siguiente á su conversion al catolicismo, y en que, por sus costumbres, por el estado de su civilizacion, por el espíritu de sus instituciones, los lombardos aparecen muy superiores, no solamente á todos los demás bárbaros, pero sobre todo á aquellos griegos corrompidos, á aquellos francos feroces y codiciosos, que de tan léjos se llamaba contra ellos.

¿Cuál era, pues, el crimen de los lombardos? Haber querido crear un reino en los dominios consagrados á Dios; haber emprendido fundar una nacionalidad en el pueblo poseido de la dominacion universal; haber tratado de elevar un trono en la pátria de los tribunos; haber soñado en constituir, hace doce siglos, la barrera que acaban de levantar, contra otra

barbarie, luchando con los mismos enemigos y en el mismo suelo, hombres que tienen tal vez gotas de su sangre en las venas. Era imposible que un reino durase en Italia sino á condicion de someterla toda bajo una sola unidad politica; pero entonces no quedaba lugar para la dominacion pontifical. Los lombardos fueron, pues, sacrificados. Aumenta la importancia de su tentativa fracasada, la consideracion de que fué la mayor derrota de un principio esencial para la vida de las naciones, y al que Italia habia de volver despues de haber pagado caros los golpes que le habia dirigido, despues de haber aprendido con sangrientas lecciones que un pueblo no puede prescindir de él impunemente. Muestran lo grave de este acontecimiento las revoluciones ulteriores de este pais.

La eleccion de los papas confiando á los francos el encargo de su venganza, se explica por el estado de Europa en el siglo VIII. El imperio bizantino parecia el único capaz de desempeñar este cometido; pero su fuerza solo era aparente, los tiempos de Belisario habian pasado. Además, Leon el Isaurio, que ocupaba el trono de Oriente, era uno de los enemigos más tenaces del culto de las imágenes y de la iglesia romana, y nada podia esperarse de él. No habia por qué acariciarlo ni por qué temerlo, y los pontifices le trataban conformemente. «Tú quieres asustarme,—le escribió Gregorio III,—y dices: enviaré á destruir la imagen del bienaventurado Pedro, mandaré prender á Gregorio y lo trataré como Martin fué tratado por Constante. Pero bien sabes que si te atreves á amenazar al Pontifice romano, algunas millas bastarán pa-

ra ponerlo fuera de tu alcance, y entonces lucharás contra el viento. También sabes que el bienaventurado Pedro es considerado como un dios por todos los reinos de Occidente, y si te atreves á ultrajar su imágen, todos los pueblos de Occidente y hasta los de Oriente se levantarán contra ti para vengar su injuria.»

Descartado el emperador de Oriente, quedaban los francos, como los aliados más poderosos cuyo auxilio podían reclamar los papas. Era la primera de las naciones germanas que había abrazado el catolicismo, también la más emprendedora, y que á pesar de su ferocidad entonces proverbial, parecía llamada á los más brillantes destinos. Acababa de salvar á la cristiandad, rechazando más allá de los Pirineos la ola de la invasion agarena que había estado á punto de sumergir al mundo, y esta victoria le había dado un prestigio extraordinario. Desde este instante los papas volvieron su mirada hácia los francos. Mas, á parte de estas consideraciones generales, había una circunstancia que les solicitaba por este lado. Al rededor del trono de Francia había un poder que, como el suyo, no esperaba para manifestarse más que la señal de los acontecimientos. La familia de Heristall gobernaba el Estado bajo el reinado de los últimos Merovingios, ambicionando tanto más los honores del poder supremo, cuanto que ejercían todas sus prerogativas. Pero á medida que era más frágil la barrera que los separaba de la monarquía, parecía más y más inviolable. Habiendo perdido los Merovingios todos los atributos del poder, no les quedaba ya más que su derecho; pero esta legitimidad estaba protegida por una

antigua superstición, y su misma debilidad era su más segura salvaguardia.

De todas las ideas, ó mejor, de todos los prejuicios traídos al mundo por los pueblos bárbaros, el más enérgico, despues del sentimiento de independencia individual, era sin disputa el derecho absoluto de herencia, y ambos provenian en el fondo de la misma fuente. Equivocadamente se les ha atribuido la noción del derecho individual, concepcion filosófica que no se desarrolló hasta más tarde, entre los siglos XVI y XVII, y de la cual tenian á lo más un instinto incompleto y grosero. Así, los derechos de la persona sólo aparecen en sus leyes y estipulaciones como privilegios injustos y arbitrarios, y atribuyen á estas usurpaciones en la libertad de otro la misma fuerza que á una propiedad natural. De aquí su brutal teoría de la herencia, que ha pesado por tanto tiempo sobre el mundo moderno, y en virtud de la cual una nacion pasa á ser patrimonio inalienable de una familia.

Sólo habia un sentimiento que pudiese vencer esta superstición profundamente arraigada en el espíritu de los francos, el sentimiento religioso interpretado por los papas; y sólo un pueblo se contaba, el de los francos, bastante fuerte para destruir á los lombardos. De estas dos circunstancias debia nacer un doble compromiso. Los pontífices tenian que arrostrar tambien, al declararse soberanos independientes, una superstición semejante á la que detenia á los ambiciosos mayordomos de palacio: la superstición en la legitimidad de los emperadores griegos, casi tan débiles como los Merovingios, pero protegidos como estos por un

prejuicio todavía poderoso en Italia, y cuyos derechos, aun combatiéndolos, atestiguaban los papas todos los días en los actos públicos. Y esta legalidad era tan antigua, que más de una vez habían retrocedido los papas en el instante de ir á destruirla. Pero todavía les detenían otros escrúpulos. Todo el pasado de la Iglesia estaba allí para protestar contra la usurpacion que meditaban; porque si bien debilitada, la tradicion de los primeros siglos no se habia borrado aún, y su eco resonaba en su conciencia. Para hacerlo callar de una vez, para quitar todo pretexto á las reivindicaciones futuras, era menester otra conquista y el derecho que los pueblos le atribuyen, era menester que se reprodujera ese caos que entrega la tierra al primer ocupante; y puesto que los hombres daban á la fuerza la virtud de purificar como el fuego, á la fuerza era necesario acudir en demanda de títulos.

Las relaciones de los papas con la familia de los Heristall revelan claramente que desde muy temprano se hicieron cargo de esta analogía de situacion, que aprovecharon hábilmente para su propio encumbrimiento. Dirigiéronse primeramente á Cárlos Martel, como verdadero rey de los francos, á quien Gregorio III envió embajadores con ricos presentes y las más lisonjeras promesas. Los enviados hicieron brillar á los ojos del bárbaro títulos y honores que debian deslumbrar su imaginacion; le confirieron con gran pompa la dignidad de patricio y de cónsul romano, especie de protectorado mal definido, destinado á excitar su ambicion, y á servir al propio tiempo de suplemento á ese emperador ideal que la imaginacion de los italianos se empeñaba en colocar so-

bre el trono del mundo. La muerte le impidió hacer nada por la causa de sus bienhechores.

Bajo Pipino fué cuando se concluyó definitivamente la alianza del papado con la raza carlovingia. Estorbándole aquel fantasma de rey, que sólo mantenian la inveterada costumbre y los escrúpulos á que el mismo obedecia sin tenerlos; decidido á deshacerse al fin de aquella sombra importuna, Pipino llevólo á cabo, gracias á la complicidad del papa Zacarías, por medio de una especie de escena de comedia convenida de antemano. El obispo Burchard y el capellan Fulrad fueron de su parte á Roma, para consultar al romano pontífice sobre el caso de conciencia que tenía perplejo á su señor. ¿Qué valia más, conservar en Francia un rey sin autoridad, ó conferir los títulos de la monarquía á quien de hecho poseia el poder? Tales fueron los términos en que los dos casuistas sometieron la cuestion á Zacarías. Este, despues de madura deliberacion, declaró que se inclinaba por el último partido. Con esto ya podia Pipino apoderarse de la corona con la conciencia tranquila; sin embargo, aún no le pareció suficiente esta decision para considerarse absuelto de usurpacion á los ojos de su pueblo. Fué necesario, para desvanecer sus últimos escrúpulos, que el papa *le ordenase* solemnemente tomar el título de rey de los francos. Así, por orden expresa del pontífice, si hemos de creer á Eginhardo, el último Merovingio fué echado al cláustro donde acabó sus dias.

De esta manera fué dada la primera corona que la mano de un papa puso sobre la cabeza de un ambicioso; pero más de una vez habian de arrepentirse los

reyes de haber dejado tomar á los pontífices de Roma privilegio tan peligroso. Verdad es que este hecho tenía un precedente en la historia de la Iglesia, á saber, la deposicion del rey Vamba por el concilio de Toledo á fines del siglo VII, pero precedente de analogía muy remota; pues por una parte, esta intervencion de la Iglesia en los negocios del Estado se habia ejercido á lo menos por ministerio de una asamblea esencialmente nacional, y por otra, sabido es que los concilios de esta época distaban mucho de contener sólo elementos eclesiásticos, por más que estos estuviesen siempre en mayoría.

Ocioso es decir que esta coronacion de Pipino fué el precio anticipado de los servicios que se esperaban de él, y la causa primera de aquella famosa donacion por la que el nuevo rey de los francos iba á constituir el dominio temporal, cediendo con tanta liberalidad á sus bienhechores provincias que no poseia y que sólo conocia de nombre. Pero no es ocioso demostrar, y generalmente ha pasado desapercibido, el origen de las pretensiones de los papas al derecho de soberanía sobre la autoridad de los reyes, ó por mejor decir, sobre todos los poderes humanos, porque la consagracion de Carlomagno, que las puso claramente de manifiesto, sólo fué el complemento de la consagracion del rey Pipino.

Espectáculo singular en que no nos cansaremos de insistir. Toda la Edad Media gravita realmente al rededor de estas dos usurpaciones, que habian de decidir á la vez sobre la constitucion de la Iglesia y la del Imperio. Se elevan dándose la mano, se sirven de mútua garantía, y no sienten escrúpulo en conferirse

mútuamente el título que les falta y al que no se creen con derecho. Lo que ninguna de las dos se atreve á tomar, lo reciben sin remordimiento de una trasmision que es aún más ilegítima. Pipino, que no osaba tocar una corona echada á sus piés, dá sin vacilar reinos que ni siquiera sabe donde están situados; el papa, que dá á Pipino la Francia, no se atreve á apoderarse de una soberania que tenia en sus manos, mas desde el dia en que Pipino se la otorga, se considera como su propietario legítimo. Ni el uno ni el otro abrigan ya la menor duda acerca de sus derechos. Los pontífices y los carlovingios se presentan altivos ante el tribunal de la historia: estos, invocando la donacion del papa Zacarias; aquellos, ostentando la del rey Pipino. Pero se necesita tener una idea bien extraña de sus deberes, para pretender que la historia acepte semejante teoría de legitimidad. La historia nunca verá en estas dos investiduras mas que dos usurpaciones, de las cuales la del rey, la más injusta á los ojos de los bárbaros, puede justificarse por los servicios que ha prestado á la causa de la civilizacion, mientras que la otra, la de los papas, aclamada por inmensa popularidad, ha producido males cuyo fin aún no ha visto el mundo, y difícilmente podrá ser nunca absuelta.

No se habian pasado tres años desde la singular consulta mencionada más arriba, y ya Pipino cumplia al papa Estéban II la promesa hecha á Zacarias, procediendo al exterminio de los lombardos. Ya ántes de ponerse en camino y de haber conquistado un palmo de tierra en Italia, otorgaba en la asamblea de Quercy-sur-Oise la donacion semi-fantástica que tanto ha apurado la agudeza y la imaginacion de los histo-

riadores. Como su tenor sólo es conocido por la relación sospechosa del bibliotecario Anastasio, compilador que escribía más de cien años después de la época en que debió ó pudo ser redactada, han llovido las hipótesis, ya sobre la naturaleza del poder que concedía al papa, ya sobre la extensión de las provincias que le sometía. Cuestiones son estas que si pueden interesar á la curiosidad, no tienen importancia alguna bajo el punto de vista del derecho. Por otra parte, si se considera el sumo esmero con que entónces se conservaban y fabricaban los documentos que podían servir á las aspiraciones de la córte de Roma, podremos concluir legitimamente que el texto original contenía cláusulas de que no estaba completamente satisfecha. Cuando Pipino requirió á Astolfo, rey de los lombardos, que restituyese al papa las provincias enumeradas en el acta de donación, estas provincias no pertenecían á Astolfo, ni al papa y ménos todavía á Pipino, que disponía de ellas; sino al imperio griego, al que no habían dejado de pertenecer. Y esta idea de dar vastos territorios sobre los que no se tiene ningún derecho ni siquiera por conquista, es de suyo tan extraña, que los historiadores eclesiásticos, y recientemente de Maistre y los últimos defensores del poder temporal, se han asido á la palabra *restitucion*, de que se sirvió Pipino para con Astolfo, para mostrar que los papas poseían una soberanía anterior á la donación, una soberanía que databa de época ya remota. Desgraciadamente para este sistema, numerosos hechos prueban que, aun después de esta donación, los papas no se consideraron desligados por completo del juramento de fidelidad para con los emperadores

de Constantinopla; continuaron fechando sus cartas con el año del reinado del emperador, ni más ni ménos que cuando este era soberano legítimo. Hasta en una carta de Adriano, diez años posterior á la confirmacion de Carlomagno, vemos tributado este homenaje á los emperadores.

Estas cartas de los pontífices fundadores del poder temporal, son triste testimonio de la decadencia á que habia venido la Iglesia cristiana hácia mediados del siglo VIII, y dan clara, aunque aflictiva luz, sobre los medios de que no temió servirse el papado para llegar á su fin. En ellas se vé la rudeza propia de las épocas bárbaras, sin ninguna de las sencillas formas con que á veces se revestia. Adoptando ya el lenguaje de la audacia, ya el de la astucia ó el de la lisonja, y cuando se dirigen á sus enemigos, el de la mayor violencia, los papas se muestran en ellas preocupados exclusivamente en intrigas é intereses extraños á su mision espiritual. Clavados sus ojos en la presa que ambicionan, no se acuerdan para nada de la influencia moral de la Iglesia. En lugar de combatir las supersticiones y la ignorancia de su tiempo, las explotan por medio de artificios, de invenciones combinadas y sostenidas con la mayor sangre fria. El siglo VIII es una época aparte en la historia del mundo, por la inaudita boga que en él obtuvo la mentira. En pocos años se llevó á cabo una gran revolucion por medio de unos cuantos documentos fabricados por falsarios, y que llegaron á ser en toda Europa la fuente del derecho público. Cuando muchos siglos despues descubrióse el fraude, habia producido ya todos sus efectos. Nunca, ni ántes ni despues, se ha visto cosa semejante: fué la

edad de oro de la impostura. Jamás las declamaciones sobre las intrigas de la teocracia igualarán la elocuencia de un simple inventario de aquellas piadosas astusias y de los resultados que produjeron.

De esta época data la mayor parte de las interpolaciones, hechas por lo demás con muy poca habilidad, que desfiguraron los primeros monumentos de la tradición cristiana forzándolos á deponer en favor de la preeminencia pontifical. En esta época fabrica Isidoro Mercator sus falsas Decretales, especie de consultas que bien pronto tuvieron fuerza de ley y se atribuyeron á papas que no habian existido, ó que sólo eran conocidos de nombre; en esta época se inventan las fábulas más inverosímiles de la leyenda cristiana; en esta época se redacta esa ridicula donacion de Constantino, que hasta el siglo XVI han invocado los papas como autoridad irrefragable; á esta época, en fin, debemos referir tambien la carta atribuida á Ludovico Pio, por mas que no fuese redactada hasta unos años despues.

Todas estas falsificaciones, fáciles por otra parte de reconocer á ojos ejercitados, poseen, además de la semejanza de fondo y forma que les señala fecha casi cierta, un carácter comun, el de tener por único fin la elevacion de los papas, ya sobre los reyes, ya sobre el poder episcopal, que todavía era temible. Sus autores no tuvieron más presentes las reglas de la probabilidad, que las de la buena fé. Así, para unir el origen del papado al del cristianismo, intercalan sus alteraciones en textos que las desmienten en cada una de sus líneas.

Las falsas Decretales son uno de los mayores cri-

menes que se han cometido contra la verdad, y merecen lugar á parte en esta enumeracion. Desde el siglo V, Dionisio el Exiguo habia formado una coleccion de decisiones, emanadas de la autoridad pontificia, y que eran conocidas con el nombre de Decretales. Las más antiguas que pudo recojer despues de largas y pacientes investigaciones, subian al pontificado de Siricio, hacia el año 390. Habia poderoso motivo para que no se hubiesen conservado las de los papas anteriores, cual era, que la jurisdiccion de los primeros obispos de Roma apenas se extendia mas allá de los límites de su diócesis: hecho que con razon fué invocado más tarde por los que rehusaron reconocer su autoridad. Pero los papas no podian dejar así esta laguna que tanto les estorbaba, y fué colmada hácia fines del siglo VIII por la más atrevida mistificacion de que se tiene memoria. Un sacerdote, de quien sólo se conoce el nombre, probablemente tan falso como la obra en cuya cabeza está inscrito, Isidoro Mercator, rehizo de una plumada toda la historia de la Iglesia primitiva. Puso en boca de los papas del siglo I el lenguaje, las máximas y aspiraciones de los del VIII; antídátó 700 años sus derechos imaginarios que la cristiandad aun no queria admitir, y dió de este modo el prestigio de la antigüedad y de la tradicion á innovaciones cuyo plan apenas estaba concebido.

Esta obra, ejecutada por lo demás sin arte, con la inexperiencia de un bárbaro ignorante, llena de contradicciones, anacronismos é imposibilidades, no habria sostenido el exámen, si el espíritu de exámen hubiese existido entónces. Se reduce á un conjunto de textos, tomados la mayor parte de los Santos Padres,

de los concilios, de los decretos de los emperadores, de las colecciones canónicas, desnaturalizados por alteraciones sin número, y colocados en forma de cartas en boca de varios papas á partir de San Pedro. La primacía de los pontífices sobre los reyes y los concilios sale en casi todas sus páginas (1). La fábula habia de durar tanto como esa misma primacía; pues sólo cuando ésta empezó á declinar, Erasmo y Fray Paolo Sarpi desenmascaron la impostura, y Baronius y Bellarmino la abandonaron.

La falsa donacion de Constantino, aunque controvertida, es uno de los documentos históricos más preciosos; porque revela, antidiatándolos algunos siglos, pero con perfecta exactitud, los móviles y la secreta ambicion de los papas que lo forjaron, el programa de sus aspiraciones á mediados del siglo VIII. Aunque parece redactado principalmente contra los emperadores de Oriente para rechazar su reivindicacion sobre las provincias que habian perdido, contiene respecto de Italia una de las confesiones más significativas que se le han escapado á la política pontifical. Constantino, despues de haber enumerado los honores, privilegios y demás ventajas que otorga á los papas, les dá á título gratuito la ciudad de Roma y la Italia en pro-

(1) No se sabe si la coleccion de Isidoro fué escrita de una vez en la misma época, ó si recibió más tarde algunas adiciones. Por una parte, se halla citada desde 785 en la coleccion de Ingelram, obispo de Metz; por otra, los ataques que en ella se dirigen contra el poder de los obispos, parecen más propios de la época del feudalismo episcopal.

piedad, y añade estas notables palabras: «En cuanto á Nos, hemos juzgado conveniente trasmitir nuestro imperio en las provincias orientales y sobre el territorio de Byzancio, *porque donde el Rey celeste ha colocado la soberanía sacerdotal y la cabeza de la religion cristiana, no es justo que un rey conserve una impotencia terrestre.*»

Toda la política de los papas está contenida, teórica y prácticamente, en esta breve máxima, que confirma elocuentemente cuanto se ha dicho sobre su incompatibilidad con la formacion de la nacionalidad italiana. Hé aquí el pensamiento que esterilizó cuantas tentativas se hicieron para fundarla, el que mató á los lombardos y encumbró tan de repente á los francos, el que resucitó el Imperio coronando á Carlomagno. La primera condicion impuesta al nuevo imperio, fué poner en práctica el voto formulado en la donacion de Constantino: una dominacion lejana que dejase libre el campo en Italia á la «soberanía sacerdotal.» Los Suabios perecieron por no haber comprendido esta cláusula del pacto.

Algunos meses despues de su vuelta de la expedicion contra los lombardos, Pipino recibió la siguiente carta, que le enviaba el apóstol San Pedro en persona:

«Pedro, nombrado apóstol por Jesucristo, hijo del Dios vivo, que, reinando ántes de todos los siglos con su Padre en la unidad del Espiritu Santo, se ha encarnado en estos últimos tiempos y hecho hombre para nuestra salvacion, conmigo y por mi toda la Iglesia de Dios católica y apostólica, esto es, la Iglesia romana, madre de todas las iglesias de Dios, fundada sobre la firme piedra por la sangre de nuestro Redentor, y

Estéban, jefe de esa misma Iglesia, para arrancar esta Iglesia de las manos de sus perseguidores, así como al pueblo romano que me ha sido confiado:

»Á vosotros, reyes, Pipino, Cárlos y Carloman, á los santos obispos y abades, sacerdotes y monjes, duques y condes, á los ejércitos y habitantes de Francia:

»Yo Pedro, apóstol nombrado por Cristo, en virtud de un decreto de la soberana clemencia, para iluminar todo el Universo, etc.

»Provoco y exhorto vuestra caridad á defender esta ciudad de Roma y el pueblo que me está confiado, contra sus enemigos, á lo cual os apremio y conjuro á causa de las aflicciones que la execrable nacion de los lombardos les hace sufrir. No vacileis, mis caros amigos, tened por cierto que soy yo mismo el que teneis aquí vivo y como en carne delante de vosotros, y que soy yo en persona el que os conjura y dirige estas muy apremiantes exhortaciones, etc.

»Corred, socorred á vuestra madre la Iglesia ántes que sea humillada y violada por los impíos. Vuestra nacion, ¡oh pueblo franco! es la primera de las que cobija el cielo... Si me obedecéis sin tardanza, obtendréis una gran recompensa, vencereis á vuestros enemigos, comereis los bienes de la tierra y gozareis de la vida eterna; pero si diferís ejecutar mis órdenes, seréis excluidos del reino de Dios, etc.»

Los historiadores eclesiásticos han experimentado, en presencia de este documento, vacilaciones fáciles de comprender, no decidiéndose á atribuir semejantes pequeñeces á un puro espíritu. Por otra parte, el documento está redactado del principio al fin con severidad terrible. Por todo esto han renunciado á sos-

tener su autenticidad, y lo han presentado como una prosopopeya atrevida del papa Estéban II, para llamar á Pipino á Italia, donde los lombardos habian reconquistado todas sus posiciones. Desgraciadamente, cuando se compara esta carta con monumentos de la misma naturaleza que abundan en esa época, es difícil aceptar esta opinion. Hay una comparacion sobre todo decisiva, la de la carta del apóstol con aquella en que el mismo papa Estéban refiere con puntos y señales su conversacion con San Pedro y San Pablo en la iglesia de San Dionisio, durante la enfermedad que padeció en el monasterio de este nombre. Si se quiere que todo esto sean puras figuras de retórica, habremos de llamar á las falsas Decretales admirable ficcion, y la misma mentira no será ya sino ornamento de la verdad.

Tales son los títulos legales del papado considerado como poder político, no siendo uno de los menores males de esta institucion el haberse establecido por tales medios. Las instituciones son responsables lo mismo que los individuos, y la conciencia humana rara vez se engaña al juzgarlas por los medios que han empleado; porque cuando han apelado á todo género de recursos para lograr el éxito, señal es de que no esperaban obtenerlo por la justicia.

En el instante en que parecia más seguro el porvenir de los proyectos de los papas estuvo á punto de peligrar, por el matrimonio de Carlomagno con Hermengarda, hija de Desiderio, rey de los lombardos. El papa Estéban III se apresuró á escribirle, para disuadirle de «mancharse, él, jefe de un pueblo tan noble é ilustre, aliándose con la sangre impura de los

lombardos, raza de leprosos, perjuros, réprobos, eternos enemigos de la Iglesia de Dios.» El jefe de los francos no era hombre que se impresionara por semejante exhortacion, y siguió adelante. Quería el recurso del divorcio, tan difícil de conseguir más tarde y tan fatal á los reyes cuando se quería sujetarlos, pero que ahora se prodigaba porque se trataba de ganarlos. Carlomagno, que fué marido de nueve mujeres y amante de sus mismas hijas, estaba dispuesto á usar del divorcio con largueza. Al año siguiente Hermengarda era repudiada, y poco despues, Carlomagno, llamado por Adriano, devastaba la Lombardía, bloqueaba á Desiderio en Pavia, y confirmaba en Roma la donacion hecha por su padre, aumentándola, segun el cronista Anastasio, con la Córcega, Cerdeña, Liguria, Sicilia, Venecia y Benevento, paises de los cuales no tenia más derecho que Pipino para disponer.

El texto de esta confirmación no es mejor conocido que el de la donacion original, y carecemos completamente de noticias sobre el punto más interesante de este tratado, esto es, sobre la definicion exacta de los derechos respectivos del papa y del soberano. Sin tomar al pié de la letra las aserciones del monje Sigeberto de Gemblours acerca del derecho de elegir á los pontifices, que un concilio de Roma habria atribuido entonces por Carlomagno, se puede afirmar con certeza que, á lo menos, se reservó el derecho de intervenir activamente en su nombramiento. En cuanto á las demás prerogativas de la soberanía, no hay duda que se tomó algunas de las más importantes. Ostenta el título de rey de Italia y de patricio de los romanos, administra, manda acuñar moneda con su efigie, falla

las diferencias que se suscitan entre el papa y el arzobispo de Ravena, y casa los juicios eclesiásticos cuando no le parecen bien. Carácter tan altivo, personalidad tan enérgica, no era á propósito para plegarse dócilmente ante simples representantes de una religion. Las quejas y gemidos de Adriano prueban bien que la donacion de Pipino empezaba á ser tratada como leyenda, y que Carlomagno apenas se acordaba de sus juramentos.

Concibióse entonces el pensamiento de hacérselos renovar por un pacto solemne, que no le permitiese en adelante volverse atrás y quitar lo que habia dado. Para guardar la Italia contra él, era preciso encadenarlo con una legalidad nueva. Así, cuando el poder de Cárlos, afirmado en las más grandes naciones de Europa, parecia no tener contrapeso posible en el mundo, los pontífices formaron el atrevido proyecto de subordinárselo, dándole en apariencia la corona más gloriosa que podia soñar. Tal fué el verdadero sentido del restablecimiento del imperio de Occidente.

Esta reconstitucion nada tiene de comun con el tipo del antiguo imperio, porque su fin no era la grandeza de los emperadores, sino la de los papas. Solo la bárbara ignorancia pudo tomar esta falsificacion por la continuacion del reinado de los césares, al que no se parece ni por la homogeneidad, ni por la centralizacion, ni por la autoridad absoluta. Tan cierto es esto que, si hemos de creer á Eginhardo, Carlomagno presentia que el nuevo título no habia de aprovechar á su poder, y mostraba repugnancia en aceptarlo. En efecto, esta aceptacion traia consigo el

abandono de Italia; cambiaba su derecho de conquista y la unidad de un reino formado con su espada por una especie de federalismo imperial, demasiado favorable á la libertad de los pueblos para que lo fuese á la fuerza de los soberanos. Rey, habia sido para los papas protector omnipotente; emperador, veia en ellos sus rivales.

Se dispuso la escena conforme á las tradiciones antiguas. La eleccion por aclamacion popular que, el dia de Natividad del año 800, invistió á Carlomagno con la dignidad imperial, era sin disputa antigua por su fondo y su forma; pero lo que no era lo uno ni lo otro es, que el papa fuese y quedase de representante legal de este pueblo. La corona fué puesta sobre las sienes del emperador por el papa en calidad de jefe de la república romana, fuente única del poder imperial, y en manos del papa hubo de prestar el emperador un verdadero juramento de fidelidad, que habia de renovarse en cada cambio de reinado, quedando obligados sus sucesores á ir á Roma para ser coronados, pero sin poder fijar su residencia en ella, como para rendir homenaje á su soberano con esta comparecencia periódica. Estas condiciones, tan extrañas á la antigua constitucion del poder imperial, lo colocaban bajo la dependencia de los pontifices de Roma. ¿Qué importan las concesiones aparentes con que estos compraron tan inmensa ventaja? ¿Qué importa que el emperador se atribuya por su parte el derecho de confirmar la eleccion de los pontifices? ¿Ni qué importa que Roma sea nominalmente un feudo y el papa un gran vasallo del imperio? ¿No se trata del pequeño territorio del principado

temporal? Pues los papas están en camino hácia la monarquía universal.

Este famoso pacto entre la Iglesia y Carlomagno nada tiene, pues, de comun con las antiguas tradiciones imperiales y pontificales; recuerda más bien, por su forma, las estipulaciones de origen bárbaro, en las cuales el compromiso entre el señor y el vasallo es siempre doble y recíproco. Bajo los emperadores romanos, este contrato nunca habria sido signalacmático. El derecho de confirmacion que la Iglesia les habia reconocido en las elecciones pontificales, y que despues heredaron los emperadores griegos durante algun tiempo, no tenia otro correlativo que una promesa de proteccion vaga y sin garantía. Todavía es más extraño, al tiempo de los césares, por el fondo, porque subordina el Imperio á la Iglesia, y abre á la ambicion de los papas un campo ilimitado. A primera vista, el contraste entre estos dos poderes, el uno que parece tan fuerte, el otro tan inerme, admira, nos preguntamos, si no habria sido mejor para el papado quedar en su primera situacion, por precaria que fuese, entre los lombardos y los emperadores de Constantinopla; pero esta duda se desvanece con el análisis de las nuevas condiciones de su autoridad. El derecho que los dos poderes mútuamente se otorgan, su antagonismo inevitable creado por el pacto, no podian menos de redundar en provecho de los papas. ¿Qué podian los azares de la herencia concentrada en una raza real y representada á veces por un niño, otras por un loco, contra una institucion fundada en el cálculo y la prudencia, renovada sin cesar por eleccion, personificada por lo que habia de más sábio, de más

inteligente, de más experimentado en los consejos de la Iglesia? Por otra parte, ¿podía la organización imperial mantenerse en sus límites actuales, en medio de tantas causas de disolución? Y por el contrario, ¿no tendía la del clero cristiano á disciplinarse y fortalecerse de día en día, y una vez debilitado el primer término de esta gran dualidad, no sería el segundo omnipotente?

Así se prepara el drama conmovedor que va á llenar la edad media con sus variadas combinaciones. De los dos elementos principales que hasta aquí se han manifestado en Italia, á saber, el principio democrático y municipal, el que más ha contribuido á la elevación de los papas, y el principio aristocrático que, en forma de reino y con el apoyo de los caudillos militares de la conquista, se ha esforzado en fundar una nacionalidad italiana, el primero se infeuda al papado, el segundo al imperio, sin dejarse absorber empero de una manera absoluta, pues de cuando en cuando encontraremos manifestaciones suyas. El imperio y el papado quedan solos en el campo de batalla; deslumbran la imaginación italiana con el prestigio de un doble ideal igualmente quimérico, la extravían del destino más modesto, pero más sólido, que dá á las naciones la independencia, y la condenan á un cosmopolismo tan brillante como estéril.

La popularidad con que fué acogida en este país la consagración de Carlomagno, provenía, además, de un sentimiento más poderoso aún que la magia de los recuerdos. Aquella corona, signo de la dominación universal, era la Italia vencida quien la daba. De conquistada, había pasado á ser conquistadora.

CAPITULO IV.

Primera lucha del papado contra el imperio.

Feudalismo episcopal.

Las consecuencias contenidas en el pacto de Carlomagno se manifestaron desde el principio del reinado de su sucesor, con la espontaneidad y lógica adecuadas á la sencillez de aquellas épocas bárbaras, en que ningun mediador más que la fuerza se interponia entre los principios extremos, y en que todo acomodamiento parecia una traicion. Mientras vivió Carlomagno, el prestigio de su carácter y de su génio, el terror que inspiraban sus empresas, mejor diríamos sus hazañas, quitaron á los papas todo pensamiento de intentar nada contra su autoridad, aplazando sus proyectos para tiempos más favorables. Las Capitulares de Carlomagno atestiguan su intervencion diaria en los asuntos interiores de la Iglesia, teniendo por objeto reglamentar las cuestiones religiosas casi tanto como los negocios civiles. Vemos al nuevo emperador juzgar á un papa, fijar la época de la reunion de los concilios, reformar en puntos esenciales las prescripciones de la disciplina eclesiástica, ejercer sobre los

obispos casi la misma autoridad que sobre sus *missi dominici*, y hasta pretender regular la etiqueta de la córte celestial como la de su propio palacio. No otra cosa significa el prohibir á los doctores de la Iglesia introducir nuevos ángeles en la liturgia católica; quiere que se contenten con tres ángeles, Miguel, Gabriel y Rafael, número suficiente á sus ojos para el servicio de los espíritus puros. Trataba á Dios como aliado, y lo protegía contra los innovadores.

Pero no bien sube al trono su hijo Ludovico Pio, emperador á propósito para papas ambiciosos, el espectáculo cambia. Acababa de ser elegido Esteban IV, quien se hizo proclamar soberano pontífice sin pedir la confirmacion convenida. Ludovico se queja de esta conculcacion de sus derechos; pero se le adula, se le intimida, se le acaricia, se le apacigua con regalos, de tal manera que llama á Estéban á Reims y pide ser coronado por él, justificando desde entonces el sobrenombre que le ha puesto la historia. Sale el emperador á recibir al pontífice á muchas millas fuera de los muros de la ciudad, en medio de inmenso concurso, y apenas lo divisa, se apea de su caballo, se prosterna tres veces en el suelo, y queda á sus piés en esta actitud humilde hasta que el papa lo levanta. Tres dias despues era coronado. Volvióse el papa colmado de riquezas, de bendiciones y de nuevos privilegios.

Tal fué el resultado de la primera tentativa del papado para libertarse de sus compromisos con el nuevo imperio, resultado á propósito para alentar sus esperanzas. Así vemos, menos de un año despues, al papa Pascual imitar la feliz audacia de su predecesor.

Apenas elegido, se instala sin esperar el consentimiento imperial, excusándose sin embargo por carta de haberse visto obligado á aceptar precipitadamente la tiara. La única venganza que tomó el Piadoso, fué pedirle que coronase á su hijo Lotario cuando lo asoció al imperio.

La misma resignacion mostró cuando dos de sus oficiales, encargados de representar sus intereses en la córte romana, fueron asesinados en el palacio de Letran. Limitóse á hacer jurar públicamente á Pascual que no habia tenido parte en el crimen, sin embargo de que protegía á los autores, que quedaron impunes. Pero su debilidad llegó al colmo en una de las circunstancias que más contribuyeron á humillar el poder civil ante la autoridad eclesiástica. En concurrencia con Lotario, habia llamado Ludovico Pio al gobierno á otros dos de sus hijos, Pipino y Luis; pero esta medida descontentó gravemente á su nieto Bernardo, rey ya de Italia, el cual conspiró para destruir á su abuelo. Mas apenas comenzada la empresa, fuese irresolucion, terror ó remordimiento, retrocedió y pidió gracia. Cruel como todos los débiles, el emperador le otorgó la vida, pero le condenó á que le fuesen arrancados los ojos, á cuyo suplicio no sobrevivió Bernardo. El arrepentimiento de Ludovico fué tan extremado como violenta había sido su cólera. Quiso imitar la penitencia de Teodosio; hizo confesion pública; humillóse á los piés de los obispos, quienes se acostumbraron á ver en estas genuflexiones la actitud natural de la monarquía delante del sacerdocio, y soñaron desde entonces en constituirse jueces soberanos de los reyes.

Después de la muerte de Pascual, Eugenio II siguió su ejemplo, prescindiendo á su vez de la intervencion del emperador. Lotario protestó en nombre de los derechos que le habia dado su asociacion al imperio, pasó á Roma y reabilitó su autoridad desconocida obligando al papa á someterse. Todavía poseemos el texto de un juramento que impuso á los romanos en esta ocasion. «Prometo, se lee, ser fiel á los emperadores Luis y Lotario, y me comprometo á no consentir que ningun papa sea elegido sino conforme á los cánones, ni consagrado antes de que haya prestado, en presencia del emperador, un juramento semejante al que prestó por escrito el papa Eugenio.»

Este documento es una de las mil pruebas de la existencia de ese derecho de confirmacion que el pacto de Carlomagno habia dado al imperio, y que tantas veces han negado los papas; pero en lo que toca al tenor literal del juramento que se menciona en las últimas palabras, no tenemos más que conjeturas. Probablemente no seria otra cosa que el reconocimiento de la soberanía de los emperadores.

Sin duda á la energía desplegada por Lotario en esta ocasion debemos atribuir la docilidad de Gregorio IV, quien, segun Eginhardo, no fué consagrado hasta que un representante del emperador no hubo examinado la eleccion. Mas los actos de su pontificado no permiten suponer que siguiese en esto su propia inspiracion; pues, aunque no le vemos figurar personalmente en la primera insurreccion del hijo de Ludovico contra su padre, es difícil admitir que fuese del todo extraño á una rebelion cuya alma fueron los obispos, como obispos fueron tambien los que, reu-

nidos en concilio y elegidos jueces por el imbécil monarca, la terminaron por una absolucion que solo amnistió á Ludovico para humillarlo más todavia.

Habiéndose reproducido la rebelion poco despues, el papa Gregorio IV corre á Francia, y alienta con su presencia á los hijos rebeldes, presentándose como aliado en su campo. Parte de los obispos rehusa seguirle, quedando fiel al viejo emperador; pero Gregorio les compele á obedecer, y proclama en voz alta el derecho de la Santa Sede á disponer de las coronas y á desatar á los súbditos de su juramento de fidelidad. Así se volvia contra el nieto de Pipino el ejército de que tanto se habia servido su abuelo. Importa notar aquí, que las pretensiones de Gregorio solo hallaron resistencia en Francia por parte de los obispos, todavia en minoria, pero firmes y resueltos hasta la violencia. Pero Ludovico Pio no supo aprovecharse de su apoyo más que de sus propios recursos: entregóse sin combatir. Cercado por los ejércitos de sus hijos, consiente en recibir en su campamento la visita del pontífice, quien se presenta como pacificador, ofrece su paternal mediacion, y arenga y bendice á los soldados. Por la noche la mediacion produjo sus efectos: las tropas abandonan al emperador y se pasan al enemigo. Aquella llanura conserva el nombre de *Campo de la Mentira*. Hecho esto, Gregorio se vuelve á Roma, dejando el cuidado de acabar su obra á los obispos, que deponen solemnemente al emperador.

Pero esta satisfaccion no les bastaba. No bien Lotario fué coronado y el imperio repartido por segunda vez, los obispos, deseosos de poner al nuevo establecimiento el sello de su autoridad, y de imprimir su

imágen en el recuerdo de los pueblos por una de esas escenas que hablan más vivamente á la imaginacion que cualquiera otra enseñanza, imponen á Ludovico segunda penitencia pública, á la cual se somete este despues de penosas vacilaciones. Cubierto con un cilicio, prosternado de rodillas delante de los obispos, en presencia del pueblo reunido, se confiesa culpable de todos los crímenes que se le imputaban, y cuya lista llevaba escrita en sumano. Uno de estos crímenes consistia en haber hecho marchar sus tropas durante la cuaresma; otro, en haber reunido á todos sus súbditos en un mismo lugar para hacerlos perecer juntos: se aludia á la triste campaña que acababa de poner fin á su imperio. Despues de esto, se le impusieron las manos y se le echó en un cláustro. La piedad que sus desgracias inspiraron, no fué á sacarle hasta dos años despues.

La ambicion sacerdotal parecia haber llegado en pocos años al fin, que no habia de alcanzar sin embargo hasta despues de más de dos siglos de lucha. El éxito habia sido muy fácil y rápido, para que fuese sólido y definitivo; así mostraba la impaciencia y los excesos de una victoria alcanzada por sorpresa. El clero cristiano estaba léjos aún de poseer la disciplina, la unidad de accion y de pensamiento necesaria para la consolidacion de semejante órden de cosas, lo que no dejaron de reconocer los papas cuando se disipó la embriaguez de su triunfo inesperado. Hemos visto que los únicos adversarios sérios que encontró Gregorio en su lucha contra Ludovico, fueron los obispos franceses, quienes llegaron á amenazarle con la excomunion, lo cual prueba que no te-

nian gran fé en su supremacía. Bajo sus sucesores, que continúan la misma guerra contra los débiles Carlovingios, con alternativas de triunfos y de reveses, vemos con más frecuencia aún los derechos del poder civil defendidos por los obispos. Hasta llegan á veces á sostener los privilegios de los emperadores y reyes, cuando estos parecen resignados á sacrificarlos. Asi, cuando Cárlos el Calvo fué depuesto por un concilio á instigacion de Venilon, arzobispo de Sens, léjos de rechazar la competencia del tribunal, la acepta en principio, y no se queja del juicio, sino solamente de la irregularidad con que se habia procedido: «Venilon me ha consagrado, dice, se ha comprometido á no deponerme sin el concurso de los obispos que me consagraron con él. Estoy pronto á someterme á los decretos de esos obispos, pero es preciso que procedan con regularidad.» Y llama á otros obispos, que condenan á Venilon y rehabilitan al rey.

Poco despues, el divorcio de Lothario con su mujer Teuthberga, le trajo la amenaza de una excomunion por parte del papa Nicolás, uno de los enemigos más perseverantes del poder imperial. Tambien fueron los obispos Gonthier, Teutgaud, Adventitius, de Metz, quienes se levantaron en defensa del rey, y habiendo cumplido Nicolás su amenaza, no temieron anatematizarlo. ¿Qué más? Gonthier, abandonado por Lothario, sostiene sólo su querella; hace llevar á viva fuerza á la tumba de San Pedro, por su hermano Hilduin, sacerdote como él, la siguiente protesta, en medio de los romanos amotinados: «Escucha, señor papa Nicolás, hemos sido enviados por nuestros hermanos, hemos venido á consultaros sobre nuestra de-

cision, mostrándoos por escrito las autoridades y razones que hemos seguido, pidiéndoos humildemente vuestro parecer, dispuestos á seguir lo que nos mostráseis como mejor. Pero en valde hemos esperado tres semanas vuestra respuesta. Al fin, nos hicisteis llevar á vuestra presencia, y cuando nosotros de nada desconfiábamos, nos hemos encontrado rodeados de confusa tropa de clérigos y de legos... Allí, habeis pretendido condenarnos por vuestro furor tiránico, pero nosotros no aceptamos vuestra maldita sentencia. La despreciamos, como un discurso injurioso..., etc.»

Semejante lenguaje anunciaba en el poder episcopal un enemigo más poderoso para el papado que la autoridad de los reyes. Otro obispo, Hincmar, la persona más ilustrada de este tiempo, sostiene la causa de los príncipes en dos notables circunstancias. Los principios emitidos por Hincmar constituyeron la tradicion de la Iglesia galicana, y recibieron más tarde de la elocuencia de Bossuet brillante consagracion. Hállanse expuestos, sobre todo, en dos cartas dirigidas al papa Adriano II. La primera fué motivada por la oposicion de este papa al reparto de los Estados de Lotario entre Cárlos el Calvo y Luis el Germánico. Hincmar habla en ella en nombre de todos los obispos franceses, en vista de lo cual el hábil pontifice, para ganarlo á su causa, ofrecióle la supremacía que poseia de hecho, pero cuyo titulo rehusaba. En ella ruega al papa que considere: «que no puede ser á la vez pontifice y rey, que sus predecesores han regido la Iglesia que les corresponde, no el Estado que sólo pertenece á los reyes... que no se defiende el reino de Francia

contra los normandos con rezos, y que la guerra se hace con armas, no con excomuniones.»

La segunda de estas cartas escribióse con ocasion de una querrela que dividió al clero francés en dos campos, y que se complicó con una guerra civil. Un hijo de Cárlos el Calvo se habia levantado contra su padre, y el obispo de Laon, habiéndose puesto de su parte, excomulgó al rey. Condenado á ser depuesto, apeló al papa Adriano, quien disputó á Cárlos el Calvo el derecho de castigar al culpable: «Tened entendido, le escribe Hincmar en nombre del rey, que nosotros, reyes de Francia, nacidos de raza real, no hemos pasado hasta hoy por lugartenientes de los pontífices, sino por señores de la tierra. Los reyes y emperadores que Dios ha establecido para gobernar el mundo, han permitido á los obispos arreglar sus negocios conforme á sus estatutos, pero no son los económos de los obispos; y si hojeais los registros de vuestros predecesores, ninguno hallareis que haya escrito á los nuestros de la manera que vos acabais de hacerlo.»

Lenguaje que por su firmeza contrasta notablemente con el del tiempo, y ante el que el papa, tan imperioso hasta entónces, dulcificóse con sorprendente facilidad. Contestó con una carta llena de adulaciones y promesas, cuya conclusion merece ser citada, porque dá en pocas palabras idea exacta de la diplomacia pontifical en el siglo IX: «Tened mucho cuidado, le dice, de guardar secreta esta carta; no la comuniquéis sino á vuestros más fieles servidores: os prometemos que, si sobrevivís al emperador, no le reconoceremos otro sucesor que á vos, áun cuando se nos diesen muchas fanegas de oro. Sabed, en fin, que des-

de ahora el clero, el pueblo y la nobleza de Roma os desean por jefe, rey, patricio, emperador y defensor de la Iglesia.»

Mucho se equivocaría, sin embargo, el que atribuyese á convicción desinteresada este gran celo de los obispos en defender los derechos de las coronas. Toda la historia de esta época protesta contra semejante suposición, mostrándonos en cada una de sus páginas á los obispos arrogándose el poder que disputaban á los papas, y deponer ó excomulgar á aquellos mismos reyes por cuya causa con tanto ardor abogaban cuando se trataba de defenderlos contra las usurpaciones de los pontífices, en quienes no veían más que incómodos competidores. Sostienen los intereses de los príncipes, pero es como patrimonio que les pertenece, y cuya exclusiva explotación se reservan. «No sois vos quien me ha elegido para gobernar la Iglesia, escribía unos años más tarde un prelado á Luis III, soy yo quien, con mis colegas, os he delegado para administrar el reino, á condicion de que observeis las leyes.» ¿De quién son estas palabras en que tan poco disfrazada está la amenaza? De aquel mismo Hincmar que acababa de mostrarse tan ardiente defensor de Cárlos el Calvo.

La verdad es que, durante los siglos IX y X, el movimiento de dislocación que acababa de manifestarse en el imperio de Carlomagno, y que habia producido el fraccionamiento en provecho de los reyes, duques, condes y marqueses, se reproduce en la Iglesia en detrimento del papado y provecho de los obispos. Las nacionalidades, artificialmente reunidas por la doble centralización imperial y pontifical, reobran por la

doble descomposicion política y religiosa, y se desmigajan en mil pequeñas soberanías eclesiásticas ó militares. El feudalismo de los obispos se eleva junto al de los príncipes, y se dan la mano siempre que sus intereses no marchan opuestos. Hasta muchas veces se confunden, porque el obispado y el ducado se reunen en la misma persona, ocultándose bajo la cota de mallas los ornamentos sacerdotales.

Concentrada únicamente en la conquista del dominio temporal, luego en el sueño de la monarquía universal, la atencion de los papas perdió de vista la disciplina de la Iglesia y descuidó su gobierno interior. En tanto, la aristocracia episcopal, ayudada además por la trasformacion que se verificaba en Europa, y de la que no se salvó la Iglesia á despecho de sus pretensiones á la inmutabilidad, aprovechóse de esta distraccion para recobrar su antigua independendencia; pero fundándola en el poder y las riquezas, en vez de pedirle á la autoridad moral, que tanto brillo le habia dado en los primeros siglos. Y adquiere tal fuerza, sobre todo en Francia, que puede disponer soberanamente del reino, siendo los concilios de esta época verdaderos Estados generales. En Alemania, los barones tiemblan delante de los obispos. En Italia, los arzobispos de Milan y de Rávena son rivales más que subordinados de los papas, y desempeñan con frecuencia papel mucho más importante que el de los pontífices en los acontecimientos políticos. Por todas partes se ven tentativas para organizar iglesias nacionales; cada obispo se aísla, procura hacer de su diócesis un pequeño Estado, reproduce por su cuenta la revolucion que el papado acababa de consumir, marchando

á la conquista de un féudo, de un principado, de un dominio temporal.

Este movimiento de descentralizacion habia de retardar dos siglos la gran era de la dominacion teocrática; pero no podia ser tan profundo y duradero en el seno de una sociedad organizada, disciplinada, solidaria, teniendo en sumo grado la conciencia de su accion, cual era la Iglesia, como en una institucion inerte, compleja, impersonal y fundada en la herencia, como era el imperio. Por esto el feudalismo episcopal fué mucho más fácil de destruir que el de los príncipes.

Es preciso, pues, saber lo que se quiere decir cuando se coloca en el siglo noveno la fecha de la completa separacion de lo temporal y lo espiritual. Estas fórmulas son cómodas, porque simplifican mucho la historia; pero rara vez dan idea exacta de las situaciones que pretenden resumir. No puede negarse que la Iglesia fué mas independiente bajo el segundo imperio que bajo el primero, pero el principio de la separacion de los poderes no fué mejor respetado; fué violado en beneficio suyo, en lugar de serlo á su costa, hé aqui toda la diferencia. Y tal vez nunca fué realmente practicado, sino cuando la Iglesia estuvo separada del Estado por las persecuciones, esto es, durante los tres primeros siglos. A partir de su alianza con Constantino, y mientras subsistió el imperio romano, le estuvo subordinada con dependencia muy onerosa, que se trasformó bajo Carlomagno en una especie de reciprocidad de servicios, y bajo sus sucesores en usurpacion. Ahora es la Iglesia la que invade el poder civil y compromete el principio, en lu-

gar de mantenerlo, como se quiere afirmar. En tanto fué débil, imploró la libertad; apenas se sintió fuerte, reclamó el imperio.

Este primer golpe de estado del papado contra los reyes ha tenido numerosos apologistas, hasta entre los historiadores más apartados del criterio católico, para quienes lo justifica la superioridad de inteligencia y de moralidad que el clero tenía sobre sus rivales. No puede menos de reconocerse, en verdad, que esta superioridad era real, aunque no siempre aparezcã en los medios de que se sirvió; pero es sensible que en lugar de ponerla al servicio de la civilizacion, no la usara muchas veces sino para aumentar su influencia, ni tratara de vencer la barbarie sino haciéndose bárbaro él mismo. Se concibe que una autoridad que gobierna los intereses eternos del hombre, pueda creerse, con más razon, con derecho á dirigir sus intereses políticos; pero si no se sirve de los unos más que para explotar los otros, no tiene disculpa. Pues, ¿cómo poner en duda que las preocupaciones temporales del clero no le apartaran de sus verdaderos deberes? ¿cómo negar, en presencia de las falsas Decretales y de las falsificaciones que les siguieron ó antecedieron, que no mantuviera la ignorancia en vez de combatirla? ¿Por qué honrosa tentativa merece la alabanza que se le ha tributado más tarde de haber salvado las letras, y qué distancia no hay, bajo este punto de vista, entre su débil iniciativa y los tan infantiles, pero sinceros esfuerzos de Carlomagno para levantar la instruccion pública? Si la poca luz que quedaba en el mundo se conservó en el seno del clero, no se debió tanto á su celo por mantenerla, como al

privilegio de una situacion que le hizo su único depositario.

Todavía es más difícil admitir la pretendida necesidad en que se hallaba la Iglesia, de rodearse de gran aparato para imponerse á la imaginacion de los pueblos medio salvajes. Los resultados de su primera propaganda evangélica prueban, por el contrario, que los bárbaros se mostraron incomparablemente más sensibles que las poblaciones romanas á la magestad tan nueva para ellos de la fuerza espiritual, por la que se dejaron conquistar con maravillosa docilidad. La debilidad de sus primeros tiempos tuvo más influencia sobre ellos que todo el brillo de sus dias de grandeza. Atila retrocede al ruego de un hombre desarmado; Clovis cae de rodillas ante San Remí; y no se trata aqui de hechos particulares, sino que tal fué la actitud general del mundo bárbaro ante la Iglesia, mientras esta conservó su carácter desinteresado. Por el contrario, no bien se convirtió en fuerza política, se multiplicaron los atentados contra la persona de los pontífices y obispos, porque no estaba ya protegida por el respeto, sino por el temor.

La nueva direccion que el papado imprimió á la Iglesia podia ser, pues, condenada desde luego en nombre de los intereses cristianos, y mucho más aun por lo que toca á los de la civilizacion. Parece que la continuacion de las discusiones teológicas, esa continua referencia á los monumentos de la fé primitiva, debió haber prevenido el olvido de las más esenciales tradiciones del cristianismo; pero las controversias estaban abandonadas, y las mismas heregias, esa eterna protesta de la libertad del espíritu humano

contra las doctrinas infalibles, parecían resignarse al silencio. Solo el Oriente afirma su independencia por la voz de Focio, que se queda sin eco en Europa. La iniciativa religiosa de los pueblos jóvenes que ocupan la escena, no se manifiesta sino en formas de candidez infantil, en las cuales late, no sin sorpresa, el espíritu de las nacionalidades nacientes. Cada nación quiere tener sus santos en el cielo romano, y con frecuencia coloca en él bajo el disfraz católico sus antiguos dioses, metamorfoseados por la imaginación popular. Esta es la gran era de la mitología cristiana. El culto de las reliquias, la adoración de las imágenes, los juicios de Dios: hé aquí las prácticas que se introducen en aquel culto que había sido primero completamente espiritualista. Por el mismo tiempo nacen las órdenes monásticas, esa milicia de la Santa Sede contra el feudalismo de los obispos, formidable instrumento de unidad y de asimilación, elemento esencialmente católico y cosmopolita, en el cual la patria, la familia, la personalidad, son reemplazadas por una regla.

Lo que salvó en este momento á la Iglesia del completo naufragio, fueron algunos principios del cristianismo primitivo, que había conservado intactos en medio de la alteración de todos los demás. No me refiero al admirable libro de moral, del que era entonces considerada como único legítimo intérprete, y cuya llama siempre viva purificaba tantas manchas; sino á ciertas formas de su gobierno interior. Aunque el sacerdocio, ántes tan unido al pueblo, tendiese cada vez más á formar clase á parte, gobernándose por sí mismo sin someterse á ninguna inspección; aunque pre-

tendiese desde mucho tiempo ya regular las cuestiones religiosas como asuntos personales que sólo á él competian, no por esto dejaba de ser la única sociedad de aquel tiempo en que se mantenian algunas reglas de justicia, y por esto conservaba gran superioridad moral sobre las instituciones bárbaras, que tenian por carácter dominante el privilegio y la arbitrariedad. El gobierno de la Iglesia era el único en el mundo, en que se conocia y practicaba el principio de la igual elegibilidad de todos para todas las dignidades, y esta gran leccion de justicia, que nunca cesó de dar al través de sus numerosas vicisitudes, contribuyó poderosamente á su popularidad y duracion.

Por este homenaje tributado al espíritu de igualdad, y gracias al sistema electoral que aseguraba su eficacia, la Iglesia era el centro de atraccion de todas las fuerzas postergadas ó sacrificadas en los pueblos, y ponía al servicio del más inteligente los medios de accion y de influencia que los otros sistemas políticos solo ofrecian al más fuerte. De las dos formas de eleccion que han subsistido hasta hoy, la una en que el inferior es elegido por el superior, la otra en que el superior lo es por el inferior, usaba segun los casos, atribuyendo, por ejemplo, el nombramiento del sacerdote al obispo, el del obispo al clero llano; pero la más liberal y democrática predominaba aun sobre la otra. Verdad es que el pueblo ya no intervenia sino muy pocas veces en la eleccion de los obispos, pero tomaba vivo interés por ellas, é influia, si bien indirectamente, por lo comun con eficacia. En Roma sobre todo, donde por una decision de Juan IX, dada en 898, no se le dejó más que el derecho de asistir á la

eleccion de los papas y de manifestar su deseo en lugar de su voluntad, se apasionaba con ardor en pró ó en contra de los candidatos. Aun no se habia acostumbrado á considerar, como compensacion suficiente de la pérdida de su derecho de sufragio, el de saquear el palacio del papa difunto y la casa del papa elegido. Se apiñaba al rededor del recinto donde deliberaba el clero reunido en Senado, y á veces rodeaba á los comisarios del emperador, imponiéndoles su voluntad por insurrecciones cuando rehusaban aceptarla amigablemente.

Tales eran, con el matrimonio de los sacerdotes, todavia admitido generalmente, pero como estado mucho más distante de la perfeccion que el celibato, los últimos lazos que unian el clero á los pueblos. Por débiles que fuesen ya, á ellos debió su salvacion y sus más grandes victorias en la Edad Media. No obstante los abusos que llevaba en su seno, no obstante el poder absoluto que en ella crecia de dia en dia, la Iglesia era aún la única democracia que habia en el mundo.

CAPÍTULO V.

Decadencia simultánea del papado y del imperio ante el feudalismo.

No fué, pues, la resistencia de los príncipes, sino la peligrosa é inesperada oposicion que encontró por parte del poder episcopal, la que hizo perder al papado los beneficios de su victoria sobre el imperio. Hasta la extincion de la raza carlovingia nunca faltó á los papas, para realizar sus proyectos de dominacion, mas que el concurso de los obispos; pues por parte de los emperadores hubo tal docilidad, que justificaba plenamente los planes que se tramaban contra su independencia. Juan VIII da, por su autoridad privada, á Cárlos el Calvo la corona imperial, que pertenecia á su hermano el rey de Germania; Cárlos la recibe como un don, y paga este servicio firmando la renuncia á todos los derechos esenciales del imperio sobre el papado. Poco despues le envía el pontifice, alentado con este éxito, un legado para gobernar á Francia en su lugar, y Cárlos lo recibe con todas las señales de entera sumision; pero entónces se levanta todo el episcopado francés para protestar contra el extranjero.

¿Qué es lo que le inspira este celo y estos temores? ¿es el peligro que amenaza á la autoridad del emperador? No, es el cuidado de su propio poder. Despues de la muerte de Cárlos el Calvo, Juan rehusa nombrarle sucesor durante tres años seguidos, para mostrar que el imperio no se levanta y que sólo depende de él; y al cabo de este tiempo, tampoco son los condes y marqueses, sino los obispos italianos, acaudillados por el arzobispo de Milan, los que le obligan á coronar á Carlos el Gordo.

El período comprendido entre la deposicion de Cárlos el Gordo y la eleccion de Oton I (887-962), en que el imperio pasa á manos de los Alemanes, es una de las épocas más extrañas y oscuras de la historia. En vano se buscaría establecer enlace natural y sistemático entre los acontecimientos que en él se suceden sin ningun encadenamiento, y los historiadores que lo han intentado, han llegado á una lógica todavía más incomprendible que los azares de aquella extravagante confusion. Asistimos ahora á la convulsion desordenada de todos los elementos contrarios que hasta aquí han aparecido en las combinaciones del drama italiano; pero, como estos elementos no tienen personificacion constante, y los hombres que los representan cambian por momentos de papel y de trage, el hilo de la accion se rompe sin cesar, siendo casi imposible hallar en ella otra unidad que la resultante de una clasificacion abstracta de principios. Cada uno de ellos obra por su cuenta con ciega energia, sin que jamás se le ocurra ponerse de acuerdo con lo que existe á su lado, como si la vida de los Estados no fuese una armonía.

Todas las instituciones, todas las individualidades, todos los grupos heterogéneos formados en Italia por tantas invasiones sucesivas, tantas superposiciones de razas confundidas y no fusionadas, tantas aglomeraciones discordantes, tantos intereses y pasiones inconciliables, se chocan con furia en esta confusión anárquica, favorecida además por el movimiento feudal que se ha apoderado de toda Europa, y el combate no tiene otro fin que el combate mismo. El imperio desaparece momentáneamente en el naufragio de la raza carlovingia en Italia, y pasa á ser presa de oscuros aventureros; el papado que, desde el pacto de Carlomagno, parece que no podia pasar sin él ni vivir en paz con él, sufre el mismo eclipse, pierde su carácter de universalidad, y se deja absorber por las pequeñas intrigas que se agitan á su alrededor. Roma suscita reyes contra papas, papas contra reyes, para conservar una sombra de libertad merced á sus divisiones. Las ciudades no piensan en defenderse sino contra las incursiones húngaras ó sarracenas, y se entregan a quien las quiere tomar, aparentando como cierta fruición en no ser fieles más que á su propia movilidad. Los condes favorecen con todo su poder las rivalidades de los pretendientes al trono, porque cuanto mayor sea su número, más disminuye su autoridad, cuyos despojos ellos heredarán. Por último, los italianos del Mediodia oponen su monarquía al reino de los italianos del norte, y el centro se inclina ya de un lado, ya del otro, sin otro fin aparente que el de establecer el equilibrio de esta doble nada.

En medio de esta agitacion confusa y estéril, sólo se descubren dos tendencias constantes, que enlazan

esta historia á la de los tiempos anteriores; sin ellas se creería que se trata de otra época y de otro país. La primera es la persistencia de la aristocracia de la alta Italia, heredera de las tradiciones lombardas, azotada periódicamente por las invasiones, y por esto mismo más necesitada de una organización fuerte, á constituir la Italia en reino, á fundar su nacionalidad en la forma más propia para asegurar su autonomía é independencia; la segunda es la no ménos constante del papado á destruir sin cesar esta difícil obra á medida que se vuelve á empezar. Esta perseverancia implacable, que habremos de señalar con frecuencia y que es el verdadero crimen del poder temporal, es también el único punto en que la política pontifical jamás se ha desmentido, y adquiere carácter más odioso á medida que la víctima parece renacer bajo sus golpes. Se la encuentra exactamente la misma á diez siglos de distancia, obrando con los mismos auxiliares contra el último rey del Piamonte y contra Desiderio, rey de los lombardos; pero rara vez ha tenido tantas ocasiones de manifestarse como en el corto período de 888 á 962.

Berengario I, duque de Frioul, abre la série de estas tentativas, sin acordarse para nada, ocioso es decirlo, del gran principio que servía; pero poco importa que, como la mayor parte de sus predecesores ó imitadores, no tuviese en vista más que su engrandecimiento personal, si su interés estaba de acuerdo con el de aquel principio. Pues bien, apenas fué coronado rey de Italia por la dieta de Pavia, el papa Estéban V le opone á Gnido, duque de Spoleto, que eleva al imperio para darle el apoyo de los romanos. Mas Gnido era

solo un instrumento que no podia tomarse en sério, y que era preciso destruir una vez cumplida su mision.

Este emperador, italiano de pura raza, no corresponde en efecto al tipo tradicional, cuyo representante debia ante todo vivir y reinar léjos de Italia, tenerla sin poseerla, con el fin de dejar á la Iglesia su libertad de accion. Con él la unidad nacional, tan temible para el papado, tenia tantas probabilidades de fundarse como con un rey. En su consecuencia, el papa Formoso llama contra Gnido á Arnolfo, rey de los alemanes, á quien á su vez nombra emperador. Pero muerto este papa, Lamberto, hijo de Gnido, gana á su sucesor, que hace desenterrar el cadáver de Formoso, lo lleva ante un concilio, instruye su proceso, obtiene su condenacion y arroja sus cenizas al Tiber. Este papa, lleno de fantasia, fué tambien asesinado poco tiempo despues.

El móvil de los pontífices romanos, al impedir á todo trance la formacion de un reino italiano, era desde entónces tan claro para todo el mundo, que este mismo Lamberto tuvo la idea de quitarle todo pretexto ofreciendo expontáneamente á Juan IX renovar el pacto de Carlomagno, pero sobre bases puramente italianas, asegurándole la completa independenciam de las tierras donadas, con todas las ventajas de que gozaba el papado bajo la dominacion franco-italiana. Pero prometia más de lo que podia cumplir, porque el imperio italiano no podia ser otra cosa que un reino disfrazado, y hubiese exigido, para subsistir, unidad no ménos sólida. Así, las concesiones de Lamberto no le salvaron de la suerte comun: fué asesinado, y Berengario reaparece en la escena. Contra éste se llama á

Luis, rey de Provenza, el cual, no bien se hubo ceñido la corona, fué expulsado despues de haberle sido arrancados los ojos. De nuevo se presenta Berengario, para ceder en seguida el sitio á Rodolfo, duque de Borgoña, quien á su vez es reemplazado por Hugo, duque de Provenza.

Tales son las peripecias de estas inextricables luchas, cuyos héroes parecen juguetes de una fuerza superior y malhechora, sin otro pensamiento que el de destruirlos unos contra otros, para impedir que nada se establezca ni dure en torno de ella: pensamiento cuya tenacidad admira, cuando se considera el abatimiento sin nombre á que habia llegado el papado de caida en caida. Su instinto de conservacion hacia que concentrase toda la energia que le quedaba en este sólo objeto, y terrible aún en este terreno, parecia muerto fuera de él. Fuese que su rápida elevacion les hubiese producido vértigo, ó que se sintiesen cansados y desalentados ante las dificultades casi insuperables que les suscitaba el feudalismo episcopal en el momento en que el éxito de sus planes parecia más seguro, los papas escandalizaron al mundo con la corrupcion de los antiguos césares. Y como sucede siempre que la descomposicion entra en un pueblo ó en una institucion, inauguróse en la córte romana el reinado de las mujeres. El papado cayó en manos de la mujer. Cortesanas de ilustres casas, las dos Teodoras y Marozia, disponen de la tiara casi durante sesenta años. Tienen las llaves del castillo de San Angelo; dominan á la aristocracia por su familia, al pueblo por la dulzura de su administracion, á los papas por sus vicios. Sus amantes pasan del lecho al trono pon-

tificio ó al calabozo, y estos pontífices practican las costumbres de los sarracenos, á quienes pagan tributo, y casi todos mueren envenenados ó estrangulados, como corresponde á héroes de serrallo. Uno de ellos, Juan XII, nieto de Marozia, manchado de incestos y adulterios, ordenaba á los sacerdotes en una cuadra é invocaba á Vénus y á Baco, como franco pagano que era, lo cual le reprocha gravemente el emperador Oton en una de sus cartas. Murió á martillazos por un marido celoso. Pero estos extravíos de los hombres no tienen que ver con las vicisitudes de la institucion, únicas que entran en el plan de esta Historia.

Lo que hay de más notable en el gobierno de estas famosas patricias, es la popularidad de que gozaron entre los romanos, tan volubles por lo comun con todas las dominaciones comenzando por la de los papas, á quienes aman y aborrecen á la vez con igual violencia. Tuvieron el arte de reinar sin gobernar apénas, se llevaron bien con las susceptibilidades democráticas, dieron libre curso á las fantasias municipales, y realizaron de este modo el ideal de esos republicanos tan obstinados en su quimera, que querian que Roma fuese á la vez el centro de la Iglesia y del Imperio sin obedecer al papa ni al emperador, y que la vieja república viviese con sus formas populares bajo esta doble aglomeracion.

De igual manera se explica la administracion, relativamente larga y tan original sobre todo, en la Europa del siglo X, de Alberico, hijo de Marozia. Continuando la tradicion de su madre, mantiene la independencia de la ciudad contra los papas y los reyes,

y reina como dictador municipal y feudal en tanto que el pontífice duerme en Letran, y Hugo no se atreve á emprender nada contra él.

Compréndese que durante tal envilecimiento, que nos recuerda el de los Merovingios bajo los mayordomos de palacio, las grandes aspiraciones teocráticas de Nicolás y de Estéban II quedasen en el abandono y el olvido. Sin embargo, estaban en visperas de reaparecer con las situaciones que les habian dado origen. El antagonismo de la Iglesia y del Imperio iba á reproducirse por el solo hecho de su comun resurreccion, y con él la cuestion de saber cual de los dos serviria al otro de instrumento. Hugo, Berengario II, arrastrados por la lógica de su situacion, trabajan con todas sus fuerzas por la unificacion de las provincias italianas; pero fracasan ante la misma hostilidad que habia paralizado los esfuerzos de sus predecesores. Despues de sangrientas y prolongadas luchas, en el momento en que Berengario II parecia á punto de alcanzar la unidad tan penosamente buscada, Juan XII suspende por un instante sus orgías para hacer una señal, y Oton I sale del fondo de Alemania y se precipita sobre Italia. El camino queda abierto para siglos á la invasion germánica.

CAPÍTULO VI.

Lucha del papado contra el feudalismo episcopal.

El primer cuidado de Juan XII, al coronar á Oton emperador, fué hacerle renovar el pacto de Carlomagno, circunstancia que los papas nunca olvidaban y reproducian las más veces posible, porque lo vago de las cláusulas de este contrato, cuyo original tal vez nunca habia existido mas que en forma de estipulaciones verbales, les permitia interpretarlas en su provecho y aumentar gradualmente su extension. A ejemplo de Pipino, de Carlomagno y de Ludovico Pio, Oton no deja de dar provincias y ciudades que no le pertenecen; así, no opone el menor reparo en abandonar á los papas la propiedad de Sicilia, que estaba entónces en poder de los sarracenos. Sin embargo, las últimas cláusulas de su acta de confirmacion muestran claramente que el emperador no entendia privarse de su derecho de soberanía sobre todos los Estados de la Santa Sede, y que se reservaba la alta jurisdiccion; porque en ellas se dice textualmente que el papa no será consagrado sin el consentimiento de los comisarios del emperador, los cuales residirán en

Roma, y le enviarán anualmente una relacion sobre la manera de administrarse la justicia en las provincias dependientes del dominio pontifical.

La guerra eterna, inevitable, contenida en este pacto, que nunca se firmó sino con la reserva de eludir sus condiciones, desencadenóse desde el año siguiente. Juan XII quiso volver á Berengario II, cuya dominacion le parecia dulce comparada con la brutalidad germánica; pero era ya tarde. Oton los bate, depone á Juan, y lo hace condenar por un concilio, que nombra en su lugar á Leon VIII. Pero los romanos cogen odio á este papa elegido sin ellos, lo expulsan, llaman á Juan XII, y muerto éste, le dan por sucesor á Benito V. Oton marcha sobre Roma, restaura por la fuerza á su protegido en el trono pontifical, y despues de él designa á Juan XIII. Otra vez los romanos se aprovechan de su ausencia para desterrar al nuevo papa, y se lisonjean de recobrar bajo el reinado del emperador las licencias de la administracion municipal y aristocrática, tan complacientemente toleradas por los Berengarios. Pero Juan XIII se presenta en seguida á disipar este bello sueño con los soldados de Oton: hace desenterrar y descuartizar el cadáver de Roffredo, último prefecto de los romanos, que acababa de morir, y manda ahorcar á sus doce tribunos. Leccion mil veces repetida y siempre inútil. Una de las principales preocupaciones de los romanos, en la Edad Media, parece haber sido conservar á un tiempo todas las formas del poder que, bajo cualquier título, habian tenido un puesto y un nombre en su historia, sin advertir que estas formas habian sido sucesivas y se excluian reciprocamente.

Así tuvieron á la vez comicios, senado, tribunales, cónsules, prefectos, patricios, reyes, emperadores, papas. Se empeñaron en que su ciudad mostrase todas estas instituciones reunidas, del mismo modo que contenía en su seno los vários monumentos que las recordaban; y en efecto se encontraban en ella, pero como en un museo ó en una necrópolis. A unos pueblos que dependían de su ciudad, quisieron aplicarles el inmenso mecanismo administrativo que sus antepasados habían tendido como una red por el mundo. A la manera de su último tribuno Rjenzi, mostráronse maestros en arqueología; pero tomaron sus exhumaciones por cosas vivas, no advirtiendo que los otros pueblos solo veían en ellas objetos de curiosidad.

Apesar de la viveza de estas primeras hostilidades entre la Iglesia y el Imperio, el papado se encontraba todavía muy débil y abatido para sostener la lucha, y en su lugar se presentan las más veces los obispos. Estos traen aspiraciones diferentes de las suyas, que quizás no eran más desinteresadas, pero que á lo ménos tenían el mérito de no sacrificarlo todo en provecho de una sola centralización. Este momento señala el apogeo del poder episcopal. A principios del siglo XI toda la vida de la Iglesia se refugia en ellos, que se muestran muy superiores por sus costumbres y sus luces á lo que habían sido en los tres siglos precedentes. Puede afirmarse sin temor que el espíritu de independencia, de que estaban animados, no dejó de contribuir á este progreso; porque basta casi siempre aumentar la responsabilidad, para desarrollar la moralidad y fortificar el carácter. Los obispos de es-

te tiempo tenían en sumo grado el sentimiento de su dignidad individual; tenían una gran idea de su misión, y querían hacerla respetar. Creían que toda la Iglesia estaba en ellos, y se negaban á reconocer su personificación en las hechuras de las cortesanas romanas. Decidían en sus sinodos todas las cuestiones que interesaban al episcopado, y nunca se remitían al arbitraje de los pontífices: «Es menester, dice Gerberto, el más ilustre de ellos, en uno de sus concilios, es menester no dar á nuestros enemigos ocasion de decir que el sacerdocio está sometido á un hombre de manera que, si este hombre se deja corromper por plata, por favor, por temor ó ignorancia, nadie pueda ser obispo sin recomendarse á ese hombre por semejantes médios.»

A nadie se le ocurría poner correctivo á este lenguaje; tal era el contraste éntre el envilecimiento del papado y la autoridad moral del episcopado, representada entonces por varones como Gerberto, San Dunstan, San Romualdo, San Bonifacio y San Adalberto. El nombre de Roma era universalmente despreciado: «¡Oh Roma, exclama Arnolfo, obispo de Orleans, en el concilio de Reims, cuán digna eres de compasion y qué espesas tinieblas han sucedido á la dulce luz que derramabas sobre nuestros cielos! Allí resplandecían los Leon, los Gregorio, los Gelasio... Entonces la Iglesia podía llamarse universal. ¿Por qué hoy tantos obispos, ilustres por su ciencia y su virtud, se han de someter á los monstruos que la deshonoran? Si el hombre que se sienta en ese trono sublime carece de caridad, es un ante-Cristo; si á la vez carece de caridad y de sabiduria, es un ídolo: lo mismo daría

consultar un pedazo de mármol. ¿A quién, pues, acudirémos cuando tengamos necesidad de consejo sobre las cosas divinas? Volvémonos hácia Bélgica y Germania, donde brillan tantos obispos, lumbreras de la religion, é invoquemos su juicio, ya que el de Roma se vende á peso de oro y pertenece al que ofrece más. Y si, oponiéndonos á Gelasio, alguno nos dijera que la Iglesia romana es juez nato de todas las iglesias, le responderémos: comenzad por colocar en Roma un papa infalible!»

Por estas palabras, cuya energía apenas igualará Lutero, se puede medir la extension del peligro que corrió entonces la unidad romana. La rivalidad pontifical y episcopal se complicaba con el antiguo odio de las nacionalidades contra los césares. Luitprando, en la curiosa relacion de su embajada á Constantino-
 pla, cuenta que el emperador Nicéforo, queriendo hacerle burla, le dijo un dia: «Vosotros no sois romanos, sois lombardos.—Nosotros, lombardos, sajones y francos, respondió Luitprando, no conocemos injuria mayor que llamar á un hombre romano. Esta palabra significa todo lo que se puede imaginar de bajeza, de cobardía, de avaricia, de deshonra y de maldad.»

Estos calificativos dan idea sumaria, pero bastante exacta, de los hechos y proezas de los pontífices de este tiempo. En este punto podemos atenernos á las apreciaciones de los historiadores eclesiásticos, que no serán tildados de parcialidad. Con dificultad podríamos traducir á veces el atrevido latin de Baronius, cuando emite su opinion sobre algunos de estos papas.

El único acontecimiento que merece ser notado

bajo el reinado de Juan XV, es la tentativa de Crescencio para restablecer en Roma el gobierno municipal, continuando la tradicion de Alberico. Era, como Alberico, de la casa de los condes de Tusculum é hijo de Marozia, y segun la fama, le aventajaba en valor y elocuencia. Aprovechándose de la ausencia de Oton II, y á la muerte de éste de la minoría de Oton III, se hizo nombrar cónsul por el pueblo; redujo al papa Juan XV á su dominio espiritual, y gobernó en Roma como tribuno democrático y feudal á la vez, singular asociacion de dos elementos enemigos por naturaleza y que no habia de encontrarse en Rienzi ni en Arnaldo de Brescia, sin embargo de ser sus continuadores. Pero pronto la muerte de Juan XV ofreció á Oton III ocasion de intervenir en los negocios romanos, dándole por sucesor á Gregorio V. Un papa aleman, un papa aliado del emperador, era ya una imposibilidad moral, una contradiccion viva, y parecióles á los romanos un ser odioso y anti-natural. Por esto Crescencio lo sustituyó con un griego llamado Filagatus, obispo de Plasencia.

Este nombramiento obedecia á un proyecto quimérico, como todos los que enjendró en la edad media la imaginacion de este pueblo de Epiménides. Para romper el yugo de los alemanes, concibió el plan de devolver á los emperadores griegos su soberanía sobre Roma y el Exarcado; plan absolutamente irrealizable en el estado de decrepitud en que habia caido Constantinopla, pero que gustaba á los romanos porque halagaba su quimera favorita: un dueño extranjero, débil y apartado.

Oton se hallaba á las puertas de Roma ántes que

un soldado griego hubiese desembarcado en Italia. Filagatus fué entregado—segun uso antiguo y siempre nuevo—por el pueblo cuyo ídolo era, y paseado por las calles horriblemente mutilado. En cuanto á Crescencio, encerróse en el castillo de San Angelo, antiguamente mole de Adriano, fortaleza entonces inexpugnable. No habiendo podido forzarla los alemanes, Oton le redujo á capitular, asegurándole la vida y la libertad; pero apenas lo tuvo en su poder, mandó cortarle la cabeza y puso á la mujer del difunto en su lecho. Poco despues fué envenenado por ella.

Algunos años más tarde, Juan, hijo del «gran Crescencio, enemigo de los papas y reyes», como decian los epitafios romanos, señala la última conmocion de estas agitaciones, cuyo espíritu sobrevivió durante toda la edad media cada vez más democrático, pero cuyo desarrollo fué siempre anárquico, como el de la mayor parte de los elementos de la historia italiana. A causa de ilusiones hereditarias que la supersticion del mundo contribuia á mantener, tendencias buenas y loables en sí, como inspiradas por el patriotismo, debian conducir invariablemente á una ambicion falsa, mezquina y ridícula, que tenia por objeto elevar la pequeña municipalidad romana sobre todos los poderes de la tierra.

Una tentativa de carácter muy distinto, por más que emanase, como la de Crescencio, de una reaccion del sentimiento nacional contra la dominacion extranjera, aparece desde el principio del reinado de Enrique II, sucesor de Oton III: la larga guerra sostenida contra el imperio por Arduin, marqués de Ivrea, con el fin de reconstituir el reino. Apoyado por Pavia,

antigua capital del reino de los lombardos, y por el feudalismo de la alta Italia, luchó casi durante diez años con estas fuerzas desiguales, y obtuvo triunfos seguidos de reveses; pero fracasó como todos los que le habian precedido en esta empresa y ante los mismos obstáculos. El título de santo que Enrique, su vencedor, recibió del papado agradecido, dice bien claro hácia qué lado se inclinó éste.

Bajo Conrado, elegido rey y coronado luego emperador despues de Enrique el Santo, el feudalismo episcopal fué todavía el que sostuvo, á falta de los papas, la causa de la iglesia contra el imperio. En vano se buscaria un motivo personal, ó un pretexto siquiera, en la agresion inesperada de Heriberto, arzobispo de Milan, á quien el emperador habia colmado de beneficios; no tenia otro que el eterno antagonismo de los dos principios, cuyo estado natural era la guerra. Conrado respondió á la agresion desencadenando contra el feudalismo episcopal la pequeña nobleza y los paisanos de las ciudades, y lo hirió en el corazon con leyes que destruyeron por su base la gran propiedad feudal, que estaba casi toda en manos de los obispos. Declaró el feudo hereditario, inmovilizándolo de este modo en provecho de los pequeños vasallos, hasta entónces poseedores precarios y vitalicios. En medio de estas guerras, Heriberto inventa el signo que, por una de esas trasposiciones tan frecuentes en esta época, pasa á ser el arca santa de las repúblicas lombardas: el *Caroccio*, personificacion viva de la ciudad. Sobre el mismo carro se eleva el altar al lado del pendon municipal, apareciendo unidos por la mano el sacerdote y el magistrado. Este emblema de la muni-

palidad habia de mostrarse más de una vez con gloria en los campos de batalla de Italia, pero jamás se vió ondear el de la pátria.

La Iglesia, en sus dias de peligro, se habia apoyado frecuentemente en las fuerzas democráticas, que Conrado, con estas nuevas medidas, creyó haber ganado para siempre á la causa del imperio; pero sólo hirió realmente al poder episcopal, y los golpes que le dió aprovecharon sobre todo al papado, que guardó todas sus alianzas.

En el curso de esta lucha se manifestó á los pueblos por primera vez el carácter codicioso é interesado de la aristocracia de los obispos, que se habia corrompido, como la institucion pontifical, por haber renunciado á su mision espiritual y ambicionado un papel político. Despues de haberse hecho odiosa por su insensata resistencia á las nuevas leyes del imperio, evidentemente conformes al interés general, se vió amenazada en el seno mismo de la Iglesia por ataques mucho más peligrosos, y desde este instante caminó á su decadencia. La oposicion que los obispos habian hecho á los papas se torna ahora contra ellos en nombre de la democracia monástica y sacerdotal; se les aplica la ley por ellos invocada, llamándoles á su vez á las tradiciones de la Iglesia primitiva, y, como en todas las guerras de la igualdad contra las oligarquías, el mayor número busca su aliado en el poder supremo, colocándose la nueva revolucion bajo el patronato del papado. Se denuncia la ambicion de los preladados, sus riquezas, su inaguantable orgullo, la relajacion de sus costumbres, su complacencia con los abusos introducidos en la colacion de los beneficios,

su avaricia, que llegaba á veces hasta acumular las rentas de muchas sillas episcopales á la vez.

Estos reproches eran merecidos. Cada obispado habia reproducido en compendio las crisis de la transformacion política del papado; habia contraido la dependencia y enfermedades de esta nueva constitucion á la par que adquirido los provechos y privilegios. A la manera que, á cambio de las donaciones hechas á los papas, los emperadores se habian reservado el derecho de confirmar ó anular su eleccion, así los príncipes y señores que habian fundado en favor de los obispos pequeñas soberanías temporales, que constituian el principal objeto de lo que se ha llamado beneficios eclesiásticos, se habian reservado casi sin excepcion para si y sus herederos el derecho de nombrar á los poseedores ó usufructuarios.

De esta suerte el problema del poder temporal, los inconvenientes que traia consigo, el régimen que lo habia consagrado, veianse generalizados en toda la cristiandad, y provocaban abusos idénticos en Roma que en las villas. Los manejos usados en la eleccion de los papas se reproducian en pequeño y en formas más groseras, pero semejantes, cuando se trataba de nombrar un obispo ó de trasferir un beneficio, y las altas dignidades sacerdotales se obtenian casi en todas partes á precio de plata, ó por favor, que es lo que se llamaba *simonia*. Todavía en esto los prelados imitaban á los papas, de los cuales la mayor parte eran elegidos comprando los sufragios del pueblo á precio de oro y el consentimiento de los emperadores al precio de vergonzosas concesiones, sin que podamos exceptuar al mismo Gerberto, papa con el nombre de

Silvestre II, que fué nombrado gracias á Oton III, de quien habia sido preceptor. Benito IX, no contento con haber comprado la dignidad pontificia, la revendió por una cantidad de plata al arcipreste Juan, que reinó con el nombre de Gregorio VI. Entónces se vieron en el mercado de Roma hasta tres papas disputarse á la vez la santa Sede.

Pero así como el papado habia precedido al episcopado en el camino de la corrupcion, tambien se le adelantó ahora en el de la regeneracion. Bajo los papas elegidos por la influencia alemana, Clemente II, Leon IX, Víctor II, Gerberto, el más grande hombre de su tiempo, Estéban IX, la santa Sede se rehabilita y se prepara á sus próximos combates contra el imperio, esforzándose en restablecer fuerte y severa disciplina en el seno de la Iglesia, y en recobrar su antigua autoridad, que considera como usurpada por los obispos. Mas con sus solas fuerzas jamás hubiese emprendido tan difícil obra; empero le vino inesperado y formidable socorro de los monjes y del clero llano, sobre el que pesaba la oligarquía de los prelados.

Leon IX celebra un concilio en Francia, á pesar del rey, con el apoyo de la plebe monástica y sacerdotal, y depone ó excomulga á todos los obispos que se niegan á reconocer su preeminencia. En todas partes se multiplican los concilios contra los prelados simoniacos, y la simonía, que sirve de consigna en esta guerra, llega á ser, por lo vago de su definicion, maravillosa arma en manos de la revolucion naciente. Si hemos de creer á Pedro Damiano, existe la simonía de la lengua, la simonía de la mano y la simonía de los servicios. ¿Quién podrá lisongearse de escapar

á los lazos de esta ley de sospechosos? Las misiones de los legados, lugartenientes de la santa Sede y representantes de su dictadura, pasan á ser funcion normal, permanente, que se extiende por todas partes, y acometen contra los obispos ántes de acometer contra los reyes. Los monjes, enemigos natos del feudalismo episcopal, son elevados á las primeras dignidades de la Iglesia, y desempeñan los más influyentes cargos. Un monje, Pedro Damiano, escribe contra los obispos sus virulentas filípicas, aplicando en cada página á estos príncipes de la Iglesia las denominaciones de cortesanos, bufones, esclavos, etc. Los moteja, los ridiculiza y les pone cantares. Tenemos de él una especie de cancion en latin grotesco, que resume en pocas palabras los principales reproches que se les dirigen(1). Les invita á hacer penitencia con el ayuno y las maceraciones; inventa para ellos la flagelacion voluntaria, que les aconseja continuen hasta mil azotes, á pretexto de que «lo bueno nunca peca por exceso.» Estéban IX, reconociendo los servicios que Damiano habia prestado á la causa papal, tuvo que amenazarlo

(1) Cedant equi phalerati,
 Cedant cœci rabulæ
 Cedant canes venatores,
 Ac minorum fabulæ
 Et accipitrices rapaces
 Necnon aves garrulœ
 Cedat
 Sacerdotum simul atque
 Scelus adulterii,
 Et laicorum dominatus
 Cedat ab ecclesiis, etc.

con la excomunion para obligarle á aceptar el obispado de Ostia y el titulo de primer cardenal; porque, á sus ojos, era rebajarse abandonar el hábito de monje por el de obispo.

En cada obispado aparece un monje representante de la nueva reforma. En Florencia, el monje Pedro atraviesa incólume una hoguera en presencia del pueblo, para convencer al obispo de simonía por este signo de Dios. Otro monje, Lanfranc, el campeon de la supremacia romana contra Berengario, pasa á Inglaterra á poner en regla al episcopado anglo-normando y la gobierna como si hubiese sido el mismo papa. En fin, todavía otro monje, Hildebrando, que más tarde será Gregorio VII, recorre la cristiandad predicando esta cruzada, y es tal la popularidad que en ella adquiere, que llega á ser desde su principio el más importante personaje de la Iglesia, y que Estéban IX, sintiéndose próximo á morir en su ausencia, ordena á los cardenales dejar vacante la Santa Sede hasta su vuelta, á fin de que la eleccion se verifique bajo su influencia. Esta recomendacion fué cumplida estrictamente á pesar de los inconvenientes que ofrecia y á despecho de la aristocracia romana, cuyo anti-papa tuvo que renunciar á los piés de Nicolás II, designado por Hildebrando. Alejandro II fué elegido papa bajo la misma inspiracion, á la que obedeció dócilmente durante todo su reinado. Despues de éste, la revolucion se coronó á si misma en la persona de Hildebrando.

CAPÍTULO VII.

Gregorio VII.

Las instituciones tienen su ideal como todas las cosas humanas, pero como su desarrollo es esencialmente desigual é incierto, las más veces tienen que ocultarlo y aplazarlo, y solamente en las pocas ocasiones en que les es dado manifestarlo á la luz del día, dicen todos sus secretos, y se puede conocer á fondo su espíritu, moralidad é influencia. En estos breves instantes se condensa en cierto modo toda la fuerza y vida que tienen en estado latente, y por ellos deben ser únicamente juzgadas en última apelacion, del mismo modo que los individuos solo pueden ser apreciados justamente por el pensamiento que les mueve á obrar. Pues bien, el papado ha tenido dos momentos, el uno bajo Gregorio VII, el otro bajo Inocencio III, en los cuales dice todo lo que queria ser, mientras que en el resto de su historia solo se muestra tal como pudo ser.

Hildebrando, papa con el tan conocido nombre de Gregorio VII, es la más alta y completa personificación del ideal teocrático, tal como lo soñaron los pon-

tífices romanos. Si no lo realizó en todas sus aplicaciones, fué por lo menos el primero en formularlo y en mantener sus pretensiones con todo rigor y hasta el último día de su vida. Su reinado, aunque no fué de los ménos turbulentos, señala para el papado la era á que hasta entonces habia dirigido sus votos, y que despues ha lamentado siempre. Por su boca se atrevió al fin á decir á la faz del mundo qué es lo que entendia por esa palabra indeterminada de poder temporal; abandonó la mezquina ambicion que se le habia atribuido por su palabra y que habia servido de disfraz á su debilidad; se proclamó valientemente legislador de la humanidad y único soberano legitimo de los pueblos. Actitud llena de peligros y de magestad, á la que debe la página más hermosa de su historia. Es necesario despojarse aquí de todo prejuicio de opinion y de partido. Cierto que no se puede menos de reprobar el sistema tiránico de que Hildebrando se hizo apóstol y los medios frecuentemente poco honrosos á que apeló para realizar sus aspiraciones, pero se engañaria á sí mismo el que desconociese la abnegacion, el valor y el génio que desplegó en aquella obra con una fé absoluta en la justicia de su causa. Será siempre un deber ensalzar estas nobles cualidades donde quiera que aparezcan, porque este homenaje no se tributa á un hombre, sino á la naturaleza humana.

Que Hildebrando fué sincero, no digo en el detalle de sus actos y empresas politicas, en que no siempre es evidente su buena fé, sino en la gran conviccion que le servia á la vez de fin y excusa á sus ojos, cosa es que no puede ponerse en duda cuando se estudia

de cerca su vida, consagrada enteramente á una idea, y que no deja de ser bella aún cuando esta idea sea falsa. Como el hombre no se eleva á la verdad sino por aproximaciones sucesivas, ¿qué clase de mérito le sería dado alcanzar si la abnegacion no tuviese su belleza independientemente de la legitimidad del fin que persigue? En Hildebrando se encuentra la unidad y el desinterés de las ambiciones superiores. Desde su juventud se le vé consagrado exclusivamente al triunfo del principio que constituia para él una segunda religion, subordinándole su propio encumbramiento. Sólo por él y para él desea salir victorioso. Ya hemos hablado de la extraordinaria influencia que ejerció en los pontífices, sus predecesores inmediatos, y cuya eleccion se dejó á su voluntad. Se pregunta cómo este hacedor de papas no piensa en hacerse papa á si mismo; pero un exámen más atento revela bien pronto los motivos de su indiferencia. Antes de llegar á los grandes combates que medita, quiere que esten preparados desde mucho ántes los caminos: hace decretar á otros las medidas que, si emanáran de él, suscitarian desconfianzas tal vez insuperables, y coloca en la santa Sede á sus precursores y ministros, haciéndoles adoptar y propagar de antemano todos los principios esenciales de su reforma. Bajo su inspiracion hieren estos con terribles golpes el feudalismo episcopal, se esfuerzan en sacar el beneficio eclesiástico de manos de los príncipes y en hacer del celibato la ley fundamental de la Iglesia. Pero la principal preocupacion de Hildebrando consiste en sustraer la santa Sede á la influencia imperial, omnipotente á la sazón, empresa delicada; en la que despliega una astucia y diplomacia nunca iguala-

das. En cada nueva eleccion se interpone como mediador entre el pueblo romano y el emperador, de tal manera que impone á este la voluntad de Roma, aparentando acomodarse á la suya y con pretexto de evitarle la molestia de la eleccion. Sustituye un homenaje insignificante al derecho del emperador, y cada vez que consigue eludir alguna disposicion, toma acta del caso, á fin de que sea punto de partida de una prescripcion definitiva.

De esta manera, desde el año 1059 dicta á Nicolás II, su hechura, el decreto votado en el concilio de Letran, por el que se confiere la eleccion de los papas al colegio de los cardenales, sin dejar al pueblo otro derecho que el de *consentir*, y sin mencionar el derecho de confirmacion del emperador mas que como simple titulo honorífico (*salvo honore et reverentia dilecti filii*); y desde la eleccion siguiente invoca este decreto como autoridad sin réplica, y el emperador, no pudiendo ó no atreviéndose á anularlo, tuvo que acatarlo.

Desde este instante funda tambien con admirable sagacidad las alianzas que le sostendran en la hora del peligro. En el Mediodia, compra la amistad de Roberto Güiscardo y de los normandos dando á sus conquistas la consagracion apostólica, que tiene la virtud de cambiar la fuerza en derecho, la usurpacion en legitimidad. En el Norte, gana la de Matilde, condesa de Toscana, alma valiente y apasionada, seducida por el ascendiente de su génio, colocando á su lado un director hábil é íntegro. De este modo prepara laboriosa y lentamente, sin impaciencia, todos los elementos en que se apoyará más tarde, y cuando, en fin, la vejez y las enfermedades de Alejandro II le anuncian que su fin

está próximo, abre las hostilidades haciendo intimar al jóven rey de Alemania, Enrique IV, la órden, hasta entónces inaudita, de comparecer en Roma para dar cuenta de su conducta y justificarse de la acusacion de simonia ante el tribunal del soberano pontifice, preludio admirablemente elegido para preparar los ánimos á las empresas que meditaba.

Hildebrando se hizo elegir por el colegio de los cardenales y el pueblo de Roma, al que ya no se consultaba sino en los casos en que habia necesidad de una manifestacion imponente. Prescindió del sufragio del emperador, poco ántes necesario aun para que fuese válida la eleccion; pero no se sintió todavía bastante fuerte para hacerse consagrar sin su consentimiento, y lo obtuvo aparentando someterse, á pesar de la oposicion de los obispos alemanes, que odiaban en él al enemigo de la aristocracia episcopal.

Desde el primer año de su pontificado se vé claramente su fin, aparece en sus palabras y hechos. La monarquia universal es á lo que aspira Gregorio VII, y hácia ella camina con la severa tranquilidad del sacerdote que está seguro de obrar por la buena causa, y de purificar la accion por la intencion. La serenidad que muestra Gregorio cuando falta á la verdad, sorprende en alma tan levantada, asombro que se repite con frecuencia en toda la edad media. ¿Qué especie de mutilacion, se pregunta, sufririan esas almas sacerdotales, no solamente para adquirir semejante impasibilidad en la impostura, sino para conservar esa inalterable serenidad en medio de tantos horrores, y ser tan inaccesibles á los remordimientos como el cuchillo sagrado despues de la hecatombe? Pero entre Hilde-

brando y sus sucesores hay la diferencia, á lo ménos, de que los subterfugios que emplea no son sanguinarios, no son áun más que piadosas astucias.

«No ignorais, escribe á los condes de España, que desde los tiempos más remotos el reino de España es propiedad de San Pedro, y que pertenece todavía á la santa Sede y á nadie más, aunque esté en manos de los paganos; porque lo que una vez ha entrado en lo propiedad de la Iglesia nunca deja de pertenecerle.»

De esta manera invoca sobre España un derecho de que nadie habia oido hablar jamás, y se aprovecha de esta atrevida hipótesis, cuyo éxito favorecian la ignorancia, la credulidad y la confusion en que se hallaba sumida España, para reclamar de los condes la soberanía de las tierras que conquistáran al enemigo con un tributo anual.

Difícil era sostener fábula semejante en Francia, donde las recientes luchas de Hincmar y el episcopado contra la santa Sede habian dejado en la memoria ideas bastante claras sobre los derechos respectivos de la Iglesia y del Estado; por esto Gregorio se contenta con amenazas espirituales, pero teniendo buen cuidado de advertir al rey que pueden derrocarlo tan seguramente como un golpe político: «Si el rey no renuncia al crimen de simonia, los franceses, heridos con el anatema, rehusarán obedecerle por más tiempo.» Mas con el rey de Hungría vuelve á su tésis favorita:

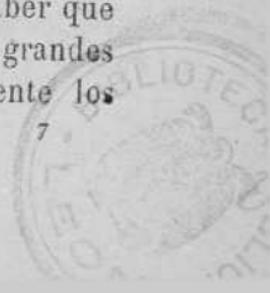
«Como sabreis por vuestros predecesores, le escribe con entereza, vuestro reino es propiedad de la santa Iglesia romana, desde que el rey Estéban devolvió todos los derechos y todo el poder de su iglesia á San Pedro..... Sin embargo, hemos sabido que habeis re-

cibido ese reino como feudo del rey Enrique (de Alemania). Si es así, debéis saber cómo podreis recobrar nuestro afecto y el favor de San Pedro. No podreis tener lo uno ni lo otro, ni siquiera ser rey sin incurrir en la indignacion pontifical, á menos que no os retracteis de vuestro error y declareis poseer vuestro feudo, no de la dignidad real, sino de la dignidad apostólica.»

Ofrece un nuevo reino á Suenon, rey ya de Dinamarca: «Hay cerca de nosotros, le dice, una provincia muy rica, ocupada por cobardes herejes. Desearíamos que uno de vuestros hijos viniese á establecerse en ella, para ser su príncipe y constituirse en defensor de la religion, si es que, como nos lo ha prometido un obispo de vuestro país, consentís en enviarlo, con algunas tropas escogidas, para el servicio de la córte apostólica.»

Dá igualmente el reino de Demetrio de Rusia, á pretexto de que se le ha pedido prometiéndole que el rey no juzgaría indiscreta la demanda; verdad es que el demandante era el mismo hijo de Demetrio: «Vuestro hijo, al visitar los sepulcros de los apóstoles, se nos ha presentado y declarado que queria recibir vuestro reino de nos, como don de san Pedro, prestándonos juramento de fidelidad, y asegurándonos que aprobariais su demanda. Como nos ha parecido justa, le hemos dado vuestro reino de parte de san Pedro.»

Usa de formas mucho ménos corteses en la carta siguiente, dirigida á Orzoc, duque de Cagliari, en Cerdeña, soberano poco temible: «Debes saber que muchos nos piden tu país, prometiéndonos grandes ventajas si se lo dejamos invadir. No solamente los



normandos, los toscanos y los lombardos, sino hasta los ultramontanos, nos dirigen las más vivas instancias sobre el particular; pero no hemos querido decidimos antes de conocer tu resolución por nuestro legado. Si persistes en la intencion que has manifestado de ser fiel á la santa Sede, léjos de permitir que seas atacado, te defenderemos con las armas espirituales y seculares contra toda agresion...»

No se conoce á un hombre hasta que no se ha visto su actitud y su lenguaje con los débiles. ¡Qué diferencia entre esta carta y el tono cariñoso y paternal que emplea Gregorio con Guillermo el Conquistador, hasta para pedirle el juramento de fidelidad, y aun despues que aquel se hubo negado á prestarlo! Á lo menos obtiene el dinero de san Pedro, especie de diezmo impuesto por la conquista, que apoyó con todo su poder. En fin, distribuye en poco tiempo las coronas de Hungría, de Polonia y de Alemania; depone al emperador Nicéforo Botoniates; hace pagar tributo á Wratislao, rey de Bohemia, y crea el principado de Gaëta en favor del conde de Aversa, para prepararse un defensor en prevision de la defeccion posible de Roberto Güiscardo. Desde el principio de su pontificado, no habia príncipe en Europa cuya soberanía no hubiese usurpado ó puesto en peligro. Enrique IV, jóven rey de Alemania, fué el que, para defenderse á sí mismo, descendió á la lid y principió la lucha.

Enrique, á quien sus desavenencias con Hildebrando han hecho tan célebre, y que apenas es conocido más que por los relatos apasionados de los escritores eclesiásticos, sus enemigos, hallábase comprometido, cuando su rival fué elegido papa, en una lu-

cha peligrosa contra los caudillos del feudalismo germánico. Tenia por aliadas á todas las ciudades libres de Alemania, circunstancia que muestra claramente el carácter de esta guerra, bastante semejante á lo que se vió más tarde en Francia, cuando el poder real tendió la mano á los Comunes. Aunque los cronistas eclesiásticos lo hayan comparado á Neron, el conjunto de su conducta y de su vida prueba que valia más que la mayor parte de los soberanos de su tiempo. La singular mezcla de valor y de debilidad, de lealtad y de astucia, de perseverancia y de irresolucion que se advierte en él, se explica bien por la inexperiencia de su juventud, por los extremos desesperados á que fué lanzado en hora tan temprana y por las supersticiones que se disputaban su corazon. Contra él asestó Hildebrando sus golpes con una especie de predileccion, justificada por los lazos de dependencia que por tanto tiempo habian hecho del papado un feudo del emperador. Por otra parte, Enrique era para este enemigo de los reyes la víctima más ilustre que podia inmolar, la cabeza más alta que podia cortar. Humillándolo, no era ya un rey, sino la misma monarquía la que quedaba abatida.

Por lo demás, basta conocer el partido político que tomó en Alemania la defensa de Hildebrando en esta ocasion, para poder apreciar el retrato fantástico que el neo-catolicismo ha tratado de imponer á la historia, al pintar un sacerdote demócrata armado con el anatema para libertar á los pueblos del yugo de la opresion monárquica y feudal. Este es uno de tantos lugares comunes que no resiste á la critica seria. Bajo el punto de vista de las ideas, el sistema que Grego-

rio VII se proponía sustituir á la arbitrariedad de los reyes, era mil veces más tiránico aun; bajo el punto de vista de los hechos, se le vé las más veces aumentar el peso que gravitaba sobre los pueblos en vez de aligerarlo.

Gregorio VII no inaugura en la santa Sede una política nueva, no hace sino dar más brillo á la de sus predecesores y de los papas en general, quienes obraron siempre por consideraciones muy ajenas á lo que llamamos intereses democráticos. Jamás se cuidaron de otra cosa que de aumentar su propio poder, que distaba mucho de estar conforme con estos intereses, puesto que excluía toda institución liberal. No se debe desconocer sin embargo que, por los elementos que había dejado subsistir de su antigua organización, la Iglesia daba cierta satisfacción al espíritu de igualdad y á otros sentimientos de la democracia; pero la autoridad de los papas tendía á destruir estos preciosos restos de una tradición casi abandonada. El alivio de los pueblos fué lo último en que se ocuparon. Ora sostenían á los pueblos contra los reyes, ora á los reyes contra los pueblos, según las conveniencias de su situación, y Gregorio no obró de otra manera. Si de algún lado se hallaba el interés democrático en la lucha que originó su intervención en los asuntos de Alemania, era sin disputa de parte del emperador, aliado con las ciudades libres contra el feudalismo sajón.

El argumento que se hace: era enemigo del emperador, luego era amigo de los pueblos, es, pues, un contrasentido histórico. En este caso, como en toda la edad media, es preciso invertir la fórmula y decir: el amigo del rey es el amigo de los pueblos; porque la

unidad monárquica nada tenía aun de amenazadora, y la federacion imperial estaba lejos de ser opresiva, como lo hubiese sido la centralizacion teocrática soñada por los pontífices. Gregorio se cuidó tan poco del interés de los pueblos que, donde quiera que hubo una usurpacion, corrió á consagrar al usurpador, en la esperanza de adquirir su apoyo. ¿Significa celo por la defensa de los oprimidos apoyar en Inglaterra la usurpacion de Guillermo el Conquistador; en las Dos Sicilias, la de Roberto Güiscardo; la de Geïsa en Hungria, la de Rodolfo en Alemania, la de Boleslao en Polonia, la de Zwonimiro en Dalmatia? No; discurría que, teniendo de él su legitimidad, estos principes serian vasallos dóciles de la santa Sede; se acordaba al obrar así de la politica que habia seguido el poder temporal de los papas; imitaba á Zacarias sancionando la usurpacion de Pipino, á Adriano coronando á Carlomagno, á Gregorio IV deponiendo á Ludovico Pio en beneficio de sus hijos.

De la misma manera, en su lucha contra Enrique IV, únicamente pensó en aumentar su autoridad, sin tener en cuenta los intereses populares más que el mismo emperador, que solo se apoyaba en ellos por convenir á su ambicion. Por esto buscan ambos, sin el menor escrúpulo, en el campo de su enemigo, el apoyo del partido que combaten en el suyo. El papa, que en el gobierno de la Iglesia combate con ódio implacable el feudalismo episcopal, no vacila en tender la mano al feudalismo germánico, y el emperador, que amenaza á la aristocracia de los condes y duques alemanes, tiene por su más firme sosten á la aristocracia de los obispos.

De lo que precede se debe concluir que la querrela de las investiduras, que dió nombre á la guerra del sacerdocio contra el imperio bajo Gregorio VII, Enrique IV y sus sucesores, no fué más que un incidente y una forma particular; á falta de este pretexto, su animosidad hubiese encontrado otros mil.

El derecho de investidura, esto es, el derecho de conferir un beneficio entregando al beneficiado el báculo y el anillo del prelado al que sucedía, tenía análogo origen al del emperador en la elección de los papas; era una gracia que se había concedido á los príncipes y señores, á cambio de las donaciones que estos habían hecho á la Iglesia, y se ejercitaba naturalmente sobre la misma cosa donada. Inútil es señalar los innumerables abusos que, por la misma fuerza de las cosas, debieron introducirse en el ejercicio de semejante derecho. Pasado el primer momento de fervor, los príncipes procuraron sacar del beneficio el partido más ventajoso para sus intereses, ora vendiendo su posesión, ora confiriéndolo á sus hereduras.

Pero si estos abusos podían imputarse á alguien más que á la naturaleza humana, que se mostraba en esto lo que ha sido siempre y en todas partes, era sin duda á la Iglesia que, para enriquecerse, había aceptado servidumbre tan humillante. Por otra parte, por graves que fuesen estos inconvenientes, la colación de los beneficios tenía un lado saludable y legítimo desde que el clero aspiraba á formar cuerpo á parte, único juez de su propia conducta y único competente en las cuestiones religiosas, porque mantenía frente á él la sombra de una censura láica; y si esta censura la

ejercía la voluntad de los príncipes, es porque la misma Iglesia la había preferido á la eleccion popular.

De cualquier modo, el derecho de los coladores resultaba de los mismos términos de su donacion, condicional por naturaleza; era inseparable de la cosa donada, y no se les podia despojar de ella sin juntar la ingratitud á la iniquidad. Si la Iglesia encontraba en esto inconvenientes, fácil le era libertarse de ellos, renunciando á las inmensas ventajas que reportaba. Pero la constitucion de los beneficios estaba unida intimamente á la del poder temporal; tenia el mismo espíritu de conservacion, y debia seguir fielmente todas las fases de su desarrollo. De la misma manera que los papas trataban de prescribir los derechos del imperio sobre su eleccion, pero quedándose con los dominios que habian recibido de ellos, así los otros príncipes de la Iglesia pretendian conservar las tierras, objeto de la colacion de los beneficios, sin someterse en el porvenir á las obligaciones contraidas con los donantes y sus herederos. Y si alguna vez se olvidaban de esto, como sucedia ahora con la mayor parte de los obispos alemanes, el papado se lo recordaba y les estimulaba, para encadenarlos á sus propias vicisitudes y hacerlos solidarios de su política.

Tal fué el pretexto de que se valió Gregorio VII para intervenir en los asuntos de Alemania, despues de haber visto rechazados por Enrique IV y los señores sajones sus ofrecimientos de mediacion. A consecuencia de esta repulsa, sus legados fueron á requerir á Enrique que les permitiese reunir un sínodo en Alemania, para deponer en nombre de Gregorio á los obispos y abades que hubiesen obtenido su investi-

dura por medio de simonia. Proposicion llena de equidad y de perfidia, medio admirablemente escogido para perturbar el reino sin salirse de la legalidad, y segun todas las formas de la jurisprudencia canónica. Los obispos alemanes se levantaron furiosos contra un proyecto que los ponía á discrecion de la santa Sede, y Enrique negó su autorizacion. Entónces los legados, procediendo de propia autoridad, depusieron á muchos prelados sin que el rey osase protestar; pero quedó profundamente ofendido, y á pesar de las felicitaciones y afectuosas frases de que le colmó Gregorio con motivo de su inesperada docilidad, la lucha estaba ya empeñada sin que nada pudiese detenerla.

El clero aleman, que odiaba las innovaciones de Gregorio en la disciplina eclesiástica, y que salía más perjudicado que el de ningun otro pais por los nuevos cánones que prohibian en absoluto el matrimonio á los sacerdotes, le opuso enérgica y firme resistencia. Importa notar, á este propósito, que las leyes sobre el celibato eclesiástico encontraron más oposicion en las comarcas donde más puras eran las costumbres; pues nada le cuesta á un hombre de malos hábitos y sin familia hacer juramento de castidad, primero, porque nada tiene en ello que perder; segundo, porque no lo mantendrá. Podia parecerle á Gregorio muy sencillo generalizar el régimen monástico aplicándolo á todo el clero para tener en él una milicia más dócil, más disciplinada, más libre de los vínculos y deberes sociales, más desprendida de las afecciones de los demás hombres; pero era difícil persuadir á los obispos alemanes de que, por esta conveniencia particular de la santa Sede, debian de la noche á la mañana sepa-

rarse de sus familias, sacrificar á sus mujeres é hijos.

Al año siguiente se envenenaron las hostilidades. Hildebrando prohíbe en pleno sínodo á todos los eclesiásticos aceptar ningun beneficio con investidura, fuese ó no simoníaco, y como para provocar con un ultraje directo á aquel cuya humillacion maquinaba, separa de la comunión de los fieles á cinco oficiales de la casa imperial, culpables de haber infringido los nuevos reglamentos. Enrique, distraído por las múltiples ocupaciones que le proporcionaba la revolución sajona, no responde á este desafío; pero á poco cambia la escena. El clero de la alta Italia se declara con decisión contrario á las reformas de Gregorio; los ejércitos sajones son derrotados por las tropas imperiales, y en la misma Roma, poderosa fracción de la aristocracia, dirigida por Cencius, conspira para destronar al pontífice. En la noche de Natividad, el papa, oficiando en Santa Maria la Mayor, se ve de pronto rodeado por tropa armada, que lo prende, lo llena de insultos, le arranca sus hábitos pontificales y lo encierra en una torre. Pero casi al mismo tiempo es libertado por el pueblo, que expulsa de Roma á Guiberto, arzobispo de Rávena, papa de una hora, con quien los jefes del complot habian querido sustituirlo.

Precisamente entónces llególe á Gregorio diputados sajones, encargados de implorar su protección contra el emperador en nombre de los príncipes insurrectos. Su demanda no podia menos de ser bien acogida, puesto que humillando al soberano, exaltaba al pontífice, y hacia de Gregorio el árbitro de los destinos del imperio. Acompañáronla además de muchas calumnias: «Enrique ofrece sacrificios á Venus,

celebra fiestas en su honor y lleva la vida más disoluta, etc. Semejante rey es tanto ménos digno de reinar, cuanto que no ha sido coronado por Roma, á quien incumbe recobrar su derecho de coronar á los reyes.» Pero las victorias de Enrique habian sido muy brillantes para que Gregorio se atreviese á desafiarlo á las claras; se contentó con dirigirle reclamaciones, en que la amenaza iba disfrazada todavia con un tono de reprension paternal. Mas poco despues, le hizo intimar por sus legados la órden de comparecer en Roma, para justificarse ante un concilio de los crímenes que se le atribuian; de lo contrario, seria excomulgado y separado del cuerpo de la Iglesia.

Enrique respondió á esta intimacion convocando un concilio nacional en Worms, al que asistió la inmensa mayoría del clero germánico, que depuso solemnemente á Gregorio. Siguiendo este ejemplo, el clero de la alta Italia se reúne en Pavia, antigua capital de los enemigos de los papas, y lo depone á su vez. Gregorio por su parte reúne un sínodo en Roma, excomulga de nuevo á Enrique, lo declara desposeido de sus derechos al trono, y releva á sus súbditos del juramento de fidelidad.

La carta que escribió con este motivo á las corporaciones de obispos, duques, condes y demás señores del imperio teutónico, concluye con esta reflexion, que da idea de la clase de autoridad que queria se atribuyese á las decisiones de la santa Sede: «...Aun cuando, decia, se demostrase que hemos excomulgado al príncipe sin motivos suficientes y contra las formas que exigen los santos Padres, nuestro juicio no podria ser rechazado; seria preciso hacerse humildemente

digno de la absolucion.» Pretension más atrevida que la infalibilidad, puesto que proclama soberano, impecable y santo el mismo error! Los motivos en que creía hallar la justificacion de semejante derecho, los expone en un Breve que dirigió por el mismo tiempo á Hermann, obispo de Metz:

«...Si la santa Sede, le dice, ha recibido de Dios el poder de juzgar las cosas espirituales, ¿por qué no ha de juzgar tambien las temporales?... ¿Cuando Dios dijo á San Pedro: *Apacienta mis ovejas*, exceptuó á los reyes? El episcopado está sobre la monarquía tanto cuanto el oro sobre el plomo; bien lo sabia Constantino cuando se colocaba en el último lugar entre los obispos.» Estas razones, que nada tienen de perentorio, son sin embargo las únicas que la teocracia pontifical ha podido alegar siempre en defensa del poder que reclamaba. Probaban demasiado ó muy poco.

Los sajones se aprovecharon al punto de la distraccion que les ofrecia Hildebrando, revolucionándose de nuevo. Esta vez se aumentó su liga con las fuerzas de muchos príncipes del imperio, que hasta entónces habian permanecido fieles á Enrique, pero que el temor de los anatemas pontificales llevaba ahora al campo de sus enemigos. La suerte de las armas volvióse contra Enrique; derrotadas las tropas imperiales en muchos encuentros, el emperador tuvo que encerrarse en Worms, ciudad que le fué fiel en la buena como en la adversa fortuna. Entretanto Gregorio apremiaba á sus adversarios á que le designasen sucesor, reservándose sin embargo expresamente el derecho de confirmar la eleccion:

«Si Enrique no se convierte á Dios, les decia, bus-

cad un príncipe que os prometa secretamente observar lo que conviene á la conservacion de la Iglesia y del imperio; participadnos en seguida su persona, posicion y costumbres, para confirmar vuestra eleccion con nuestra autoridad apostólica, y darle más fuerza, como sabemos que hicieron nuestros santos predecesores.... En cuanto al juramento prestado á la emperatriz Agnes, nuestra muy amada hija, para el caso en que su hijo muriese antes que ella, no debe deteneros en estas circunstancias, porque no podeis suponer que su amor á su hijo sea tan fuerte que la lleve á resistir á la autoridad de la santa Sede.»

Aunque los príncipes del imperio estaban muy lejos de ver un lazo en las condiciones que Gregorio les imponia por su cooperacion, y especialmente en la restriccion, más pérfida que prudente, por la que parecia reservarse un acomodo con Enrique, en la doble eventualidad de que éste consintiera en someterse ó de que la fortuna se le volviera propicia, se dejaron desarmar sin embargo por las promesas del emperador, con el cual convinieron en que el papa asistiria á una Dieta general de los príncipes, arzobispos y obispos del imperio, convocada en Ausburgo, donde, despues de oidas las razones alegadas por una y otra parte, se tomaria resolucion definitiva.

Gregorio recibió á los embajadores, prometiéndoles ir á la Dieta y mantener su causa. Pero Enrique, pareciéndole ménos humillante comparecer como penitente ante el padre espiritual de la cristiandad que presentarse como acusado ante una asamblea de príncipes que eran sus vasallos, cambia repentinamente de propósito, y resuelve ganar al papa con su sumi-

sion ántes de abrirse la Dieta. Pasa los Alpes casi sin escolta, en el corazon del invierno, con riesgo de quedar sepultado bajo las nieves, y se presenta en Canosa, plaza inexpugnable de la condesa Matilde, donde Hildebrando acostumbraba residir por temporadas. Enrique pide ser admitido ante él, y expone su demanda de reconciliacion: suplicaba al pontifice que le levantase el interdicto y lo admitiese en la comunión de la Iglesia, prometiendo en cambio entera obediencia á sus mandatos. Gregorio rechaza la petición, alegando el compromiso que habia contraído con los sajones, de no tomar acuerdo sin haber oído á sus acusadores; pero su fin en esto no era otro que el de imprimir á la humillacion del emperador carácter más imborrable, porque, cuando le pareció haberla extremado suficientemente para que se grabara por mucho tiempo en la memoria de los pueblos, se dejó ablandar.

La fortaleza tenia tres recintos. La escolta de Enrique se quedó fuera del primero, y él entró en el segundo, con los piés desnudos sobre la nieve, cubierto con hábito de penitente, y despojado de todas las insignias de la monarquía, Allí esperó tres dias. Al cuarto, Hildebrando accedió al fin á recibirle. La condesa Matilde intercedió por él, y á su ruego el anatema fué levantado, á condicion de que el emperador se presentaria en la Dieta de Ausburgo, que en ella apelaria al papa como á su verdadero juez, dejaria ó recobraría la corona segun su decision, y que hasta entónces no ejercería ninguna de las prerogativas reales. Enrique se obligó á todo por juramento.

Por mucho que se admire á este genio audaz, no

puede ménos de reconocerse que Hildebrando cedió en esta ocasion al orgullo de poner á sus plantas á su rival, más que á sus inspiraciones verdaderamente políticas. Extraña ilusion por su parte la de creer que el hombre á quien acababa de ultrajar tan mortalmente, le perdonaria nunca semejante exceso de vergüenza. Debió destruirlo, ó hacérselo amigo. Esto á parte, distó mucho de mostrar en el trono el espíritu práctico y la habilidad de que habia dado tantas pruebas antes de su elevacion. A medida que se ensanchó el campo abierto á su ambicion, perdió el sentido de lo posible, la utopia oculta en el fondo de su sistema se apoderó de él y lo cegó, se hizo absoluto como un sectario, y ya no supo sino desplegar una exigencia insaciable en la fortuna, ó una inflexibilidad invencible en la desgracia.

Al salir de Canossa, Enrique encontró á sus amigos furiosos de cólera é indignacion por el relato de sus cobardes condescendencias, cuyo ruido habia llegado hasta ellos. Le llenaron de los más violentos improperios, y muchos no quisieron seguirle por más tiempo, volviéndose á Alemania. Las ciudades lombardas se negaron á recibirle, y le cerraron las puertas. Al peso de estas nuevas humillaciones su resentimiento se agravó, y antes de los ocho dias de su partida, ya habia roto con el papa.

Los confederados sajones, sin embargo, seguian esperando la llegada de Gregorio, quien se llevaba en estos aplazamientos la idea de hacerles comprender mejor que todo dependia de su voluntad. La Dieta de Ausburgo pasó, luego la de Ulm, y sus promesas siguieron sin cumplirse. Alemania era victima de todos

los horrores de la guerra civil y de la anarquía, aprovechándose cada señor de este largo interregno para engrandecerse á expensas de los más débiles. Como el mal creciese de día en día y fuese intolerable para los mismos que más habian contribuido á él, se resolvió celebrar nueva Dieta en Forsheim, para dar definitivamente un jefe al imperio, y se envió nueva diputacion á Gregorio, suplicándole que acudiese á poner fin con su presencia á las calamidades que eran en gran parte obra suya.

Pero Enrique tuvo cuidado de guarnecer con sus tropas la mayor parte de los pasos de los Alpes, y sólo pudieron penetrar en Alemania y asistir á la asamblea de Forsheim los legados del papa, que pidieron nuevos aplazamientos. La asamblea se opuso á la demanda en nombre de la salvacion comun; eligió rey á Rodolfo, duque de Suabia, y declaró á Enrique privado de sus derechos al trono. Los legados confirmaron la eleccion en nombre de la santa Sede.

Los obispos fueron los que rehabilitaron la causa de Enrique, antes de que éste volviese á Alemania. Gregorio quedó descontento de que la eleccion de Rodolfo se hubiese hecho sin él; el nuevo elegido, deseando á todo trance ganar su proteccion, mandó ejecutar en todas las provincias que le obedecian los decretos de Hildebrando contra los obispos simoniacos, esto es, independientes, y los sacerdotes concubinarios, esto es, casados y padres de familia. Todo el clero aleman se levantó contra él.

En vano arriesgaba su corona por el planteamiento de la reforma introducida en la Iglesia; en vano enviaba diputacion tras diputacion á Gregorio suplicán-



dole que confirmase su eleccion, segun el compromiso contraido por los legados en su nombre, y conforme él mismo habia prometido tantas veces en sus cartas á los príncipes del imperio; el papa seguia indeciso, ofreciendo su mediacion «entre los dos reyes»: singular expresion que parecia reconocer derechos iguales en dos pretensiones que se negaban reciprocamente.

Habiendo derrotado Enrique á su rival en el primer encuentro, la indecision del papa aumentó. Poco á poco le iba pareciendo que habia mucha razon en la causa de Enrique; que el asunto debia reflexionarse mucho; recibia á la vez sus enviados y los de Rodolfo; animaba á los dos, sin decidirse por el uno ni por el otro, teniendo solamente buen cuidado de insistir siempre en la necesidad de su presencia en Alemania para fallar sus diferencias por sentencia definitiva. Quería ver las cosas por sí mismo, ponerse en contacto con los pueblos; se dirigia directamente por manifestos apostólicos «á sus muy amados hermanos los súbditos del imperio teutónico», discutia con ellos el mérito relativo de los dos concurrentes, trataba la cuestion como asunto de familia cuyo arreglo solo incumbia al pueblo y á él, y seguia prometiéndoles que pronto se decidiria: «Aquel de los dos reyes, añadia, que reciba con respeto el juicio que el Espiritu Santo dictará por nuestra boca, ese obtendrá nuestro apoyo y vuestra obediencia.»

Los príncipes partidarios de Rodolfo, que en todo el curso de estos acontecimientos habian obrado por inspiracion ú orden expresa del pontífice, y que solo en una ocasion y apremiados por terrible necesidad

osaron anticiparse á su señal, no tardaron en penetrar el secreto de estas tergiversaciones interesadas, y se quejaron con viva amargura. Pero los meses, los años se pasaban, sin que cambiase un ápice su actitud equívoca. Quería reducirlos á todos, al pueblo y á los dos reyes, á entregarse á discrecion, á echarse á sus plantas, implorando, cansados de la guerra, una solucion cualquiera como un beneficio del cielo; esperaba este resultado del mismo exceso de sus males, y seguia recibiendo á los amigos de Enrique con señalado favor. Los hombres inciertos ó irresolutos concluian de esto que la causa de Rodolfo estaba condenada en su mente, é iban á engrosar las filas de su rival.

Debilitados por estas defecciones, derrotados en todas partes por los esfuerzos combinados del feudalismo episcopal y de la democracia de las ciudades libres, los señores sajones veian aumentarse de dia en dia las fuerzas de Enrique. En este apuro, dirigieron la postrema apelacion al autor de sus decepciones y desastres:

«... Tu sabes, le decian, y tus cartas lo atestiguan, que no por nuestro consejo ni por nuestro interés, sino por las injurias de la santa Sede has depuesto á nuestro rey, y nos has prohibido bajo terribles amenazas reconocerle como tal. Nosotros hemos obedecido sin reparar en riesgos y peligros, sometiéndonos á horribles sufrimientos. Muchos de los nuestros han perdido la vida, sus hijos y sus bienes. Todo el fruto que hemos sacado de estos sacrificios ha sido verte absolver al autor de estas calamidades, otorgándole la libertad de dañarnos y de sumirnos en nuevas desgracias ... En esta guerra de dos reyes, cuyas esperan-

zas y pretensiones has mantenido, los dominios de la corona han sido arruinados en términos que en adelante nuestros soberanos habrán de vivir de rapiñas! Todos estos males no existirían ó serían menores, si tu no te hubieses desviado á derecha y á izquierda de tu resolución...»

Gregorio no contestó directamente á esta altiva y severa petición; pero se obstinó en que le pidiesen por sus legados la convocacion de una Dieta general del imperio, para fallar en última apelacion la contienda entre Enrique y Rodolfo despues de ámplia informacion del proceso. A lo cual replicaron los sajones con esta objecion tan contundente como sensata: si la causa de Enrique no ha sido aun examinada, ¿con qué derecho ha podido la santa Sede despojarle de su dignidad real?

Cuando despues de haberse hecho de rogar por tanto tiempo, y decidido por algunos actos de insubordinacion de Enrique, el papa falló al fin en favor de Rodolfo, excomulgando y deponiendo de nuevo á su enemigo en un concilio celebrado en Roma, la causa sajona habia perdido toda esperanza, y este socorro le llegaba muy tarde. Enrique, bastante poderoso ya para desafiarlo cara á cara, convoca en Maguncia una asamblea general del clero y de la nobleza, y luego un concilio en Brixen. Allí fué anatematizado «Hildebrando el mágico, el nigromántico, el monje poseido del espíritu infernal», y se nombró papa en su lugar á su antiguo rival, Guiberto, arzobispo de Rávena. Poco despues, el ejército sajón era atacado cerca de Merseburgo por las tropas de Enrique, y Rodolfo caía mortalmente herido en el campo de batalla.

De este modo perdió Gregorio VII en un dia los frutos de su politica, por haberse obstinado en cogerlos todos de una vez. Pudo someter al imperio; pero quiso esclavizarlo, y todo lo perdió. Su larga vacilacion, aconsejada por pérfido cálculo, le enagenó el corazon de los unos, desalentó á los otros y cansó á la fortuna. Si se hubiese decidido más pronto, cierto que no habria obtenido el triunfo completo y definitivo del principio teocrático, porque habia en los Estados de Europa y en el seno de la misma Iglesia muchos elementos de vida, de independenciam, de nacionalidad para que un sistema tan uniforme y absoluto pudiese apoderarse del gobierno de las sociedades, pero habria legado á sus sucesores un poder formidable. Teniendo al emperador por vasallo, pronto habria llegado, segun todas las probabilidades, á imponer su soberanía á todos los reyes contemporáneos. Sin embargo, aun circunscrita á estos límites, esta unidad ficticia no hubiese sido más sólida y duradera que la que habia creado Carlomagno. La unidad romana estaba muerta, y á nadie le era dado imponerla de nuevo al mundo.

Llególe, por fin, á Hildebrando el período de los réveses, que sobrellevó con el indomable estoicismo de un alma acostumbrada á los grandes pensamientos y más fuerte que la desgracia. Disputó el terreno palmo á palmo, opuso sucesivamente á Enrique los normandos, los romanos, la condesa Matilde, guerrera intrépida á la que habia comunicado algo de su alma heróica; sostuvo contra él sitios en Roma, le buscó enemigos en Francia, en Inglaterra y hasta entre los sarracenos; pero todo fué inútil. Los príncipes, que

casi todos habian tenido motivo de quejarse de sus imperiosas exigencias, no respondieron á su llamamiento. El mismo Guillermo, que en parte le debia el éxito de su rápida conquista, se negó á socorrerle:

«Acuérdate, le decia Gregorio, acuérdate con qué sincero afecto te he amado aun ántes de llegar á los honores pontificales, con qué eficacia he trabajado por tus intereses, con qué celo he procurado elevarte al trono! Qué reproches no he tenido que sufrir de parte de mis hermanos, indignados de que hubiese contribuido á tantos homicidios! Pero Dios me era testigo, en mi conciencia, de que lo hacia con buena intencion, lleno de esperanza en su gracia y de confianza en tus grandes virtudes...»

Hildebrando se pinta fielmente en estas palabras. Esa mezcla de maquiavelismo en los medios y de sinceridad en el fin, es el resúmen de toda su vida. Pero si con razon ha podido llamársele fanático, con razon tambien se debe añadir que su fanatismo fué el de un alma elevada. Jamás tuvo esa fria insensibilidad de los héroes favoritos de la teocracia; no se le puede reprochar ninguno de esos sangrientos holocaustos que despues tiñeron la púrpura romana. Nada habia en él que fuese mediano; casi siempre se mostró clemente y generoso con sus enemigos personales.

Leyendo sus cartas, nos sentimos en comunicacion con una *humanidad* superior á la de su tiempo; tienen alma, cierta dignidad de elocuencia que no dá la retórica; no presentan ninguno de esos rasgos tan frecuentes en sus contemporáneos, que de pronto revelan al salvaje en el retórico, y nos ponen delante seres apenas bosquejados de un mundo que nos

es extraño. Pertenece á esa noble familia de gé-
nios, que son de todos los tiempos y de todos los paí-
ses. Esta superioridad que dominaba desde tan alto á
los hombres de su tiempo, los turbó y fascinó á la vez, y
no pudiendo sustraerse á ella, acusaron á Hildebrando
de mágico y nigromántico, como se habia acusado á
Gerberto. Sus propios amigos parece que sufrieron su
amistad como una fascinacion más que como un atrac-
tivo, mezclándose á su sentimiento una especie de re-
pulsion supersticiosa. Pedro Damiano le tenia envidia
y no podia separarse de él; le llamaba su *archidiacono*
san Satanás, su *hostilis amicus*.

El desinterés de las grandes pasiones templaba la
espezeza de este corazon inflexible, donde se encuen-
tra, no sin asombro, profundo amor á la justicia mez-
clado con tanta iniquidad. Se comprende, sin embar-
go, que en medio del extraño caos de aquellas pro-
fundidades de la edad media, el sistema de que se hizo
apóstol le pareciese la mejor forma de gobierno; que
tomase la uniformidad por el orden, la inmovilidad
por el equilibrio, la disciplina por la armonia, la
coaccion universal por la paz. No tenemos que ir muy
lejos para ver el estado político y social que habria
producido semejante tentativa si hubiese llegado á
feliz término. El mahometismo, que se hallaba enton-
ces en el apojeo de su grandeza, ofrece en su desar-
rollo todas las fases de la existencia propia de las so-
ciedades unitarias: primero, un impulso irresistible;
luego, una rápida decadencia y un largo sueño en la
servidumbre.

¡Extraña ilusion! Aquella naturaleza humana que
Hildebrando no juzgaba digna ni capaz de ejercer el

poder en los estrechos límites de la organización feudal tal como existía en su tiempo, quería investirla, y en la persona de un solo hombre, con el imperio temporal y espiritual de toda la tierra. Se figuraba que la ordenación sacerdotal era preservativo suficiente para garantir al mortal privilegiado de las faltas y extravíos que reprochaba á los reyes, como si la historia de sus predecesores no desmintiese en todas sus páginas tales ensueños.

Al morir vió su obra medio destruida; mas, si pudo dudar de que el papado llegase nunca á reponerse de los terribles golpes que sus enemigos le asestaron, no dudó un instante de la santidad de su causa. Aparece en su fin tal como había sido en toda su vida: austero, indomable, absoluto. Vencido, abandonado, perseguido de pueblo en pueblo, llevado como prisionero más que como aliado tras las hordas semi-bárbaras, medio normandas y medio sarracenas, consideró su derrota con el orgullo de una gran alma herida con desgracia inmerecida, y como la recompensa ordinaria del justo. «He amado la justicia, exclamó al espirar, he odiado la iniquidad; hé aquí por qué muere en el destierro.»

Grito verdaderamente humano; protesta más hermosa que la resignación, mas altiva que la queja!

CAPÍTULO VIII.

Desenlace de la guerra de las investiduras.

1035—1123

Con Hildebrando solamente fué vencida la teocracia; el poder de los papas no sufrió más que un golpe pasajero. Así, poco después de su muerte, el duelo del papado contra el imperio se renueva en el terreno de las investiduras, donde aquel lo había localizado. Al elegir este terreno, Gregorio VII no se había propuesto reducir la querrela á una cuestión de propiedad, sino abrirle camino fácil de explotar é imprimirle dirección fija y constante, lo cual no acertaron á comprender sus inmediatos sucesores, quienes tomaron el pretexto por el fondo del debate, y no supieron realzarlo con el brillo de grandeza, de valor y de génio que él le había dado.

El asunto, por otra parte, estaba admirablemente elegido para asegurar á la Iglesia las simpatías populares. Tenía esta en él á su favor todas las apariencias, que era lo que importaba para los espíritus de entonces, incapaces de percibir los matices y poco curiosos de elevarse á las causas. Los abusos cuyo es-

cándalo se repetía todos los días en la cristiandad, y de que ella se dolía, sin embargo de ser el primer autor, se cometían con intervencion de los príncipes á quienes acusaba; y los pueblos, que tampoco se cuidaban gran cosa de ser imparciales con estos príncipes, no pasaban de este exámen superficial y le daban la razon.

Las ciudades italianas tomaron una posicion original en este debate, que en el fondo solo les inspiraba un sentimiento, el de que se prolongára por mucho tiempo. Entre el papa y el emperador mantuvieron nivelada la balanza, inclinándose alternativamente al uno ó al otro con la mayor indiferencia, multiplicando como de intento las peripecias, las sorpresas y los golpes de teatro, aprovechándose de cada desastre y de cada victoria para arrancar de su angustia ó de su confianza los elementos de sus franquicias municipales, sin preocuparse nunca de interés mas general ni reconocer más pátria que el recinto de su ciudad.

A pesar de la indisputable firmeza de los sucesores de Gregorio, pronto fué evidente que el papado decaía; porque despues de haber elevado sus pretensiones á tal altura, no subir era ya bajar. El tímido Victor III muere despues de unos meses de pontificado. Urbano II acepta resuelto la sucesion de Hildebrando, renovando todas sus bulas y anatemas contra los partidarios de Enrique IV y su antipapa Guiberto; pero sacrifica los puntos más esenciales del programa teocrático á expedientes ménos peligrosos y sin trascendencia, que si podian destruir al emperador, dejaban el imperio en pié é intacta su legalidad; si podian dar al papa un triunfo personal, ningun provecho

traían á la causa de la Iglesia. Urbano pierde ya de vista á ese repartidor de coronas, á ese creador soberano del derecho religioso y monárquico, á esa imágen de Dios en la tierra que Gregorio VII queria hacer del papa, y se resigna á ser un rey como otro cualquiera. No se coloca frente á Enrique como árbitro ó como juez; disputa y pleitea con él, desciende á su nivel. No le suscita un rival que sea cosa y hechura de la santa Sede, como lo era Rodolfo para Gregorio; le opone su propio hijo Conrado, que posee su derecho, no del papado, sino del mismo Enrique y de las leyes del imperio sobre la herencia. La guerra se hace contra un hombre, en vez de hacerse contra un principio.

La reduccion de las ambiciones sacerdotales en este momento es tanto más significativa cuanto que sólo puede atribuirse á una decadencia moral; porque, á pesar de sus recientes desastres, la influencia de la Iglesia, léjos de peligrar, se habia rehabilitado maravillosamente desde la muerte de Hildebrando, y parecia no haberse encontrado nunca en mejor situacion de alcanzar su fin. Bajo Urbano II se realiza una de las aspiraciones más profundas de la política de Hildebrando, la primera cruzada. ¿Qué más propio para grabar con caracteres indelebles en el espíritu de los pueblos la legítima soberanía del sacerdote sobre el mundo, que el espectáculo de aquellos millones de almas conmoviéndose á la voz del pontífice, de uno á otro confin de Europa, para ir á conquistar una tumba vacía en tierras desconocidas y morir, si preciso fuese, á una señal suya? ¿Qué más propio para separarlos de sus prejuicios de raza, de las supersticiones

de dinastía ó de nacionalidad, para sustraerlos á las dominaciones locales, para desarraigar del suelo aquella vegetacion feudal que mataba con su sombra los gérmenes de la unidad romana, para levantar al débil contra el fuerte, enriquecer al pobre á costa del rico, y formar, en una palabra, la gran clientela de los tribunos de la teocracia? ¿No era este el reino de Cristo, el reino espiritual realizado en esta vida terrestre? ¿Qué eran los reyes y los príncipes en medio de aquel desbordamiento de las muchedumbres cristianas? Encorvados como todo el mundo bajo la mano de un simple monje, ya no se contaban como señores, sino como fieles, y parecian sometidos de antemano á la igualdad del cielo católico.

Pero si puede creerse que el génio de Hildebrando vislumbró la posibilidad de estos resultados y los esperó tal vez mayores de lo que era dable alcanzar, es dudoso que sus sucesores sospecharan siquiera su importancia, á juzgar por el mezquino uso que hicieron del nuevo poder que las cruzadas pusieron en sus manos. Urbano predica en persona y con gran entusiasmo la primera cruzada en Italia y en Francia, reuniendo inmensas asambleas de hombres; pero en vez de colocarse á la cabeza del movimiento, se apresura á abandonar su direccion á aventureros subalternos, como Gualtero sin Hacienda y Pedro el Ermitaño, no bien hubo obtenido el resultado que se proponia: la expulsion de las tropas imperiales y el restablecimiento de su autoridad en Roma. Así que hubo alcanzado este fin, los dejó marchar.

Otros dos hechos, obra tambien de la Iglesia y pertenecientes á esta misma época, atestiguan igual-

mente con qué sólidos y profundos vínculos habia sabido incorporar en cierto modo su dominacion al temperamento y constitucion de las sociedades nacies. Siéndole imposible matar el espíritu de fantasía y de independecia, la aficion á las aventuras y á la vida errante, innatos en el hombre de la edad media, la Iglesia los adoptó, disciplinó y consagró por la institucion de las órdenes de caballería que puso en su mano innumerable milicia, parte de la cual se dedicó exclusivamente á su defensa, y formó legiones de monjes seculares armados para ella y por ella. El sacerdote tuvo á su vez el derecho de investidura sobre el guerrero: la investidura de la espada por la cruz. De semejante manera, no pudiendo atribuirse el conocimiento y reglamentacion del infinito número de disensiones que nacia á toda hora de las complicaciones de un estado social que era la guerra organizada, templó estas calamidades con la *tregua de Dios*, que imponia á la anarquía feudal un plazo de concordia forzada, neutralizaba tres de los siete dias de la semana, y hacia de ella á los ojos de los pueblos una mensajera de paz y de clemencia.

Pero los papas del siglo XII, como abrumados por la inmensidad de la tarea que Gregorio les habia legado, y poseidos de vértigo ante las alturas rodeadas de abismos á que habia aspirado, combatidos además por la oposicion que empezaba á levantarse contra tales proyectos en el mismo seno de la Iglesia y en nombre de la tradicion cristiana, y más aún por la falta de confianza en la legitimidad de su propia causa, no supieron ó no tuvieron valor para aprovecharse de las circunstancias, hechos é instituciones que les daban

puntos de apoyo tan directos sobre las sociedades. Vióseles por un instante, como acobardados por el exceso mismo de su fuerza, vacilar en hacer uso de las armas que tenían en la mano. Les faltó la conciencia de su derecho. Un contraste, sobre todo, llamaba la atención de muchos espíritus. La Iglesia, que siempre se había pintado como débil y desarmada, había llegado por el simple desarrollo de su poder á invertir los papeles de manera que, en su actual lucha contra el Imperio, el papa representaba la fuerza y el emperador el derecho. De aquí el movimiento de reaccion que no tardó en producirse contra ella, y del que fueron inflexibles y perseverantes intérpretes los jurisconsultos de este tiempo; de aquí sobre todo en la política eclesiástica esos titubeos é indecision, que pueden atribuirse al temor de perderlo todo por haber querido ganarlo todo, pero con más razon á la íntima persuacion de estar en desacuerdo con los principios y el pasado del cristianismo.

Bajo el pontificado de Pascual II, sucesor de Urbano, se observa mejor el carácter de estas vacilaciones. No le faltan audacia y astucia, le falta la conciencia de su derecho y la confianza en el triunfo definitivo de su causa. Los singulares escrúpulos que se revelan en sus pensamientos, resaltan tanto más cuanto que no muestra ninguno en su conducta. Como político, parece no tener siquiera la nocion de lo que es remordimiento; como jefe de la Iglesia, está lleno de turbacion, de incertidumbre y de perplejidad.

Su primer cuidado fué imitar el ejemplo de Urbano, concitando á rebelarse contra Enrique al más jóven de sus hijos, Enrique, hermano de Conrado. Des-

ligado por el papa de sus juramentos de fidelidad y de todos los demas deberes para con su padre, el principe se hizo coronar rey por la dieta de Maguncia. Los soberanos pontífices nunca tuvieron en grande estima los derechos de la naturaleza, y en esta circunstancia interpretaban el texto de San Lucas: «El que no odia á su padre y á su madre, no puede ser mi discípulo.»

El anciano rey se hallaba retirado en el castillo de Ingelheim. Allí se le presentan de súbito en nombre de la dieta los arzobispos de Worms, de Colonia y de Maguncia, quienes le hablan como señores, con acritud y amenazas, y le llenan de improperios, exigiéndole con imperio su abdicacion; y como Enrique preguntase por qué: «Porque durante muchos años, le contestan, has desgarrado el seno de la Iglesia de Dios; porque has vendido los obispados, las abadías y dignidades eclesiásticas; porque has violado las leyes sobre eleccion de los obispos; por estos motivos han decidido el soberano pontífice y los principes del imperio echarte del trono y de la comunion de los fieles.»

«Pero vosotros que me acusais, repuso Enrique, vosotros, arzobispos de Maguncia y de Worms, que me condenais por haber vendido las dignidades eclesiásticas, decidme cuánto os pedí por vuestras iglesias; y si nada os pedí como no podeis menos de confesar, si he cumplido mis deberes con vosotros, ¿por qué me acusais de un crimen que no he cometido? ¿Por qué os juntais á los que han hecho traicion á su fé y á sus juramentos? Tened paciencia por unos dias, esperad al término natural de mi vida, cuya proximidad anuncian mi edad y mis padecimientos.»

Enternecidos por estos lamentos del anciano rey, dos de los emisarios vacilaban; pero el arzobispo de Maguncia gritó enfurecido: «Por qué vacilamos? ¿No nos cumple á nosotros consagrar á los reyes? Si el que hemos revestido con la púrpura es indigno, despojarle de ella!» Entonces los tres prelados se arrojan sobre el rey, le arrancan la corona, el manto, los ornamentos é insignias reales, y se los llevan á su hijo que se hace revestir con ellos.

Poco tiempo despues, Enrique, escapado de sus manos, apeló dos veces á la suerte de las armas, que en las dos se declaró contra él, cayendo de nuevo en poder de sus enemigos. Los últimos dias de este desgraciado príncipe, que valia más que la mayor parte de sus contemporáneos, y dió pruebas de valor y generosidad en medio de algunas debilidades, consecuencia de su educacion más bien que de un natural avieso, ofrecen uno de los espectáculos más conmovedores que registra la historia, y nos enseñan cuán fatal, cuán imposible de conjurar era la maldicion que en aquellos tiempos de ciega creencia caia sobre el enemigo de los papas.

Abandonado de todos sus amigos, extranjero en el seno de sus ciudades, objeto de horror y de espanto, dejado por sus mismos servidores que se apartaban de él con terror supersticioso, el emperador Enrique se fué á Spira á refugiarse en un templo que habia elevado á la Virgen, esperando encontrar allí asilo donde morir en paz. Dirigióse al obispo en ademan suplicante, le pidió que le otorgase con qué vivir, ofreciéndose en cambio á hacer las veces de tonsurado y servir en el coro; pero esta humilde peticion fué re-

chazada. Entonces el anciano, volviéndose á los presentes: «Vosotros á lo menos, amigos, les dijo, compadeceos de mí! ved la mano del Señor que me castiga!» creyendo expiar con este exceso de desgracia algunos extravíos de su mocedad. Pocos días despues moria de tristeza. El anatema le persiguió hasta más allá de la tumba. El clero de Lieja habia enterrado su cuerpo; mas el papa Pascual lo mandó desenterrar, y durante cinco años estuvo insepulto en una celda de la catedral de Lieja.

Los piadosos escritores que, siguiendo el antiguo tema de interpretar los decretos providenciales, han mostrado el dedo de Dios en las desgracias del antiguo rival de Gregorio VII, habrian tributado más honor á ese *dedo* reconociéndolo en el castigo que cayó sobre los autores de aquellos tratamientos, bárbaros por una parte, parricidas por otra. Los mismos cómplices se encargaron de vengar á su víctima. Enrique V, el nuevo rey de Alemania, estaba menos dispuesto que su padre á aceptar el yugo del papado, y á abandonar sus derechos de investidura. Acompañado de un ejército de 30,000 hombres de caballeria y de un consejo de jurisconsultos, más peligroso aun que los hombres armados, fué á rogar al papa Pascual que le otorgase su corona imperial, despues de haber exterminado á su paso cuanto le opuso resistencia. Llevaba tras sí, en sus bagajes, á un tal Maginulfo, anti-papa de profesion, que estaba pronto á sustituir á Pascual si este rehusaba acceder á la demanda.

Amedrentado por estas manifestaciones, Pascual envió a su legado Pedro de Leon al encuentro de Enrique. Este exigia, ademas de su coronacion, el arre-

glo de la querrela de las investiduras, mas embrollada que nunca. Entonces fué cuando, deseoso de terminarla con una transaccion definitiva, el papa Pascual, apoyándose en escrúpulos que tal vez no sentia, pero que empezaban á ser bastante poderosos en el seno de la Iglesia para que fuesen tenidos en cuenta, planteó por primera vez el problema en su simplicidad, y mostró en un momento de desaliento cuán poco creia en la legitimidad de su causa.

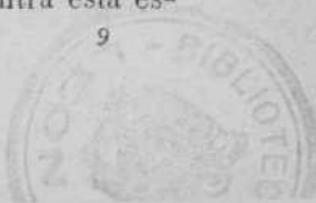
¿Á quién debian imputarse realmente los abusos que desde tanto tiempo se lamentaban en las investiduras? No á los legos, porque el derecho que habian conservado sobre los bienes dados á la Iglesia, era la condicion de esta cesion incompleta; lo habian guardado como legitima compensacion de sus sacrificios, y como prenda del buen uso que harian de ellos los donatarios; era una especie de servidumbre ó de hipoteca real, con que quedaban gravados aquellos bienes. Si este género de propiedad traia inconvenientes, justo era que los sufriesen los que recibian el principal provecho. La Iglesia no tenia en manera alguna el derecho de reclamar la propiedad entera á pretexto de que la encontraba más ventajosa que la incompleta, y aquellos abusos, por tanto, en ningun caso podian traer consigo la caducidad del derecho de los legos. Si la Iglesia era impotente para evitarlos, tenia un medio bien sencillo de cortarlos por su raiz: renunciar los bienes. De esta manera quitaba toda intervencion á los legos, y ganaba en autoridad moral lo que perdía en riquezas.

Tal fué el pensamiento que se le ocurrió al papa Pascual, como se habia ocurrido á muchas con-

ciencias cristianas, y que puso en práctica en el tratado de Sutri, según el cual la Iglesia renunciaba á sus beneficios y derechos de regalia de todo género, ducados, marquesados, condados, cargas, mercados, etc., ateniéndose á los diezmos y oblaciones de los fieles, y el emperador por su parte abandonaba sus derechos de investidura, que ya no tenían objeto. De esta manera se realizaba desde el siglo XII la absoluta separación de la Iglesia y el Estado; porque el dominio temporal de Roma no podía menos de seguir la ley común y volver á los emperadores por natural consecuencia. Mas con esto, el papa Pascual destruía en un día el trabajo de diez siglos del papado.

Es un error atribuir á un cálculo maquiavélico esta vuelta inesperada á las tradiciones de la Iglesia cristiana. Hubiese sido un expediente muy poco hábil, una astucia muy mal aconsejada, la de proponer á los enemigos de los papas una tesis tan fácil de explotar, de la que Arnaldo de Brescia iba á apoderarse al día siguiente, y de la que tan terriblemente habían de usar los reformadores. Todo ó nada: hé aquí la política de los caracteres extremados, como era el papa Pascual, en quien el cansancio, lo complicado de las circunstancias, junto con la certeza de que no menoscababa los principios del cristianismo, produjeron lo que sólo el amor á la justicia habría sujerido á un alma grande.

Nos aventuraríamos en el terreno de las hipótesis, si tratásemos de determinar los efectos que habrían resultado de haberse ejecutado semejante tratado. Esta reforma era demasiado contraria al movimiento general de las instituciones, de la sociedad y de los sentimientos, para que se mantuviera contra esta es-



pecie de conspiracion universal y permanente. Es probable que el dominio eclesiástico, dejando de ser propiedad condicional, habria aparecido bajo otra forma, libre de todo gravámen, lo que habria hecho lamentar el abuso de los beneficios, porque este abuso, al fin, era una garantía. Una vez libre é irresponsable ¿quién es capaz de adivinar los inconvenientes que la propiedad de la Iglesia habria traído, no encontrando oposicion á su extension indefinida?

La noticia del tratado fué recibida con profundo asombro, que pronto se cambió en prolongado grito de cólera. Cuando llegó el instante de firmarlo, durante la ceremonia de coronar al emperador, se manifestó tan violenta oposicion entre los cardenales y altos dignatarios de la Iglesia, que el papa no se atrevió á firmar. Y sin embargo de negarse á sancionar las obligaciones que por su parte habia contraído, pretendia que Enrique observase el tratado, esto es, que renunciase á las investiduras sin darle los derechos de regalia como habia prometido.

Enrique, ciego de furor, se apodera del papa y de unos doce cardenales, los hace atar con fuertes cuerdas como animales que se llevan al mercado, sale de Roma abriéndose paso con la espada en la mano entre la muchedumbre sublevada, y se retira á la Sabina con sus prisioneros, cuidando de que se les trate con la mayor brutalidad con el fin de apurar mas pronto su resistencia. No insistió en que se llevase á cabo el convenio abandonado, que él tambien miraba con desconfianza y parecia casi imposible de ejecutar, segun se desprende de la carta justificativa que dirigió á los romanos por este tiempo; pero se mos-

tró firmemente resuelto á no ceder un ápice en los derechos del imperio. En sus relaciones con su antiguo cómplice, usaba sucesivamente de la ironía y la amenaza, ora haciéndole insinuar confidencialmente que el emperador se preparaba á descuartizarlo con sus cardenales, ora abrumándole con testimonios de ridiculo respeto, comparándose á Jacob que detuvo prisionero á un ángel hasta que fué bendecido por él.

En fin, Pascual lo vió tan determinado á mantener sus derechos que, desesperando de reducirlo, imaginó otra transaccion mucho ménos extremada que la primera, pero tambien ménos valiente y honrosa para la Iglesia. Consistia en restituir las cosas al estado en que se encontraban ántes de empezar la querella de las investiduras. Esto, mas que renunciar á todo el pasado del papado, era declararlo vencido por el imperio y abandonar, no solamente la política de Gregorio VII, sino hasta las estrechas miras de Urbano II. Enrique se quedaba pura y simplemente con su derecho de investidura comprometiéndose á no hacer tráfico simoniacos, y el papa le absolvía de todas las excomuniones en que habia podido incurrir por su manera de proceder con la córte apostólica.

El emperador tuvo buen cuidado de no soltar al papa y á los cardenales hasta que no hubieron firmado el tratado con todas las formalidades de costumbre. Mas apenas habia repasado los Alpes con su ejército, un tole general se levantó contra aquellos en toda Italia, que se consideraba humillada en su persona, y sobre todo en el seno de la Iglesia, cuyas sillas principales estaban ocupadas aún por los antiguos compañeros de Hildebrando. Se les acusó de débiles en términos

afrentosos, y fueron expulsados de Roma. Pascual, no atreviéndose á cargar con la responsabilidad de un segundo perjurio, y ménos á exponerse de nuevo á la venganza del emperador, cuyo enojo habia aprendido á temer, reunió un concilio en Letran, ante el que explicó su conducta esforzándose en justificarla. Mas aquellos príncipes de la Iglesia, levantándose contra él con unánime sentimiento, decretan que su promesa es nula y herética, le declaran libre de ella y lanzan la excomunion contra Enrique y sus adictos; sentencia que Pascual no quiso confirmar hasta otro concilio y en vista de intimaciones verdaderamente amenazadoras.

Este solemne perjurio era tanto ménos propio para poner fin al interminable debate de las investiduras, cuanto que acababa de nacer otro motivo de discordia entre el papa y el emperador. La amiga de Hildebrando, la intrépida amazona de la Iglesia, la fiel aliada cuya larga vida habia sido un perpétuo combate en favor de la causa de los pontífices, la condesa Matilde, acababa de morir legando todos sus bienes á la santa Sede.

La autenticidad de esta donacion, hecha y confirmada muchas veces durante su vida, no podia ser objeto de duda para nadie; pero segun los términos del acta, parecia comprender únicamente las propiedades territoriales de la condesa, con exclusion de los feudos y derechos de soberania (1). Enrique, que era su

(1) Hé aquí la parte del texto que autoriza esta interpretacion, que nunca ha sido sériamente refutada: «Pro remedio animæ meæ et parentum meorum, dedi et ob-

natural heredero, le disputó hasta el derecho de enagenar sus tierras: corre á Italia á tomar posesion de la rica herencia, y hecho esto, marcha sobre Roma, entra triunfalmente en la ciudad, é instala con gran pompa en el Vaticano á Burdino, uno de los anti-papas de que estaba siempre provisto, en lugar de Pascual, que murió poco despues de este disgusto.

La eleccion de Gelasio II y su corto pontificado sólo sirvieron para atestiguar el cansancio y desaliento en que habia caido el partido de los papas. Mostróse impotente, no solo para defender á Roma contra los alemanes, sino hasta para conservar un rincon de tierra en Italia que sirviese de refugio á su elegido que, expulsado de la península, se fué á morir en Cluny bajo la proteccion del rey de Francia.

Sucedióle Calixto II, prelado de alta alcurnia, descendiente de la casa de Borgoña y pariente del emperador. Iniciado desde edad temprana en el manejo de los altos negocios, bastante indiferente respecto al fondo del debate para no mantener pretensiones exageradas, el nuevo papa era á propósito para preparar la transaccion que habia de poner término á la querrela de las investiduras. Merced á sus negociaciones se ajustó el pacto en Worms, donde Enrique habia reunido una dieta. El derecho de investidura quedó dividido en su ejercicio como lo estaba en su objeto. Adjudicóse al papa exclusivamente la investidura es-

tuli ecclesiæ sancti Petri, per interventum domini Gregorii papæ VII, omnia bona mea *jure proprietario*, tam quæ tum habueram quam ea quæ in antea acquisitura eram, etc.»

piritual por el báculo y el anillo; al emperador, la política de los bienes de regalía por el cetro. La elección tuvo el mismo carácter mixto, quedando confiada á los Capítulos, asistidos de un representante del emperador.

Muchos se han admirado de que un expediente tan simple no se hubiese adoptado más pronto, pero es porque desconocen ú olvidan el sentido de la querrela de las investiduras. Por nada del mundo se hubiese aceptado este arreglo, ántes de que la evidente inutilidad de prolongar por más tiempo la lucha en este terreno lo hubiese impuesto; habria sido rechazado de comun acuerdo y como vergonzosa confesion de impotencia. Se trataba de un interés más alto que el invocado por los dos partidos, se trataba de la supremacia de la Iglesia, de la eterna guerra entre el sacerdocio y el imperio, entre la teocracia y los poderes políticos. Las investiduras habian sido el campo de batalla y el pretexto, mas no el verdadero motivo de la discordia. Por esto el tratado de paz que acababa de ser firmado, no podia considerarse sino como pasajera suspension de armas. Cada movimiento de desaliento producido por la imposibilidad en que aun se encontraban la Iglesia y el Imperio de vencerse ó destruirse mutuamente, debia señalarse por una fase nueva de esta guerra, cuya forma podia variar, pero cuyo fondo no cambiaba nunca.

CAPÍTULO IX.

Eugenio III y Arnaldo de Brescia.

Después del arreglo de la querrela de las investiduras, la herencia de la condesa Matilde fué la que sirvió de pretexto á las luchas del papado contra el imperio. Esta sustitucion no significaba en ninguna de las dos partes la renuncia á sus anteriores pretensiones; era solo una simplificacion aceptada momentáneamente por los dos partidos, que no se hallaban en estado de hacer valer sus agravios en toda su extension.

En Alemania, la casa de Franconia se habia extinguido con Enrique V (1125), y Lothario, duque de Sajonia, subió al trono merced al apoyo de los Welf de Baviera; pero tuvo que aceptar sus condiciones y comprometerse á ser fiel á la politica tradicional de esta casa, que siempre habia mostrado celo invariable en defender los intereses de la santa Sede, lo que le valió más tarde el honor de dar su nombre á los Güelfos, partidarios de los papas en Italia como en

Alemania. Frente á esta casa se levantaba ya otra, su rival, y no menos ardentemente en sostener la causa opuesta, la de Suabia, que le disputaba el imperio en nombre de las tradiciones de Enrique IV y de la casa de los Gibelinos. Análoga division se manifestaba en Roma entre los Frangipani y los partidarios de Pedro de Leon, el negociador del tratado de Sutri, teniendo Italia sus dos papas, como Alemania sus dos emperadores. Por ambas partes se luchaba, pero con flojedad, y los pueblos, como no importándoles el resultado final del combate, no parecian prestarle más atencion que la que se dá á un espectáculo, ni suministrarle más alimento que el indispensable para que no se acabara demasiado pronto por falta de combatientes.

Y en efecto, á la sombra de estas rivalidades entre la Iglesia y el Imperio, una gran revolucion acababa de verificarse silenciosamente en el seno de las ciudades italianas. Por mucho que duela el uso impolitico que más tarde hicieron de sus libertades, no puede menos de admirarse la perseverancia y habilidad que desplegaron en conquistarlas. Despues de haber sujetado ya que no vencido la dominacion germánica y el feudalismo de los condes por medio de su alianza con la Iglesia, despues de haber sustituido el obispo al conde en todas sus magistraturas, la ciudad italiana se habia servido del imperio para matar el feudalismo de los obispos, y ahora se constituia con sus propias fuerzas, reemplazando en todas partes los obispos con los cónsules, soberanos municipales salidos de su seno, elegidos por los ciudadanos, asistidos de una especie de senado con el nombre de *Credenza*, y juntando al

poder judicial el mando de las fuerzas militares de la ciudad y su territorio.

¡Cosa singular! este establecimiento esencialmente republicano por todas sus tendencias, lejos de excluir el doble poder imperial y pontifical, cuyos representantes acababa de quebrantar uno en pos de otro, lo reclamaba al contrario como su natural e indispensable coronamiento, se declaraba constituido bajo su patronato, y sufría hasta en sus revueltas la antigua fascinación tan amada de las imaginaciones italianas. Entre el papado y el imperio, la ciudad pretendía vivir libre sin ser absorbida por estos formidables vecinos, participar de su grandeza y su gloria sin ceder un ápice de su individualidad, recibir sin dar. Era, como se ve, la utopía de los romanos, puesta en práctica y generalizada en toda Italia.

Cada una de estas pequeñas repúblicas era tanto más desconfiada cuanto era más débil. Si se mantenían tan firmes en no depender más que del imperio, era en gran parte por no caer en la dependencia de la municipalidad vecina. Se ha ido á buscar muy lejos la causa de los ódios y rivalidades que las separaron desde su nacimiento, y unas veces se ha encontrado en oposiciones de intereses, que no eran sin embargo más fuertes en Italia que en el resto de Europa, y más recientemente en diferencias de origen y en antipatías de razas, que existían igualmente en otros países donde no produjeron semejantes resultados. Ambos elementos tuvieron parte sin duda en el desarrollo anárquico de las ciudades italianas; pero no bastan para explicarlo. No hay sistema que, aplicado á esta historia en sentido absoluto, no sea desmentido á cada paso, lo

cual muestra que todos son incompletos. La constitucion de las repúblicas italianas bajo los auspicios de la dualidad imperial y pontifical, debe contarse con más razon que toda otra influencia entre las causas de sus divisiones. Gracias á ese soberano abstracto, ficticio, impersonal, se libran de la disciplina, de la subordinacion, de todas las servidumbres propias de las soberanias reales; se atribuyen dos dueños para no tener ninguno; á ejemplo de Roma, cada una se considera cándidamente como centro del mundo, no admitiendo sobre ella más que al papa y al emperador, ni reconociéndose con obligaciones sino para con ellos, porque cuentan con eludirlos; aceptan su jurisdiccion, pero es á condicion de que quedará en ese estado indefinido en que se les habia presentado primero, débil, dividida, invisible, ausente, á condicion de que esta doble soberanía no intervendrá sino cuando les plazca invocarla. En los demás paises la ciudad dependia de la provincia, la cual por mil lazos se referia al Estado, á la pátria comun; aquí nada de esto. No pudiendo ver la pátria en Italia, porque era una fraccion del imperio y no se pertenecia á sí misma; ni en el imperio, porque era una pura abstraccion, una amalgama de veinte nacionalidades diversas; ni en la iglesia, porque era patrimonio comun de la humanidad, la ciudad italiana veíase reducida á colocarla en sí misma.

Tal era el movimiento que trasformaba á Italia durante las nuevas fases del antagonismo entre el papado y el imperio; tal la actividad que se ocultaba bajo su aparente languidez, en tanto que sus dos enemigos perseguian en el vacio el vano espejismo de

un triunfo estéril. Por esto la transaccion, ó más bien tregua, sellada entre el emperador Lothario y el papa Inocencio II sobre la herencia de la condesa Matilde, apenas llamó la atención, y no se dió más valor á la victoria del pontífice que á la derrota del soberano, el cual consintió en recibir los bienes alodiales de la princesa á cambio de un juramento de fidelidad. Aparte de que intereses de otro género y mucho más inmediatos apasionaban los espíritus, se habia visto cambiar demasiadas veces el lenguaje y la actitud con la fortuna para que los dos poderosos rivales no hubiesen perdido gran parte de su antiguo prestigio á los ojos de los pueblos. El mismo Inocencio II que, á consecuencia del tratado que acabamos de nombrar, hizo pintar un cuadro al natural, en que se representaba á Lothario de rodillas recibiendo de él la corona, y que no temió lanzar el interdicto sobre un reino como Francia por haberse negado á dar una investidura episcopal, este Inocencio II se desmentia á sí mismo consagrando rey, despues de haber perdido una batalla, al normando Roger de Sicilia, á quien habia declarado privado del trono pocos dias antes de empezar la campaña.

Mal podia la influencia de semejantes pontífices impedir que Roma tomase parte en una revolucion de que habia sido verdadera iniciadora. ¿No era, en efecto, Roma la primera que habia planteado los términos del gran problema cuya solucion buscaban las otras ciudades: mantener la independencia de la ciudad al lado del principio imperial y pontifical? Esta tentativa se encontraba en todas las páginas de su historia, y al repetirla ahora, no hacia más que seguir

sus propias tradiciones. Este nuevo ensayo debía fracasar, como los precedentes, á consecuencia del pacto fatal que hacia de ella la llave de la bóveda de la iglesia y el imperio; pero supo comunicarle esta vez notable carácter de universalidad y de radicalismo, que contrasta singularmente con las revoluciones de la edad media, y le dá el aspecto de una guerra de principios. Este carácter puramente filosófico no era de origen romano; era en cierto modo producto de una reaccion del mundo sobre Roma, la cual no hizo más que ponerlo en escena. Conviene saber por qué encadenamiento de circunstancias llegó á adaptarse este movimiento á una revolucion municipal, que nada tenia de particular ni de nuevo.

Un renacimiento intelectual, lleno de juventud y de vigor, empezaba á manifestarse en toda Europa, y su representante más elocuente y atrevido era el breton Pedro Abelardo, nombre inmortal en la leyenda como en la historia. El eco de su palabra se extendia más lejos de lo que pudiera suponerse, porque las comunicaciones entre los pueblos eran entónces quizás más frecuentes y, sobre todo, más íntimas que hoy, gracias á las cruzadas, á las peregrinaciones, á las misiones, que suplían con ventaja bajo este punto de vista á lo que pudieron hacer despues las relaciones industriales y mercantiles. «Los libros de Abelardo pasan los Alpes y atraviesan los mares, escribia Guillermo, abate de Saint-Thierry, á San Bernardo; sus nuevos dogmas se propagan en todas las provincias, hasta se dice que son estimados en Roma.»

Su doctrina se resumia en un racionalismo todavian envuelto en el tecnicismo de la Teologia, pero

libre y atrevido para su tiempo. Planteaba con precisión, sin precedente entónces, la inevitable contradicción entre la razón y la fe, y en lugar de sacrificar aquella á ésta segun el método teológico, trataba de crearles dominios separados é independientes; era el primer balbuceo del libre exámen pidiendo el derecho de existir, ántes de reclamar el dominio que le es debido. La consecuencia natural de este principio, que Abelardo no podia proclamar en Francia sino bajo fórmulas escolásticas, era en política la absoluta separacion de los dos órdenes temporal y espiritual. Arnaldo de Brescia, que habia seguido asiduamente sus lecciones, se atrevió á publicar en Italia el secreto de su maestro, y expuso con todo rigor las deducciones de sus principios.

Sucesivamente propagó las doctrinas de Abelardo, desarrolladas por su propio génio, en Brescia, su patria, en las ciudades lombardas, luego en la misma Roma. Esta enseñanza, traducida y comentada por la inspiracion de un alma ardiente, intrépida, fué acogida con entusiasmo, fácil de comprender en aquellas ciudades apenas emancipadas del yugo de los obispos. Diferia muy poco de los principios de la primitiva Iglesia, que el papa Pascual II, en un momento de debilidad, se negó á sancionar legalmente en el tratado de Sutri, y que habia proclamado como último remedio á las discordias que ya no se sabia como terminar. El clero no debía poseer feudos, ni derechos seculares, ni señoríos, ni siquiera propiedades; debía contentarse con los diezmos y obligaciones voluntarias del pueblo. En cuanto al papa, simple soberano espiritual, se abstendria de todo acto de gobierno,

dejando á la república romana la gestion de los negocios políticos. Apesar de su aparente semejanza, habia infinita distancia entre la doctrina de Arnaldo y la transaccion fracasada de Pascual; pues mientras que esta no tenia más valor que el de un hecho, de un expediente, de una concesion, que la Iglesia podia trasformar cuando quisiera y que á nada le comprometia, la reivindicacion del elocuente republicano de Brescia, fundada en deducciones filosóficas, se presentaba como una regla de justicia, como un derecho eterno del lego contra las usurpaciones del sacerdote. La una emanaba del dogma de la autoridad; la otra era una aplicacion del principio de libertad.

Condenado como hereje en un concilio celebrado en Letran y por opiniones pertinentes sólo á la disciplina eclesiástica, Arnaldo de Brescia salió de Italia y se fué á Zurich á predicar su cruzada contra la ambicion sacerdotal. Pero su doctrina habia encontrado en Roma el terreno muy bien preparado para recibirla, ya que no para hacerla fecunda, y allí, complicándose con una revolucion municipal, los partidarios de una y otra se levantaron sin esperar la vuelta de Arnaldo de Brescia. Aprovechándose del primer pretexto que les deparó la ocasion, un tratado del papa con los habitantes de Tivoli, corren á las armas, llevan el pueblo al Capitolio, instalan allí un senado, y entregan á la execracion el gobierno de los sacerdotes á la vista de Inocencio II, que muere de dolor. Bajo el pontificado de Lucio II completan su nueva constitucion, y reaparece el patricio al lado del senador, y en las actas la antigua y gloriosa fórmula: *Senatus Populusque Romanus*.

Pero lo que revivia era la letra; el espíritu de la antigua Roma estaba muerto, siendo impotentes aquellas vanas evocaciones para resucitarlo. Se restauraban fielmente las formas exteriores, pero como si se tratase de una representación teatral, y sin la menor idea del inmenso trabajo que simbolizaban y expresaban. Todas las ambiciones de los romanos de la república las poseían los de la ciudad de los papas, pero creían estos hacerse dignos de la gloria de sus antepasados con solo deslumbrar la imaginación, y se figuraban haberla reconquistado sin añadir nada al precio con que sus padres la habían pagado, ser dueños del mundo sin hacer ninguno de los sacrificios necesarios para conservar el imperio.

Estos sentimientos se revelan con suma candidez en una carta que escribieron por este tiempo al emperador de Alemania, y que nos ha conservado Othon de Frisinguen. Se proponían atraerse su apoyo contra Roger, rey de Sicilia, que el papa Lucio había ganado á su causa, y de aquí tomaron pie para tratar de convertirlo á sus aspiraciones políticas. Después de anunciarle en frases enfáticas la gran novedad de la redención del pueblo y restablecimiento del senado, le participaban para seducirlo y como un acontecimiento de la mayor importancia, que trabajaban activamente en restablecer el puente Milvio para facilitar el paso á sus tropas. La Iglesia iba á ser por ellos definitivamente domada y sometida al imperio, el Universo iba á ser devuelto á los Césares, el senado y el pueblo romano lo prometían, pero necesitaban que alguno les guiara en esta gloriosa obra, y este era el servicio que esperaban de él: «Este es el mismo pue-

blo, este el mismo senado, le decian, por quienes Justiniano y Constantino tuvieron el mundo en sus manos.» Y le aseguraban que sólo de él dependia hacer otro tanto, suponiendo de este modo que toda la fuerza de la antigua Roma habia estado en sus dueños, para evadirse de ser ellos los autores de su propia grandeza; atribuyendo el vacío de su reciente historia á la casualidad que les habia negado un jefe; considerándose como instrumentos cuyo valor se anula ó multiplica al infinito segun la mano que los maneja, con el fin de poder culpar á otro de su propia impotencia, y sin advertir que los pueblos verdaderamente grandes obran por sus jefes, no los jefes por ellos; dando, en fin, testimonio con esta inversion de funciones, con estas fórmulas de servidumbre que se imponian á su espíritu en el seno mismo de la libertad, de la incapacidad incurable en que se hallaban de llegar á ser un gran pueblo.

Mostraron sin embargo alguna energía para defender su nuevo ensayo de república. El papa Lucio, prometiéndose vencerlos con solas sus fuerzas, se presenta un dia con gran pompa en el Capitolio, rodeado de una comitiva de sacerdotes y de soldados, con aparato militar y sacerdotal á la vez. El pueblo rey, primero intimidado, se recobra, acomete á pedradas contra aquel ejército de ceremonia, y el mismo papa quedó entre los muertos.

Eugenio III, que fué elegido en su lugar, era ferviente discípulo de san Bernardo, el implacable antagonista de Abelardo y Arnaldo de Brescia. San Bernardo habia sido uno de los primeros en denunciar lo que llamaba herejía de los políticos, y no contento

con haber hecho condenar á Arnaldo en un concilio, lo persiguió hasta en su refugio de Zurich, escribiendo al obispo de Constanza que lo encerrase, buscando en todas partes enemigos á aquel mágico «cuya palabra era miel, su doctrina veneno, que ocultaba el dardo del escorpion bajo la candidez de la paloma.»

No pudiendo luchar en elocuencia y razon con tales adversarios, san Bernardo se hizo el caballero del dogma, y logró vencerlos envolviéndolos en el eterno proceso del misterio contra la evidencia, de la gracia contra el libre albedrio, en cuyo terreno su misma superioridad era la más segura prenda de su condenacion, porque era imposible que él mismo tomase en sério las apariencias y sofismas de que se pagaba el vulgo.

San Bernardo era en este momento, gracias al ardor que habia desplegado en esta obra, el más alto poder de la iglesia cristiana. Gozaba de inmensa popularidad en Francia, en Alemania y hasta en Italia, donde se veia á los pueblos correr á su encuentro para besarle los piés; él solo iba á decidir la partida de la segunda cruzada; su voluntad acababa de nombrar papa á Eugenio III, su hechura y discípulo, á quien tenia buen cuidado de advertírselo en sus cartas: «Dícese que yo soy el papa y no vos.» (Epist. 239), y á toda hora le recordaba el texto *De stercore erigens pauperem*, no sin que dejara traslucir á veces el despecho de haber sido eliminado para el trono pontificio. En fin, este devoto poseia un don de Dios que ya entónces se iba perdiendo de dia en dia, y que no es para la historia recomendacion tan irresistible

como lo era todavía para la mayor parte de sus contemporáneos: el don de hacer milagros.

Los santos de este tiempo ya habían adoptado en general la sabia costumbre de no obrar milagros hasta después de su muerte, como hace el santo moderno, esencialmente discreto, prudente, reservado, lo cual depone en su favor. Pero san Bernardo no era así, por todas partes lo iba sembrando á su paso; en presencia del pueblo reunido enderezaba á los jorobados, daba palabra á los mudos, oído á los sordos, vista á los ciegos, y producía con facilidad numerosos prodigios de que aún poseemos el inventario detallado. Hasta llegaba á veces á profetizar, aunque no siempre acertaba, como prueba su famosa predicción sobre el éxito de la segunda cruzada, cuyo fracaso le acarreó algunos disgustos.

Ardiente y artificioso, entusiasta é insinuante, muy locuaz, gran diplomático, lleno de actividad, de vanidad y ambición, hábil en las cosas pequeñas, mediano en las grandes, tal se pinta á sí mismo en sus cartas el hombre cuyas inspiraciones prevalecían entonces en los consejos de la santa Sede. Puso en práctica la política estrecha y superficial expuesta en su libro *De Consideratione*, especie de manual para uso de los papas de su tiempo. Los romanos le opusieron al mismo Arnaldo de Brescia, á quien llamaron de su destierro, y que, vuelto á Roma, donde fué recibido en triunfo, se esforzó en realizar sus planes de reforma, de los que conocemos poco más de lo que nos dicen malos cronistas en su prosa versificada, donde todo lo que los hechos podían presentar de característico quedó sacrificado á la corrección de un

alejandrino trivial é incoloro. Sabemos lo bastante, sin embargo, para reconocer que á sus aspiraciones tan rectas sobre la necesidad de excluir á la Iglesia de toda participacion en el gobierno, se juntaba la comun ilusion sobre la posibilidad de restaurar las formas de la república romana en medio de un pueblo degenerado. Acometi6 resueltamente esta utopia: intent6 resucitar el 6rden ecuestre, los c6nsules, los tribunos, esperando sin duda que el heroismo antiguo responderia tarde 6 temprano al llamamiento de estas f6rmulas mágicas, pero no logrando sino dar pábulo al est6ril orgullo de un pueblo que pretendia gobernar el mundo y no podia, reuniendo todo su valor y todas sus fuerzas, sofocar la rebelion de una ciudad tan pequeña como Tivoli.

En Alemania, Federico de Suabia, apellidado Barbaroja, alma desp6tica, voluntad indomable, mano de hierro, habia sucedido á Conrado III. Emparentado á la vez con la casa de los Welf de Baviera y con los Gibelinos de Franconi, pudo reunir los dos partidos enemigos y devolver la paz al imperio. A 6l acudi6 Eugenio III contra los romanos. Una doble promesa se cruz6 entre ambos: la de restablecer al papa en Roma, y la de coronar á Barbaroja emperador de Alemania. Pero la tarea de Federico no se limitaba á esto, porque la revolucion que iba á sofocar en Roma, tenia que vencerla primero en todas las ciudades italianas, insurreccionadas á una contra los obispos y los condes, contra el poder pontifical y el imperial, como los romanos lo estaban contra el papa y el emperador.

Estos dos poderes, por tanto tiempo divididos,

uniéronse ahora para conjurar el peligro comun, y las ciudades italianas formaron al mismo tiempo una confederacion para rechazar sus ataques. Aquí se vé cómo aquella liga lombarda, que despues fué la más segura defensa de los papas contra el imperio, y que se considera comunmente como su obra, nació bajo una inspiracion poco simpática á la santa Sede. ¿Cómo, pues, la favoreció esta tan poderosamente despues de haber trabajado en destruirla? En Roma es donde hemos de buscar el secreto de esta contradicción. Los papas fueron los enemigos más encarnizados de la confederacion y de la libertad de las ciudades italianas mientras Roma tuvo parte en su independenciam; mas apenas esta fué sometida, les tendieron la mano. Querian la libertad contra los emperadores, no la querian contra sí mismos.

Federico Barbaroja pasó más de dos años en combatir la liga de las ciudades, cuyo haz, roto sin cesar, sin cesar volvia á formarse. Solo acabó con su resistencia abrumándolas con la superioridad de sus fuerzas y con terribles ejecuciones. Adriano IV se hallaba en el trono de S. Pedro cuando Barbaroja se decidió á marchar sobre Roma. A la noticia de su aproximacion, Arnaldo de Brescia huyó, á las súplicas del senado asustado, refugiándose en el castillo de un señor de la Campania, donde el emperador lo hizo prender por traicion. Entregado á sus enemigos, el discípulo de Abelardo fué atado muy de mañana á un poste levantado sobre una hoguera, y quemado vivo en medio de una plaza de Roma. Sus cenizas fueron arrojadas al viento, que las llevó á fecundas tierras, y el pueblo no supo la muerte de su tribuno

hasta que vió dispersar los restos humeantes de la hoguera. Así pereció el primer martir de la filosofía en la edad media.

Pocos días despues, diputados por el senado de Roma fueron á pronunciar solemne arenga delante de Federico Barbaroja, aparentando ignorar el suceso y como decididos á no apercibirse de ninguno de los ultrages que se les dirigian. Pensaron que era ocasion de imponerse al bárbaro á fuerza de serenidad; se esforzaron en persuadirle á libertar su ciudad del gobierno del clero y á devolverle el dominio del universo, declarándose prontos á aceptar su juramento de fidelidad, con un tributo de cinco mil libras. Federico les interrumpió con desden; les recordó que el imperio y los cónsules y el senado y el órden ecuestre y las virtudes romanas no estaban ya en Roma, sino en Alemania con los conquistadores de Italia; luego los despidió bruscamente. El pueblo intentó amotinarse, pero fué disuelto. El emperador se hizo coronar en San Pedro por el papa Adriano, y poco despues repasó los Alpes, perseguido por unánimes maldiciones.

CAPÍTULO X.

Alejandro III y Federico Barbaroja.—Decreto de Graciano.

De esta manera el papa y el emperador se dieron el ósculo de paz sobre las ruinas de las ciudades lombardas y la hoguera de Arnaldo de Brescia: acomodamiento demasiado ficticio para que fuese duradero. Ni en uno ni en otro habia otro móvil que el deseo de impedir que ningun establecimiento independiente se fundase en Italia fuera de su propia dominacion, y así que hubieron alcanzado este fin, hasta de una manera incompleta, superficial y provisoria, el antiguo antagonismo surgió y la guerra sucedió á su buena armonia.

La Iglesia siguió en esta ocasion con las jóvenes repúblicas italianas una política exactamente semejante á la que habia inspirado su conducta con las tentativas fracasadas del reino nacional, sólo que, como el peligro para su influencia era ahora mucho menor, dada la fragilidad de aquella confederacion, que se disolvia por si misma asi que se desvanecia la tempestad, se fué tranquilizando á medida que conoció mejor

la inestabilidad de este nuevo principio, y se acostumbró poco á poco á considerarlo como arma defensiva excelente contra los emperadores y casi imposible de volver contra ella. Tuvo sin embargo gran cuidado de reprimir enérgicamente en Roma, siempre que se manifestaban, las tendencias que no temia alentar en la Lombardia; política fácil, porque no consistia en hacer, sino en impedir que se hiciese. Ante este veto fatal, la constitucion de Italia por las repúblicas confederadas era todavia más imposible de lo que habia sido su unidad por la monarquía.

No bien Adriano IV hubo consolidado la reconciliacion forzada que acababa de imponer á los romanos con la espada de los alemanes, convirtióse en secreto investigador, y luego en jefe fidelísimo de la liga de las ciudades lombardas. Federico Barbaroja volvió á Italia con ejército aún más formidable que la primera vez, y á una represion implacable juntó un sistema meditado de administracion, destinado á evitar toda veleidad de independencía. En todas las ciudades tomadas por asalto ó sometidas por el terror que inspiraban sus ejecuciones instaló un podesta, esto es, un representante de los derechos del imperio, un instrumento de su voluntad, declarada «ley viva» por los jurisconsultos de Bolonia en la dieta de Roncalia. Este calificativo era en boca de aquellos legisladores una réplica al decreto de Graciano, que acababa de aplicarlo á la autoridad de los pontífices.

Pero aún en medio de sus triunfos, Federico sentia temblar el suelo bajo sus piés. Le era preciso multiplicarse, estar presente en todas partes. Apenas se apartaba de una ciudad, la revolucion volvía á

crecer sordamente. Génova se negaba á recibir sus magistrados; Adriano no queria reconococerle ningun derecho de regalia sobre su feudo de Roma, y formaba estrecha alianza con su enemigo jurado, Guillermo el Malo, rey de Sicilia, olvidando sus resentimientos más profundos para prevenir el peligro que consideraba más inminente.

Por otra parte, las pretensiones pontificales habian reaparecido en su forma más ofensiva, en una disputa poco anterior al asunto del obispo de Lundén: «El emperador, habia exclamado Adriano, habria olvidado pues los beneficios de la santa Sede? ¿No es el soberano pontifice el que le ha conferido la corona imperial?» La humilde y forzada retractacion que tuvo que oponer á este altivo desafio (1) no pudo menos de impacientar más su ódio, que todavia vino á envenenar otro agravio, fútil en apariencia. En una carta contestando á nuevas reclamaciones de Adriano, Federico intencionadamente colocó el nombre del emperador antes que el del pontifice, lo cual era á los ojos de este arrogancia insoportable, por lo que en seguida intimó á Federico que se retractase, bajo pena «de perder la corona con que le habia gratificado.» Estas pequeñas querellas tenian séria importancia, porque mostraban cuán poco habia atenuado el tiem-

Hé aquí los términos de estas excusas tan indignas como inverosímiles: «Hablando de vuestra corona, escribió, no pretendimos habérosla conferido realmente, sino que recordábamos el honor que tuvimos de ponerla sobre vuestra augusta cabeza; hemos dicho *contulimus*, esto es, *imposuimus*.»

po la rivalidad creada por el pacto de Carlomagno entre los dos poderes, y además, porque eran pretextos con que ocultaban una resolución que no se atrevían todavía á confesar. Con ellos, solo buscaban uno y otro ocasion de romper, rechazando sobre su adversario la apariencia de los primeros agravios y la responsabilidad de la agresion. Cuando la medida estuvo colmada, la negativa de un derecho de forrage que reclamaba el emperador, bastó para que se desbordara.

La lucha estaba, pues, empeñada de antemano, y Adriano se aprestaba á dar la señal por la excomunion de Federico Barbaroja cuando le sorprendió la muerte. Alejandro III aceptó sin vacilar esta sucesion preñada de tempestades. El emperador, cuando se hubo asegurado de que nada tenia que esperar de la docilidad del nuevo pontifice, le opuso, conforme á la tradicion imperial, un anti-papa con el nombre de Victor III, que instaló en Roma despues de haber destrozado las milicias de la liga, desmantelado sus plazas, arrasado la ciudad de Milan y distribuido sus habitantes en las aldeas comarcanas. Alejandro huyó á toda prisa y se refugió en Francia.

La insurreccion parecia sofocada; pero no tardó en reproducirse. Las cabezas de la hidra reaparecian siempre más amenazadoras á cada golpe que se les daba. Federico, habiéndose vuelto á Alemania para reformar su ejército, que se habia licenciado á si mismo y como dispersado instantáneamente conforme á los hábitos feudales, encontró á su regreso toda la Italia en pié para darle batalla. Alejandro III habia vuelto de Francia; Milan habia reedificado sus murallas; el pacto de alianza habia sido confirmado por

los más solemnes juramentos, y no solamente el rey de Sicilia, sino la misma Venecia, hasta entonces extraña á estas guerras, formaba parte de la confederacion. El emperador, en lugar de atacar de frente la línea de batalla de los confederados en el terreno elegido por ellos, quiso herir á la revolucion en su corazon yéndose derecho á Roma. Cayó de repente sobre esta ciudad con su ejército, que pereció casi todo de la *malaria*, y á duras penas pudo ganar los pasos de los Alpes, seguido de los pocos caballeros que se habian salvado del desastre.

El papa fué el héroe y el inspirador de la liga. Aquellas jóvenes repúblicas acogian con júbilo al pontífice que iba á participar de sus peligros y llevaba á su causa el prestigio de una guerra santa. ¿No acababa de destruirse contra él el esfuerzo de Alemania espirando al pié de los muros de Roma? Se puso su nombre á una ciudad improvisada por el demonio de la guerra, en la confluencia del Tanaro y del Bormida, y que parecia salida de la tierra al grito de la desesperacion. Alejandria tuvo durante cuatro meses en jaque á los alemanes cuando la última expedicion de Barbaroja. Una circunstancia, demasiado característica para ser omitida, señaló el fin de este sitio. El emperador, habiendo fracasado siempre en sus repetidos y furiosos asaltos contra aquella ciudad de *paja*, tal como la habia llamado antes de conocer su solidez, se vió obligado á levantar el sitio y batirse en retirada ante fuerzas superiores, y pudo retirarse impunemente sin que nadie intentase cercarlo y obligarle á rendirse, por más que, segun confesion de todos, estuvo entonces á merced de sus enemigos. Desfiló con todos

sus soldados, en buen orden y sin riesgo alguno, por delante de aquellos hombres cuyas campiñas tantas veces habia devastado, quemado sus casas, arrasado sus ciudades y hecho colgar á los magistrados, sin que se levantase una sola voz para pedir venganza; porque si era el enemigo de las ciudades lombardas, era tambien el emperador de Italia, el hijo legitimo de los Cesáres, la personificacion abstracta é ideal que servia de suplemento á la nacionalidad ausente, el representante de la supremacia Italiana sobre todos los pueblos del mundo. Al inmolarlo, hubiesen creído que se inmolaban á sí mismos; se defendian contra él, pero nadie pensaba en atacarle; no se disputaban sus derechos, sino únicamente la extension que pretendia darles. Ambiciosa y pueril ilusion, supersticion funesta que ninguna decepcion podia destruir y que habia de hacer estéril toda victoria.

Dicese que le conmovió esta generosidad; por lo menos es cierto que desde entonces se mostró dispuesto á tratar y deponer su inflexibilidad inexorable que hasta entonces habia caracterizado su politica. El arreglo estaba á punto de concluirse, cuando las pretensiones de Alejandro III hicieron romper las negociaciones, y fué menester otra victoria del ejército de los confederados, tan brillante como costosa, para reducir á Barbaroja á tratar de nuevo. Firmóse en Venecia una tregua de seis años que, al espirar este plazo, fué seguida de la paz de Constanza.

Esta paz consagraba la victoria de las ciudades lombardas, pero dejaba intacto el antiguo derecho imperial, por lo que no podia ser sino una tregua más ó ménos larga. Las ciudades volvian á entrar en

realidad salia fortificada, sobre todo si se la compara con su situacion bajo los sucesores inmediatos de Gregorio VII. Habia ganado inmensa popularidad entre las repúblicas italianas, que en adelante habran de identificar su causa con la suya, asegurándole de este modo un muro casi invencible. En cuanto á sus derechos, tan poco definidos de intento en el nuevo tratado, ganaban tanto más cuanto perdian los del imperio por quedar en este estado de indecision.

Su actividad, por otra parte, léjos de concentrarse únicamente en Italia en el periodo que acababa de trascurrir, se habia ejercitado, y no sin provecho, en mantener en Europa la política de Hildebrando, pero con más prudencia y diplomacia de la que este habia usado. Tomó de nuevo su actitud invasora, rodeando los obstáculos que no podia allanar, pronta á sacar partido de todas las circunstancias, cediendo cuando encontraba decidida resistencia, consagrando las usurpaciones para ganarse el apoyo de los usurpadores, ofreciendo coronas para hacerse reconocer el poder de darlas, invocando precedentes imaginarios ó fortuitos como autoridades ó tradiciones, suponiendo el derecho donde quiera que llegaba á establecer el hecho.

De esta manera el papa Adriano IV dió la Irlanda al rey de Inglaterra, Enrique II, que no se atrevia á tomarla, pero que le suplicaba autorizacion para invadirla, con la piadosa intencion «de restablecer en ella el cristianismo en su pureza.»

«Vos sabeis como todo el mundo, le responde Adriano, que la Irlanda, *así como todas las islas que han recibido la fé cristiana*, pertenece á la iglesia ro-

posesion del derecho de elegir sus cónsules y demás magistrados; se les devolvía la facultad de fortificarse, de levantar ejércitos, de ejercer en su dominio la jurisdiccion civil y criminal; pero se comprometian, por juramento impuesto á todos los ciudadanos, á mantener la soberania del emperador, á prestarle ayuda y socorro, á abrirle sus puertas cuantas veces quisiera volver á Italia. De esta manera la invasion extranjera quedaba garantida y regularizada como una institucion. Por otra parte, cada ciudad sólo habia estipulado para si, y no bien se hubo concluido la reconciliacion con el imperio, las repúblicas lombardas volvieron entre sí al estado de guerra que parecia su estado natural. Por una anomalia no menos difícil de explicar, conservóse el podestá; magistratura de importacion germánica, que siguió confiada á un extranjero y llegó á ser el jefe de las fuerzas militares de la ciudad, preparando en el seno de la libertad la era de las tiranias. La paz entre el papa y el emperador se ajustó al mismo tiempo que la tregua que precedió al tratado de Constanza. Por un trueque espontáneo de buenos procedimientos, Federico sacrificó á su anti-papa, que hizo el gasto de la reconciliacion, como les sucedia siempre á los anti-papas, y Alejandro III le levantó la excomunion cediéndole por quince años el goce de la herencia de la condesa Matilde, sobre cuya posesion definitiva habria de fallar un árbitro á la conclusion de este plazo.

Los resultados aparentes de esta larga guerra pueden considerarse como medianamente ventajosos para la córte de Roma, si se recuerda los que habria obtenido en otros momentos de su existencia; pero en

mana. Nos participais que quereis entrar en esa isla para someter el pueblo á las leyes y hacer pagar para san Pedro un dinero al año por cada casa. Os lo concedemos con gusto para el acrecentamiento de la religion cristiana.» Y le envió un anillo adornado de una esmeralda en señal de investidura. Se pregunta con asombro: ¿de dónde podía proceder ese derecho fantástico que aquí se invoca con tanto aplomo? Mas Enrique II no fué tan escrupuloso, y lo tuvo por auténtico hasta el día en que se le hizo notar que su reino tambien era una isla. De esta suerte el primer autor de las desgracias de Irlanda fué aquella misma santa Sede á la que ha guardado fidelidad tan inviolable.

Los reyes, tan inclinados en general á reconocer los derechos de la iglesia sobre aquellos reinos cuya posesion envidiaban, no los admitian sino con extrema repugnancia cuando se trataba de los suyos. El punto de vista cambiaba de repente. El mismo Enrique II habia de mostrarse ingrato con sus bienhechores menos de diez años despues de la donacion que se le acababa de otorgar tan liberalmente. Tomás Bequet, (1) arzobispo de Cantorbery, habiendo sustraído á la justicia secular un sacerdote convicto de asesinato,

(1) Parece resultar de investigaciones más recientes, que Tomás era normando de origen y no sajón, como se ha creído hasta aquí, y que su nombre debe escribirse Bequet en vez de Becket. Esta observacion tiene importancia, porque destruye una teoria muy acreditada, que hace de Tomás un tribuno de la raza sajona contra la dominacion normanda. No debe confundirse el espíritu que le animaba con las pasiones que se agitaron en tor-

que la jurisdiccion eclesiástica castigò con pena ridicula, tan suave era en proporcion con el crimen cometido, el rey invocó contra el arzobispo las antiguas costumbres del reino, exigió que el culpable fuese sometido á la ley comun, y el prelado por su parte apeló á la libertad de la iglesia, á los privilegios del clero y, por último, á la decision del santo Padre, pareciéndole opresion odiosa é intolerable la idea de conferir á los tribunales ordinarios el conocimiento de los crímenes cometidos por los eclesiásticos. Pronto Inglaterra ardió por esta querella. El papa envió legados encargados, á lo que parece, de prolongar el debate en lugar de terminarlo, tergiversando, con-temporizando hasta lo infinito, defendiendo ya el pró ya el contra, prontos á explotar las ocasiones que sin duda ofrecerian tarde ó temprano las peripecias de esta peligrosa agitacion, en la que empezaban á tomar parte las pasiones aun mal extinguidas de la época de la conquista.

Condenado en el concilio de Northampton por la gran mayoria de sus colegas, sobre los cuales se atribuia dominio espiritual; esforzándose con el apoyo del clero inferior en trasformar su dignidad arzobispal en una especie de papismo anglicano, Tomás Bequet se refugió en Francia, donde fué bien recibido por el rey Luis el Joven, en ódio á Inglaterra. Desde allí

no suyo. Pensaba y obraba como miembro de la iglesia; para la dominacion de la Santa Sede, de ningun modo para vengar á una raza oprimida. No hacia más que repetir lo que poco ántes habia practicado en la misma Inglaterra el italiano Lanfranc.

excomulgaba á sus adversarios, amenazaba al rey con poner su reino en entredicho, rechazaba con tenacidad inflexible transacciones que en otro tiempo habrían parecido á la Iglesia ventajas inesperadas, condenaba como tiránicas é injustas costumbres que él mismo había jurado solemnemente hacer respetar, y rehusaba someterse á otro juicio que al del papa, seguro de que habría de ser conforme al suyo.

En vano se interpuso el rey de Francia repetidas veces como mediador entre él y Enrique. Por más que el príncipe mostraba disposiciones sumamente conciliadoras, todo fracasaba ante la tenacidad del prelado. «Ha habido antes de mí, decía Enrique, muchos reyes de Inglaterra más ó ménos poderosos que yo; ha habido antes de Tomás Bequet muchos santos y grandes arzobispos de Cantorbery. Que me conceda lo que el más grande y más santo de sus predecesores ha concedido al menor de los míos, y me declaro satisfecho.—Señor arzobispo, decía entónces el rey de Francia, ¿qué temeis? ¿Quereis ser más grande que los santos? Hé aquí la paz.—Si los santos se han mostrado débiles en alguna cosa, respondia el arzobispo, no es en eso en lo que yo debo imitarles.»

Después de largas negociaciones, el rey de Inglaterra, asustado con la creciente fermentación de las pasiones populares y amenazado con una sentencia de deposición por parte del papa, cedió y recibió de su súbdito el ósculo de paz. Tomás Bequet volvió á su diócesis entre las aclamaciones de la muchedumbre, que veía en él al enemigo de los señores y de los obispos; pero este recibimiento aumentó su audacia, y el primer acto después de su rehabilitación fué renovar

todas las excomuniones que habia fulminado contra sus adversarios. A sus antiguas exigencias juntaba ahora la pretension de poseer el privilegio de consagrar al hijo del rey de Inglaterra, á pretexto de que habia pertenecido á alguno de sus predecesores en la silla de Cantorbery. En estos precedentes se fundaba para declarar nula la coronacion del jóven hijo de Enrique, porque esta ceremonia se habia cumplido por ministerio de su colega el arzobispo de York. Léjos de calmarse despues de la ámplia satisfaccion que se le habia dado, la agitacion del reino iba creciendo de dia en dia. El número de sus partidarios aumentaba de manera imponente; las poblaciones corrian de todas partes á su encuentro, y él las aren-gaba ejércitándose en el papel de tribuno. Súpose un dia que los habitantes de Lóndres habian salido en masa á recibirlo á la noticia de que iba á visitar su ciudad, y dos gentiles hombres fueron á prohibirle la entrada en nombre del rey. La irritacion llegó á su colmo; las cosas se hallaban por una y otra parte en ese punto del qué ni se puede retroceder sin deshonor, ni pasar sin dar la señal del combate; situaciones que no ofrecen más salida que la fuerza, y de que no se tiene el derecho de acusar á la fatalidad, porque son obra de los hombres. «¡No habrá nadie que me libre de este traidor!» exclamó Enrique en presencia de algunos cortesanos. Estas palabras no fueron perdidas: pocos dias despues Tomás Bequet era asesinado en su iglesia por cuatro gentiles-hombres. Esta muerte ha dejado sobre su nombre un prestigio de heroismo que ha hecho olvidar la justa reprobacion que merecen sus actos. Sin duda por una expiacion inse-

parable de esos medios sangrientos, no solamente quedan transfigurados en la historia hombres poco dignos de semejante honor, sino que las malas causas son rehabilitadas y deshonradas las buenas. La Iglesia, por quien Tomás Bequet se habia sacrificado, hizo de él un mártir y un santo; fué ante todo un soldado fiel á su consigna, que si usaba de diferente arma que su enemigo, no se vé que manejára la espada espiritual con más escrúpulo que Enrique sintió al herirlo con la espada de sus favoritos.

De esta manera la ambicion sacerdotal, desalentada y debilitada un momento por los desastres de Gregorio VII, recobraba poco á poco por nuevos esfuerzos el terreno que habia perdido. La tentativa de Abelardo y Arnaldo de Brescia para arrancarle la doble abdicacion del poder que se arrogaba sobre el pensamiento y sobre el gobierno de los negocios humanos, no dió por de pronto otro resultado que fortificar la autoridad de la Iglesia. Al separarse de ella, la libraron de un contrapeso, por decirlo así, interior, de una oposicion legal, constitucional, y que por esto mismo hubiese sido más eficaz que la de los príncipes. Pero ¿quién puede decir que su palabra habria conservado su virtud si se hubiesen plegado á las exigencias de semejante situacion? Prefirieron la verdad á esa astuta diplomacia, y una sola batalla perdida acabó con su escuela, desapareciendo con ellos toda una civilizacion naciente. Qué infinita distancia entre la pacífica y laboriosa colonia del Paráclito y las fanáticas legiones de Santo Domingo!

Después de este primer ensayo de independencia, el movimiento intelectual del mundo fué violentamen-

te colocado de nuevo bajo la direccion de la Iglesia, y toda libertad de espíritu quedó muerta por mucho tiempo. Pero las herejias que se multiplicaban en su seno, atestiguaban al propio tiempo la vitalidad indomable del espíritu humano, que obligaba á la misma Iglesia á hablar por él cuando no encontraba otro intérprete. Estaba visto que la tolerancia y la dulzura filosófica, las armas inofensivas de la razon no bastaban; para vencer al fanatismo ortodoxo, era preciso otro fanatismo. Surgieron, pues, las herejias para suplir á los filósofos vencidos, y la libre interpretacion de las Escrituras habló á falta del libre pensamiento sofocado en su cuna. No puede ménos de lamentarse esta sustitucion que no tenia las más veces otro efecto que reemplazar una supersticion por otra, pero estaba justificada por el hecho todavia hoy verdadero, de que el comun de los hombres encuentra más fuerza para defender una supersticion que para sostener un principio. El amor puro á la verdad ha tenido siempre una minoria imperceptible.

Los herejes vengaban á su manera al espíritu humano, de los siglos de horrible ortodoxia que acababa de matarlo, y aun cuando se engañaban, su error era saludable porque servia á la libertad. Se multiplicaban con vigorosa fecundidad, ejército de primera hora, mediano por su génio, grande por la virtud, invencible por su masa y buena voluntad, capaz de cansar á los verdugos, de gastar los instrumentos del tormento, de apagar el fuego de las hogueras con la sangre de los mártires, de desalentar á todas las insiquisiones y dejar el campo libre á nuevos combatientes, que habrian de aprovecharse de sus

heróicos trabajos luchando por otros dioses. En cuatro años se contaban más de las que se habían contado en cuatro siglos: patarinos, pasajeros, humillados, albigenses ó cátaros, josefinos, mesopinos, valdenses ó leonistas, etc.

Con ellos los jurisconsultos, raza imperiosa y servil á la vez, paciente, humilde con el imperio, intratable con la iglesia, oponian á los teólogos textos contra textos y doctores contra doctores. Admira ver en la historia de la edad Media la autoridad casi ilimitada de que gozaban, y el poco uso que hacian de ella; tímidos con aire de mando, odiosos ó insensatos bajo formas de la más venerable gravedad, medianos en todo excepto en una cosa, en resistir y conservar; enemigos por sistema y por temperamento de toda innovacion, sobre todo si constituia un progreso; amigos de todas las tiranías, con tal que tuviesen apariencias de legalidad; esclavos más bien que intérpretes de las leyes, cuya iniquidad nadie como ellos conocia, y semejantes á esos sacerdotes que acaban por creer en los ídolos que hacen hablar. Su Evangelio, la farragosa coleccion de las Pandectas, acababa de ser descubierto por los pisanos en la toma de Amalfi, é infatigables comentadores, se apoderaron en seguida de ellas para hacer salir armada de piés á cabeza la Themis vengadora del antiguo imperio.

No pudiendo hacer la Iglesia ningun descubrimiento de este género, tenia el recurso de inventarlo, como ya lo habia hecho en el siglo VIII. Las falsificaciones de Isidoro Mercator habian mostrado de cuánto era capaz bajo este punto de vista la imaginacion de aquellos fanáticos. Durante el pontificado de Euge-

nio III, en el instante más crítico de la lucha de la iglesia contra los partidarios de Arnaldo de Brescia, el monje Graciano acudió en su socorro publicando, con el nombre de *Concordancias de los Cánones discordantes*, una compilación análoga á las falsas Decretales, pero concebida con plan mucho más vasto. Además de la completa colección de las leyes canónicas, este repertorio comprendía el conjunto de las decretales, verdaderas ó falsas, de los papas, incluidas las de Isidoro, leyes sacadas del Código, del Digesto, de las Capitulares, innumerables autoridades extractadas de las obras de los PP. de la Iglesia y de las controversias de sus doctores.

Las contradicciones, las alteraciones de textos, los fraudes, falsificaciones y mutilaciones de todo género, eran el alma de esta enciclopedia de la jurisprudencia sacerdotal. Elevar á la iglesia sobre todos los tronos de la tierra, y al papa sobre todos los poderes de la iglesia, tal era el pensamiento que daba alguna unidad á tantas decisiones incoherentes y á veces inconciliables, pero que se producía ahora con un carácter de fuerza y universalidad muy superior al que se había manifestado en sus primeros ensayos. Era una red infinitamente flexible y á la vez de maravillosa solidez, que podía adaptarse con igual facilidad á las sociedades más diversas; una organización capaz de vivir por sí misma, que aprisionaba toda la vida humana bajo un sistema de administración destinado en apariencia sólo á los intereses religiosos, que contenía, en una palabra, todos los elementos de un gobierno completo á pretexto de regular la disciplina y gerarquía eclesiásticas.

Una doctrina que no era nueva en el catolicismo, pero que osaba declararse por primera vez sin ambages ni reticencias, servia á Graciano para orientarse entre las contradicciones sin cuento de los documentos que acababa de codificar, y prevenir todo disenti-miento ulterior. ¿Qué decidir cuando la iglesia habia pronunciado el si y el no á la vez sobre la misma cuestion? Segun él, como la iglesia no podia contra-decirse, porque era, como Cristo mismo, la ley viva, no habia en esto más que una cuestion de fecha; la verdad de la víspera se convertia en mentira al dia siguiente, no debiendo buscarse otro modo de resolver la dificultad. De esta manera, no pudiendo demostrar que era inmutable, divinizaba no solamente su movilidad, sino hasta sus caprichos. La Iglesia era superior á sus propios decretos, les prestaba su auto-ridad, pero nunca se la daba para siempre; jamás podia quedar obligada por sus voluntades anteriores; su palabra era una revelacion continua, su soberania la misma fuente del derecho; ningun compromiso po-dia sujetarla, ninguna contradiccion comprometerla; no interpretaba la verdad, la creaba; era impecable en materia de disciplina, como era infalible en materia de dogma. Hé aquí la teoria de lo arbitrario, el complemento del ideal teocrático absoluto, tal como lo habian conocido y practicado los pueblos de Asia.

De esta manera se constituyó el cuerpo del dere-cho eclesiástico, cuyo Justiniano fué un monje humil-de, simbolo de la fuerza anónima y colectiva, que durante mucho tiempo habia preparado los elementos. El decreto de Graciano dominó en toda la edad Media; jamás hubo legislacion que ejerciese tanta influencia



sobre tal número de hombres. Civil, político y religioso á la vez, á pretexto de regular los intereses espirituales, se apoderaba del hombre desde su nacimiento hasta su muerte, y lo devolvía más allá de la tumba á Dios como á un subdelegado encargado de ejecutar sus decretos.

El primer cuidado de Eugenio III fué mandar que se enseñase en la misma Bolonia, cuartel general del ejército de los jurisconsultos, desde donde se propagó por toda Europa, y fué comentado, enseñado en todas las universidades, invocado por los tribunales de justicia, aplicado por multitud de sentencias y de tratados, llegando á ser, en una palabra, una de las principales fuentes del derecho público y privado, y reinando casi sin oposicion hasta el siglo XVI próximamente.

Esta recrudescencia de disciplina, de unidad, de ambicion, de actividad intelectual, pervertida pero ardiente, que por tales señales se manifestaba en el seno de la iglesia del siglo XII, no habia de quedar en estado puramente especulativo; pero el pensamiento precedía á la accion, como sucede siempre que un movimiento de ideas, cualquiera que sea, lleva en sí verdadera fuerza. En este sentido puede decirse que no hay sorpresas en la historia; las épocas calamitosas son siempre preparadas por los falsos sistemas. El inmenso paso que Gregorio VII hizo adelantar á la institucion pontifical, habia sido preparado desde mucho ántes por las ideas que tan completa y brillantemente expresaron las Decretales de Isidoro Mercator; de la misma manera el Decreto de Graciano anunciaba ahora el pontificado de Inocencio III.

CAPÍTULO XI.

Inocencio III.

Los años que separaron la muerte de Federico Barbaroja del advenimiento de Inocencio III al trono pontificio, parecen un paréntesis destinado á prepararle el camino, simplificando la posicion respectiva de la Iglesia y el Imperio. En apariencia el Imperio gana terreno, porque Enrique VI, hijo de Barbaroja, reúne á sus Estados el reino normando de las dos Sicilias por su matrimonio con la heredera del último descendiente de Roberto Güiscardo; mas en realidad lo gana la Iglesia, porque este acrecentamiento de su enemigo, despertando los temores y desconfianzas de la libertad, le dá para siempre la alianza de las ciudades lombardas, hasta entónces más republicanas que pontificales.

Si hasta aquí estas heróicas ciudades han recibido tan valientemente el choque de la caballería germánica por sus propias franquicias, en adelante empuñarán las armas principalmente por la supremacia de su aliada, con quien se declaran solidarias y hacen causa comun. De la rivalidad creada por el pacto de Carlo-

magno entre los dos poderes nace una doble concepcion del derecho politico italiano: la una, que dá la preponderancia al imperio; la otra, que se la dá al papado, gloriándose una y otra de conservar ámbos principios, pero rechazando su equilibrio como una ficcion. La suerte está echada para siglos; el partido de los güelfos y el de los gibelinos están ya constituidos. En cada provincia, en cada ciudad, en cada familia se hallan presentes, se observan, se acometen con furor sin poder destruirse. Ambos representan un elemento necesario, una tendencia legitima de la vida de un gran pueblo: los gibelinos representan más especialmente la libertad, el orden legal, la independencia de los poderes civiles, el amor de la dignidad individual; los güelfos, la revolucion, el movimiento, la pasion de la igualdad, la actividad industrial; pero ámbos hacen traicion á la causa que representan por su quimera favorita, el primero, manteniendo la nueva tradicion cesariana que encadena la pátria á un jefe extranjero, imaginándose que la Italia avasalla al imperio porque corona al emperador, fundando su utopia sobre algunas apariencias tan vanas como esta ceremonia, obstinándose en ver súbditos en los dueños cuyo yugo sufre; el segundo, eternizando en el corazon de Italia la dominacion teocrática que la paraliza é impide su desarrollo nacional. Doble é inconcebible error, del cual el uno condena á Italia á buscar eternamente su centro fuera de si misma, y el otro, si le promete unó en su propio dominio, es ofreciéndole una sombra todavia más engañosa. ¿Cómo admirarse de que esta ardiente pretension al través de tantos sangrientos holocaustos fuese á perderse en el vacio,

cuando se advierte que los que la dirigian perseguian un fin imposible y quimérico? Pero felizmente las discordias de las dos sectas, güelfa y gibelina, no eran más que una de las manifestaciones de la vida poderosa de este pueblo; no comprimieron la pasmosa actividad que brotaba del seno de las repúblicas italianas; hasta se puede afirmar que las ilusiones que expresaban, tan funestas bajo otros aspectos, contribuyeron á mantener en el seno de la nacion una grandeza en sus deseos y ambiciones que hizo revivir á veces los más hermosos dias de su historia.

Esta nueva crisis de una nacionalidad en formacion dió á los papas una fuerza politica organizada, un punto de apoyo permanente, lo que la estrategia llama una base de operaciones. Mil oportunidades se reunieron á esta feliz circunstancia para hacer de Inocencio III el gran pontífice de la teocracia romana: la prematura muerte del emperador Enrique VI; la larga minoria de su hijo Federico, niño todavia, su heredero designado como rey de los romanos y soberano del reino de Nápoles; las largas contiendas de los dos competidores al imperio, Felipe de Suabia y Othon de Sajonia, que anularon durante algun tiempo la influencia germánica en Italia; el cansancio de los romanos fatigados de sus propias agitaciones; el entusiasmo de las ciudades todavia trémulas de sus emociones guerreras, y más que todo esto, la docilidad de los reyes y pueblos de Europa, acostumbrados desde mucho tiempo al yugo eclesiástico por la educacion, la enseñanza, la predicacion, las costumbres, los prejuicios, la tradicion y el culto.

No parecia Inocencio III menos predestinado á

este papel por el temple particular de su espíritu. Imperioso y sutil á la vez, su carácter sabia emplear igualmente la astucia y la energía, y como dice Maquiavelo: *usar la volpe ed illeone*. Violento en la palabra, era calmoso en la acción, en la que conservaba fría insensibilidad, quedando impassible hasta cuando ponía en juego las maquinaciones más atroces. Pasaba sobre todo y con razón por el hombre más versado de su tiempo en el conocimiento del derecho canónico. Pruébanlo sus innumerables cartas, llenas de interminables disertaciones sobre todos los puntos controvertidos de las decisiones pontificias, y difícilmente podría creerse que tanta palabrería pudiera hermanarse con tanta barbarie, si no recordásemos que la Inquisición fundada por él fué también una escuela de sutileza y casuismo.

La correspondencia de Inocencio III es un perpétuo comentario de las falsas Decretales de Isidoro y del Decreto de Graciano, así como su política fué la constante aplicación de los principios que aquellos escritos habían sentado. Este pontificado será para siempre memorable en la Historia como el primero si no el único instante en que el sistema cuya realización habían perseguido siempre los papas, fué puesto más en práctica con todo el conjunto de medios é instituciones que le eran propias. Gregorio VII tiene sobre Inocencio III una gran superioridad de génio y de carácter, sobre todo si se tienen en cuenta las épocas en que aparecieron; jamás se manchó con ninguno de esos horrores que acompañaron á las cruzadas contra los Albigenses; pero fué el apóstol y el teólogo más que el hombre de Estado de la teocracia,

porque el vasto organismo que debía regularizar su administracion no existia en su tiempo más que en gérmen. Inocencio III, por el contrario, lo encontró establecido y consolidado de hecho en los mismos países donde no lo estaba de derecho; fué á la vez el legislador y el hombre de accion del gobierno sacerdotal, y su reinado es el que se debe estudiar si se quiere conocer su mecanismo y valor práctico.

Una vez tranquilo por el lado de Roma, cuyas inofensivas fantasías municipales aceptó complacientemente despues de haber tomado la precaucion de apropiárselas, arrogándose el nombramiento de los principales magistrados, Inocencio concentró toda su atencion en la gran monarquía cristiana. Primero atendió á Italia. Por su influencia, la confederacion de las repúblicas lombardas se reorganizó mas fuerte que nunca, aumentándose por sus auspicios con las ciudades de Toscana, que hasta entónces habian quedado extrañas á ella. Aun consiguió más en las Dos Sicilias, sobre cuyo país, circunstancias excepcionales, le daban un poder casi discrecional. Constanza, la viuda del emperador Enrique VI, cediendo á una inspiracion poco política, le habia confiado la tutela de su hijo Federico. Sin duda, conociendo su enemistad con la casa de Suabia, pensó desarmarle apelando á los sentimientos de generosidad que no podia menos de excitar en él la situacion de un huérfano sin defensa.

Inocencio aceptó la tutela, pero fué para despojar á su pupilo. Hizo pasar á poder de la Iglesia la mayor parte de las prerogativas esenciales de la corona de Sicilia, y para prevenir toda reivindicacion ulterior por parte de aquel cuyos derechos acababa de usur-

par, legalizó la espoliacion con uno de esos expedientes tan familiares entónces á la cancilleria romana. Los títulos que necesitaba para legitimar su usurpacion á los ojos de los pueblos, los halló en un testamento que dijo haberse encontrado despues de una victoria en los bagajes de Markvald, el principal jefe imperial en Sicilia. Extraño es que no mencionara circunstancia tan interesante y singular en la noticia que dirigió al arzobispo de Nápoles al dia siguiente de la batalla. Hacia entónces cerca de cuatro años que el emperador habia muerto y que, segun esta atrevida hipótesis, su general era depositario de aquel documento importante, sin que nadie hubiese oido hablar de él. Cómo lo habia conservado por tanto tiempo teniendo interés en destruirlo y pudiendo hacerlo con toda seguridad, no se cuidaron de decirlo los autores del descubrimiento. En este testamento, Enrique VI, el enemigo vengador de la Iglesia, desmintiendo la política de toda su vida, ordenaba á su hijo Federico reconocerse feudatario de la santa Sede por el reino de Sicilia, y restituirle religiosamente la herencia de la condesa Matilde, así que fuese coronado emperador. Todavía hay que hacer justicia al espíritu de moderacion que dictó esta última cláusula, porque fácil le hubiese sido suponer una restitucion inmediata. En virtud de este testamento, Inocencio mandó un ejército á las Dos Sicilias, donde destruyó el partido aleman en nombre del jóven rey que era su natural jefe, á quien hizo elevar á la sombra altares como hijo de la Iglesia, como vasallo de la santa Sede, conservándole un simulacro de reino en prevision de las futuras complicaciones del imperio.

Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI, de la casa de los Gibelinos, y Othon de Brwnsvik, de la casa de los Welf, eran los dos contendientes entre quienes se dividió la Alemania para escapar á los peligros que parecia destinarle una larga minoria. Su rivalidad ponía el imperio á merced del papa, cuyo arbitraje se invocó. Despues de haberse hecho de rogar durante dos años á fin de que se conociese mejor el precio de su proteccion, táctica renovada de Gregorio VII, Inocencio se declaró en favor del Güelfo, en una especie de manifiesto en que discutía el mérito respectivo de los dos concurrentes. Mencionaba con ellos á su jóven pupilo Federico, á quien su eleccion como rey de los romanos, hecha en vida de su padre, daba derechos incontestables, y que tenia tambien numerosos partidarios. Lo eliminaba por jóven, pero sobre todo porque ya poseia la Sicilia, «de la que rehusaria prestar homenaje al papa si llegase á ocupar el imperio;» tambien rechazaba á Felipe de Suabia, abuelo del jóven Federico, por mas que habia reunido la gran mayoría de los sufragios de los electores, por haber incurrido en la excomunion del papa Celestino III, pero principalmente por pertenecer «á esa familia de Suabia, acostumbrada á perseguir á la Iglesia», raza malhechora, sobre la que se debian castigar los crímenes de sus padres, como autoriza la Escritura. Dictada esta decision, Inocencio la comunicó á Alemania por sus legados.

Estos, que se llamaban *á latere*, en el lenguaje gerárquico, para distinguirlos de los que tenian residencia fija, eran entónces los agentes más activos y temibles de la autoridad pontifical, de la que sólo repre-

sentaban los rigores y venganzas. Acostumbrados á imponer su voluntad con un gesto, gracias al prestigio de respeto, supersticion y terror que rodeaba á su poder, llevaban el rayo con ellos y la tierra enmudecia á su paso. El mundo no habia visto cosa semejante desde aquellos terribles legados de la República romana, que por tanto tiempo hicieron temblar á los reyes.

No hubo soberano, entre los contemporáneos de Inocencio III, que no recibiese la visita de estos mensajeros de la cólera celeste y no viese su trono conmovido. Desde el año 1200 se presentaron en Francia. Habiéndose divorciado Felipe Augusto de Ingelburga, hácia la que sentia invencible aversion, y casado con Agnes de Merania, de la que estaba perdidamente enamorado, los legados lanzaron el interdicto sobre el reino. ¿Qué habia sido de la época en que la santa Sede alentaba el divorcio de Carlomagno con la hija del rey de los lombardos?

El interdicto era el principal resorte y la *ultima ratio* del gobierno teocrático, y los legados, sus ministros de predileccion; servia de sancion á sus decretos, arma terrible en aquellos siglos de ciega creencia. A una señal dada por un extranjero, todas las iglesias del reino se cerraban á un tiempo á la vista de los fieles consternados, y los muertos yacian abandonados sin sepultura. Todas las ocupaciones sociales se suspendian, todos los lazos se rompian; la misma vida parecia detenerse; no habia matrimonios, ni bautismos, ni fiestas, ni reconciliacion de los muertos con Dios; órden de dejarse crecer la barba y los cabellos en señal de duelo, prohibicion de saludar á sus amigos, etc. Era una perturbacion, una afliccion

universal, y la iglesia reunia todas estas angustias, todos estos azotes, todos estos sufrimientos en un solo haz para herir á su enemigo. Todo el pueblo se volvia contra el autor conocido de sus males, y por mucha que fuese su firmeza, el principe, abrumado por la maldicion pública, puesto fuera de la ley, expuesto á todos los ataques de sus vecinos y de sus súbditos, libres de sus deberes y juramentos, pronto se veia obligado á ceder para no perder la corona.

Cuando se trataba de una república en vez de un reino, no teniendo aplicacion el interdicto, cuyo fin principal era sublevar á los súbditos contra un solo hombre, el monarca, se lo reemplazaba de ordinario por la excomunion general. Así fué excomulgada por este mismo tiempo la república de Venecia. Los venecianos eran, gracias á su marina entónces sin rival, los empresarios de las cruzadas de la cristiandad, industria que explotaban admirablemente. No contentos con hacerse pagar muy caros los pasajes, se aprovechaban de los cruzados para tomar al paso algunas factorias para su comercio y algunos principados para sus patricios. Fieles á esta regla de conducta, quitaron por este tiempo la ciudad de Zara al rey de Hungria. Por desgracia, este era vasallo de la santa Sede, que salió á su defensa lanzando el anatema contra los venecianos, los cuales se quedaron tan tranquilos y guardaron su ciudad. Estos astutos especuladores sabian bien que en el fondo la santa Sede no condenaba ahora más que la aplicacion, no el principio, y el curso de la misma expedicion que explotaban, les mostró que daban en lo cierto, puesto que, á pretexto de libertar los santos Lugares, se tomó á Cons-

tantinopla con la aprobacion del pontífice. Este acontecimiento, siendo uno de los que mejor pintan el espíritu de arbitrariedad ilimitada que constituye el fondo de los gobiernos teocráticos, merece ser relatado con algunos detalles.

Uno de los primeros pensamientos de Inocencio III al ocupar el trono de san Pedro, habia sido negociar la reconciliacion de las dos iglesias de Oriente y de Occidente, ó mas bien, extender su dominacion sobre lo que consideraba como la mitad de su imperio. Para realizar este proyecto, se habia dirigido simultáneamente al emperador Alejo Angelo y al patriarca de Constantinopla, por cartas donde la amenaza estaba hábilmente combinada con la súplica, y en las que les prometia grandes ventajas á cambio de su cooperacion para la reunion de los griegos.

Uno y otro respondieron poniendo en duda sus afirmaciones sobre la primacia de la iglesia de Roma, pero ofreciéndole, en prenda de buena voluntad, entregarse á la decision de un concilio ecuménico. El papa acogió esta proposicion con júbilo y se mostró pronto por su parte á someterse á semejante fallo; mas cuando se trató de fijar el lugar donde convocar el concilio, no pudieron entenderse, insistiendo Inocencio en que fuese Italia, Alejo en que Grecia.

Tal era el estado de las negociaciones cuando los cruzados tomaron á Zara por cuenta de los venecianos. Por un espíritu de prevision que desmiente los pretextos que invocaron más tarde, los cruzados llevaban consigo un niño, un pretendiente al trono de Constantinopla, el mismo nieto del emperador, en la esperanza de que habia de servirles para entrar más fácil-

mente en las provincias del imperio. Inocencio III, gran protector de los huérfanos como acababa de mostrar en el reino de las dos Sicilias, tenía la legitimidad de este niño por indubitable, desde que había fracasado en sus negociaciones diplomáticas con el emperador reinante. Sin embargo, fuera que temiese ver á los príncipes cruzados disponer sin él del rico botin, fuera que le asustase el peligro inminente que en este momento amenazaba á los santos Lugares y juzgase necesario no distraerlos del fin de la expedicion, fuera, por último, que no quisiese declararse paladinamente en favor de la empresa hasta que el éxito estuviese asegurado, les ordenó llegar cuanto ántes á Palestina sin detenerse en Constantinopla, permitiéndoles, sin embargo, por una restriccion que dá mucho que pensar, abastecerse de las provisiones que necesitasen, apoderándose de ellas por la fuerza si se les negaban; «porque, les decia, vosotros estais al servicio de Jesucristo á quien pertenece toda la tierra.»

De este modo les dejaba, y tal vez les sugería, el pretexto de que necesitaban para llevar á cabo su intencion, y prevenia la responsabilidad que se le pudiera pedir en caso de una derrota. Como quiera que esto sea, los cruzados olvidaron sus instrucciones, excepto este último artículo, que tenia para ellos la claridad de un axioma. Entraron, pues, en Constantinopla, entronizaron á su huérfano, y se abastecieron abundantemente de todas las provisiones, á las que tenían derecho en su calidad de soldados de Jesucristo. La carta que con este motivo escribieron al pontífice, contiene una larga enumeracion de las tasas y tributos de todo género que impusieron al imperio. Su

protegido, acostumbrado á la adversa fortuna que su nueva situacion apenas habia mejorado, ponía á la vez su iglesia y su trono á los piés de Inocencio. Al cabo de algunos meses, veíase obligado á vender los vasos sagrados y los ornamentos sacerdotales para subvenir á las necesidades de su tesoro, exhausto por las peticiones de sus aliados; y como no pudiese satisfacer su codicia, se disponían á destronarlo, cuando un aventurero les ahorró este crimen anticipándoseles, dando el golpe de gracia al imperio griego.

Los cruzados corrieron á libertar á Constantino-
pla de la tiranía de este usurpador, y con tal motivo la entraron á saco, devastaron las iglesias y monumentos públicos, cargaron inmenso botin sobre sus mulos y navíos, y luego eligieron emperador al conde Balduino de Flandes.

Però lo que prueba sin réplica, al decir de los historiadores eclesiásticos, cuán sincera era la virtud de aquellos peregrinos, á pesar de los procedimientos poco regulares á que se dejaron llevar en un momento de olvido, es el piadoso encarnizamiento con que se disputaron las reliquias que se conservaban en Constantinopla. No les dejaron á los griegos un santo entero. El obispo de Troyes se llevó la cabeza de san Mames; el duque de Venecia, el brazo derecho de san Jorge y la mandíbula de san Juan Bautista; el legado Pedro de Cápua, el esqueleto del apóstol san Andrés; el rey de Francia, una costilla y un diente del apóstol san Felipe; ciudadanos de Venecia cargaron con el cuerpo del profeta Simeon, y peregrinos sicilianos con el de santa Agata. Tales fueron los trofeos de una cruzada más lucrativa que las que tenían por teatro las

abrasadas riberas de la Palestina. Este hecho de armas terminó con una circular, en que Balduino invitaba á los habitantes de Occidente de toda condicion, edad y sexo, á que fuesen á tomar posesion de las fértiles tierras de su nuevo imperio, y á gozar de las indulgencias que por tal concepto se habian concedido, y luego por una carta de Inocencio III, en que daba solemne accion de gracias á Dios en agradecimiento de las maravillas que acababa de obrar para gloria y utilidad de la santa Sede.»

La toma de Constantinopla le traia en efecto una supremacia inconstratable, política y religiosa sobre la Europa Oriental. El antiguo patriarcado, rival del papado por tanto tiempo, desaparecia, y el imperio, segun su expresion, «pasaba de los griegos soberbios, indóciles y supersticiosos á los latinos, humildes, sumisos y católicos.» Todas las dominaciones nuevas y efimeras que este feliz golpe de mano habia creado, no podian mantenerse en efecto sin su apoyo; porque representaba á sus ojos el socorro de Europa contra la invasion asiática que avanzaba. Así, todas se apresuraban á entregársele, como al único que tenia la voz bastante alta para hacerse oír de todos los pueblos y hablar en nombre del interés comun de la cristianidad. Á la misma necesidad obedecian los reinos de fecha más antigua, y se sometian gustosos á su dominacion. Juanicio, rey de los búlgaros y de los valaquios, se hacia consagrar por él, le prestaba juramento de fidelidad y le pagaba tributo. El rey de Hungria se ponía bajo su proteccion, se reconocía su vasallo y súbdito. Primislao, duque de Bohemia, consentia en recibir de él la dignidad real á condicion de sostener

en Alemania al partido güelfo contra su bienhechor Felipe de Suabia, con quien le declaraba libre de todo deber de reconocimiento. El mismo rey de Armenia invocaba la proteccion de Inocencio contra su enemigo el conde de Tripoli.

Ménos fácil era la tarea en Occidente, por los obstáculos anteriores que la política de la santa Sede habia encontrado en las famosas contiendas cuyo recuerdo no se habia perdido. Pero un recuerdo no era suficiente defensa contra tantas causas poderosas que conspiraban á la vez en favor del mismo resultado, y no era imposible prever el instante en que todo espíritu de independenciam acabaria por sucumbir; de tal manera estaba adelantada la obra. El trabajo más aparente y más profundo al mismo tiempo de las épocas precedentes, ideas, instituciones, costumbres, todo conducia por una pendiente irresistible al reinado de la teocracia, y habria sido menester que se hubiesen revolucionado los instintos más fuertes de la naturaleza humana para no haber logrado establecerse entónces. País habia en que la nueva dominacion era esperada, deseada. En España, el rey de Aragon corria en busca del yugo, iba á Roma, se echaba á los piés de Inocencio, recibia de su mano el manto, el cetro y la corona; y como si hubiese recibido realmente un beneficio cuando él era quien se entregaba, depositaba en testimonio de gratitud sobre el altar de san Pedro una carta patente, por la que ofrecia su reino al pontífice y se comprometia á pagarle tributo anual, apesar de las quejas de su pueblo y de las Córtes, que rehusaron sancionar su promesa. En los países cuyos soberanos se mostraban ménos dispuestos,

se apelaba á las pasiones populares ó religiosas. Así, en Francia donde la mala voluntad de Felipe Augusto y de sus vasallos le era conocida, Inocencio III decretó como soberano la cruzada contra los albigenses.

Lo poco que podemos vislumbrar sobre la verdadera creencia de los albigenses al través de las interpretaciones sistemáticamente hostiles y engañosas que han llegado hasta nosotros, nos los presenta como una secta bastante análoga, fuera de algunas diferencias, á aquellas cuyos adeptos se habian multiplicado rápidamente en Italia por el mismo tiempo con el nombre de paulicios á patarinos. Difiera poco de la herejia que la Iglesia primitiva habia condenado en el maniqueismo y, segun Müller, provenia de Asia, donde habia nacido muchos siglos ántes al contacto del cristianismo con la religion de los persas, y se habia conservado desde entónces sin interrupcion. Si los albigenses se hubiesen contentado con admitir el dogma persa de los dos principios, seria difícil de explicar, no su condenacion, sino el inaudito furor con que fueron entregados al exterminio. Pero, al mismo tiempo que rechazaban la corporeidad de Cristo como idea pagana, condenaban el sistema político que se habia desarrollado en el seno del catolicismo; y la rapidez con que se propagó su secta, debióse sobre todo á la crítica hábil y justificada que hacian de las nuevas instituciones de la Iglesia, de la organizacion gerárquica del clero, de su tiranía, usurpaciones y disolutas costumbres.

La doctrina de los albigenses era sobre todo popular en la provincia donde la Reforma habia de echar más tarde sus más profundas raices, el Languedoc.

Esta tierra fecunda, que ha dado tantos héroes á todas las guerras de la libertad francesa, era entónces la cuna del espíritu de exámen, como lo habia sido de la poesia provenzal, y como fué luego el único asilo de las franquicias políticas que tuvo Francia ántes de la revolucion. El conde de Tolosa, el de Foix, los más poderosos señores del pais, se declararon francamente en favor de los albigenses despreciando los anatemas de los legados que el soberano pontífice les enviaba para sofocar la secta naciente. En el curso de estas misiones, uno de los legados, Pedro de Castelnaud, que se hizo especialmente odioso por sus irritantes predicaciones y sus amenazas de guerra civil, fué asesinado un dia por un gentil hombre, con quien habia tenido algunas desavenencias. Esta fué la señal. Feliz con poder conciliar á la vez el interés de Dios y el de su ambicion, Inocencio III vengó á su legado desencadenando todos los azotes contra aquellas desgraciadas provincias, hasta entónces las mas florecientes del reino. Excomulgó á Raimundo de Tolosa, á quien acusaba, sin prueba alguna, de haber ordenado la muerte; ofreció sus Estados á quien quisiese tomarlos, y proclamó la guerra santa prometiendo las indulgencias de las cruzadas á los que fuesen á exterminar á los herejes.

Todavía se siente palpitar en las crónicas del tiempo la impresion de espanto que causó este llamamiento salvaje. Atraída por la ambicion de tan rica presa, una banda inmensa, codiciosa, de aspecto horrible, formada de todos los aventureros, malhechores, bandidos y vagabundos que habia en los paises comarcanos, se reunió á la voz de los monjes y obispos

y se puso en marcha hácia el Languedoc, devorándolo todo á su paso. El conde de Tolosa, aterrorizado al ruido de la aproximacion de los cruzados y de sus siniestras hazañas, se somete, pide castigo, hace penitencia pública, con los piés desnudos y en camisa, en presencia de innumerable muchedumbre y á los piés de los legados, que le imponen por expiacion tomar la cruz contra sus mismos súbditos. Asi pudo asistir en el campo de su enemigo, Simon de Montforte, á todos los episodios de aquella horrible carniceria que se llamó guerra de los albigenses. «Los nuestros, escribian á Inocencio los legados en su relacion sobre la toma de Beziers, los nuestros han matado próximamente veinte mil personas, sin distincion de edad ni sexo. En seguida la ciudad ha sido saqueada y quemada.» Esta cifra se elevaba al fin de la guerra á más de doscientos mil. Casi todos perecieron fuera del campo de batalla, en ejecuciones que eran ceremonias religiosas y donde el hierro de los legos, descartado como instrumento profano, era sustituido por el fuego purificador, elemento esencialmente sacerdotal y sagrado. Esto se llevó á cabo, dicen las mismas relaciones, «para la edificacion y gran regocijo del buen pueblo.»

De esta manera fueron vengadas las prerogativas apostólicas. Esta horrible tempestad no dejó en el suelo por donde pasó más que cenizas y ruinas, excepto una sola institucion que arraigó allí en seguida alcanzando en poco tiempo maravillosa prosperidad: la Inquisicion. Verdad es que no se la nombra hasta un concilio celebrado en Narbona en 1235; pero á falta de nombre, la cosa existia perfecta desde la primera cruzada contra los albigenses.

Mas de todos los paises que formaron como las provincias de la vasta monarquia teocrática de Inocencio III, Inglaterra fué sin disputa donde el ejercicio de su gobierno dió origen á las peripecias más singulares, y puso más en luz las notas que distinguen á este sistema de los otros régimenes políticos.

Juan sin Tierra habia sucedido en 1199 á Ricardo Corazon de Leon contra los derechos de su sobrino Arturo, que fué reconocido rey por buena parte de la nobleza inglesa y sostenido por el monarca de Francia. Impaciente por deshacerse de este importuno rival, Juan sin Tierra le ataca de improviso, lo hace prisionero en un encuentro, le exige la renuncia al trono y, no pudiendo obtenerla, le da de puñaladas y arroja su cuerpo al Sena. Felipe Augusto, de quien Juan era vasallo por el ducado de Normandia, lo cita por este crimen ante el tribunal de los pares, y como no compareciese, lo hace declarar, por contumaz, privado de todos los feudos que poseia en Francia. De aquí una guerra encarnizada entre los dos reinos.

En lo más empeñado de la lucha se presentan en Francia los legados de Inocencio III, que iban de parte de éste á intimar á los dos rivales que, suspendiendo toda hostilidad, remitiesen al santo padre la solucion de sus diferencias. Esta intervencion, imparcial en apariencia, inspirada por el puro amor á la paz, era realmente un paso en interés de Juan sin Tierra, quien, viendo la suerte de las armas declarada contra él, habia implorado humildemente la proteccion del papa, mostrándose dispuesto á someterse á su decision, cualquiera que fuese, é Inocencio no dejó escapar esta ocasion de dar brillante testimonio de su

supremacia sobre los dos más poderosos monarcas de la Europa occidental.

Semejante pretension, cayendo de repente en medio del tumulto de las armas, no pudo menos de ser muy mal recibida por el rey Felipe Augusto y sus grandes vasallos, quienes la rechazaron con unánime protesta. Pero el papa la mantuvo con terquedad. «Nadie duda, decia en una de sus cartas, que nos toca juzgar de todo lo que concierne á la salvacion y condenacion del alma, y las guerras injustas ¿no son obras dignas de condenacion eterna y como tales sometidas á nuestro juicio?... Nosotros no pretendemos decidir las cuestiones sobre el feudo, que pertenecen al rey, sino fallar únicamente sobre el pecado, cuya correccion nos incumbe. El rey no debe, pues, considerarse agraviado por someterse sobre este artículo al juicio de la santa Sede, puesto que el emperador Valentiniano decia á los obispos de la provincia de Milan: *designad un obispo á quien podamos someternos cuando incurramos en alguna falta.*» Pálida amplificacion de los argumentos favoritos de Gregorio VII, sofisma artificioso, pero que revelaba muy bien sus móviles, y que, por una confusion calculada de la jurisdiccion espiritual con la autoridad temporal, tendia á someter á los papas no solamente el dominio de las cuestiones politicas, sino el arreglo de todos los asuntos humanos, de los cuales no hay uno que sea indiferente bajo el punto de vista moral. La cuestion del feudo, cuyo juicio abandonaba Inocencio al rey, podia ser descartada de la guerra á la que servia solo de pretexto, pero en el supuesto de que semejante abstraccion fuese posible, ¿no era susceptible de constituir un

pecado lo mismo que la guerra injusta, y desde entónces entraba con el mismo título que esta en la jurisdiccion pontifical?

En tal estado se hallaba la querella y la mediacion no parecia adelantar un paso, cuando una media vuelta imprevista vino á cambiar completamente su giro. Los papeles se trocaron en un dia. Juan sin Tierra, que hasta entónces tenia la mano del pontífice, pasó á ser uno de sus mayores enemigos; y de injusto agresor, Felipe Augusto se cambió de pronto en el más legitimo de los conquistadores. El buen derecho del uno se convirtió en usurpacion, y la iniquidad del otro, en justicia. Este milagro nada tenia de sobrenatural; era consecuencia de la mal aconsejada oposicion que hizo Juan sin Tierra al nombramiento de un obispo de Cantorbery, á pretexto de que habia sido elegido sin consultarle y con desprecio de los derechos de su corona. Irritado por tanta ingratitud, Inocencio III lanzó el interdicto sobre Inglaterra, pero Juan, espíritu muy práctico, no se intimidó lo más mínimo por la amenaza de los suplicios eternos. Se matuvo firme, creyendo al papa muy comprometido en contra de su rival para que le opusiera séria resistencia, é importándole poco perder el reino del cielo con tal de que se le dejase el goce tranquilo de su reino terrestre. Entónces Inocencio, desesperando de obtener nada de su obstinacion, lo depuso, desligó á sus súbditos del juramento de fidelidad y dió su reino á Felipe Augusto, á quien encargó especialmente la ejecucion de este decreto, á fin de que apareciese bien claro que nada se hacia sino por su voluntad. No olvidó el expediente que acababa de dar tan poderosos resul-

tados en la expedición contra los albigenses; la guerra contra Juan sin Tierra fué declarada cruzada, y todas las indulgencias concedidas para el rescate de los santos Lugares se otorgaron á los que fuesen á tomar parte en ella.

Mas cuando el rey Felipe, despues de haber empleado algun tiempo en reunir tropas de desembarco y en preparar armamentos formidables, se disponia á ir á tomar posesion de sus nuevos Estados, Pandolfo, legado del papa, se le presentó intimándole la órden de estarse quieto. Si daba un paso más, se exponia á todas las iras de la Iglesia. El derecho, por una evolucion nueva, habia vuelto á pasar la Mancha y se encontraba ahora al lado de su rival.

Amenazado por todas partes, objeto de horror para sus vecinos como para sus propios súbditos, Juan sin Tierra, despues de haber buscado en vano aliados entre los Estados europeos, despues de haber ofrecido, desesperado de su causa, su reino en homenaje al miramamolin musulman de Marruecos, que no lo quiso, se decidió en último extremo á enviar su sumision al papa. Abdicó, firmó su vergüenza, entregóse á discrecion.

Declaraba en una carta auténtica que, para expiar sus pecados, de su libre voluntad y con el consentimiento de sus varones, daba en propiedad entera al papa Inocencio III y á sus sucesores los reinos de Inglaterra y de Irlanda. Reconocia, además, que tendria su corona como vasallo y hombre ligio del papa, y se comprometia, en señal de sujecion, á pagarle anualmente mil marcos de sterlings, además del dinero de san Pedro, obligando á todos sus sucesores á mante-

ner esta donacion bajo pena de ser privados de sus derechos al trono. (15 de Mayo, 1213).

«¿Quién os ha inspirado vuestra resolucion, le escribía Inocencio al felicitarle por este acuerdo, quién sino ese espíritu divino que sopla donde quiere? Ahora poseeis vuestro reino de una manera más sublime y más sólida que ántes, puesto que es un reino sacerdotal segun la Escritura...»

Esta metamórfosis no le pareció suficiente compensacion á Felipe Augusto, que habia gastado enormes sumas en los preparativos. Quejóse amargamente de la mala fé del pontífice; manifestó intencion de no tener en cuenta su defensa, y pasar á Inglaterra así que las circunstancias se lo permitiesen. Pero casi al mismo tiempo se vió obligado á volver sus armas contra una terrible coalicion formada por el conde de Flandes y el emperador de Alemania, y en la que Juan sin Tierra tuvo la dicha de entrar juntándose con sus enemigos. Sabido es como fué disuelta en Bouvines.

Los barones ingleses, cuyo consentimiento habia alegado falsamente Juan en su acta de vasallaje, y para quienes el poder de este rey, cargado de crímenes, era desde mucho tiempo yugo intolerable, tampoco opinaron que su reino habia pasado á ser sublime por haber sido manchado con una mentira y una humillacion más. Continuaron la guerra contra él por su cuenta, y completando la obra ya comenzada bajo el reinado de sus predecesores, le impusieron la carta magna, con el aplauso de toda la nacion, á la que constituian por siglos una herencia de libertad, que habia de aumentarse y que el mundo le envidia todavia.

Juan sin Tierra juró solemnemente mantener la carta magna, por más que le obligaba á inclinarse ante una soberanía que le era mil veces más odiosa aún que la del soberano pontífice; pero este juramento le costaba tanto ménos cuánto que estaba firmemente resuelto á no cumplirlo. Por su parte, los barones y el pueblo, no confiando mucho en sus promesas, tomaron contra él garantías sólidas y eficaces. Pero al tratar con él, olvidaron una circunstancia: que desde la donacion de Juan sin Tierra á Inocencio, tenian dos soberanos en vez de uno, el rey y el papa; que Juan no era rey mas que de nombre, y que por consiguiente, el consentimiento que habia dado á la carta era radicalmente nulo. Cuando Inocencio supo la noticia, lanzó un grito de cólera: «¿Con qué derecho, exclamó, los barones de Inglaterra han osado tocar á los bienes de la iglesia romana? Por san Pedro que este crimen no quedará sin castigo!» En seguida anuló la concesion de Juan sin Tierra como disponiendo de una propiedad que no le pertenecia, y le prohibió, así como á los barones, tenerla en cuenta en el porvenir, bajo pena de incurrir en la excomunion de la santa Sede.

Por interesadas que fuesen sus miras, Inocencio no se engañaba en su ódio. El principio de libertad individual, contenido en gérmen en la carta magna, era más peligroso para el porvenir de la dominacion teocrática que todas las herejias juntas. Rara vez lo olvidaron los papas. Vióseles pactar más ó ménos en diferentes épocas con ciertas pasiones democráticas, principalmente con las tendencias de igualdad que prescinden en general de los derechos personales,

acomodándose gustosas al despotismo á condicion de que pese igualmente sobre todo el mundo, é implican las más veces un gran fondo de bajeza y mediania en los que las explotan á pretexto de servirlos. Pero lo que no podian alentar sin suicidarse, lo que procuraron destruir siempre que lo encontraron, fueron las ideas, las instituciones que tendian á elevar al hombre por la energía individual, por el libre desarrollo de su actividad intelectual y moral, por el respeto de sí mismo y de los demás, por la responsabilidad, por el espíritu de altivez é independencia, por todo lo que constituye, en una palabra, la hermosura y grandeza de las creaciones de la libertad.

Estos hechos revelan con más exactitud que cualesquiera otros el verdadero sentido de la intervencion de los papas en los asuntos políticos, y muestran si fué tan favorable como se ha pintado á los intereses de los pueblos. Apesar de todos sus inconvenientes, era un contrapeso, se ha dicho. Sí, era el contrapeso de una arbitrariedad divinizada á la arbitrariedad monárquica.

La guerra, reproducida de este modo, volvió á empezar entre Juan sin Tierra, sostenido por el papa, y los barones excomulgados, defendidos por casi todo el pueblo. La sentencia de Inocencio llevada á Londres excitó, segun Mateo de Paris, sentimientos de indignacion y de desprecio, que anunciaban la nacion que habia de ser la primera en romper por su defecion la gran unidad católica y pontifical. ¿En qué, decian los campesinos, interesan nuestros asuntos al papa, y qué tiene él que ver en nuestra guerra? ¿Qué nos quieren esos sórdidos romanos, que nada tienen

de noble ni de guerrero, y que quieren dominar sobre todo el universo por sus excomuniones? Sin embargo, como Juan ganase terreno gracias al apoyo del clero y de las bandas de mercenarios que habia traído del continente, los barones resolvieron echarlo definitivamente del trono oponiéndole un rival temible, interesado en defender la obra como el fundamento de su propia elevacion.

Fijáronse en Luis, hijo de Felipe Augusto, que recibió casi á un tiempo su invitacion para que fuese á tomar posesion del trono que le ofrecian, y la prohibicion formal por parte del papa de aceptar la corona de Inglaterra bajo pena de ser tratado como enemigo de la iglesia. Este nuevo veto dió origen á una curiosa negociacion, que fué la última del reinado de Inocencio III, y que muestra hasta qué punto este pontifice tomaba en sério sus derechos sobre Inglaterra. Envióle Luis diputados encargados de defender su causa ante él, y de ganarlo á sus miras si era posible.

«La iglesia, les decia Inocencio, no puede ménos de resultar perjudicada en este asunto. Si el rey de Inglaterra queda vencido, su vergüenza cae sobre nosotros, puesto que es nuestro vasallo. Si sale vencedor, la pérdida del señor Luis es tambien la nuestra, porque siempre hemos contado con él como seguro sosten de la santa Sede.» Entró entónces con ellos en una discusion comparativa y en toda regla sobre los derechos que Luis alegaba por parte de su mujer (porque no habia que mentar los del pueblo, que lo llamaba) y sobre los derechos del papa, prescindiendo de los de Juan sin Tierra, al que se consi-

deraba éste sustituido desde la donacion: «En efecto, decia el pontífice, á mí me pertenece el reino de Inglaterra, en virtud del juramento de fidelidad que se me ha prestado, y si el rey Juan se ha hecho culpable de algun crimen por el que merezca ser destronado, ninguna falta he cometido yo por la que el señor Luis pueda despojarme de mi propiedad.» A lo cual replicaban con sutileza los comisionados: «pero ántes que el reino hubiese sido dado al papa, la guerra habia empezado contra el rey Juan por crímenes que lo habian hecho indigno del trono, y no podia ceder una corona que no le pertenecia.»

En este estado se hallaba el debate, cuando Inocencio supo de pronto que el jóven Luis, á quien creia dispuesto á la más entera sumision, habia desembarcado en Inglaterra sin esperar su consejo: «Espada! espada!, gritó en un paroxismo de cólera, espada! sal de la vaina y agúzate para herir!» Este fué el texto de su último sermon. Murió pocos dias despues como destrozado interiormente por la violencia de sus emociones. En estas palabras supremas resumia el espíritu de todo su pontificado, que parece inspirado únicamente por un pensamiento de venganza y de exterminio.

Le fué dable poner en accion en este rápido y sangriento drama todos los resortes esenciales de ese gobierno teocrático que no se ha temido presentar al mundo como ideal de justicia, de armonía y de unidad. Todos los medios que empleó son en verdad del orden espiritual, y no tienen en el fondo otra sancion que la que le daban las conciencias; hecho que prueba cómo la tiranía está unida á la naturaleza íntima de

las cosas y es independiente de los instrumentos que emplea. La de los soberanos pontifices podía bien, como otras tantas, invocar en su favor el consentimiento general, pero era el consentimiento de la ignorancia, de la superstición, del temor, de la servidumbre, de las más tristes pasiones de la naturaleza humana.

Los interdictos, las excomuniones, las cruzadas, las deposiciones, las consagraciones, la inquisición, las indulgencias, tales fueron los motores de ese gran mecanismo de la monarquía universal, y al reducirlos á estos elementos tan simples, Gregorio VII é Inocencio III comprendieron mucho mejor sus verdaderas condiciones que la mayor parte de sus sucesores. Únicamente estos elementos eran, en efecto, compatibles con lo que sobrevivía en Europa de los primeros principios del cristianismo, y concretándose todo lo posible al uso de las armas espirituales, la teocracia católica tenía más probabilidades de duración y de extensión. Pero también en esto se revelaba el secreto de su inestabilidad, porque, tomando su mayor fuerza de la opinión, se condenaba á sufrir todas sus variaciones; apoyándose en creencias más que en instituciones políticas, se condenaba á dominar sin *gobernar*, problema difícil de resolver! Entre los dos poderes, temporal y espiritual, había siempre solución de continuidad, faltando un lazo que los pusiese en comunicación directa. Careciendo de instrumentos de gobierno, de uso cotidiano é indispensable en las cosas pequeñas, la teocracia se veía obligada á obrar siempre como las fuerzas revolucionarias, por llamamientos á la insurrección, por rápidas explosiones, por golpes de

Estado; y como su sistema coercitivo no tenia otro método que intimidar al rey amenazándolo con la revolucion del pueblo, seguiase que debia desplegar el mismo aparato para obtener los más pequeños como los más grandes resultados. De aqui esas represiones desproporcionadas con el efecto que se queria obtener. Poníase el reino de Leon en entredicho porque el príncipe se habia casado con su prima, y no se habria hecho más en el caso de que hubiese cometido los mayores crímenes; era preciso poner en juego los mismos resortes, porque se trataba de sublevar contra él á sus súbditos, lo cual era seguramente mucho más difícil con un pretexto tan fútil. De aqui tambien, con un poder tan terrible de léjos, esa irremediable debilidad de cerca, que no puede acabar con las rebeliones de la municipalidad romana. No es imposible mantener, en efecto, en la obediencia á reinos lejanos por revoluciones que de cuando en cuando llaman á sus jefes á la docilidad; pero esta arma se embota en la práctica diaria de un gobierno regular, porque no se gobierna con un golpe de mano repetido todas las mañanas, ni se administra con interdictos. Y sin embargo, si poneis en manos de ese papa de la teocracia las instituciones é instrumentos de gobierno que constituyen la fuerza del comun de los Estados, si le dais una administracion, una policia, un ejército, lo rebajais en vez de realzarlo; haceis de él un soberano local y el mundo se le escapa; lo convertis en representante de una nacion y deja de ser el padre de los pueblos; lo casais con un interés especial y ya no es el árbitro imparcial de los intereses de todos. Por esto se vió al papado decaer rápidamente así que los papas

quisieron ser reyes como los otros; desde el día que aceptaron una monarquía local, hubieron de renunciar al reinado universal. Los pueblos exigían de ellos que fuesen para todo el mundo sin pertenecer á nadie, y en esto estribaba su verdadera grandeza. Su ejército debía permanecer siempre lo que era entónces, esa falange de monges y de legados, soldados como ellos sin pátria, y que sacaban toda su fuerza de la unidad, de la nivelacion, del cosmopolitismo.

A dos órdenes monásticas, las más famosas quizás de la edad media, debió en gran parte Inocencio III el vigor y brillo de su pontificado. Ambas nacieron bajo su reinado, pero espontáneamente, sin prévio acuerdo y le sirvieron primero contra su voluntad, habiéndole obligado la multiplicacion extraordinaria de las órdenes religiosas á prohibir que se fundase ninguna otra. La una era la de esos hermanos predicadores que, á la voz de Domingo, se esparcieron por el Languedoc, con la tea de la hoguera en la mano, semejantes á los perros simbólicos que se veían en sus armas parlantes llevando un tizon ardiendo en su boca inflamada; componían la otra los 6,000 monjes mendicantes que Francisco de Asís llevó un día á las puertas del palacio pontifical, exaltados, frenéticos, poseidos como él de la locura de la cruz.

Estas dos órdenes se injertaron al árbol ya caduco de las instituciones monásticas y le dieron nueva sávia, pero trajeron todavía socorro más precioso á la iglesia: los dominicos ó predicadores, por una propaganda acomodada al gusto de las clases superiores, por un celo compatible con el cálculo, por el fanatismo astuto y disciplinado que hizo de ellos los fundadores

de la Inquisición; los mendicantes de Francisco de Asís, arrastrando á las masas populares con su elocuencia trivial y apasionada, con el contagio de su delirio, con las visiones, las convulsiones y los éxtasis. Estas legiones cosmopolitas dieron la última mano á la disolución y nivelamiento de la iglesia feudal. En este momento, casi toda la vida del clero católico estaba concentrada en ellas. Los escritos del tiempo están ya llenos de lamentaciones sin fin sobre la corrupción sacerdotal. Foulques, abate de Neuilly, dijo un día al rey Ricardo corazón de Leon: «Señor, os aviso de parte de Dios casar á las tres malas hijas que teneis. —Mientes, hipócrita, contestó el rey, yo no tengo hijas.—Señor, repuso Foulques, teneis tres, la Avaricia, la Soberbia y la Lujuria.—Pues bien, respondió Ricardo, doy mi soberbia á los templarios, mi Avaricia á los monjes cisternienses, y mi Lujuria á los prelados de la santa iglesia.»

CAPÍTULO XII.

Gregorio IX y Federico II.—El Imperio vencido por el Papado.

La minoría de Federico y la rivalidad de Felipe de Suabia y de Othon de Sajonia habian permitido á Inocencio III relegar á un lugar secundario los asuntos de Alemania; pero el duelo de la Iglesia con el Imperio no se habia suspendido un instante bajo su pontificado, por más que se lo hubiese encerrado en un circulo más estrecho, y subordinado á cuestiones que interesaban á toda Europa.

Sin embargo, un hecho nuevo, imprevisto y muy significativo vino á mostrar á las claras cómo este debate provenia de causas más profundas de lo que presumian las mismas partes beligerantes. El largo antagonismo de la casa de Suabia con los papas habia hecho olvidar el primitivo origen y el principio verdadero de la querella, habituándose á creer que sólo se debia á una tradicion de familia. Esto hizo el pueblo personificando los dos principios opuestos en dos familias enemigas, conforme á su eterna incapacidad

de servir á una idea por sí misma. Al coronar emperador á Othon, jefe del partido güelfo, despues de la muerte de Felipe de Suabia, candidato gibelino, Inocencio III se figuró inocentemente que cortaba el mal de raiz; que con la casa de Suabia iba á desaparecer todo motivo de disentimiento entre la santa Sede y los césares germánicos, olvidando con esto que el enemigo de la Iglesia era el imperio, no el emperador. Así lo mostró la fuerza de las cosas con maravillosa evidencia. No bien subió el güelfo al trono, obedeciendo á una faltalidad más poderosa que su voluntad, se hizo campeón de la querella gibelina contra el papado güelfo, á pesar de su propio partidó, de su familia y de sí mismo.

Y para que la enseñanza fuese aun más clara, Federico, el jóven heredero de la casa de Suabia y de los gibelinos, despojado primero, sostenido ahora por el pontífice en ódio á Othon, tuvo que apoyarse en el partido güelfo para conquistar su trono. Curiosa inversion de papeles, que turbó á las ciudades italianas, de las cuales unas abandonaron su bandera para quedar fieles á su principio, otras hicieron traicion á su principio por conservar su bandera; pero que es perfectamente lógica á los ojos de la historia.

Apenas Federico II fué coronado emperador despues de la muerte de Othon, confirmó de nuevo la verdad de este principio de antagonismo que, desde el pacto de Carlomagno, era para el imperio como para la iglesia la condicion de su misma existencia. Si se volvió en seguida contra la iglesia su tutora, no fué porque era hijo de una raza de viboras, como decia Gregorio IX, sino porque era el representante de

un derecho incompatible con el que se atribuían los papas sobre Italia, y porque absolutamente era preciso que el uno devorase al otro.

Esta misma tutora nunca había tenido para él sino sentimientos en que el ódio entraba por mucho más que el amor. Lo había visto crecer con desconfianza, inquietud é incertidumbre de si debía dejarle vivir ó ahogarlo en una caricia. Despojado por ella desde la cuna de la mayor parte de sus derechos, como rey de Sicilia y como rey de los romanos, salvado luego de una ruina más completa por la inesperada ingratitud de Othon y la necesidad en que se encontró la santa Sede de oponerle un rival, Federico sabía bien qué género de gratitud debía á sus tutores; pero esperó, ántes de mostrársela, á ser bastante fuerte para desafiar sus golpes.

Federico II es uno de los caracteres más originales y simpáticos que ofrece la historia. Hombre de Estado completamente moderno, extraviado en medio de la edad media, emperador del siglo XIII que apela á la opinion y combate con manifiestos, burlon que quiere vencer el fanatismo con ironías, pupilo de los papas que tiende su mano imparcial y tolerante á los sarracenos, forma el contraste más singular con la sociedad que le rodeaba. Solo tiene de sus contemporáneos el gusto á la astrologia, única ilusion ó, más bien, única fantasia de su espíritu viril y penetrante. Con disgusto se observan en su carácter algunas manchas que repelen la simpatia; pero se le perdona ese maquiavelismo pensando en las dificultades que tuvo que combatir. Mueven á compasion sus perplejidades, y nos interesamos por él como por

un compatriota perdido en el seno de algun pueblo extranjero, apartado y salvaje.

Libre de todas las supersticiones de su tiempo, hermanando el sentido claro y positivo del espíritu italiano con la sutileza germánica, este Eliacin del papado debió hacer sin embargo algunas concesiones á las exigencias de su madre adoptiva y servir á prejuicios de que no participaba. Poco seguro aún sobre un terreno que se hundia á cada instante bajo sus piés, se mantuvo á fuerza de astucia y de disimulo. Aceptó resueltamente su papel de brazo secular, mostró una piedad ejemplar, prometió inscribirse para la próxima cruzada, aceptó del papa Honorio, sucesor de Inocencio III, el titulo de rey de Jerusalem, con la mano de Yolanda de Brienna, y promulgó, en fin, los atroces edictos que la iglesia le impuso contra los patarinos del Milanésado. Pero en realidad, solo trabajaba para el imperio: reconstituia secretamente sus fuerzas agotadas, recomenzaba la guerra contra las ciudades lombardas só color de reprimir las herejías, y requerido por Honorio á poner en ejecucion su voto de partir para la Tierra Santa, renovaba sus promesas tantas veces cuantas el pontífice reiteraba sus súplicas ó sus amenazas.

Estas prudentes temporizaciones duraron lo que el pontificado de Honorio, viéndose obligado Federico al advenimiento de Gregorio IX á abandonar esta politica dilatoria. El carácter imperioso y violento del nuevo papa, en quien parecian revivir la ambicion y el alma indomable de Inocencio III, pero sin el arte que habia hecho á este tan terrible á sus enemigos, no dejaba lugar á la indecision. Federico recibió de él

una carta redactada en ese sentido ambiguo y ampuloso que habian puesto de moda los ángeles de la escuela y los doctores sublimes de la escolástica. Gregorio lo comparaba «á un querubin armado con una espada vibrante para mostrar á los que se extraviasen el camino del árbol de la vida», pero le conjuraba á cumplir sus promesas sin más tergiversaciones. Y como el emperador, habiendo caido enfermo, en el momento de embarcarse en Otranto, de una epidemia que acabó con la mitad de su ejército, aplazase de nuevo su partida, el papa lo excomulgó.

Entónces fué cuando Federico, dejándose caer al fin la máscara de resignacion y longanimidad, envió á todos los reyes de Europa el primero de aquellos curiosos manifiestos justificativos que se le vió publicar periódicamente en todas las circunstancias criticas de su reinado, y en el que, dirigiéndose á la opinion pública como podria hacerlo un soberano del siglo XIX, ponía de relieve con audacia filosófica la política y los abusos de la córte de Roma. Despues de haberse justificado de las acusaciones que Gregorio IX habia formulado contra él al excomulgarlo, se declaraba dispuesto á cumplir su voto tan pronto como su enfermedad se lo permitiese, no para obedecer al papa, sino por respeto á su palabra y á la dignidad imperial.

Partió en efecto al año siguiente con calma y con holgura, y despues de haber arreglado sus asuntos en Italia. Poco tiempo ántes de ponerse en camino, recibió del papa nueva excomunion, seguida á poco de la prohibicion de embarcarse ántes que le fuese levantado el anatema. No hizo caso, y se contentó con alentar bajo mano contra su enemigo á los frangipa-

ni, antiguos partidarios del imperio y los jefes más influyentes de la aristocracia romana, que expulsaron á Gregorio de Roma y se encargaron de darle ocupacion durante la ausencia de Federico.

Llegado á Palestina con un ejército muy débil, Federico negoció en lugar de combatir, y por su hábil diplomacia obtuvo, sin sacar la espada, lo que otros no habian podido conseguir al precio de tanta sangre. De esta manera entró en Jerusalem. Pero el ódio eclesiástico se le habia adelantado; el patriarca habia lanzado el interdicto sobre la ciudad y el templo, y cuando se presentó Federico con las insignias reales en la iglesia del Santo Sepulcro, ningun obispo se atrevió á desempeñar el oficio de consagrar rey de Jerusalem á aquel excomulgado. Entónces Federico se adelanta hácia el altar, toma la corona y se la pone sobre su cabeza, en presencia del ejército, de la nobleza y del pueblo. Hecho esto, sale de Palestina, deshace todos los lazos que le tienden en el camino sus enemigos los templarios y los hospitalarios, vuelve á Italia, recobra sus ciudades de Juan de Brienna, general del papa, y obliga á Gregorio IX, humillado y vencido, á firmar una paz que correspondia demasiado poco al programa de las pretensiones pontificales para que fuese duradera.

La liga lombarda, excitada secretamente por el pontífice, fué la primera en romper. La situacion ambigua de las ciudades lombardas frente al imperio, desde la paz de Constanza, se habia complicado con luchas interiores y tiranías locales, que impedian su buena armonia ahora mucho más que en tiempo de Federico Barbaroja. Un feudalismo de un género particular, sin

analogía fuera de Italia, que tenía sus castillos fortificados en el seno mismo de las ciudades, disputaba la soberanía á los villanos, quienes no conseguían vencerlo sino poniéndose á discrecion de algun tiranuelo que les daba un reposo pasajero al precio de su libertad. Se comprende que estas querellas intestinas debieron aumentar la antigua anarquía creada por las rivalidades de ciudad á ciudad. Sin embargo, la insurreccion de uno de los hijos de Federico, apoyada secretamente en Alemania por Gregorio, que la desaprobaba públicamente con solemnidad muy afectada para que fuese sincera, les trajo una distraccion que supieron aprovechar á pesar de sus disensiones, dando tregua á sus ódios para formar de nuevo la gran liga republicana contra el imperio. Cuando despues de haber sometido á su hijo, el emperador volvió á Italia y puso sitio á Mántua con sus caballeros y saracenos de Sicilia, hallóse con un legado del papa que alentaba á los lombardos á la rebeldia so pretexto de reducirlos á la reconciliacion, y en lo más fuerte de su empeño, recibió de Gregorio una carta, en que le invitaba con ironia muy poco disimulada á partir segunda vez para libertar la Tierra Santa del yugo de los infieles.

Al año siguiente (1238), Federico, habiendo dado á su hijo Henzius la soberanía de la isla de Cerdeña, que la santa Sede consideraba como suya, primero porque era isla, y luego porque habia formado parte de la donacion de Pipino, títulos que ya iban pareciendo un poco gastados, la medida de los reciprocos agravios se colmó y el papa lanzó contra él la excomunion.

Gregorio, usando el arma favorita de su adversario, envió tras del anatema una carta circular á todos los prelados de la cristiandad. En ella exponía la larga letanía de sus quejas contra Federico, examinaba su vida desde la cuna para reprobarla entera, recordaba los cuidados maternos que la iglesia le habia prodigado desde su infancia, pero se olvidaba de nombrar las expoliaciones que habia cometido en perjuicio de su querido pupilo.

El emperador le contestó con un manifiesto á los reyes y á los principes, en que á su vez enumeraba los atropellos de Gregorio, sacaba á la luz del dia sus intrigas y maquinaciones contra el imperio, y luego, examinando en detalle sus alegatos, los refutaba artículo por artículo. Así los dos más altos poderes que habia entónces entre los hombres, acudian á defender su causa al tribunal de la opinion, que habia bastado evocar para que naciera. El papa, no sabiendo sin duda cómo contestar con buenas razones á esta defensa sólida y sustancial, replicó con un ditirambo apocalíptico en que comparaba á Federico con la bestia descrita por el visionario de Pathmos, é insistía en sus primeras recriminaciones. Pero toda la importancia de esta nueva acusacion está al final, que tuvo inmenso eco en toda la edad media. Dejando de repente al emperador, se vá derecho al hombre; denuncia su incredulidad al mundo cristiano, lo pone fuera de la ley, lo señala al horror de los creyentes divulgando su famosa palabra sobre los tres impostores, palabra de que se ha hecho despues un libro, que solo ha existido en la imaginacion de los visionarios. «Federico pretende, decia Gregorio, que el mundo ha sido

engañado por tres impostores, Jesus, Moisés y Mahoma; ha osado sostener además que solamente los insensatos pueden creer que Dios, creador de todo, haya nacido de una Virgen. Sostiene que el hombre solo puede ser concebido por la union de los sexos; que no se debe creer sino lo que se puede mostrar por la razon natural. Todas estas horribles flasefemias han tenido testigos, y se le probarán en su tiempo y lugar.»

Esta guerra de pluma, tan nueva en el mundo, tan imprevista en aquella época, tan inverosímil entre soberanos armados con tanta fuerza, prueba á lo ménos cuán saludable es el principio de equilibrio de los poderes, bajo cualquier forma en que se manifieste, puesto que imponia estas justificaciones á dos potencias que se habian creído hasta entónces sobre toda discusion, y les obligaba á aceptar espontáneamente el contrapeso de la opinion pública. Mientras una ú otra habia sido la más fuerte, no pensaron en este recurso; mas el dia en que se contrabalancearon, á la opinion fueron á pedir el apoyo que les faltaba para triunfar, y la libertad se aprovechó de la querella á pesar de su inexperiencia. Ya los papas habian desempeñado alguna vez el papel de agitadores, pero apelando casi exclusivamente á las pasiones religiosas, y nadie les habia seguido en este terreno. Lo que constituía la originalidad del nuevo debate, lo que podia hacerlo fecundo, es que era contradictorio.

Federico fué ayudado poderosamente por la habilidad de su canciller Pedro de Vignes, diplomático, jurisconsulto, administrador y casuista, sutil pensador, dialéctico práctico en todas las callejuelas de la

argumentación escolástica, escritor muy superior á los escribas de la corte romana. No hay duda que sin el sumo arte con que fueron redactados los manifiestos imperiales, Federico habria quedado pronto fuera de debate. Admira sobre todo en ellos la habilidad que se empleó en hacer á todos los reyes solitarios de la causa del emperador, causa que era tambien la suya, dado que el imperio era la única barrera bastante sólida para protegerlos eficazmente contra la usurpacion que á todos los amenazaba.

Las apologias de Federico causaron profunda é inesperada impresion entre los principes mejor dispuestos á recibir favorablemente las quejas de sus adversarios. Gregorio pudo convencerse de esto por sí mismo, al ver lo vano de sus instancias cuando se empenó en persuadir á san Luis á declarar la Guerra á Federico, dándole su palabra de papa de que sería más meritorio destronar al emperador que rescatar la Tierra Santa de manos de los infieles. Todavía vió rechazadas sus proposiciones cuando, esperando ganarlo con más seguridad, le ofreció la corona imperial para su hermano Roberto de Artois: «¿Cómo, le respondió san Luis, cómo se atreve el papa á deponer á un tan gran principe que no tiene igual entre los cristianos? ¿Qué crimen ha cometido para con nosotros? Siempre se ha conducido como buen vecino; lo hemos hallado fiel en los asuntos temporales como en la fé católica; y mientras él se exponia á los peligros de la guerra y del mar para libertar la Tierra Santa, el papa, en lugar de protegerlo, procuró despojarlo durante su ausencia. No, no haremos para contentar á los romanos la guerra á un principe que defiende la justicia

El papa solo quiere someter á Federico para aplastar despues á los demás príncipes.»

Hé aquí la reproduccion casi textual de los argumentos de Federico en sus cartas á los soberanos, por donde se vé que no habia sido vano su trabajo. Por lo demás, no era esta la primera vez que san Luis resistia al pontífice y hablaba este lenguaje noble. Desde el año 1233, agotada su paciencia por los odiosos abusos de los obispos de Francia que, por los más fútiles pretextos y por intereses insignificantes, lanzaban el interdicto sobre ciudades y provincias ó excomulgaban á los particulares, con el fin de obtener más fácilmente el objeto de su ambicion, dictó contra ellos órden prohibiéndoles bajo severas penas toda jurisdiccion en materia civil, y la mantuvo con firmeza á pesar de las protexas y amenazas de Gregorio IX. No es ménos notable la unanimidad de la nobleza de Francia; tan indisciplinada en otros asuntos, para defender la obra de su rey contra las pretensiones de la santa Sede. Para que tal concierto se produjese, menester era que hubiese un peligro público y evidente para todo el mundo. Conociendo san Luis la fuerza que le daba este asentimiento, tuvo siempre cuidado de no tomar determinacion en esta materia sin haber consultado préviamente á sus barones, de quienes se tienen muchas declaraciones colectivas en que se obligan á sostenerlo contra el papa y los prelados.

Exasperado con lo estéril de sus gestiones y con los progresos que hacia de nuevo Federico en Italia, á pesar de la enérgica y obstinada resistencia de las ciudades lombardas, Gregorio resolvió darle un golpe

decisivo convocando un concilio. Proponíase denunciar al emperador y hacerlo condenar. Federico declaró que jamás se sometería al juicio de una asamblea compuesta de sus enemigos, cuya competencia en materia política no reconocía en ningún modo, y anunció en nombre del imperio y de todos los reyes, que se opondría con todas sus fuerzas á la reunion del concilio.

Al mismo tiempo apareció, sin nombre de autor, un pequeño escrito irónico, dirigido á los prelados en forma de aviso caritativo, para disuadirlos del viaje por los peligros que les aguardaban. No era difícil reconocer en él el espíritu sarcástico y mordaz que lo había inspirado. «Cómo!, les decía Federico parodiando el estilo que Gregorio empleaba con él, ¿os expondreis vosotros á las emboscadas de ese mónstruo, de ese hombre sin fé, de ese segundo Herodes, de ese nuevo Neron?» No se creía deber ocultarles que aquel tirano sanguinario tenía en su poder todos los puertos de Italia, y poseía gran número de galeras montadas por infinidad de feroces piratas. Luego se les enumeraban en detalles todas las pequeñas incomodidades del martirio poco glorioso á que iban á exponerse, el calor, los malos aires, los malos alimentos, las enfermedades, las privaciones, los mil pequeños inconvenientes á que los prelados eran ya muy sensibles; y mientras que ellos pasarían estos disgustos, estas calamidades, el papa por quien iban á sufrirlos quedaría inmóvil, como un epicúreo, en medio de las delicias de su hermosa ciudad de Roma.

Estas representaciones no impidieron á unos cuantos prelados reunirse en Génova, con el fin de embar-

carse para Roma. Por última vez y directamente les suplicó Federico que no siguiesen adelante, en nombre de su propia seguridad; pero este aviso no fué mejor atendido que el primero. Entónces su flota, combinada con la de los pisanos sus aliados, fué á emboscarse entre la Meloria y la isla de Giglio, por cuyos parages debia pasar la genovesa que llevaba á los padres de la Iglesia. Se le avistó en efecto despues de corta espera. Abordadas con ímpetu, las naves genovesas fueron apresadas ó echadas á pique, y hechos prisioneros los prelados, á quienes se cargó respetuosamente de cadenas de plata, y se los echó en un calabozo con todo género de consideraciones irónicas mezcladas con algunos malos tratamientos. Decidido Federico á acabar de un golpe con su enemigo, se dirigia hácia Roma á marchas forzadas cuando supo la noticia de su muerte (1241).

La santa Sede quedó vacante por espacio de cerca de dos años. Los cardenales se hallaban reducidos á un pequeño número, por muerte ó detencion de muchos de sus colegas; y como todos tenian ambicion y esperanza de llegar al pontificado, no podian entenderse para la eleccion. Federico, despues de haber agotado las súplicas para decidirles á poner fin á un estado de incertidumbre desastroso para el imperio, porque aplazaba indefinidamente la pacificacion de Italia, les reprochaba sin ambages sus cálculos interesados. Les echaba en cara sus artificios en los términos más despreciativos: «Á vosotros, les decia en estilo biblico, hijos de Belial, á vosotros, hijos de Efrem, rebaño de perdicion, dirijo estas palabras: no es Jesucristo, Dios de paz, el que está en medio de

vosotros, sino Satanás, padre de la mentira y de la discordia!»

Obligados á reconocer, despues de repetidos ensayos, que no podian ser todos papas á la vez, eligieron al genovés Sinibaldo de Fiesqui, como la persona más propia para restablecer la paz entre la Iglesia y el Imperio por sus opiniones gibelinas y por su anterior amistad con Federico, cayendo á su vez en la ilusion de Inocencio III cuando hizo elegir á Othon como güelfo. El gibelino, una vez papa, se hizo güelfo, tan fatalmente como el güelfo, una vez emperador, se habia hecho gibelino. La lógica de los dos principios de la Iglesia y el Imperio era todavia muy poderosa para no dominar á los hombres. Mas Federico no se dejó engañar como los prelados: «De un cardenal amigo, dijo, me han hecho un papa enemigo.»

Sin embargo, si esta dura necesidad llegó á ser pronto evidente para todo el mundo, no fué por falta de buena intencion por una y otra parte. Federico envejecia, y queria asegurar el porvenir de sus hijos, ya que no el suyo propio. Comenzaba á desesperar de la victoria, á asustarse de aquella guerra interminable en que se agotaban todas las fuerzas vivas de su imperio. Hizo cuanto pudo para reconciliarse con la santa Sede y ganar el corazon del nuevo pontifice: anunció á Inocencio IV—tal era el nombre que habia elegido el cardenal de Fiesqui—que estaba pronto á someterse; le pidió su sobrina en matrimonio para su hijo Conrado, y le ofreció las concesiones más propias para satisfacerle. Por su parte el papa se mostró afectuoso, y le prodigó las más brillantes seguridades.

Pero sobre el papa y el emperador, que querian

la paz, estaban la Iglesia y el Imperio, que querian la guerra. Guerra gritaban las mismas cosas, y les era imposible aislarse de lo que les rodeaba. En despecho de las protestas más firmes, ni uno ni otro podian creer en un acomodamiento sério; y mientras duraron estas negociaciones, á la vez que se cambiaban los más afectuosos testimonios, uno y otro, obedeciendo á una invencible desconfianza, llevaban activamente sus preparativos para la lucha. En fin, resolvieron de comun acuerdo poner el sello á este pacto de alianza, y celebrar una entrevista para darse el ósculo de paz. Fueron caminando el uno hácia el otro á pequeñas jornadas, retardando el paso en cada estacion. En todas las ciudades por donde pasaba el papa, era en seguida rodeado, sentia circular á su alrededor una vigilancia invisible. Por un sentimiento de desconfianza no ménos previsora que las precauciones de que era objeto, él tambien habia prevenido á la flota genovesa que se hallase como por casualidad en las aguas de Civita-Vecchia. Cuando llegó á Sutri, distante de aquel puerto treinta y cuatro millas, disfrazóse de soldado, burló la vigilancia de los espías, y salvó á caballo en pocas horas la distancia que le separaba del mar.

Llegado á Génova, Inocencio IV pidió á san Luis autorizacion para penetrar en sus Estados, que decia habian sido siempre tierra de asilo para los papas. El rey, que no se sentia inclinado á recibir huésped tan peligroso, consultó á los barones, que sabia eran de su mismo parecer, quienes respondieron en efecto que no lo tolerarian. El rey de Aragon opuso la misma negativa á peticion semejante, y el de Inglaterra imitó á los dos despues de breves vacilaciones.

El papa tuvo que resignarse á ir á Lyon, que era entónces una especie de ciudad libre colocada bajo el patronato de un arzobispo. Allí convocó un gran concilio, al que fueron llamados todos los príncipes y prelados de la cristiandad, para decidir entre él y su adversario.

Federico se hizo representar por dos de sus íntimos consejeros, Pedro de Vignes y Tadeo de Suessa. Este llevó la palabra por su señor, contra el papa en persona, que desempeñó el papel de acusador. Lo justificó con rara elocuencia de los muchos reproches que le echaba en cara Inocencio; recusó como interesados ó sospechosos los testimonios que se producian contra él, y ofreció en garantía de sus promesas la caucion de los dos reyes de Francia y de Inglaterra, lo cual no quiso aceptar Inocencio por el pretesto bastante singular «de que se veria obligado á malquistarse con ellos en el caso de que no cumpliese Federico.» En fin, Tadeo suplicó al concilio que le concediese breve plazo para decidir á su señor á comparecer en persona ante la asamblea; pero á esto gritó Inocencio declarando que si Federico iba, se apresuraria á marchar, «no sintiéndose, decia, aún suficientemente preparado para el martirio.»

La asamblea consintió, sin embargo, en prorogar su tercera sesion á instancia de los enviados de Francia y de Inglaterra con el fin de dar tiempo al emperador para ir á Lyon; pero Federico no pensaba en poner su corona á disposicion de una asamblea compuesta en gran parte de sus enemigos personales. Así, desde el principio de la tercera sesion, su condenacion pareció inevitable. Despues de leidos varios de-

cretos, cuando todo el mundo esperaba oír leer la sentencia de Federico, Tadeo de Suessa se levantó y, en nombre de su señor, apeló á un futuro papa y á un nuevo concilio. Entónces Inocencio pronunció su sentencia. Deponia á Federico como felon, perjuro, sacrilego y hereje, prohibiendo á todos sus súbditos auxiliarle en adelante de cualquier manera que fuese. Cuando se calló, los prelados que tenian en la mano cirios encendidos los volvieron boca abajo en señal de maldicion delante de los fieles consternados, y Tadeo, previendo los males que iban á seguirse: «Hé aqui, exclamó, los dias de la cólera, los dias del duelo y de la calamidad!»

Federico se hallaba en Turin. Se hizo traer su corona, se la aseguró sobre su cabeza y, con los ojos chispeantes de cólera: «Si se cae, dijo, no será sin que haya habido sangre derramada!»

Protestó por un manifiesto en que se quejaba amargamente del espíritu ambicioso é invasor que animaba al clero, aplicándose sobre todo á demostrar á los reyes que su causa era la de todos ellos y que todos serian heridos con él. «Se comienza por Nos, decia en una carta justificativa dirigida especialmente á S. Luis, pero se acabará por vos. Ya se dice públicamente que ninguna resistencia hay que temer despues de haber abatido nuestro poderio... Defended, pues, vuestro derecho sosteniendo el nuestro.»

Movido por estas representaciones, cuya justicia comprendia mejor que nadie, S. Luis intentó en vano calmar en varias entrevistas al implacable pontifice, haciéndole comprender la necesidad de esta reconciliacion ante la invasion mogola que amenazaba entón-

ces á Europa. Inocencio IV respondió á sus instancias haciendo elegir emperador de Alemania á Enrique, landgrav de Thuringa, para dar un competidor á Federico.

Obtenido este nombramiento, reunió en un esfuerzo supremo todas las influencias, todas las armas de que pudo disponer como sacerdote, como hombre y como soberano, para aplastar de un golpe á su enemigo. Proclamó una cruzada que lo colocaba fuera del derecho de gentes; lanzó el interdicto sobre todos los lugares que manchára con su presencia; desencadenó sobre Italia legiones de monjes dominicos y mendicantes, que la recorrieron con el anatema y la venganza en la boca y la sublevaron por sus cimientos; llamó á las ciudades italianas á la libertad por proclamas incendiarias, en que les reprochaba «el oprobio de su servidumbre»; en fin, atizó contra él el puñal de las conspiraciones, como ya lo habia intentado dos años antes.

Los conjurados, entre los que se contaban muchos servidores de Federico, fueron cogidos en el momento en que se disponian á ejecutar su proyecto, y casi todos confesaron, ántes de morir, que habian obrado á instigacion del papa. Apenas habian sido castigados los autores de este complot, tuvo que condenar Federico á otro culpable que le tocaba más de cerca. Buscóselo muy próximo á su corazon, para que el golpe le afligiese doblemente. Era el confidente y testigo de toda su vida, el canceller Pedro de Vignes, en quien habia extrañado ya el inexplicable silencio en el concilio de Lyon, á donde habia sido enviado para defender á su señor.

Un dia en que el emperador estaba enfermo, Pedro de Vignes entra en su cámara con un médico que llevaba una bebida. Federico acerca la copa á sus lábios, pero, como iluminado por súbita idea: «Supongo, dice mirándolos fijamente, que no querreis darme veneno?» Y alarga la bebida al médico mandándole beber primero. Este se turba, palidece y deja caer la copa, cuyo contenido se hace beber á condenados á muerte que espiran de repente. El médico murió en el cadalso, y Pedro de Vignes, condenado á perder los ojos, se abrió la cabeza contra las paredes de su prision.

Abatido y desalentado por disgustos y desastres sin cuento, por la defeccion de sus aliados, por la traicion de sus amigos y parientes, por el deseo de descanso y las primeras enfermedades de una vejez prematura, Federico dió el último paso para doblar á su enemigo. Firmó, en presencia de una reunion de prelados, una profesion de fé conforme á la doctrina de la iglesia; ofreció abdicar el imperio en su hijo Conrado y partir á Tierra Santa, donde emplearia el resto de su vida en combatir contra los infieles; en fin, comprometió á S. Luis á intentar nuevas gestiones en su favor; pero nada pudo desarmar á Inocencio, quien queria que el emperador se entregase á discrecion. La guerra continuó, pues, con más furor que nunca en Toscana, en Emilia, en las provincias lombardas, y nuevos desastres cayeron sobre Federico. Los parmesanos que sitiaba, sorprendieron su campamento, lo quemaron y despedazaron á Tadeo de Suessa, su consejero y amigo. Los boloneses aprisionaron á su hijo Hencius, hermoso jóven que preferia á sus demás hijos, y á quien no habia de volver á ver. Otro

de sus hijos naturales murió. Entónces fué cuando, hirciendo la cabeza ante los ultrajes de la fortuna, y desafiando á los poderes sobrenaturales que el vulgo decia conjurados contra él, el rey vencido se internó en la Apulia, dirigió nuevas excitaciones á sus amigos, é hizo venir de Africa diez y siete compañías de sarracenos para un combate á muerte ó vida. Los sarracenos eran casi los únicos soldados de quienes podia fiarse, y en quienes no habia que temer las influencias religiosas. Se preparaba á reconquistar con ellos las provincias sublevadas y perseguir la victoria, cuando cayó súbitamente enfermo, y murió pocos dias despues en Florenzola, en el reino de Nápoles. Como por todas las apariencias habia perecido de muerte violenta, los autores del crimen se apresuraron á hacer caer las sospechas sobre el caballeroso Manfredo, el más leal y afecto de sus hijos.

Al saber esta noticia, Inocencio lanzó un grito de alegría: «Tierra y cielos regocijaos, escribió, el opresor ya no existe!» Triunfo efímero. Federico, en efecto, ya no existia, y el imperio habia perdido por mucho tiempo la Italia; pero la espada pontifical se habia embotado para siempre. Federico habia enseñado á los reyes cómo se podia jugar impunemente con aquellos rayos tan terribles. Sucumbia, pero como un héroe del derecho ante la violencia y la traicion.

Esta larga guerra la habia sostenido casi solo, por la fuerza moral más que por la de las armas, apelando sin cesar, él, hombre de guerra, á la discusion, á la moderacion, á la equidad, á la persuacion, al buen sentido, mientras que sus adversarios, hombres del Evangelio, apelaban al ódio, á la venganza, á las pa-

siones, á los intereses, á la fuerza. Hé aquí por qué la simpatía se unirá siempre á la memoria de ese valiente excéptico, no obstante los artificios que no se puede ménos de reprobar en su conducta. Arrojado al nacer en medio de circunstancias difíciles, educado por los enemigos jurados de su poder y de su familia, tuvo que manejar alguna vez las armas de los apóstoles del absolutismo sacerdotal, pero fué para volverlas contra ellos. Hizo una cosa original, nueva, que le pertenece en propiedad; reveló á Europa, le enseñó por sus manifiestos que tenia una opinion pública, un poder superior á todos los reyes, que sólo dependia de ella el ser dueña de sus destinos, que era capaz de un pensamiento y de una accion colectiva, fuera de esas empresas puramente exteriores como las cruzadas.

Aunque los hombres de aquel tiempo no viesan apenas en Federico más que esa fisonomia satánica con que aparecen de ordinario las inteligencias superiores á los débiles de espíritu, su influencia persistente sobre el alma recta y pura de san Luis, en quien debia herir tantas inclinaciones, la especie de fascinacion que ejerció sobre el mismo Dante, que lo condena por su impiedad y lo glorifica como político, atestiguan que sus contemporáneos no dejaron de discernir sus grandes cualidades y la justicia de su causa. En su alma crédula arrojó Federico la primera duda con sus atrevidas negaciones; provocó sonriendo el fantasma teocrático, lo midió friamente con tranquila mirada, y aunque vencido por él, lo hundió para siempre en las sombrías profundidades de la edad media.

CAPÍTULO XIII.

Nuevos ensayos de reino italiano combatidos por el papado.—La teocracia del dinero.

Á la muerte de Federico siguió pronto la completa ruina de la casa de Suabia. Su hijo Conrado murió en edad temprana, sin haber tenido tiempo de rehabilitar la causa del imperio. Dejaba por heredero un niño de pocos años, llamado Conradino, tan célebre despues por su destino trágico y precoz heroísmo. El feudalismo germánico, cansado de la disciplina que por tanto tiempo le habian impuesto los Hohenstauffen, se aprovechó de su debilidad para poner el imperio á subasta, ofreciéndolo á extranjeros, á Ricardo de Cornouailles, á Alfonso de Castilla, segun la moda inventada por las repúblicas italianas en la eleccion de sus podestás. El trono estuvo vacante por más de veinte años, sin que ninguno de estos piadosos competidores fuese ó bastante emprendedor para arriesgar el viaje, ó bastante fuerte para alargar la mano y tomar la corona.

Este interregno devolvía á Italia la libre disposicion de sus destinos.

La ley de responsabilidad, que se impone con la misma fuerza cuando se trata de una nacion que de un individuo, hace que el espíritu se detenga aquí con ansiedad y recogimiento, como todas las veces en que se halla en presencia de uno de esos momentos en que la voluntad de los pueblos decreta y decide para siglos. Italia acababa de echar violentamente de su seno al imperio; inesperada fortuna la libraba del azote periódico de las invasiones alemanas, ¿qué iba á hacer para constituir sobre bases más seguras su independencia? Su organizacion política estaba rota de nuevo, la quimera del antiguo pacto imperial demostrada, la nacionalidad era posible: ¿como iba á resolver el problema?

De todos los elementos bastante poderosos para trabajar de consuno en esta reconstruccion, el papado era sin comparacion el más fuerte, y el que poseía en mayor grado la conciencia á la vez que la libertad de su accion. Incapaz de realizar este resultado con solas sus fuerzas, á causa de su cosmopolitismo y de su enfermedad como sistema político, podía todo como auxiliar, bastándole una palabra para dar á otro la fuerza de que carecía. Al Norte, casi todas las repúblicas lombardas habian caído bajo el dominio de pequeñas tiranías, salidas de la institucion de los podestás y, más aún, de las discordias civiles, por lo que nada habia que esperar del principio de la confederacion republicana. Quedaban los tiranos; pero el único de estos aventureros que habia manifestado inteligencia capaz de elevarse á grandes planes políticos y

energía necesaria para realizarlos, era un furioso colocado fuera de la humanidad por crueldades sin nombre, Eccelino da Romano.

En el mediodía se hallaba, sobre el trono de las Dos Sicilias, el único hombre de talla para un gran destino político, Manfredo, hijo natural de Federico, joven de veintiseis años, que unía á las raras y sólidas cualidades de su padre, un atractivo y gracia caballeresca, cuyo encanto se impone á los cronistas que han tomado la pluma para denigrarlo, y presta singular poesía á los últimos días de la casa de Suabia. Manfredo contaba con el apoyo de los gibelinos de Italia, y no representaba ninguna de las necesidades y compromisos que habian hecho á los suabios odiosos á los güelfos. Aceptaba, por otra parte, todas las conquistas de este partido sobre el imperio, con el que no era solidario en ningun grado desde la muerte de su hermano Conrado, y se sometía desde luego á todas las condiciones que la iglesia quisiera imponerle. Era, en una palabra, el conciliador más hábil é imparcial en quien Italia podia confiar. Pero, por estas mismas cualidades, Manfredo fué rechazado y combatido hasta la muerte. Había, en efecto, una cosa que el papado detestaba con ódio aun más profundo que el imperio, la monarquía, esa expresion tan ansiosamente buscada de la nacionalidad de Italia, de su génio, de su independencia, y siempre sofocada por aquel implacable enemigo. El imperio no era más que un rival, y como representaba la supremacia sobre todo el mundo, se podia entrar á la parte con él; pero la monarquía en sus estrechos límites, no toleraria rivalidad ni participacion; habria que sometérsele ó abdicar.

A los anatemas contra la raza impía de Federico se juntaron, pues, todas las antiguas imprecaciones de los papas contra los lombardos y sus continuadores; y como no habian podido remediar su incurable impotencia orgánica que parece achaque del gobierno sacerdotal, y nos lo presenta incapacitado para la más vulgar administracion en el mismo instante en que le bastó una señal para conmover á Europa, no encontrándose con fuerzas para destruir por sí á Manfredo, llamaron de nuevo al extranjero á Italia.

Ofrecieron el reino de Nápoles á todos los príncipes sin Estados, á todos los ambiciosos sin colocacion; á Ricardo de Cornouailles, á quien ya se habia ofrecido el imperio, á Edmundo, hijo de Enrique III de Inglaterra, á Cárlos de Anjou, hermano de san Luis. Y al mismo tiempo que Inocencio IV traficaba de este modo con los derechos de las monarquias, quitando la corona á unos y dándola á otros, temblaba ante el senador Brancaleone de Andalo, dictador municipal que le habian impuesto los romanos, sin que osára ausentarse de la ciudad sin su permiso. Por mucho que sus ofrecimientos halagáran la ambicion de Cárlos de Anjou, sólo unos años más tarde, bajo el pontificado de Urbano IV, le fué permitido á este príncipe aceptarlos, despues que los sofismas del legado Pignatelli hubieron triunfado de los escrúpulos de san Luis.

Así, la invasion francesa reaparece en Italia por el llamamiento de los papas, diez años apenas despues de la ruina de la dominacion germánica. Era llamada contra Manfredo, como los alemanes de Othon habian sido llamados contra Berengario II, como los

francos de Pipino y de Carlomagno contra Desiderio y los lombardos, como los griegos de Justino y de Justiniano contra el reino de Teodorico. Si tal sucesion de hechos, repitiéndose con tan notable semejanza al través de épocas tan distintas y tantas veces confirmada despues con nuevos ejemplos, no puede ser considerada como consecuencia natural de la institucion que la ha producido, hay que renunciar á toda generalizacion de sucesos históricos, á toda conclusion sobre el valor comparado de las instituciones humanas.

Lo más odioso, tal vez, de este incesante trabajo de destruccion en que el papado buscaba su salud y estabilidad, es la poca ilusion con que era llamado cada uno de estos libertadores. Se le atraia con el plan preformado de emprender á poco contra él la obra de exterminio que se acababa de llevar á cabo con el precedente; era un instrumento, un vengador, nunca un aliado, y apénas habia cumplido su tarea, pasaba á ser un estorbo á medida que su poder crecia, y se le trataba como enemigo. De antemano se sabia que se veria obligado á su vez, por la lógica de las circunstancias, á emprender lo que sus predecesores habian intentado, y desde entónces, se preparaban los lazos en que habia de caer como los otros. Recibiasele como un mal necesario, con desconfianzas injuriosas, con infinitas precauciones y encadenándolo con tantos compromisos, promesas, restricciones, cláusulas de rescision y casos redibitorios, que por el más ligero pretexto, á la primera señal de insubordinacion podíase volver contra él el pacto que habia jurado, y hundirlo.

Tal fué poco ménos el que se exigió de Cárlos de

Anjou. Accedió á ratificarlo despues de largas vacilaciones, motivadas por la mediania efectiva de aquellos ofrecimientos en apariencia tan brillantes, y despues que concibió esperanzas de imponer la interpretacion en vez de sufrirla, así que fuese bastante fuerte para dejar de ser agradecido. El principal artículo de este tratado mostraba claramente el móvil que habia inspirado á sus bienhechores. Cárlos debia comprometerse por juramento á no reunir jamás al reino de las Dos Sicilias ni la corona imperial, ni ninguna de las provincias importantes de la Italia setentrional, como la Toscana y la Lombardia. Porque en efecto, si el norte llegaba á dar la mano al mediodia, ¿qué sería del dominio de los papas? En otros términos, Cárlos debia prometer no ser nunca rey de Italia, no sufrir jamás que Italia se constituyese en nacion, en lo que no sólo era su derecho y natural tendencia, sino su condicion de vida y la ley misma de su desarrollo.

La reunion de Nápoles al imperio por el matrimonio de Enrique VI con la hija de los reyes normandos, habia llamado la atencion de los papas sobre esta condicion tan esencial de su seguridad. En las restantes cláusulas, el hermano de san Luis declaraba aceptar el reino para él y sus descendientes, como feudo de la santa Sede, obligándose á pagar un tributo anual de 8,000 onzas de oro, y á dar un contingente de guerreros equipados y mantenidos por él.

Desde su llegada á Italia, Cárlos de Anjou provocó la desconfianza de sus protectores, con haber sido elegido por los romanos senador al pasar por su ciudad. El papa se disgustó, sin atreverse empero á oponerse á la aceptacion, de miedo que el pueblo romano

ofreciese el cargo á Manfredo; pero Cárlos tuvo que empeñar su palabra de dimitir esta dignidad á la primera indicacion de la santa Sede.

Antes ya de su salida de Francia habian empezado las hostilidades en Lombardia entre Manfredo y un primer cuerpo de ejército, mandado por el yerno de Cárlos. La guerra contra el hijo de Federico fué santificada, bendecida, bautizada, cruzada. Manfredo la sostuvo con su acostumbrado valor, y con rara habilidad. Pero el advenimiento del francés Clemente IV, que dió á la empresa nuevo impulso, la llegada de otro ejército franco más formidable que el primero, la defecion de sus aliados del Milanesado, la traicion de sus generales, el ódio activo, inexorable de todo el clero cristiano, los presentimientos que á sus mismos partidarios inspiraba la ruina tan rápida de su casa, y esa desercion de la esperanza que precede á las desgracias irreparables, mostraron pronto de qué lado se inclinaria la fortuna. La iglesia tal vez nunca habia sido tan implacable é impaciente. A los que combatian contra aquel enemigo de Dios, no solamente les habia concedido las indulgencias de los cruzados, sino favores espirituales que se extendian á toda la familia. Abrumado por fuerzas superiores, sin poder defender sus ciudades, que abrian las puertas á Cárlos de Anjou, Manfredo fué á presentar batalla á su rival cerca de Benevento. Cuando la vió perdida por traicion, despues de haber tenido por mucho tiempo la victoria en su mano, se arrojó en lo más fuerte de la pelea para perecer. Su cuerpo, descubierto tres dias despues en el campo de batalla, fué sepultado cerca del puente de Benavento por los soldados de Cárlos bajo un

gran monton de piedras, mausoleo improvisado por la piedad y la admiracion. Pero por órdenes recibidas de Roma, el legado Pignatelli lo hizo desenterrar y arrojar al rio.

Esta sustitucion de la dominacion angevina á la de una dinastia naturalizada en Italia por los vínculos de la sangre, por la cultura del espíritu y por las costumbres, así como por el génio y los servicios, valia, aun bajo el punto de vista exclusivo de los intereses del papado, los inmensos sacrificios que habia costado? Todo el mundo vió bien pronto que no, comenzando por los mismos papas. Carácter ardiente bajo un exterior rígido y glacial, alma reconcentrada, despótica, devorada por la codicia y la ambicion, insensible hasta la ferocidad, calculista, astuta y perseverante á la vez que fanática, el taciturno Cárlos de Anjou habria sido un príncipe conforme á su ideal en cualquier parte ménos en Italia. En otro país no hubiesen vacilado en favorecer sus proyectos de engrandecimiento; pero en aquella tierra fatal á los reyes, y que consideraban desde tanto tiempo como su patrimonio, estaba condenado á sufrir la suerte de todas las dominaciones que sucesivamente habian ensayado aclimatarse y extenderse en ella.

Ni lograra sustraerse á la suerte comun aun cuando no hubiese concebido ninguno de los planes ambiciosos que mostró despues, y se hubiese atendido estrictamente á una política de conservacion, porque, para conservarse, le era preciso crecer. Una conquista no podia mantenerse en aquel suelo volcánico sino á condicion de fortificarse sin cesar. Para defenderse, era menester atacar; para no decaer, prosperar. Las

condiciones que se le habian hecho jurar le quitaban hasta la posibilidad de la existencia. Las dos grandes facciones que se repartian el pais no tolerarian por otra parte otra division que su propia dualidad; y teniendo por enemigos á todos los gibelinos de Italia, preciso era que Cárlos de Anjou fuera el rey de todos los güelfos.

Así reaparecia el horrible fantasma del reino y de la unidad en el mismo hombre que se habia llamado para destruirlo. Ménos de dos años despues de la muerte de Manfredo, Cárlos de Anjou, arrastrado por la lógica de la guerra, combatia en los confines del territorio de Pisa, á más de cien leguas de la frontera napolitana, que habia prometido no traspasar, con menosprecio de las lamentaciones del papa alarmado, que le reprochaba amargamente el abandono de su reino y las horribles devastaciones que él mismo habia desencadenado con llamarle. Clemente le recordaba los compromisos que habia contraído al aceptar su corona; pero Cárlos, ya con un pretexto, ya con otro, continuaba sus operaciones sin dignarse combatirlos, y obraba como firmemente resuelto á no hacer caso de estas representaciones.

Pero la ruptura inminente entre la santa Sede y el nuevo rey de las Dos Sicilias, se aplazó por una comunidad de peligros más fuerte aún que sus mútuos resentimientos. Conradino, nieto de Federico y sobrino de Manfredo, bajó á Italia llamado por los gibelinos.

Impulsado por la noble temeridad de la juventud, por las seductoras ilusiones de proscritos á quienes cegaban sus patrióticos lamentos, por la ambicion de vengar su familia, tan cruelmente herida, este héroe

de diez y ocho años se equivocó de hora. Si hubiese esperado unos años más, Italia en masa se habria levantado para ir á recibirlo, y no habrian venido las Visperas sicilianas; pero la dominacion francesa todavia no estaba comprometida ni gastada, conservaba íntegras sus fuerzas, mientras que las del partido gibelino no representaban sino un supremo y desesperado esfuerzo. Vencido despues de una marcha rápida y brillante, y de una batalla en que desplegó en vano el ardor y empuje caballeresco de su raza, el último de los suabios pereció en un cadalso con su amigo Federico de Austria, que quiso participar de su fortuna. «¡Oh madre mia, dijo, qué triste nueva recibirás de mí!» Tanta gracia, juventud y heroismo no conmovieron el alma baja é implacable de Cárlos de Anjou; pero esta flor de valor y de caballeria ha quedado como una de las poesias de la historia.

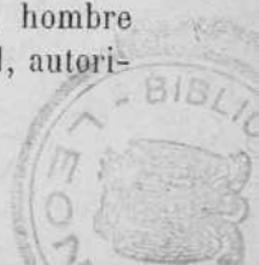
La muerte de este jóven y las espantosas matanzas que la acompañaron, no habian de aprovechar al rey ni al papa, que, al encontrarse ahora, se colmaron uno á otro á perfia de testimonios de cariño, pero con invencible desconfianza en el fondo del corazon por sus intereses divididos y proyectos inconciliables. Muerto Clemente IV poco despues de esta ejecucion que habia aconsejado, la santa Sede estuvo vacante cerca de dos años, de los que se aprovechó Cárlos de Anjou para establecer su poder en toda Italia: en el mediodia, con el nombre de rey; en el norte, con el de pacificador ó vicario imperial; en Roma, con el de senador, cargo que el papa le habia obligado á renunciar y que volvió á tomar de propia autoridad.

Cuando Gregorio X vino de la Palestina á tomar

posesion de la silla de san Pedro, Cárlos de Anjou era más poderoso en Italia de lo que habian sido nunca Alejandro y el mismo Federico. Habia destruido en el Milanésado y en Toscana los últimos restos del partido gibelino, y tenia la Italia tan sujeta, que dirigia la vista hácia Constantinopla, y preparaba una flota para conquistar el imperio de Oriente, del que habia invadido ya várias de sus más importantes provincias, como la Acaya, Morea y Albania.

Asustado Gregorio de la amenazadora extension que habia tomado, y no osando aún atacarle de frente, buscó pretextos en los peligros que corrian los cristianos de Tierra Santa; predicó la paz y union, y rehabilitó á los gibelinos en nombre de la reconciliacion universal. Posible es que su intencion en esto fuese sólo provocar de nuevo en Europa la fiebre de las cruzadas, y que únicamente combatiese la empresa de Cárlos por temor de que hiciese fracasar sus proyectos, distrayendo la expedicion hácia Constantinopla; pero fuerza es convenir que, de cualquier modo, su táctica conformaba perfectamente con los intereses políticos del papado. Se esforzó, pues, en crear un contrapeso al poder que en tan poco tiempo habia llegado á ser temible, y no encontrando este contrapeso en Italia, lo pidió al extranjero, conforme á las tradiciones de la politica pontifical. El reino se levantaba sobre las ruinas del imperio; llamó, pues, al imperio contra la monarquia.

Por sus apremiantes y repetidas exigencias, los electores germánicos pusieron fin al interregno eligiendo á Rodolfo de Habsbourg. Rodolfo, hombre nuevo, hechura de los papas, príncipe débil, autori-



dad precaria, amenazado sin cesar en Alemania, deseoso de establecerse en ella sólidamente, extraño por otra parte á los asuntos italianos, que no conocia sino por haber acompañado á un prelado á Roma, y mucho más preocupado de conservar la proteccion de la santa Sede que de mantener los derechos casi olvidados del imperio en Italia, otorgó sin escrúpulo todas las promesas y renunciaciones que se le pidieron, y dió á los papas un aliado poderoso á cambio de un poder nominal y subalterno.

Nicolás III fué enérgico continuador de Gregorio X. Opuso con fortuna la espada de Rodolfo á las repetidas invasiones de Cárlos de Anjou, que reinaba ya hasta en las ciudades del Piamonte; recordó al emperador que el rey de Nápoles no gobernaba las provincias italianas del Norte sino en calidad de vicario imperial, sin olvidarse de hacerle presente que el mismo Rodolfo no reinaria sino en calidad de vicario de la iglesia.

La amenaza bastó. Cárlos de Anjou, amedrentado por el antiguo prestigio del poder imperial, retiró temblando de cólera sus tropas de la Lombardia y Toscana, entregó los castillos que habia conquistado al precio de tanto trabajo y sangre, y renunció de nuevo el cargo de Senador de Roma. Admiró que recibiera con dulzura y calma sorprendentes al legado que fué á dictarle estas duras condiciones, primer fracaso de su ambicion humillada. El sacerdote lo felicitó y se regocijó, pero con más razon se habria espantado sin las catástrofes que impidieron á Cárlos tomar la revancha.

Como consecuencia de esta paz, Rodolfo de Habs-

bourg firmó la primera carta que separó por primera vez, clara y definitivamente, las provincias italianas que dependían de la santa Sede de las que seguirían sometidas al imperio. Todas las formas que con el tiempo había revestido el poder de los papas, terminaron de este modo por la constitución del dominio de S. Pedro, por la soberanía independiente. Este poder político, que había sido una delegación administrativa bajo los últimos emperadores romanos, una influencia nacional bajo los reyes bárbaros, una asociación al imperio bajo los sucesores de Carlomagno, una teocracia semi-realizada bajo Inocencio III, iba á entrar en el estrecho molde de las pequeñas monarquías.

La carta de Rodolfo tomaba por autoridad y punto de partida actos notoriamente desnaturalizados ó apócrifos, como las donaciones de Pipino y Carlomagno y la carta de Ludovico Pio; legitimaba derechos que auténticamente no habían pasado de pretensiones, y cuyos títulos consistían en la perseverancia con que se los había afirmado. De esta manera el patrimonio de S. Pedro se aumentó con las provincias de la Emilia, la Marca de Ancona y la Pentápolis, que nunca le habían pertenecido. Tampoco vaciló Rodolfo en abandonar la herencia de la condesa Matilde, y en renunciar á los derechos de soberanía del imperio, atestiguados por el juramento que todas las ciudades pontificias prestaban al emperador. Desde entonces quedaron constituidos los Estados de la iglesia en los límites que tenían cuando la fundación de la unidad italiana 1871.

La muerte de Nicolás III impidió la ejecución de

los planes de la santa Sede contra Cárlos de Anjou, ofreciendo á éste la acasión, que no dejó escapar, de colocar en el trono apostólico á un hombre de toda su confianza. Con el apoyo del francés Martin IV, elegido por su influencia, reconquistó en seguida buena parte del terreno que acababa de perder. Martin le devolvió todas las provincias que la Iglesia le habia tomado, pero Cárlos tuvo que renunciar por entónces á recobrar las que habia usurpado al imperio. Tomó, pues, otro rumbo volviendo con más actividad y ardor que nunca á sus proyectos de conquista contra el imperio de Constantinopla. Almacenó en sus puertos grandes preparativos de toda clase, armó otra flota, cien galeras, veinte grandes navios, trescientos transportes, equipó numerosos cuerpos de caballería, y cuando todo estuvo presto, hizo bautizar conforme á la moda su empresa con el nombre de cruzada por el complaciente pontifice. Preguntábase sobre qué punto del imperio iba á caer la tempestad, cuando de repente sonó el rebato de las Visperas sicilianas. Cárlos acababa de perder su mejor provincia y sus mejores tropas.

Poco tiempo despues, el rey de Aragon, cómplice de los insurrectos sicilianos, atacaba con su almirante Roger de Lauria y quemaba á la vista de Cárlos de Anjou, todos los bageles y armamentos preparados para la expedicion de Constantinopla. Este ambicioso, herido á su vez por el destino, presenció desde la ribera aquella destruccion que acababa con todas sus esperanzas. No pudiendo hacer nada para impedirla, mordía convulsivamente el cetro que tenia en la mano. Á partir de este instante nada le salió bien. Poco des-

pues, á consecuencia de nuevos desastres, el elegido de la iglesia, el vengador de los papas, el futuro emperador de Constantinopla, murió de desesperacion y de vergüenza.

Cosa extraña y bien digna de atencion. Durante el largo interregno que precedió á la eleccion de Rodolfo, el prestigio del papado, en lugar de crecer en Europa con el abatimiento del imperio, se habia como desvanecido con él, por más que se hallaba entónces en el apogeo de su poder. Se habia creído que la desaparicion de tan terrible rival le daría una preponderancia ilimitada, y no sucedió así; porque este rival, por sólo combatirlo, lo elevaba hasta su propia altura y cubria su debilidad. Por su misma oposicion al papa, el emperador compartía con él, lo asociaba á su destino, aumentaba la antigua ilusion del imperio espiritual, considerado como uno de los dos pelos eternos en torno de los cuales gravitaba el mundo, creado para contrabalancear el imperio temporal. Toda la edad Media habia vivido con la vista fija en sus oscilaciones, y unido el órden universal al mantenimiento de este equilibrio. Los lazos de recíproca dependencia que encadenaba el papado al imperio eran la causa de todas sus discordias, pero también la más segura garantía de su fuerza y duracion. Separadas, las dos instituciones eran incompletas y por consiguiente débiles; unidas, podían desafiar todos los ataques. Hijas de una misma concepcion á pesar de la disparidad de sus orígenes, vertidas y fundidas en el mismo molde cuando el pacto de Carlomagno, eran solidarias, se completaban mutuamente, debían crecer y decrecer al mismo tiempo.

Una vez separado del imperio, el establecimiento pontificio solo tenia un punto firme, el pequeño patrimonio de san Pedro. En cuanto á su dominacion cosmopolita, fundada sobre el asentimiento de las conciencias más que sobre instituciones regulares, era inconsistente y aleatoria. Por el contrario, cualesquiera que fuesen los altercados de la santa Sede con el imperio de Alemania, no por esto dejaba de ser el único Estado de Europa con el que sus relaciones, derechos, garantías, privilegios, estaban á la vez definidos claramente, establecidos de un modo normal y consagrados por la constitucion misma, mientras en las demás partes estaban sometidos á todas las fluctuaciones de la voluntad de los príncipes, ó de la opinion de los pueblos.

El imperio no se resentia con esta escision ménos que el papado, porque perdiendo la Italia, perdia su carácter de grandeza y universalidad. Podia ser aún un Estado más ó ménos extenso, pero no era ya la antigua herencia de los Césares trasformada por Carlomagno, el marco ideal de la confederacion de los pueblos.

Tal es la revolucion que se habia, no consumado, porque debia de pasar más de un siglo ántes de llevarse á término, sino preparado con la caida de la casa de Suabia. Esta revolucion anunciaba el mundo moderno. En cuanto á la imperfecta restauracion de la constitucion imperial y pontifical que acababan de intentar Gregorio X y Rodolfo de Habsbourg, no era más que una pálida imitacion, en que nombres antiguos cubrian hechos nuevos, y que no podia volver á la vida un pasado desaparecido para siempre. Esta in-

mensa ruina no se efectuó sin dejar lamentos en las almas que tenían el sentimiento de la grandeza y poesía de este orden de cosas, y no se daban cuenta de las tristes realidades que lo acompañaban. Dante escribió su libro *De la Monarquía*, testamento del pensamiento gibelino, magnífica interpretación del derecho que fenecía, concebido bajo el punto de vista de la completa separación de los poderes temporal y espiritual, que los güelfos tendían á confundir en provecho del papado. Sus lamentaciones se truecan en dolor y desesperación en la *Divina Comedia*. Por el mismo tiempo apareció Tomás de Aquino, síntesis viva de la fé güelfa bajo el doble punto de vista político y religioso. Otros mil después de ellos trataron el tema, ya en nombre del papado, ya en nombre del imperio, y muchos años se pasaron hasta que este fantasma dejó de habitar en las imaginaciones italianas. Pero en las mismas obras escritas en defensa del antiguo principio, una señal marca la imposibilidad de su restablecimiento: las dos teorías, güelfa y gibelina, se presentan exclusivas, absolutas, inconciliables; se niegan radicalmente una á otra, con lo que hacen imposible toda transacción.

El resultado del abatimiento de que hemos hablado se dejó sentir luego en las relaciones de los papas con los varios Estados de Europa. Cuando el papa hacía la guerra al emperador, suministraban los ejércitos ora Italia ora Alemania. El papa decretaba la ley; los pueblos se encargaban de ejecutarla. Desde el seno de una ciudad á donde había ido como desterrado ó fugitivo, desprovisto de todo recurso, levantaba la mitad de Europa contra su rival, sin tener que

preocuparse de los medios y gastos de la guerra. En caso de necesidad, si el celo de sus defensores se entibiaba, podia predicar la cruzada contra el emperador; la grandeza del enemigo ilusionaba sobre la justicia del calificativo. Pero desde el dia en que se trató de un rey de Sicilia, ó de un podestá de Verona, ó de un senador romano, ¿á quién hacer creer que se trataba de la causa de Dios? ¿Cómo armar á toda la cristiandad contra la familia Colonna? Tales eran sin embargo los enemigos con quienes el papa tenia que habérselas, desde que la desaparicion del imperio le dejaba sólo en su pequeño principado frente á frente de sus pequeños vecinos. Desde entónces los pueblos dejaron de interesarse por una causa evidentemente personal.

Desde entónces tambien hubo menester de un ejército y de mucha plata para subvenir á su mantenimiento. De aquí la vergonzosa mezquindad y la hostilidad continua en las relaciones de la córte pontificia de la segunda mitad del siglo XIII con las otras córtes de Europa. Su diplomacia no tiene ya otro objeto que los tributos y exacciones, los impuestos voluntarios ó forzados, que la hacen odiosa á los reyes y á los pueblos. Siendo en el fondo las tasas la única relacion regular que mantenía con los gobiernos, una vez descartadas las querellas de supremacia, las cuestiones pecuniarias quedaron casi solas. Las crónicas del tiempo están llenas de las más vivas quejas contra la insaciable codicia del fisco eclesiástico. En Inglaterra los mismos obispos se hacen intérpretes de la reprobacion pública. Nunca se igualará la severidad y energia con que Roberto, obispo de Lincoln, censuraba la rapacidad de los exactores apostólicos, «que median

las indulgencias por la plata, y vendian cruces á los reyes como se vende un buey, un cerdo ó un carnero.»

En Francia fué san Luis, aquel modelo de reyes piadosos, el que se encargó de expresar los sentimientos de sus vasallos. Su célebre pragmática-sancion, publicada con intencion no por cierto hostil á la iglesia, puesto quo se promulgó la vispera de su partida para la cruzada, es una medida defensiva contra «las exacciones intolerables con que la córte de Roma habia empobrecido el reino,» segun se consigna en la misma órden. Joinville cuenta un rasgo que pinta fielmente la firmeza con que este gran justiciero supo oponerse á las invasiones del clero, no obstante el apoyo que encontraban en las creencias religiosas; «Señor, fué á decirle un dia el obispo de Angers, todos vuestros prelados me envian á decirnos que perdeis la religion.» El rey, asombrado, se santiguó y dijo: «Obispo, decidme cómo es eso.—Señor, replicó el prelado, esto es porque se prefiere morir excomulgado á satisfacer á la iglesia. Mandad á vuestros prebostes que obliguen al excomulgado á hacerse absolver.—Con mucho gusto, respondió el rey, con tal que los jueces opinen que ha hecho daño á la iglesia.» El obispo combatió su incompetencia, pero el rey se mantuvo inquebrantable. Lo que los prelados le pedian bajo esta forma benigna era nada ménos que la investidura del poder judicial.

Bonifacio VIII fué la personificacion más completa de este período, que se podria llamar edad de plata de la teocracia, y en que el papado, único de pié en Italia en medio de las ruinas que él habia amontonado, parecia no más que una administracion de hacienda.

Todas sus querellas, hasta las de apariencia desinteresada ó inspiradas por la ambicion, tienen por objeto créditos verdaderos ó falsos y deudas no pagadas. Sus legados son recaudadores, sus anatemas requerimientos, sus gracias espirituales un negocio, y sus rayos sólo caen sobre deudores recalcitrantes. Cuando reivindica un reino, como pasó con Bohemia, Hungría, Polonia, Escocia, imperio de Alemania y algunos otros Estados, es porque desea un tributo; cuando lo dá, sin poder rehusarlo, como sucedió respectó de Sicilia, anda igualmente tras de un tributo. Hay que proveer á los gastos de Carlos de Valois, general de la iglesia, Gustábale por otra parte á Bonifacio VIII hacer á los demás coparticipes de sus placeres, ver al pueblo feliz y satisfecho á su alrededor; hartó á los romanos de riquezas atrayendo millares de extranjeros á Roma en el gran jubileo del año 1300.

Bonifacio habia sucedido á un pobre ermitaño llamado Pedro de Morona, que fueron á buscar al fondo de su celda para sentarlo en la Silla de san Pedro, en la que sólo se mantuvo algunos meses. Este santo hombre admiró al mundo con un acto no visto hasta entónces. Elegido despues de una vacante de más de dos años, y por no poder llegar los cardenales á un acuerdo sobre otra eleccion, este hombre sencillo, habituado á la vida contemplativa de los ascetas, hallóse tan mal, tan extraño sobre aquel trono ántes objeto de su veneracion, y donde veia ahora fraguarse tantas intrigas, mentiras y torpezas, que se aturdió, abdicó y pidió por gracia volver al desierto. Apenas le fué aceptada su renuncia, huyó á toda prisa, como temiendo que se le obligase á volver á tomar la tiara. Designado

para sucederle Bonifacio, su protegido, su consejero y el redactor del acta que Dante ha llamado «il gran rifiuto,» envió inmediatamente en busca de él; y para prevenir cualquiera veleidad de arrepentimiento, lo hizo encerrar con las mayores demostraciones de respeto en una cárcel, tan mal sana que los guardas enfermaban, y eso que se relevaban todos los días, y tan estrecha que el pobre viejo tenía que dormir al pié del altar donde decia la misa. Murió al poco tiempo.

Tales habian sido los principios de Bonifacio, y conforme á ellos fué su reinado. Los altercados de este gran pontifice del fisco católico con los principes sus contemporáneos no tienen, fuera del motivo que los caracteriza, nada que merezca la atencion de la historia, despues de las memorables luchas en que sus predecesores habian desplegado tanta perseverancia, valor y á veces grandeza. La jactancia reemplaza ahora á la energia, la codicia suple al fanatismo. Sólo sirven para atestiguar el rápido descrédito en que habia caido el poder pontifical en el apogeo mismo de su fortuna, el golpe que recibió al desplomarse el orden de cosas de cuya bóveda era la llave, el cansancio producido por el abuso de las influencias espirituales en el mismo siglo en que habian removido el mundo hasta profundidades antes desconocidas. ¿Quién creería que apenas se habian pasado cincuenta años entre los triunfos de Inocencio III y la impune bofetada que recibió Bonifacio por cuestion de dinero de mano del embajador de Felipe el Hermoso? Si esta bofetada no es más que una alegoria, como se ha pretendido, no puede negarse que es muy expresiva, y Dante, colocando á Bonifacio VIII entre los simoniacos, no

hacia más que interpretar la conciencia universal.

Con esta decadencia del principio teocrático coincidía el vuelo de las nacionalidades, que se manifestaban en toda Europa por multitud de creaciones originales y variadas. En lugar de debilitarse desde la invasión de los bárbaros, como se supone comunmente, seguían, por el contrario, una marcha progresiva y ascendente, hasta en Italia, en esa pátria del cosmopolitismo, donde el papado parecía haber impedido para siempre todo desarrollo nacional. El génio de aquella tierra fecunda rompía el estrecho molde de la organizacion eclesiástica, creaba una lengua admirable en oposicion al latin, la antigua lengua de la ortodoxia universal, que en todas partes era abandonada por los idiomas nacionales; y léjos de agotarse por las convulsiones de la guerra y de las revoluciones, su indomable vitalidad producía las maravillas del arte, de la literatura, de la poesia, junto á los milagros industriales de Venecia, de Pisa y de Génova; creaba con igual facilidad héroes y mónstruos, los Eccelino da Romano al tiempo que los Dante, los Giotto, Cimabue, los dos Villani, Sto. Tomás de Aquino, etc. Léjos de dudar de sí misma, se sentía bastante fuerte para dar al mundo un nuevo Mesias, que tal era el sentido de la doctrina del evangelio eterno de Joaquin de Fiore, interpretado por Juan de Parma y los franciscanos.

Por todas partes, en una palabra, las literaturas, las artes, las instituciones, las leyes, las costumbres, en vez de gravitar hácia la uniformidad necesaria para el establecimiento del sistema unitario soñado por la córte romana, re revelaban bajo formas maravillosa-

mente diversificadas, según el carácter y el génio de cada raza. Aunque muy generalizado, es un prejuicio, falso creer que la individualidad, y por consiguiente la nacionalidad, se mostrara más poderosa en los pueblos de origen bárbaro en la época de las invasiones de lo que se mostró más tarde; por el contrario, iba marcándose cada vez con más energía. En los pueblos, como en los individuos, constituye su carácter y personalidad el hecho de la virilidad, no el de la infancia. De aquí la sorprendente facilidad con que se plegaron las razas bárbaras á la unidad espiritual representada por los papas. Aun no tenían pasado, ni tradición, ni historia, nada de lo que constituye la originalidad de un pueblo, le dá un destino, una voluntad, con la fuerza de resistir á las asimilaciones extranjeras. Sin este punto de apoyo, sin este capital acumulado de inteligencia y de virtud, sin este rastro de actividad que le muestra en el camino recorrido hasta entónces el que ha de seguir en adelante, un pueblo vacila, duda de sí mismo y pertenece al primer ocupante.

Esto sucedió á los pueblos de Europa en presencia de la conquista teocrática. Pero á medida que por su actividad intelectual y moral acumularon tradiciones, se repusieron de su primera sorpresa, adquirieron la conciencia de sí mismos y de su papel en el mundo, y comenzaron á afirmarse viéndose obrar y hablar.

CAPÍTULO XIV.

Cautividad de Babilonia.

(1305-1378)

Si hubiese podido quedar alguna duda sobre la fuerza y la grandeza que el papado tomaba del imperio por el pacto que lo unia á él, si se hubiese conservado alguna ilusion sobre la inestabilidad política de ese poder inválido obligado siempre á apoyarse sobre otro para mantenerse en pié, la historia de su traslacion á Avignon habria debido, al parecer, disiparlas para siempre en los espíritus mejor dispuestos en su favor. Las raices del papado en Italia que habia sido su cuna, eran tan poco profundas apesar de tantos recuerdos y tradiciones como lo unian á ella que un accidente bastó para cortarlas; y si se salvó de las luchas inevitables pero gloriosas de su antiguo antagonismo contra los Césares fué para caer bajo una dependencia ignominiosa. Cambió la tutela imperial por el yugo de un rey pérfido, rapaz, falso monedero y sanguinario, de aquel mismo Felipe el Hermoso que acababa de inferirle los más horribles ultrages en la persona de Bonifacio VIII.

Este cambio de residencia tan lamentado en prosa y en verso por los italianos, para quienes el papado era ante todo una necesidad de su fantasía, un título de nobleza y de preeminencia entre los demás pueblos, fué determinado en efecto por circunstancias puramente accidentales. El gobierno de los papas estaba tan poco asegurado en Roma que, prescindiendo de las condiciones de aparato, del prestigio de poesía y de magestad que lo unian á ella, y de que bastaba una dominacion nominal para conservar el beneficio, podia residir casi indistintamente en cualquier punto de la cristiandad. Si tuvo la preferencia el condado de Avignon, no fué ciertamente por cálculo.

El pontificado de Benito XI, sucesor de Bonifacio VIII, principió por un acto de debilidad. Aterrado con las violencias de los embajadores de Felipe el Hermoso, se apresuró á declarar al rey absuelto de todo pecado. Pero volviendo pronto á sentimientos más firmes á medida que sus temores se disiparon, se repuso, instruyó un proceso contra los autores del atentado, y para anunciar claramente su intencion de llegar al verdadero culpable, excomulgó nominalmente á todos los gentiles hombres que habian tenido parte en él. Preparaba una bula contra el mismo Felipe cuando, segun todas las apariencias, éste lo hizo envenenar.

El cónclave reunido para la eleccion, no pudiendo ponerse de acuerdo, segun la costumbre ya inveterada de los cónclaves, que parecia se proponian no nombrar papa, sino impedir que se nombrase, el cardenal de Prato apoyó la candidatura de Bertrand de Got, arzobispo de Bordeaux. Pasaba por ser enemigo

jurado del rey de Francia, y en efecto habian tenido violentos altercados en más de una ocasion. Pero, prevenido á tiempo, el rey Felipe el Hermoso, que conocia á los hombres, tuvo con el prelado una breve entrevista que le bastó para asegurárselo: «Arzobispo, -le dijo, puedo hacerte papa si quiero, con tal que me prometas otorgarme seis gracias que te voy á pedir.» El gascon cayó á sus piés y le dijo: «Monseñor, ahora es cuando veo que me quereis más que nadie en el mundo, y que me quereis volver bien por mal. Mandad y obedeceré.» El rey dictó sus condiciones, el arzobispo juró, y poco despues fué papa con el nombre de Clemente V.

Mostró desde luego qué patria iba á adoptar, obligando á los cardenales italianos á hacer un viaje á Francia para coronarlo en Lyon. En seguida se aplicó á mostrar su gratitud á su bienhechor. Felipe el Hermoso fué absuelto y rehabilitado, como tambien sus súbditos, de todas las censuras en que podia haber incurrido en sus últimas relaciones con la santa Sede; llenóse el sacro colegio con sus hechuras para poner en su mano las futuras elecciones; se le concedió sin restriccion el derecho de recaudar del clero francés las contribuciones que habian motivado su querella con Bonifacio; se instruyó contra la memoria de este pontifice un verdadero proceso criminal, en que fué acusado no sólo de herejia, sino de blasfemia y de ateismo, y sin atreverse á condenarlo expresamente, lo que hubiese sido un golpe muy peligroso para la autoridad pontifical, se dieron esperanzas al rey, que era uno de sus mayores deseos, de que el cuerpo de Bonifacio seria desenterrado y quemado con gran ce-

remonia; se revocaron sus decretos y constituciones; se dió el imperio de Constantinopla á Cárlos de Valois; se autorizó al rey, que tenia necesidad de dinero, á meter mano en un dia en todos los judios de su reino, que fueron desterrados despues de haber sido despojados de sus bienes; en fin, se le sacrificó á los templarios, milicia de la santa Sede, flor de la caballeria religiosa, cuyas inmensas riquezas habian tentado su codicia, y cuyas faltas, que no se podrian contestar sériamente, estaban léjos de justificar la abominable sentencia jurídica á que sucumbieron.

Estas eran á lo que se presume en lo sustancial las seis gracias que Clemente V habia prometido á Felipe el Hermoso á cambio de la tiara apostólica, porque no hemos de contar entre ellas las pequeñas traiciones que usó, condimento ordinario de las complicidades mejor unidas. Así, fingió apoyar con todas sus fuerzas la candidatura de Felipe al imperio de Alemania mientras que la hacia fracasar bajo mano con ardidés, por miedo, bastante político por lo demás, de ver á Francia adquirir una preponderancia irresistible en Europa.

Segun los datos anteriores que presenta esta historia, no es de admirar que Italia se encontrase imposibilitada de aprovechar esta especie de interregno que le ofrecia la ausencia de los papas. Debióse esto á motivos análogos á los que le habian impedido utilizar el largo eclipse del imperio. Hemos visto cómo los papas, tan incapaces como se mostraron de sustituirlos con un gran establecimiento político fundado bajo sus auspicios, así fueron omnipotentes para impedir que esta obra se cumpliese por otros. Durante la estancia

de los papas en Avignon el imperio reaparece á su vez y desempeña exactamente el mismo papel, porque no era ménos incompatible que el papado con una constitucion nacional de Italia.

Aunque ámbos poderes hubiesen quedado neutros é inactivos, todavia habria sido dudoso que, despues de tantas revoluciones, desquiciamientos é invasiones, los elementos que se agitaban en el seno de Italia le hubiesen permitido realizar en este momento un resultado contra el cual conspiraba todo su pasado. A la larga las faltas crean una fatalidad que se impone á los pueblos como á los individuos y que nada prueba contra su libre albedrio, sino solamente contra el mal uso que se ha hecho de él. Las más veces es muy tarde para detener las consecuencias de un descuido, pero es porque voluntariamente hemos desaprovechado las ocasiones de prevenirlo.

Por otra parte, si la iglesia y el imperio habian desaparecido, no así las pasiones, los intereses, las influencias, nacidas de su larga rivalidad y que se habian agrupado á su alrededor, las cuales continuaban la lucha por su cuenta, relegando á un segundo término, aunque sin perderlo de vista, el marco á que se habian adaptado, la antigua constitucion imperial y pontifical, echa casi ideal por la defeccion de los dos poderes. Mantenian las antiguas tradiciones güelfas y gibelinas contra sus mismos representantes naturales, cuando ocurría que estos renegaban de ellas ó no las comprendian, como sucedió con la alianza que formaron Clemente V y el emperador Enrique VII de Luxembourgo. Estos dos soberanos abrigaron un momento la esperanza de paliar su debilidad apoyándose mú-

tuamente; pero los pueblos, más fieles á la causa de sus jefes que los jefes mismos, sublevados en nombre de la santa iglesia contra el papa, en nombre del santo imperio contra el emperador, les obligaron á romper en seguida esta alianza.

Muerto Enrique al principio de su reinado, toda Italia, desorientada un instante por esta liga, se dividió de nuevo en dos campos enemigos, y las revoluciones se sucedieron rápidamente con regularidad bastante semejante á las oscilaciones de un péndulo. Pero no se desarrollaba ya como ántes á favor de estas fluctuaciones periódicas el régimen de las ciudades libres, sino las tiranías que habian creado en todas partes las convulsiones del caos democrático y feudal. Los tiranos salian, ya de los gibelinos, ya de los güelfos, segun las ocasiones que les deparaba la fortuna. Las dos sectas llegaban por turno á este ministerio del absolutismo, con un gobierno completo, un programa fijado de antemano, y sobre todo con listas de proscripcion en grande que comprendian á veces la mitad de los ciudadanos. En todas las ciudades tenian un candidato designado, y espiaban la ocasión de sustituirlo al que ocupaba el puesto, como los Torriani, güelfos, contra los Visconti, gibelinos, en Milan. En todas partes frente al poder se levantaba una oposicion organizada, pero que no pedia sus títulos sino á la violencia y al terror.

Gracias á este perpétuo vaiven, á estas reacciones sin cesar repetidas, á esta vida de emboscadas, de sorpresas, de observacion, en que la menor falta de estrategia era al punto castigada con la muerte ó la proscripcion, la tiranía se perfeccionaba, llegaba á ser

un arte sábio, refinado, un juego lleno de misterios, de emociones, de peligros, de atractivos, de crímenes que exigia á la vez en los que lo practicaban paciencia y audacia, ferocidad y dulzura, sobre todo perfidia, aptitud igual para acariciar las muchedumbres y preparar los venenos, para disponer un asesinato y halagar el espíritu de igualdad: combinacion irresistible que todavia hoy tiene estupefactos á ciertos pequeños diletantes en maquiavelismo democrático.

Pero, por más que ya pareciese patrimonio de algunas familias, la tirania no era aún hereditaria, semejaba más bien una dictadura temporal, lo que le obligaba á proceder por golpes de Estado, como los poderes de corta duracion. Tampoco era viable sino por excepcion, cuando el tirano habia llegado á maestro, como Matteo Visconti, Cane della Scala, Castruccio Castracani, Ugo della Faggiola, Louis de Gonzague, Azzo d' Este.

Así, no obstante la buena voluntad de Clemente V y de Enrique de Luxembourg, la escision de la iglesia y del imperio, mal reparada por las concesiones de Rodolfo de Habsbourg, se consumaba cada vez más. Llegó un dia en que Clemente reivindicó á su vez «la supremacia indubitable que tenia sobre el imperio romano, y el poder que Jesucristo le habia dado de proveer á la sustitucion del emperador durante la vacante del trono imperial.»

Bajo sus sucesores, Luis de Baviera y Juan XXII, la separacion llegó á ser irremediable. Sus altercados siguen, agravándolos, los errores de las luchas anteriores. Juan anula la eleccion de Luis, sostiene que únicamente el soberano pontífice tiene el derecho de

revalidarla. Luis hace deponer á Juan por el clero y pueblo de Roma, sustituyéndolo con un antipapa al uso clásico. Todavía como ántes, el emperador atraviesa corriendo la Italia y, segun la ley del flujo y reflujo de las invasiones germánicas, llega hasta Roma llevado por el entusiasmo de los pueblos; pero, apenas coronado, repasa los Alpes, vendido, abandonado, perseguido por unánimes maldiciones.

Lo que dá sin embargo un sentido y espíritu nuevos á este drama cuyas complicaciones y desenlace nada tienen de imprevisto, es que los dos poderes no se combaten sólo como ántes por cuestion de preeminencia; su oposicion es cada vez más radical; se niegan con decision irrevocable que no deja paso á la conciliacion. El papa ya no admite ninguno de los derechos antiguos del imperio; el emperador ya no es para él mas que un simple gerente encargado de administrar en nombre de la iglesia; la intervencion de esta principia desde la eleccion imperial que sólo ella tiene el derecho de confirmar, y se perpetúa despues de la muerte del emperador, puesto que durante la vacante del imperio todas las prerogativas del gobierno vuelven al papa del que emanan. Por su parte, el imperio y sus intérpretes, entre otros el jurisconsulto Marsilo, el teórico favorito del emperador, echan á bajo todo el vano armazon de las pretensiones pontificales, devolviendo á la independendencia del poder civil su carácter de eterna inalienabilidad.

Bajo la misma inspiracion, los electores del imperio, reunidos en Rense, se deciden por Luis de Baviera, declaran la eleccion del emperador válida independientemente de la aprobacion de la santa Sede y por

sólo el hecho de la mayoría de los sufragios; luego completan su obra con una pragmática-sancion semejante á la de Francia, que declara nulas las censuras pronunciadas contra el emperador, y prohíbe la publicacion de las bulas pontificias que no hayan sido legalizadas por los poderes civiles (1338). Por ámbas partes se rompen todos los vinculos de obligacion recíproca; ámbos partidos se excluyen para siempre; se cierra la vuelta al pasado, se abandona el antiguo pacto de Carlomagno como una ficcion vana, gastada, impracticable.

Durante esta desercion de sus pontífices, Roma, abandonada á sí misma, era presa de los señores que se disputaban en ella la dictadura de una hora, apelando envano á esa magistratura senatorial que en parte habia creado contra ellos y que ahora era su cómplice. El senador ya se llamaba Orsini, ya Colonna, y desempeñaba papel análogo al del tirano en las otras ciudades italianas. Roma, viuda de su papa y de su emperador, habia perdido los dos títulos más reales de su soberanía sobre el mundo, sin los cuales, la nada era muy aparente para que pudiese mantenerse la ilusion. En su desventura, todavía pidió consejo á los recuerdos de su historia y dió de nuevo á los pueblos el espectáculo de sus quimeras grandiosas y ridículas.

El tribuno Rienzi es, á pesar de las profundas diferencias de carácter, situacion, origen y génio, el descendiente y continuador directo de Alberico, de Crescencio, de Arnaldo de Brescia, de Brancaleone y de los agitadores que les precedieron ó les siguieron. Plebeyos ó patricios, bajo la forma democráti-

ca ó bajo la feudal, todos representan la misma utopia. Charlatan elocuente, gran comediante engañado por su misma imaginacion, voluntad débil é irresoluta como la mayor parte de los energúmenos, anticuario lleno de erudicion, era amigo del poeta Petrarca, que le dedicó una de sus más bellas canciones. No tenia igual en descifrar las antiguas descripciones, y con frecuencia ante el pueblo reunido explicaba ó traducía las que le parecian adecuadas para despertar en los espíritus el sentimiento de la grandeza perdida. Imaginacion mística y aventurera, habia adoptado las ideas de Juan de Parma sobre el Evangelio eterno, entónces muy populares en la Italia meridional merced á la propaganda de los hermanos predicadores. Su sistema politico, que reflejó siempre la inconsistencia de su carácter, no tenia en el fondo otro fin que la dictadura del pueblo de Roma: siempre el mismo contraste entre pretensiones inconmensurables y actos infinitamente pequeños. Recordar á las naciones que Roma no renunciaba á ser centro del mundo, hacer del papa y del emperador dos lugartenientes encargados de ejecutar los decretos del municipio romano representado por él, «el tribuno augusto y clemente, caballero del Santo Espiritu, amante del universo, vigia de la Italia;» restablecer el antiguo forum, y alli, el orador del pueblo rey hacer comparecer ante él ya al pontífice, ya al César, como los representantes del mundo agrupado de nuevo en torno de la ciudad eterna: tal es en suma la empresa de este sonámbulo.

Tomóse tan por lo sério, los espíritus se hallaban tan perturbados, era tal la sed de órden y de unidad en aquel pais de anarquía, habia aún tanta mágia en

los recuerdos que evocaba, que en los primeros instantes toda la Italia se dejó engañar y fué cómplice de Rienzi. El pueblo adoptó con entusiasmo instituciones en que tenían buena parte los banquetes y diversiones públicas; pedia nada ménos que reconquistar el mundo con danzas y festines, y se imaginaba que bastarian para esto algunas fastuosas paradas. Los embajadores del tribuno fueron recibidos, festejados en todas partes; Florencia, Milan, Venecia, le ofrecieron su alianza; Juana de Nápoles y Luis de Hungría lo eligieron por árbitro, lo llamaron su muy querido amigo; el mismo Luis de Baviera le pidió su intercesion con el papa.

Lleno de fé en su estrella y embriagado por esta primera sonrisa de la fortuna, Rienzi constituye su gobierno, extraña exhumacion de formas olvidadas y de ceremonias teatrales. Reune al pueblo romano delante del Capitolio, y allí, extendiendo su espada hácia los cuatro puntos cardinales, toma en su nombre posesion del imperio del mundo, dá el derecho de ciudad á toda Italia; se compromete por juramento «á juzgar el globo de la tierra conforme á la justicia,» y luego cita al papa y á los dos emperadores que se disputaban entónces la corona á comparecer ante su tribunal.

Esta política no era apropósito para agradar al uno ni á los otros; bien que el tribuno se esforzaba en hacer creer que obraba con su secreto asentimiento. El anatema pontifical vino bien pronto á darde un solemne mentís, hiriéndolo en medio de sus triunfos, y aquel real populacho cuya vanidad habia exaltado hasta el delirio, mostró que, léjos de ser capaz de rei-

nar sobre el mundo, no tenia siquiera energia para defender un instante á su héroe. Amenazado por una insurreccion de los nobles, á quienes habia comprimido con más decision de la que podia esperarse de alma tan pusilánime, espantado del éxito de su audacia á medida que empezaron á rodearle el silencio y la soledad, Rienzi se vió abandonado poco á poco de todos sus partidarios, se tituló modestamente lugarteniente del papa, declaró no querer obrar más que en calidad de tal, y por fin se fugó vergonzosamente sin haber intentado disputar la victoria á sus enemigos.

Despues de haber estado oculto algun tiempo en un convento de Fraticelos, el tribuno, incapaz de sobrellevar su oscuridad forzada, fuese á Praga y pidió una entrevista al emperador Cárlos IV, ofreciéndole restablecer, en nombre del imperio, la unidad que sucesivamente habia ofrecido á la república romana y al papado. Comprometiase á entregarle Roma é Italia pacificadas en muy breve plazo, no pidiendo para sí otra recompensa que la satisfaccion de haber cumplido su obra, y la gracia de hacer la peregrinacion á Jerusalem. Por toda respuesta, el emperador, despues de haberlo tenido algun tiempo preso, lo entregó al papa Clemente IV, el cual, cuando estaba en visperas de hacerle quemar vivo por hereje, fué sorprendido por la muerte y privado de este dulce consuelo.

Las herejías de Rienzi hallaron gracia á los ojos de Inocencio VI, sucesor de Clemente. Este papa tenia la ambicion de levantar en Italia la influencia de la santa Sede, y concibió el pensamiento de utilizar á Rienzi contra los nuevos tribunos que el pueblo romano se habia dado durante su ausencia. El versátil

demagogo aceptó sin vacilar esta comision, declarando «que era más fácil, más seguro, más conforme á sus gustos reducir la Italia desgarrada á la paz y la unidad por la iglesia, su santa madre, que en provecho del emperador Cárlos IV.»

Volvió á entrar en su pátria á remolque del cardenal Alborno, político firme y frio, diplomático, sacerdote y soldado á la vez. El pueblo romano lo recibió con entusiastas aclamaciones; pero ya no reconoció á su tribuno en el aliado del papa. Rienzi, obligado á imponer contribuciones extraordinarias para proveer á los gastos de la córte de Avignon, fué despedazado en un tumulto, y la bestia popular arrastró su cadáver mutilado alrededor del Capitolio, tantas veces testigo de sus triunfos.

Las ilusiones, las incertidumbres de que dan testimonio la vida agitada del tribuno y sus bruscos cambios de opinion, se encuentran lo mismo en la más noble inteligencia de este tiempo, el poeta Petrarca, ya güelfo, ya gibelino con igual entusiasmo, segun que el papa ó el emperador le parecia en mejor situacion de dar el reposo á Italia. Pero se incurriera en grave error si se viese en su movilidad un cálculo personal; es la perplegidad sincera de un alma patriótica que nó sabe ya á quien pedir la salud. Mas cuanto dista este desaliento, esta inquietud sin dignidad, esta sed de reposo á todo trance, estas contradicciones, esta inconsistencia, de la decision elevada é inflexible del Dantel! Vé en presencia dos principios inconciliables, y sin preocuparse de su legitimidad, los conjura alternativamente á salvar la Italia, entregándose de antemano al que podrá mostrarse más

fuerte!; sentimiento desesperado, cuyo primer castigo es ser impotente como la indiferencia y estéril como la cobardía. La verdadera divisa del Petrarca, así como la de su tiempo, es la palabra que pone fin á su admirable *cancion* sobre Italia:

....*Chi m' assicura?*

I vo gridando: Pace, pace, pace.

Quién me asegurará? Voy gritando: paz, paz!

Ni el papa ni el emperador se ocupaban en responder á este voto. Cárlos IV bajó todavía á Italia, pero como peregrino, ó más bien, como mercader codicioso y necesitado. Elevado al trono por el mismo papa Clemente VI, contra Luis de Baviera, cuya inesperada muerte le aseguró una corona que era incapaz de conquistar por su valor, cumplió religiosamente las promesas que habian sido el precio de su elevacion. Los emperadores poseian en Roma, áun despues de las renunciaciones de Rodolfo de Habsburgo, una sombra de soberanía que, hábilmente explotada, podia en un instante dado hacer revivir todos sus derechos; mas Cárlos IV renuncia á ella definitivamente, comprometiéndose por juramento á no penetrar en los Estados del papa sin su especial permiso. Tal era el César en quien Rienzi y Petrarca colocaron por un instante sus esperanzas.

En cuanto á Inocencio VI, tuvo que ocuparse en los intereses más inmediatos de la santa Sede, en reconquistar de sus mismos súbditos casi todo el dominio pontificio, cuya obra confió al cardenal Albornoz. Retomó una tras otra á los barones las ciudades y for-

talezas que habian usurpado á la iglesia, y despues de más de diez años de pequeña guerra dirigida con habilidad y resolucion, el reino temporal quedó reconstituido completamente, y Urbano V pudo volver á entrar en Roma, despues de sesenta años que los papas la habian abandonado. La muerte de Albornoz obligó á Urbano á volver á Avignon, donde murió; pero su sucesor llevó definitivamente el papado á su antigua capital.

La ciudad y condado de Avignon habian pasado á ser propiedad de los papas desde el año 1347, por una negociacion digna de ser referida. Pertenecia Avignon á la famosa Juana de Nápoles, condesa de Provenza á la vez que reina de las Dos-Sicilias. Expulsada de Nápoles por cómplice de los asesinos de su marido, el jóven Andrés de Hungría, Juana se refugió en Provenza y se fué á Avignon á echarse á los piés de Clemente VI. Cuando salió de esta ciudad para volver á sus Estados italianos, estaba declarada inocente del crimen de que le acusaba la voz pública, é iba provista de una dispensa para casarse con su primo y amante Luis de Tarento, principal instigador del asesinato, y Avignon pertenecia al papa. Por un respeto humano muy supérfluo, el traslado se estipuló por el precio de 80,000 florines, que no fueron pagados.

Esta adquisicion fué el único fruto de la larga morada de los papas en Francia, igualmente insuficiente para hacer olvidar los males que su ausencia habia causado á Italia, y para compensar los que su presencia iba á traerle. Este desgraciado pais parecia á esos incurables cuya enfermedad está tan unida á su

constitucion, que más padecerian con su desaparicion que con su persistencia. A su nulidad política la córte de Avignon juntó escándalos demasiado ignominiosos para darles cabida en este estudio. La rapacidad de Juan XXII, el libertinaje de Clemente VI, la bajeza y maldad de Bertrand de Gotte, no eran por otra parte, como hemos visto, ejemplos sin precedentes. Basta recordar las cartas y sonetos en que Petrarca, cuya hermana fué víctima de los desenfrenos de Benito XII, segun el testimonio de su biógrafo Squarciafico, ha pintado las costumbres de aquella córte como testigo ocular: «Allí está el laberinto donde muge el raptor Minotauro, donde reinan la Vénus impúdica y Pasifae, amante del Toro. Allí no hay guía ni de Ariadna; para encadenar al mónstruo y ganar á su portero, no hay otro medio que el oro, el oro que abre el cielo y compra á Jesucristo.»

CAPÍTULO XV.

El gran cisma.

(1395-1450)

Por funestos que hubiesen sido los papas á Italia, ésta los había llorado, porque con su ausencia había en efecto disminuido su importancia, dado que, sin verse libre de ninguno de los inconvenientes de su dominacion, había perdido todos los beneficios. ¿No era esta dominacion á sus ojos señal y prenda de la monarquía espiritual sobre el mundo, mil veces más real y suya, á pesar de sus vicisitudes é imperfecciones, que la quimera imperial, ese yugo disfrazado de la barbárie germánica? ¿No era su creacion, su orgullo, la carne de su carne, y no valía todos los males que le había costado? ¿Era, pues, para darla en patrimonio á la Gascuña y al Limosin para lo que la había elevado á tan alto grado de gloria?

Tales eran los sentimientos de los italianos poco ántes de que el papado les fuese devuelto; pero su vuelta dió el primer golpe á estas ilusiones y les costó trabajo reconocerlo, convertido completamente en

francés y, sobre todo, gascon. Es un hecho perfectamente histórico que los gascones pensaron en apropiarse la herencia de los apóstoles. Aquella raza emprendedora, acostumbrada á no dudar de nada, dió resueltamente el asalto á la santa Sede instalando en ella sus candidatos, que se mantuvieron durante casi todo el tiempo que los papas estuvieron en Avignon.

Cuando el sacro colegio se reunió en Roma despues de la muerte de Gregorio XI para designarle sucesor, de veinte y tres cardenales diez y siete eran franceses y solamente cuatro italianos. El pueblo romano, inquieto por el resultado de sus deliberaciones, se amotinó con furiosos gritos alrededor del Vaticano, donde estaban reunidos, pidiendo que se eligiese un romano, ó, á lo ménos, un italiano, custodiando armado las salidas del palacio, sin hacer caso de la promesa que le hicieron transmitir para apaciguarlo, de conformarse escrupulosamente «con la inspiracion que les dictase el Espíritu Santo.»

Con esto, aquella muchedumbre mostraba cierto conocimiento del corazon humano y especialmente del carácter de los cardenales. Tomando, en efecto, sus demostraciones un giro cada vez más amenazador, el Espíritu Santo les inspiró contra lo que se esperaba, el discreto partido de elegir á un italiano, el arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI. Por desgracia, ménos de tres meses despues, les sugirió el expediente de deponer á Urbano, so pretexto de no haber sido elegido libremente, mas en realidad porque los trataba de estúpidos y queria reducirlos á no tener sino un plato en sus mesas.

Eligieron para reemplazarlo á Roberto, cardenal

de Ginebra, con el nombre de Clemente VII, que se estableció primero en Nápoles, luego en Avignon. Fué sostenido por Francia, España y Escocia, mientras que Urbano, apoyado por Italia, Alemania é Inglaterra continuó en Roma. Con esto comenzó el gran cisma.

Esta larga escision de la cristiandad en dos campos enemigos debia hacer más irremediable el abatimiento político del papado, dividiendo su accion, rompiendo la continuidad de sus esfuerzos, disipando su prestigio con el espectáculo de sus debilidades, mostrando de cerca á los pueblos aquellos idolos errantes y el grosero metal de que estaban hechos. Este era el único aspecto de la cuestion que los pueblos se hallaban en estado de juzgar. El gran cisma llevó á los papas de pueblo en pueblo, hizo tocar con el dedo sus secretas heridas, desveló á los ojos de todos la enfermedad de una institucion que se titulaba juez de de todos los poderes humanos y era impotente para gobernarse á sí misma, que no hallaba otro remedio á los abusos de la autoridad que confiar á un hombre tambien y frecuentemente más imperfecto que los demás una autoridad mil veces más absoluta. Bueno y saludable era probar que el papa no era impecable ni infalible, dado que aspiraba á una funcion que suponía una doble infalibilidad, de conducta y de pensamiento. Esta demostracion, evidente por decirlo así *á priori* para toda inteligencia que ha reflexionado sobre la naturaleza humana, no necesita hoy de esclarecimientos. Es supérfluo insistir en las trescientas concubinas de Juan XXIII, en los robos de Bonifacio IX en los venenos de Alejandro Borgia, por más que su-

ministren respuesta legitima y, á falta de otra, suficiente, á las doctrinas de la teocracia universal. Los pueblos se contentaron con este argumento, y tuvieron razon.

Es á la vez más instructivo y oportuno mostrar cómo la institucion pontificia, aun reducida á su modesto papel de principado italiano, producía efectos desastrosos, independientemente de los hombres buenos y malos que sucesivamente la representaban. La hemos visto condenada desde su origen á no dejar crecer nada en torno suyo, combatiendo sin descanso, ya en el norte, ya en el mediodia de Italia, todo poder bastante fuerte para amenazarla con la superioridad ó solamente con la oposicion, y es curioso encontrarla fiel á esta regla de conducta aún en el presente estado de debilidad y division en que apenas le quedaba conciencia de si misma.

En el norte, el fraccionamiento de las tiranías la preservaba de toda inquietud; en el mediodia, vigilaba con ojo desconfiado las trasformaciones de un Estado que era su feudo, su obra, el reino de Nápoles, centro de las dos tentativas sofocadas de Manfredo y de Carlos d' Anjou. La reina Juana, sostenida por los papas desde la cesion de Avignon, habiendo dado asilo al elegido de los cardenales franceses y adoptado á Luis d' Anjou, principe cuyo nombre era un programa de dominacion, cayó en la desgracia de Urbano VI, que usó del medio tradicional de la politica pontificia yendo á buscarle un competidor en Hungría, Carlos de Duraz. Este acudió en seguida con sus húngaros, hizo estrangular á la reina y se apoderó del reino: pero mientras él hostiga á su rival para aca-

bar de destruirlo, Urbano se instala en su palacio, administra, gobierna y le hace intimar la invitacion de que fuese á hacerle la córte. Cárlos fué en efecto, pero para echarlo, y por una lógica no ménos irresistible que la que habia llevado al pontífice á llamarlo, iba á emprender los proyectos de engrandecimiento de sus predecesores cuando fué llamado á Hungría donde murió. Su hijo Ladislao continuó la ejecucion contra Luis II d' Anjou con el apoyo de los pontífices, enemigos de su padre, ó, por mejor decir, enemigos de la consolidacion de una monarquía napolitana; pues, no bien á su vez llegó á ser temible, los vió declararse de nuevo en favor de su rival. Despues de su muerte bajo la reina Juana II, continuaron este juego pèrfido, oponiendo Luis III á Alfonso de Aragon, luego el mismo Alfonso á Renato d' Anjou.

Es evidente que Italia era la única comarca donde se hallaban todavía en estado de ejercer una influencia tan inmediata y continuada, anulada casi por el cisma la que les quedaba en los negocios generales de Europa. Así, la gran organizacion del clero católico, creacion paciente del papado, tantas veces revisada y modificada, rehecha de raiz conforme á sus planes de dominacion, combinada de manera que no pudiese existir sin él, comenzaba á dislocarse en todas partes á consecuencia de la derrota de su principio motor. Herejes, reformadores más atrevidos, más emprendedores que los que habian aparecido hasta entónces, amenazaban directamente su poder, su riqueza, su gerarquía y privilegios, con doctrinas sencillas y prácticas, que ya no se presentaban con abstracciones especulativas inaccesibles á la muchedumbre,

sino con una renovacion completa y orgánica de la sociedad religiosa, y que implicaba en muchos puntos esenciales la renovacion de la misma sociedad política. Las doctrinas de Wiclef, precursor de la reforma, propagadas en Inglaterra por discipulos entusiastas, pasaron al poco tiempo el estrecho.

Sus libros, llevados á Alemania por un señor bohemio, hallaron un apóstol elecuento y valeroso en Juan Huss, entónces simple estudiante en la Universidad de Praga. La juventud letrada de las escuelas alemanas los adoptó con pasion, así como los comentarios que él les añadió. Todo el edificio católico era amenazado por la nueva herejía, que reprobaba igualmente el papado, las instituciones clericales y monásticas, invocaba la igualdad de la iglesia primitiva, y segun las actas del concilio de Constanza, elevaba la soberania de las naciones sobre la de los reyes, aplicacion tímida y parcial aún, pero ya temible, del principio del libre exámen al órden político y social.

Se advirtió el peligro, pero no fueron los papas quienes lo señalaron, entregados por completo á sus querellas de rivalidad. De todos los puntos de la cristiandad se elevaron gritos de alarma, para recordarles el espíritu de desinterés y conciliacion, único que podia devolver la paz y unidad á la iglesia. En Francia, concilios nacionales reunidos por el rey, apoyados por el emperador de Alemania, por más que perteneciese al campo opuesto, requirieron repetidas veces y con las más vivas instancias á los dos pontífices rivales á abdicar simultáneamente la tiara, despues de lo cual el sacro colegio terminaria el cisma por una eleccion definitiva; pero no obstante declararse pron-

tos á sacrificarse por el bien público, ni uno ni otro querian ceder sino despues que su rival hubiese renunciado, esperando de este modo cada uno de ellos quedar en un momento dado único papa en ejercicio, no pudiendo ser la renuncia condicional.

Las astucias, las tergiversaciones calculadas, las fingidas abdicaciones, las artimañas descaradas que por una y otra parte se pusieron en práctica para llegar á este resultado, las acusaciones infamantes que los dos rivales se dirigian mutuamente, la obstinacion interesada que opusieron á las súplicas de los pueblos, contribuyeron poderosamente á aumentar el descrédito creciente de dia en dia en que caia el papado. Más de una vez la muchedumbre irritada los sitió en su palacio y les significó su voluntad con el puñal en la garganta; pero estas promesas, arrancadas por la violencia, eran más pronto negadas que juradas.

Se pudo esperar, sin embargo, que la reconciliacion se conseguiria amigablemente gracias á una nueva intervencion del rey de Francia. A instancias de Carlos VI, Gregorio XII, el papa italiano, y Benito XIII, el papa francés, convinieron en tener una entrevista en Savona, donde se habia decidido que abdicarian juntos en presencia de los dos colegios reunidos. Al efecto, los dos pontífices se acercaron á pequeñas jornadas y, por decirlo así, á reculadas, segun la lentitud y circunspeccion que emplearon, y cuando no les separó sino una corta distancia, este último paso les costó tanto, que se detuvieron de comun acuerdo quedando en invencible inmovilidad, sin que fuerza humana pudiese determinarles á ir hasta el fin.

Entónces los cardenales de los dos partidos, in-

dignados, olvidando sus propios disentimientos, se reunieron en un sólo colegio y convocaron á todos los obispos y prelados de la cristiandad para un concilio universal en Pisa. Este concilio depuso á los dos papas, los cuales le devolvieron golpe por golpe, declarando sus decisiones nulas con pleno derecho. Procedió en seguida al nombramiento de otro soberano pontífice, disminuyendo con esto considerablemente el número de sus adictos; pero no consiguió en suma sino crear tres papas en vez de dos y, por su impotencia, hizo necesaria la convocacion de otro concilio ecuménico, que se celebró en Constanza y cuyas sesiones duraron muchos años.

El Concilio de Constanza es quizá la asamblea religiosa más solemne y numerosa que ha habido nunca. Todas las naciones de Europa se hicieron representar en él; los reyes figuraron al lado de los príncipes de la iglesia; el emperador Sigismundo tuvo á honra asistir y, con él, cuanto habia de poderoso por el nacimiento ó por las armas. Juan Gerson, uno de los autores presumidos de la *Imitacion*, fué su principal orador. El concilio sospechó la extension del mal, y no sólo se aplicó á concluir el cisma, sino á reformar completamente la iglesia bajo el doble punto de vista del dogma y de la disciplina. Este nombre de reforma, que adoptó por palabra de orden, era ya la expresion de todos los votos, el grito mismo de la opinion; pero los prelados del concilio de Constanza estaban léjos de presumir el nuevo sentido que pronto iba á tomar. Hicieron cuanto pudieron por levantar las ruinas que se desplomaban de la ortodoxia católica; sus deliberaciones abrazaron el conjunto

del sistema y se prolongaron por más de cuatro años.

En cuanto al poder pontifical, sus disposiciones nada tuvieron de pacíficas, visto el movimiento de reaccion del que eran intérpretes y representantes; pero el remedio que se proponían aplicar pareció á muchos peor que el mal, lo que hizo que en parte se aplazara. Poner la autoridad de los concilios sobre la de los papas, elevar la dignidad episcopal del estado de abatimiento á que la había relegado la liga del absolutismo pontificio con la democracia del clero y del monge, poner fin al tráfico de las cosas sagradas que constituía el principal ingreso de la córte romana, era un noble fin, pero sólo pudieron realizarlo imperfectamente. Todavía es más sensible que mancháran estos títulos de gloria poco apreciados de la crítica ultramontana, y que atestiguaba entre ellos la influencia de los pueblos del norte tan temida del papa Juan XXIII, con abominables ejecuciones contra las herejias.

Uno de los primeros actos del concilio de Constanza había sido deponer á los tres papas, que eran el gran obstáculo para la paz de la iglesia. Uno de ellos, el español Pedro de Luna, que llevaba el nombre de Benito XIII, no quiso someterse. Toda la cristiandad se pronunció contra él; él declaró con serenidad que toda la cristiandad estaba anatematizada: el concilio lo depuso; excomulgó al concilio. Y no dejaba de tener buenas razones en que motivar su determinacion. Su resistencia á las órdenes del concilio la fundaba en un raciocinio deducido en toda regla. El concilio, condenando sin distincion á todos los papas elegidos desde el origen del cisma, había anulado to-

dos sus actos. Luna admitía sin dificultades esta decisión, prueba evidente del espíritu de moderación de que estaba animado; pero de todos los cardenales que componían actualmente el sacro colegio, él, Pedro de Luna, era el único cuyo nombramiento era anterior al nacimiento del cisma, el único por tanto cuya dignidad no era ilegítima y el único que había conservado el derecho de nombrar papa. Se daba, pues, el voto á sí mismo.

Este punto de vista no fué admitido. Se pasó á la elección de un Colonna, Martin V, que, celoso reformador la víspera de su nombramiento, no bien fué elegido hizo cuanto pudo para embarazar la acción del concilio é impedir la supresión de los abusos de que él iba á aprovecharse. Con sus intrigas consiguió que se disolviese la asamblea ántes de haber terminado sus tareas.

En el curso de estas reformas sobre el dogma, el concilio de Constanza, conforme á un uso muy antiguo, reformó la herejía haciendo quemar á los herejes. Entregados á los padres del concilio por el emperador Sigismundo, con menosprecio del salvo-conducto que él mismo les había dado, los dos apóstoles de la doctrina de Wiclef, Juan Huss y Gerónimo de Praga, no tenían en el momento de su suplicio otros adeptos que los que les habían suministrado las clases letradas, como los estudiantes de Praga y de las Universidades, ó los miembros del clero inferior; dos años despues, eran doscientos mil, ó mas bien, una nación entera, que rodaba sobre Alemania con indecible furia, destrozaba los ejércitos católicos, ponía el imperio al borde del abismo, y enseñaba á los futuros re-

formadores por donde habian de combatir la infalibilidad romana.

Pregúntase en qué habia venido á parar la influencia del imperio en Italia durante estas nuevas vicisitudes del poder pontifical. Léjos de aprovecharse de ellas, decreció cada vez más pasando al estado de recuerdo. Las dos sectas estaban casi tan olvidadas como las facciones que habian dividido la república romana. Por lo demás, el estado de decadencia á que se hallaba reducido el imperio en Alemania, no le permitia pensar en estenderse fuera, por lo que habia renunciado á toda intervencion en los asuntos de la Península.

Del caos de las pequeñas tiranias italianas se habian desprendido Estados relativamente fuertes y poderosos, que reconocian al emperador una soberania nominal, pero á condicion de que nunca trataria de prevalerse de ella, á lo cual aquel parecia resignado. La antigua teoria imperial, expulsada de la imaginacion popular, que por tanto tiempo habia extraviado pasó á ser una abstraccion abandonada á los jurisconsultos, un puro tema de erudicion. Asi, cuando en 1431 el emperador Sigismundo, inválido con los ataques que habia recibido de los electores germánicos, lisiado en su lucha contra los husistas, fué á suplicar al papa Eugenio IV poner un poco de óleo santo en sus heridas coronándole, todos acudieron á ver el fantasma del imperio que pasaba. Cómo! era aquel el heredero de tanta gloria! Aquel aparecido estropeado era el César? Su pobreza dió compasion á los comerciantes de aquellas ciudades opulentas. En Milan, el duque Felipe María Visconti se encerró en un casti-



llo y no se dignó ir á saludarle. En Sienna tuvo que pararse por falta de dinero para continuar su camino, y estuvo detenido durante vários meses como en una prision por deudas.

Al fin llegó á Roma á través de mil obstáculos, y se hizo coronar por otro fantasma casi tan decrepito é impotente como él, el del papado; representado por el papa Eugenio. A la sazón, la politica de Eugenio se resumia en un sólo pensamiento, que dá la medida de la reduccion que habia sufrido la ambicion de los soberanos pontifices, en concentrar todas las fuerzas de la santa Sede contra los Colonna, para obligarles á restituir los tesoros que habia heredado de su predecesor Martin V.

El concilio de Basilea, que Eugenio IV hubo de convocar, á pesar de sus repugnancias, para obedecer á una prescripcion del de Constanza, que impuso á la santa Sede la obligacion de reunir cada siete años un concilio ecuménico, le hizo justicia deponiéndolo. Este fué el origen de un nuevo cisma, al que sólo su muerte puso fin.

Esta asamblea mostró tendencias más republicanas aún que la precedente, y tuvo más firmeza en sus reformas, que por desgracia no fueron mantenidas. Sus decisiones arruinaron á lo ménos buena parte del órden establecido en la iglesia por las falsas Decretales y el decreto de Graciano, é hicieron más y más imposible la vuelta de la dominacion teocrática. Toda la sábia centralizacion jurídica y financiera que tantos esfuerzos habia costado á la santa Sede, recibió golpes irremediabiles. Los tributos que percibia sobre la cristiandad bajo mil formas y nombres diferentes, fue-

ren en gran parte abolidos, así como las apelaciones á Roma, que creaban en cada reino una jurisdicción extraña y superior al derecho común.

Francia fué la primera en sancionar la obra del concilio de Basilea por una nueva pragmática, promulgada en Bourges por el rey Cárlos VII y confirmada por un edicto del parlamento. Estos principios fueron al punto adoptados en Inglaterra, Alemania y hasta en España, pero modificados segun los países, apropiados á su individualidad histórica y á su desarrollo social, siendo acogidos con favor en todas partes ménos en los pueblos de Italia. Mas indiferentes que ninguna otra nacion en materia de fé, fatigados por la duda filosófica cuando los otros pueblos entraban en el libre exámen, y lo que era peor, escépticos en moral como en religion, los italianos no veian en el catolicismo romano más que una institucion política, y en la tentativa de los concilios para suavizar la unidad una revolucion contra su legítima supremacía. Italia habia pagado ya esta vanidad con siglos de opresion extranjera, y aún habia de expiarla perdiendo todos los beneficios de la emancipacion intelectual, moral y política que la reforma trajo al mundo.

CAPÍTULO XVI.

El papado cae al nivel de los principados italianos.
Sixto IV.—Alejandro VI.—Julio II.

El natural resultado de la ruptura de tantos vínculos como agrupaban en torno de Roma á la gran federacion europea, fué concentrar toda la actividad de los papas en los intereses de su principado italiano, aplicándola al único punto que les quedaba fijo en medio de la universal perturbacion, á su dominio territorial. Sylvius Æneas, que fué papa con el nombre de Pio II, mostró la última veleidad de devolver al papado su dominacion cosmopolita, destruyendo en cuanto pudo la obra de los últimos concilios, uno de los cuales, el de Constanza, lo habia tenido por secretario y lo habia visto en primera línea entre los innovadores. Pero adoleció de una incapacidad política y de aspiraciones tan romancescas, que claramente muestran cómo empezaba á perderse la práctica del gobierno teocrático. Suficientemente lo atestiguaría, á falta de otro testimonio, su extraña idea de pedir una cruzada á Luis XI y á la Italia de los *condottieri*.

Este fracaso le hizo concebir un proyecto más insensato todavía, el de constituir un nuevo imperio para colmar la laguna dejada en Italia por la desaparición del César germánico. Después de haber buscado en vano en torno suyo un hombre capaz de desempeñar este papel, fijó la vista en Mahomet II, emperador musulmán de Constantinopla. No habiendo podido obtener su cruzada contra los turcos, este ingenuo retórico trató de conquistar por la elocuencia lo que no podía someter por las armas, y se dirigió al mismo Mahomet, imaginando trastornar la cabeza de este salvaje con la irresistible coquetería de sus períodos ciceroniacos.

«Una cosa muy pequeña basta, le escribía, para hacerte el más grande, el más poderoso, el más ilustre de todos los vivientes: ¿Cuál, me dirás tú? No es difícil, y la tienes en tu mano: una gota de agua para bautizarte. Si consientes, no habrá príncipe en el universo que no aventajes en gloria y en poder. Te nombraremos emperador de los griegos de todo el Oriente. Y así como nuestros predecesores Estéban, Adriano y Leon suscitaron á Pipino y Carlomagno contra Astolfo y Desiderio, reyes de los lombardos, é hicieron pasar el imperio de los griegos sobre la cabeza de sus libertadores, así nosotros invocaremos tu patronato en las necesidades de la iglesia y reconocemos tus beneficios.»

Por extravagante que fuese la idea de Aneas Sylvius bajo el punto de vista práctico, probaba que tenía gran erudición histórica, y era estrictamente conforme con las tradiciones de la política papal; sólo que los tiempos habían cambiado.

Después de él, Paulo II, hermoso veneciano, que estuvo deliberando por mucho tiempo si se había de llamar *Formoso*, se aplicó más especialmente á hacer admirar á los romanos en fiestas públicas su belleza, de que estaba muy orgulloso, y á proponer aquella cuestion á los doctos y filósofos que tuvieron la desgracia de ser sus contemporáneos.

Sixto IV trató con preferencia de crear principados en Italia para sus sobrinos, los Riario y los la Rovere, siendo el primero que puso en moda esta ambicion, más fácil de realizar que la dominacion universal. Sin embargo, como no habia costumbre aún de ver la actividad de los soberanos pontífices gastarse en semejante empresa, su intento le costó muchos disgustos, encontrando sobre todo muy viva oposicion por parte de los Médicis, cuya familia habia suplantado en Florencia al gobierno republicano. Desde entónces, Florencia y los Médicis fueron puestos fuera de la ley por el irascible Sixto. Un dia que Lorenzo de Médicis asistia al servicio divino con su hermano Julian en la catedral de Florencia, se vió acometido de repente por dos sacerdotes, que se lanzaron sobre él puñal en mano, y á duras penas escapó á sus golpes mientras Julian caia herido por los otros conjurados. En seguida fueron arrestados, y la primera mano que se sorprendió en el complot fué la del papa, á quien le habian servido de instrumentos los Pazzi y los republicanos. El pueblo despedazó al notario apostólico Volterra, y se colgó al arzobispo Salviati con los principales conjurados. Por último, se envió á todos los príncipes de Europa, como piezas justificativas del proceso, la confesion pública de

Montesecco, en la cual estaba demostrada la complicidad del papa con pruebas incontestables. *ob ismiru*

Sixto IV no se ocupó en rechazar esta acusacion. Excomulgó á los florentinos por la licencia que se habian tomado con su arzobispo, pronunció el interdicto sobre su ciudad, lanzó contra ellos á todos los *condottieri* de la Romania con los ejércitos del rey Fernando de Nápoles, y, contra su aliado, el duque de Milan, á los suizos del canton de Uri, á quienes el camino de Italia era aún desconocido, para que nunca pudiera decirse que extranjeros habian penetrado en aquel pais sin ser llamados por los papas. La mediacion de muchos príncipes poderosos, entre otros del rey de Francia, que se habia interesado por la justicia de la causa de los florentinos, fué rechazada con altivez por aquel sacerdote vengativo, siendo preciso, para que cediera, que un ejército de Mahomet II saquease á Otranto en las tierras de su aliado el rey de Nápoles, cuya distraccion lo obligó á la paz.

Pero este no era más que el principio de los males preparados á Italia por la ambicion de Sixto IV. Las calamidades que iban á caer sobre ella debian eclipsar sus desgracias pasadas. Para ganar la alianza de Fernando de Nápoles contra los florentinos, Sixto suprimió el censo que su reino pagaba á la santa Sede; mas Inocencio VIII, su sucesor, no se consideró obligado por esta renuncia, y pocos años despues, reclamó su tributo como si nunca hubiese dejado de formar parte de los ingresos de la córte romana; y, habiendo rehusado Fernando, lo depuso, sublevó contra él á sus súbditos y ofreció sus Estados al rey de Francia Carlos VIII, recordándole que era el heredero de los dere-

chos olvidados de la casa de d' Anjou, renovando el crimen de sus predecesores y abriendo de nuevo la llaga siempre sangrienta de la invasion extranjera.

A Ludovico el Moro imputan de ordinario los historiadores la determinacion tan fatal para Italia del aventurero rey francés, olvidando que el llamamiento del papa precedió en muchos años al de Ludovico, que los derechos invocados por Cárlos VIII eran exclusivamente obra de los soberanos pontifices, y que, por último, la intervencion extranjera era un arma creada por estos, para su provecho, una condicion necesaria de su existencia, una ley funesta que domina todas las fases del desarrollo italiano. Ludovico el Moro podia á fuerza de intrigas decidir el envio de un pequeño cuerpo auxiliar en el Milanesado, pero no podia llenar á toda Francia, no teniendo ninguna compensacion que ofrecerle. Solamente la mano que habia dado y retirado tantas veces el imperio, podia abrir carrera tan brillante y fácil á la dominacion francesa en Italia, así como solamente ella era bastante fuerte para hundirla tan pronto en la nada.

Ludovico no pensó explotar en interés de su usurpacion un proyecto tiempo há formado por el rey de Francia, conforme á las sugerencias de Inocencio VIII. Cierta que su sucesor Alejandro VI de Borgia, espantado del formidable vecino que iba á darse, se volvió á la parte contra los franceses cuando los vió á punto de penetrar en Italia, y fué uno de los más activos instigadores de la liga que se formó para cerrarles el acceso; pero esto fué despues de haberles instado á realizar su empresa, y despues de haber obligado al rey de Nápoles, Alfonso de Aragon, impo-

tente para resistir á los franceses con sus fuerzas, á entregarse en sus manos. Alfonso, asustado, aceptó todas las condiciones que le impuso Alejandro, se entregó á su discrecion, dió á su hija con el principado de Squillace á Geoffroy Borgia, uno de los bastardos del papa, y de este modo obtuvo su alianza. Esta evolucion es, por tanto, conforme á las máximas de la politica pontifical, así como las transacciones que la precedieron.

Los italianos recogieron entónces el fruto de sus tradiciones anárquicas. La era de las tiranías habia acabado de matar en ellos todo espíritu nacional. En tiempo de los cónsules y áun de los podestás, las ciudades y las repúblicas, aunque divididas durante la paz, se unian y olvidaban sus resentimientos ante el comun peligro. Los ciudadanos, mezclados sin cesar activamente en los asuntos públicos, se interesaban por ellos como por su propia causa, tenian el sentimiento de su importancia y de su responsabilidad personal, y tomaban parte en las proscripciones de sus jefes así como se asociaban á sus triunfos.

Pero el establecimiento de los tiranos trajo como siempre por efecto crear esa indiferencia politica que es el castigo de los pueblos que abdicar. Habiéndose entregado los ciudadanos á condicion de ser eximidos de las molestas prestaciones de la libertad, se vió sucederse á las fecundas agitaciones ese abandono de sí mismo que es la señal de las servidumbres voluntarias, esa abstencion, esa inercia en que los pueblos hallan su seguridad y su vergüenza. No pensando cada cual mas que en sus asuntos privados, y no pidiendo á los gobiernos otra garantia que la tranquilidad, otro derecho

que el de enriquecerse, este alejamiento absoluto de los grandes intereses de la vida pública, junto al fraccionamiento de Italia en pequeños Estados, produjo los *condottieri*, jefes de bandas mercenarias al servicio del que ofrecía más, suplemento necesario á la apatía de los ciudadanos, expresion exacta de su mercantilismo é indiferencia, vergonzosa vegetacion de un tiempo de servidumbre.

La gran querella de la iglesia y el imperio, la lucha de las ciudades contra el feudalismo de las campiñas, la defensa de sus franquicias contra los primeros emperadores de la casa de Suavia, las mismas rivalidades de estas municipalidades, que eran otras tantas pátrias para los italianos de la edad Media, habian suscitado durante siglos los combatientes por millones y multiplicado á maravilla los rasgos de heroismo, los milagros de desinterés y de abnegacion cívicas; pero esta fuente, que parecia inagotable cuando se renovaba en estas patrióticas emociones, se cegó de repente cuando no debió aprovechar más que á los intereses de un hombre, y hubo que pedir á los mercenarios los tesoros que negaba.

Desde entónces no hubo vida pública, ni debates, ni tumultos, ni deliberaciones en el forum desierto y silencioso, en los campos de batalla no se vió el *carroccio*, ni el altar de la pátria rodeado de las compañías de la muerte, víctimas voluntarias, que la muerte multiplicaba inmolándolas. Las conspiraciones políticas se desenlazaron silenciosamente con una punalada asestada en la sombra, ó con un veneno presentado por la mano de un amigo; las batallas se ganaban y se perdian por marchas, contramarchas y combinacio-

nes sábias, pero inofensivas, como convenia á gentes que trataban de economizar su sangre, porque comerciaban con ella.

Cuando Cárlos VIII se presentó en Italia, no halló, excepto los dos Estados directamente interesados en hacerle cara, sino gobiernos dispuestos á ayudarle en su empresa, no por simpatia, sino en la esperanza de que fuese su *condottier* contra las tiranias rivales. En Florencia, cuyo pueblo estaba cansado de los Médicis, Cárlos fué llamado por el mismo Savonarola, que mostró en esta ocasion la nulidad política propia de los apóstoles. Este tribuno místico, cuya política se reducía á hacer erigir en leyes por la muchedumbre los gustos y tendencias de su temperamento de monje, primera muestra de un tipo que despues se ha hecho muy comun, eligió este momento para imponer á los florentinos leyes suntuarias, procesiones, penitencias públicas y trasformar su ciudad en convento. En vez de levantar el alma de sus conciudadanos, les predicaba la venida de Cárlos en términos apocalípticos, como la aparicion de un precursor del juicio final; quemaba el Decameron, y declamaba contra los libertinos cuando debiera levantar el pueblo en armas; se ocupaba en salvar las almas del infierno cuando era menester salvar la pátria de la invasion. Difícil seria explicar el favor que este fanático sermonero ha encontrado en los historiadores de nuestro tiempo sin las analogias que presenta con ciertos ídolos democráticos, más recientes y no ménos impotentes.

Sabidas son las peripecias del paladin francés. Su conquista de Italia fué un viaje, una toma de posesion, cuya rapidez inaudita era apropósito para trastornar

la cabeza á un jóven que sólo habia estudiado la guerra y la política en los romances de caballeria. En Roma, Cárlos se reconcilió á viva fuerza con su enemigo Alejandro VI, que le juró eterna amistad, y, tranquilo con esta alianza tan importante para su seguridad, se fué á descansar en el seno de su hermosa ciudad de Nápoles. Allí distribuyó entre sus capitanes feudos, castillos, las heredades de su nuevo reino, y se preparó por fiestas, torneos y placeres de todo género á hechos de armas más brillantes todavía. Conquistar le parecia ocupacion bastante dulce. Tomaria á Jerusalem ó á Constantinopla? Vacilaba, y entretanto, se hizo coronar de antemano rey de la una y emperador de la otra. Mas cuando se disponia á embarcarse para aquellas lejanas tierras tuvo que plegar á toda prisa el bagaje y ganar los Alpes, porque su buen amigo el papa habia formado una liga con Venecia, Maximiliano, emperador de Alemania, Fernando el Católico y Ludovico el Moro. Partió, pues, y no sin trabajo ganó sus fronteras; pero á los franceses les habia sido grato el viaje á Italia, que habrian de repetir con frecuencia (1495).

Por lo demás, si hubiesen podido olvidar el camino, los que se lo habian enseñado se habrian tomado el trabajo de enseñárselo de nuevo. Así, no bien Cárlos VIII estaba de vuelta en Francia cuando los embajadores de Alejandro VI le invitaban á repetirlo, proposicion que le sonreia, pero que la muerte le impidió aceptar. Tomóla por su cuenta su sucesor Luis XII.

Luis de Orleans era un espíritu mucho más práctico que Cárlos, pero por esto mismo más accesible á

las consideraciones del interés y, como todos los hombres, tenia sus ribetes de fantasia. Por este lado se le conquistó. Había casado á los veinte años con una mujer que no amaba, amando por el contrario con pasión á Ana de Bretaña, viuda de su predecesor. Alejandro le vendió de una vez el divorcio, los Estados de Ludovico el Moro, sobre los cuales pretendia tener los derechos del marido de Valentina Visconti, su abuela, y la corona de Nápoles, á cambio del ducado de Valentinois en Francia y de un principado en la Romania para César de Borgia, hijo del papa.

El resultado más positivo de esta reciprocidad de oficios fué el mantenimiento en Italia de la dominacion extranjera, la cual, si no logró establecerse sólidamente en ninguna parte, conservó un pié en todas. En cuanto al principado de César Borgia, estuvo á punto, al decir de Maquiavelo, de llegar á ser el Estado más poderoso de Italia. Todo lo habia éste previsto y calculado, hasta la muerte de su padre, todo, ménos que él pudiese caer enfermo en el instante que aquella muerte sobreviniese, y esto fué lo que sucedió por una distraccion de Alejandro VI. En una comida que dió para libertarse de uno de sus cardenales envenenándolo, el mismo papa bebió la pocion y su hijo la probó. Alejandro murió, César cayó enfermo, y perdió su principado á consecuencia de la eleccion de Julio II, enemigo de su padre.

Se ha hecho de Julio II una figura aparte en la historia de los papas. He aquí al fin un papa patriota, ambicioso por levantar su pais, un sacerdote que sabe ser un gran rey y enemigo de los bárbaros. Tal es el tema acreditado por los forjadores de lugares comu-

nes; ¿tan difícil es dejar hablar á los hechos y cerrar el oído á ese zumbido de la rutina y de la trivialidad?

El primer acto de este patriota fué lanzar sobre la república de Venecia, que le disputaba la posesion de algunas ciudades del litoral adriático, una coalicion en que entraron el emperador Maximiliano, el rey Luis XII, Fernando el Católico y los cantones Suizos. Tales fueron el motivo y objeto de la famosa liga de Cambrai. La politica consiste por lo comun en hacer mucho con poco: mas él invirtió los términos, y puso en práctica medios enormes para un resultado casi nulo. Era la primera vez desde las cruzadas que se reunia para un fin comun á las principales potencias de Europa, y era todavia el papado quien tenia este privilegio; pero en vez de emplear sus fuerzas en rechazar las invasiones mogolas ó musulmanas, se quiso quebrantar en nombre de insignificantes agravios á una república llena de gloriosos recuerdos y que era la postrera defensa que podia invocar Italia en el dia del peligro.

Julio II cometió este crimen con tan perfecto conocimiento del mal que hacia, que hasta el último instante ofreció á los venecianos por medio de Juan Badoër, su enviado, romper la liga si consentian en entregarle á Faenza y Rimini, por la posesion de cuyas ciudades habia dispuesto este gran politico aquel aparato formidable, habia desencadenado de nuevo este enemigo de los bárbaros los ejércitos franceses, alemanes, españoles y las bandas suizas sobre aquella Italia que habia de servirles por tanto tiempo de campo de batalla.

No bien hubo tomado las ciudades que ambicio-

naba y redondeado su pequeño reino con los Estados del duque de Ferrara, Julio II pensó en despedir á los extranjeros, lo cual era mucho ménos fácil que hacerlos venir. Dirigió sus primeros esfuerzos contra Francia, cuya dominacion le parecia mucho más difícil de desarraigar. Para conseguirlo, dió Nápoles á España, sublevó á Génova y Bolonia, precipitó de lo alto de los Alpes sobre los franceses el alud helvético, y tendió la mano á los venecianos que acababa de arruinar. Vana y tardia reparacion. Los ejércitos de Luis XII, victoriosos un momento por el heroico empuje de un jóven inspirado por el génio de la guerra, Gaston de Foix, sucumben despues de su muerte prematura, y son rechazados en desórden sobre el Piamonte por larga série de sangrientas derrotas.

Obtenido este resultado, triunfa el pontifice? No, le falta deshacerse de los demás aliados. En esto pensaba, y se disponia á expulsar á los españoles del reino de Nápoles con la ayuda de Maximiliano, pero ¿con qué auxiliares expulsaria á Maximiliano? He aquí lo que al parecer debia preocuparle, porque no podia esperar desembarazarse de él con el auxilio de los suizos. En esta perplejidad, tomó el partido de ganarlo á sus planes. Halagaba á Maximiliano con renovar el pacto de Carlomagno y reconstituir el antiguo edificio imperial, prometiéndose de antemano dominar completamente á esta sombra de emperador, tan inferior bajo todos aspectos á semejante cargo.

No advertia en su halagüena ilusion la contradiccion que encerraba esta hipótesis; porque si Maximiliano se dejaba manejar por un papa, seria incapaz de

realizar la primera parte de este programa quimérico; si, por el contrario, era el capitan llamado á expulsar á España, ó contener á Francia, á cerrar la era de las divisiones de Italia, á limpiarla de sus tiranos, ¿cómo esperar que se resignase á la ridícula situación de *Príncipe esposo de la iglesia?*

Otra consideracion que olvidó Julio II en sus cálculos, es que no solamente los papas son mortales, sino que, llegados al trono en la edad de las enfermedades, no les era permitido acometer empresas que tenian el doble mal de no poder ser continuadas más que por su autor y de exigir para su terminacion muchas vidas de hombre. Murió sin haber hecho otra cosa que reconquistar sus dos ciudades de los venecianos y llevar algunas leguas más léjos las fronteras de los Estados pontificios, estéril satisfaccion que sólo consiguió despues de haber cubierto su pais de sangre y de ruinas y hecho inevitable su servidumbre (1513).

Los exagerados elogios que le tributa Maquiavelo en su libro *De Príncipe*, provienen de esa ilusion de la desesperacion, que le hizo creer que del seno de las dominaciones absolutas que dividian á su pais, podria salir el *tirano redentor* que esperó sucesivamente de los Borgias, de los Médicis, del mismo papado, á pesar del ódio que le profesaba y del profundo conocimiento que tenia de sus enfermedades. Maquiavelo es el más ilustre representante de la idea de la nacionalidad italiana, el que quizás la ha invocado con más ardor, y como de todos los soberanos de Italia, Alejandro y Julio eran los que habian mostrado más actividad, energia, perseverancia, quedó satisfecho de

ellos. Habría adorado al libertador hasta en César de Borgia, y se obstinó en esperarlo hasta de Leon X. En él y para él hubiese querido ver conjurados el crimen y la virtud, la astucia y la fuerza, la sabiduria y la audacia, todos los extremos, todas las opuestas aptitudes, todos los poderes de la humana inteligencia; para él escribió ese manual de las mil combinaciones legítimas ó perversas que aseguran el éxito en tiempos como el suyo, en que la política no es más que un cálculo de fuerzas numéricas.

La inmoralidad de Maquiavelo es real, dígase lo que se quiera en su justificación. La conciencia humana puede engañarse sobre una cuestión de hecho, pero no se engaña en una apreciación moral. Se ha calumniado, sí, á este gran hombre, suponiendo que puso su ciencia al servicio de la tiranía, ó que hizo lo que despues se ha llamado el arte por el arte, preocupación muy distante de las costumbres intelectuales de este mal génio. Detrás del tirano se divisa la pátria, única que le inspiraba y para cuya salvación le parecia todo lícito: es la doctrina de la salud pública y el comun error de los patriotas, no la lección de los vulgares usurpadores de coronas. Se acreditan de ciegos los que bajo la aparente impasibilidad de esta sábia anatomía, no ven temblar la mano del gran cirujano.

«Que la Italia vea en fin aparecer á este redentor! No puedo espresar con qué amor será recibido en todas estas provincias que han sufrido tanto con las invasiones extranjeras, con qué sed de venganza, con qué fé obstinada, con qué piedad, con qué lágrimas!»
¿Es un tirano, es el *príncipe* lo que Maquiavelo llama

con esta ardiente evocacion que pone fin á su libro, ó es el vengador de la pátria oprimida, el héroe destinado á dovolverle la unidad!

Extraño y fatal error! Este sistema que queria resucitar, implicaba un pueblo muerto; no suponía fuerza é iniciativa sino en los que lo gobiernan. Estas fórmulas eran, además, tan inútiles á la politica activa como el conocimiento de las leyes del movimiento á los que quieren marchar. Un acontecimiento concebido fuera de todas las combinaciones artificiales, la reforma, iba á mostrar bien pronto la superioridad de la inspiracion espontánea, aun bajo el punto de vista del éxito.

CAPÍTULO VII

La reforma y el catolicismo español.—Acerca de

Paulo III.—San Pio V.—Sixto V.

Trascurridas estas cosas y realizadas condecoradas del
papa en intereses materiales políticos, la obra
cumplida por el papa en el reinado de Paulo III y Sixto V
fue de las que se atribuyen a los papas de este siglo, de
cualquier modo que se vea el papa en el siglo XVI, y
cuando al papa se le atribuye el haber dado origen
a una reforma de las cosas de España.

Esta reforma se dio a los papas de este siglo,
los papas de este siglo en sus papas, y
placidos sin que el papa de los papas de este siglo
los papas de este siglo que se atribuyen a los papas
de este siglo.

Trascurridas estas cosas y realizadas condecoradas del
papa en intereses materiales políticos, la obra
cumplida por el papa en el reinado de Paulo III y Sixto V
fue de las que se atribuyen a los papas de este siglo, de
cualquier modo que se vea el papa en el siglo XVI, y
cuando al papa se le atribuye el haber dado origen
a una reforma de las cosas de España.

CAPÍTULO XVII.

La Reforma y el Catolicismo español.—Leon X.—

Paulo III.—San Pio V.—Sixto V.

Durante esta larga y exclusiva concentracion del papado en intereses meramente politicos, la direccion del mundo de las inteligencias se le habia escapado para siempre. La gran escision anunciada de lejos por los albigenses, lollardos y hussitas, se consumó al fin, y el imperio espiritual veia reproducirse el mismo desprendimiento que habia dividido otras veces la unidad romana.

Esta revolucion cogió á los papas desprevenidos, los sorprendió absortos en sus querellas, intrigas y placeres, sin apercibirse de los múltiples avisos y de los espantosos síntomas que precedieron á la tempestad.

Tiempo há que habian cesado los papas, no digo de presidir, pero ni siquiera de tomar parte en la vida intelectual y moral de los pueblos europeos, los cuales habian aprendido á pasar sin ellos. El mecanismo gerárquico y administrativo que sobrevivió á su intervencion, ántes tan activa en todos los asuntos

que interesaban á la cristiandad, léjos de inspirar lamentos ó de suplir á su abstencion actual, no era sino á propósito para hacer execrable el recuerdo de su dominacion.

Las antiguas ilusiones se desvanecieron, y se dejó de ver al representante de la civilizacion cristiana en aquel pequeño tirano italiano, para quien la supremacia era solo un medio de acuñar moneda en provecho de sus bastardos, de sus amadas ó de sus sobrinos. En esta vuelta universal á la antigüedad, que señala el renacimiento, curiosos, artistas en arqueología moral, hicieron un descubrimiento cuya evidencia asombró á los más ignorantes: en la Roma católica reconocieron, punto por punto, á la Roma pagana. Nada le faltaba, ni el brutal absolutismo, ni las monstruosas fantasias de los Césares delirantes, ni el génio envilecido, ni los escépticos augures que mantenian el altar insultando á Dios, para conservar al mundo sus ídolos.

Roma habia vuelto á su punto de partida, el paganismo, al través del inmenso círculo de las instituciones cristianas, cuyo desarrollo habia como agotado. Dogmas, ceremonias, gerarquía, todo habia sido materializado, falseado, empequeñecido, vuelto en nombre de la letra contra el espíritu, en nombre de la fuerza contra la libertad. De este modo se halló la Iglesia inferior á la civilizacion, que habia dirigido hasta entonces, y que manifestó resueltamente la voluntad de marchar sin ella; la misma emancipacion reclamaron las ideas religiosas, á que Roma habia hecho traicion por el ateismo del renacimiento. Pero si habia muerto para la fé, pasó á ser la capital del

arte, gracias á la inspiracion que resucitó en ella todas las maravillas del génio griego.

Por una vuelta análoga del sentimiento religioso, los pueblos del Norte hallaron en los monumentos del cristianismo primitivo, que estudiaron con igual ardor, la expresion de sus propias tendencias morales. A esta interpretacion mezclaron un espíritu de libertad, de independencia individual y de actividad, que hizo de la Reforma una era de trasformacion política tanto como de renovacion religiosa.

Cosa singular! no fué en el instante en que la unidad romana habia sido más opresora en el que se produjo la revolucion, sino en aquel en que pareció deshonrada. Se le perdonó ser atroz y sanguinaria; no se le perdonó haberse hecho despreciable.

Cuando Lutero dió los primeros golpes á la centralizacion católica, Leon X, heredero de Julio II, se hallaba muy embarazado con el arreglo de esta sucesion embrollada, en la que habia encontrado más bellos proyectos que recursos para ejecutarlos. Léjos de estar desterrados de la Peninsula, los extranjeros eran más poderosos y numerosos que nunca, y su presencia, no ya parcial, sino simultánea, era ahora necesaria para la seguridad de la santa Sede, porque, retirándose los unos, el equilibrio se rompía en favor de los otros é Italia caía bajo una sola dominacion. Sin los franceses seria española; sin los españoles, francesa. Hé aquí lo que el mismo Julio II se habria visto obligado á reconocer, si la muerte no hubiese venido á tiempo para sustraerle á las consecuencias de los falsos cálculos cuya expiacion legaba á su sucesor.

Este, de génio flexible y fácil, delicado y volup-

tuoso como un ateniense del siglo de Pericles, escéptico en religion como su amigo Bembo, adorador de Ciceron y de Platon, indiferente á la pompa del mundo con tal que tuviese paz en su casa, discutidor apasionado, cumplido, digno de que le rodease el coro incomparable de los grandes artistas que tuvo la fortuna de dirigir, no siguió en politica otro principio que doblar para no romper, obedecer dócilmente al impulso más fuerte.

Fiel primero á las alianzas que le habia legado Julio II, Leon X supo una mañana el atrevido golpe de mano de Francisco I en Marignan. «Señor embajador, dijo al enviado de Nápoles, es preciso echarnos en brazos del rey» y lo hizo como lo dijo. Pero, como verdadero Médicis que era, halló medio de arrancarle en la expansion de este triunfo la mayor parte de las inmunidades de la Iglesia galicana, no por espíritu de opresion, porque era de natural tolerante y pacifico, sino por puro amor al dinero, de que necesitaba siempre para sus arquitectos, escultores y pintores. No tuvo otro objeto el concordato firmado en Bolonia. Leon X tenia tan poco apego á la dominacion, que dejó al rey todas las prerogativas espirituales que habian suscitado las tan célebres contiendas entre los gobiernos y la córte de Roma, y solo se atribuyó las que pudiesen ser lucrativas, como las annatas.

Pero por gratitud que sintiese para con Francisco I, ¿cómo ser su aliado en presencia de la preponderancia incontrastable que tomó de repente España por su reunion al imperio de Alemania en la persona de Carlos V? Seria desconocer á Leon X suponerle capaz de resistir á semejantes consideraciones. Volvióse, pues,

del lado de España. Sin embargo, por natural que debiese parecerle esta nueva evolucion, no la aceptó sin repugnancia; era demasiado evidente que, ante semejante acrecentamiento de poder, todo contrapeso desaparecia, y que Italia, como la misma iglesia, iba á no tener más que un solo dueño. La extension amenazadora que adquiria el protestantismo en Alemania, le decidió definitivamente. Por el tratado de Worms entregó Italia á Cárlos V, y éste contrajo el compromiso de exterminar la reforma.

Hasta esta época hemos visto que para fundar, agrandar ó fortificar el poder temporal bajo todas sus formas sucesivas, los papas habian condenado á Italia á perpétua invasion; ahora la sacrificarán para salvar su autoridad espiritual amenazada por el protestantismo. Cualesquiera que fuesen sus embarazos ó peligros, siempre ella les servia de rescate.

Por lo demás, á pesar de las consideraciones que le llevaron hácia Cárlos V, Leon X distaba aun mucho de tener idea exacta del peligro que corria la Iglesia. No solamente Alemania, sino Inglaterra, los Países Bajos, todos los Estados del Norte se separaban de ella, y la misma Francia, obedeciendo á los instintos de su genio templado, se mantenía en un justo medio que nada tenia de tranquilizador. Su rey Francisco I consideraba la cuestion bajo el punto de vista político, lo que no era menos alarmante, y vacilaba entre la reforma y la ortodoxia.

Roma no tenia, para oponer á este terrible desbordamiento que amezaba sumergirla para siempre, más que las intrigas y venalidad de algunos sacerdotes ateos. En esta hora de desventura, el socorro le

vino del país que acababa de ofrecerle la espada de Carlos V.

La fe católica se había conservado más pura y ardiente en España que en ningún otro pueblo de Europa, gracias á siete siglos de lucha incesante contra la conquista musulmana. Su espíritu religioso había adquirido el sello fanático, inflexible, de sombría exaltación de aquellas guerras de exterminio. A este país trasportó la lógica de la defensa y de la conservación el verdadero centro del catolicismo del siglo XVI, y de él partió el triple esfuerzo, político, militar y religioso, contra el que fracasó más de una vez la reforma. Al tiempo que Carlos V lanzaba sus ejércitos sobre la liga de los príncipes protestantes, Ignacio de Loyola realizaba la conquista española en el orden religioso, organizando sus legiones de guerreros misioneros.

Semejante cambio no se llevó á cabo en un día ni sin resistencia. Esta reforma, más católica que el papa, no podía cumplirse sino á condición de presentarse como amiga y usar de contemplaciones infinitas. Carlos, después de haber tomado posesión de su reino de Nápoles y de haberse establecido en él sólidamente, solo pensó primero en los intereses de su dominación política. A medida que la vió asegurada, estrechó la especie de bloqueo invisible que había puesto á los Estados de la Iglesia, considerando á Roma con razón como la llave de Italia. Habló como su salvador, impuso sus servicios cuando no se quería aceptarlos, y aprovechó tan bien su influencia bajo el pontificado de su preceptor Adriano VI, que se acostumbró á obrar como si fuese el mismo papa. Esta usur-

pacion mal disimulada provocó una reaccion apoyada por el sentimiento nacional espirante, cuyas postreras susceptibilidades habia herido. Manifestóse bajo el papa Clemente VII, de la casa de Médicis. Desgraciadamente, los italianos no se decidieron á obrar sino cuando la completa ruina del partido francés en Pavia hubo cortado en sus manos el arma más segura que podian oponer á su adversario (1525)

Venecia y Sforza se unieron á Francia impotente; Clemente VII, la misma Inglaterra le dieron algun socorro. Se intentó sobornar á Pescara, general del emperador, que aceptó sus proposiciones y prometió cuanto se quiso, pero que denunció la liga á su señor. Esta tentativa tardía, que merecia mejores campeonos y mejores resultados, solo condujo al saco de Roma, á la humillacion de Italia y consolidacion de la influencia española. El mismo pontifice vencido proclamó su derrota, aceptó su vergüenza poniendo la corona imperial sobre la frente del vencedor, comprando con esta complacencia el restablecimiento de la familia Médicis en Florencia. Pero esta renovacion del pacto de Carlomagno no le devolvió ninguno de los antiguos derechos del papado sobre el imperio; la coronacion no era, como ántes, una especie de asociacion al poder imperial, un signo de doble preeminencia, sino una ceremonia vacia de sentido y un acto de servidumbre.

Clemente VII ya no era más que el primer dignatario del imperio; Cárlos V organizó su conquista sin él. Tal era la confianza que le inspiraba el abatimiento de Italia, que la guardó sin más guarniciones ni subsidios que los que le suministraba. Así, cuanto

los papas habian intentado para salvar su poder espiritual, habia producido la ruina completa de su independencia política, hallándose al presente á merced de su salvador, cuya amistad les parecia más pesada que el ódio de sus enemigos. Ahora fué cuando, en efecto, Cárlos V comenzó á aspirar paladinamente al dominio espiritual. So pretexto de poner fin á las discordias que desgarraban el seno de la Iglesia, apuraba incesantemente al papa á dar su consentimiento á la convocacion de un concilio universal; pero este exceso de celo era motivado por la certidumbre que tenia de desempeñar el papel principal y de adquirir ilimitada preponderancia, por su poder, por el descrédito en que habian caido los papas, por el espíritu antiromano de estas grandes asambleas, por su innumerable clientela sacerdotal.

Tomando sus exigencias un carácter más imperioso, produjeron á poco un nuevo giro en la política de Clemente VII. El mundo tuvo entonces el singular espectáculo de un emperador defendiendo la causa del catolicismo y la ortodoxia, contra un papa obligado á hacer votos á favor de los insurrectos hereges de Alemania. Los intereses de la iglesia se hallaban identificados ya con los del soberano austro-español, porque no hay duda que necesitaban del remedio propuesto por él, por más que el estado del enfermo era tan alarmante que cabia dudar si podria sobrellevarlo. Pero no eran estos escrúpulos los que detenian á Clemente, que solo tenia en esto una preocupacion personal. Derrotado el papado por España en el mismo terreno de la ortodoxia, veia con razon en los deseos de Cárlos V sobre el concilio

la ambicion de suplantarlo en la direccion de la Iglesia.

Clemente volvió, pues, hácia Francisco I, le dió su sobrina Catalina de Médicis en matrimonio para uno de sus hijos, presente que habia de costar caro á Francia, y con esta alianza, pasó á ser á ciencia y conciencia el sosten de los protestantes de Alemania, cuyo apoyo principal era ahora Francisco I. Méno fácil le fué reconciliarse con su antiguo aliado el rey de Inglaterra, que habia sacrificado á los deseos de Carlos V. Enrique VIII, casado con Catalina de Aragon, abuela del emperador, la habia repudiado para casarse con Ana de Bolena, y Clemente le hizo esperar mucho tiempo la legalizacion de un divorcio ya consumado de hecho; y cuando ya tenia redactada el acta, Carlos V le impuso, con su despótica amistad, la obligacion de declarar indisoluble el matrimonio. Enrique siguió adelante, casóse con su querida, y eran tan débiles los lazos que unian Inglaterra á la unidad católica, que esta fantasia lujuriosa bastó para romperlos. Clemente VII murió poco despues de este fracaso.

Paulo III, de Farnesio, heredó estas complicaciones, las más peligrosas tal vez porque habia pasado la Iglesia. Esto explica las perplegidades y tergiversaciones sin fin de este pontífice contemporizador, que pasó buena parte de su reinado en pedir á los astros consejos y resolucion que no hallaba en torno suyo ni en sí mismo. Italiano como su predecesor, hubiese querido conservar á su pátria la direccion de los intereses religiosos; pero despues de haber vacilado mucho tiempo entre impulsos contrarios, tuvo que ceder ante la implacable necesidad. La influencia española

triunfó, y le impuso sus voluntades. Sancionó la convocacion del concilio que hacia quince años pedia por boca de Carlos V, y que fué el concilio de Trento; dió su aprobacion á la orden de los jesuitas, entónces casi puramente española, y que se propagó con inaudita rapidez; reorganizó la Inquisicion que habia caido en desuso en toda Europa, ménos en España, donde habia pasado á institucion nacional. Mientras siguió sus propias inspiraciones, Paulo III, cuyo natural era suave y conciliador, mostróse mas de una vez dispuesto á transigir con lo reformado; hasta se le vió, en las negociaciones que se abrieron sobre este particular, resignado á dar mas pasos por su parte que ellos por la suya, para conseguir la paz definitiva. La política que prevaleció con los españoles se mostró áspera, inflexible, atroz, procediendo contra los hijos separados de la iglesia con el implacable rigor que habia desplegado contra los moros en España, contra los indios en América. El catolicismo italiano habia conservado hasta en sus peores dias, algo del espíritu liberal, indulgente, fácil, de aquella tierra amada del cielo; habia recibido el sello de las libres tradiciones de Italia, de su literatura, de su arte, tan profundamente humano. El sistema era templado por el hombre, corregido por dichosos vicios como en Leon X. Sentianse en sus héroes esos «pensamientos profundos», que hacen que se juzgue su obra, que se vea al maestro no al esclavo, que no sea puro instrumento insensible y maquinal, que se sustraiga á la infalibilidad oficial de ciertos cargos por inconsecuencias que reparan la iniquidad. El catolicismo español mostró el celo estrecho, la dureza, el ardor concentra-

do, la sequedad, el génio sóbrio de esa raza sin gracia y sin ternura, para quien la Edad Media no habia sido mas que un largo infierno. El jesuitismo, que habia de inventar mas tarde la doctrina de los acomodamientos, el probabilismo y todos los artificios de la devocion cómoda, estaba lejos en su infancia de la suavidad y las cambiantes formas que nuevos elementos y otras necesidades le dieron despues; era ante todo una disciplina de unidad maravillosa, hecha para el combate y tomada de los campos de batalla, un instrumento de concentracion, que hacia de las voluntades un solo haz y ponía todo un ejército en manos de su jefe como nunca se habia visto ni verá, un ascetismo metódico, aprisionado en fórmulas como en armaduras.

Su fundador era un espíritu estrecho, visionario, fantástico, ignorante, entusiasta, pero que tuvo una intuicion de génio, y á ella se aplicó con invencible tenacidad. Comprendió que ante el libre exámen, todo estaba perdido si se quería argüir, sutilizar, como intentaban hacerlo los diplomáticos del sacro colegio; no debía tratarse de razonar con tal lógico, sino de combatir, de obedecer con los ojos cerrados la palabra de órden, cualquiera que fuese, de aceptar é imponer esta ley suprema de los grandes peligros. Tal fué primero el espíritu de su institucion, que reunió el ardor belicoso de los templarios, el misticismo y la propaganda ardiente de los franciscanos, el cálculo y celo ortodoxo de los dominicos, y, con estas cualidades, una disciplina que ni los unos ni los otros tuvieron nunca.

El triunfo de la influencia española en el seno de

la iglesia dió por resultado hacer imposible toda reconciliacion entre la reforma y el principio católico. El desarrollo intelectual salido del renacimiento, algo artificial, pero templado é imparcial, que hubiese podido servir de mediador, desempeñar el papel que los *políticos* adoptaron en Francia, se halló cogido y pulverizado entre los dos partidos extremos. Tenia mas adictos en Italia que en las demás partes, gracias á la iniciacion antigua que habia recibido de la literatura, de la politica y de la historia; pero la inquisicion se arrojó sobre aquellos pacíficos conspiradores, dispersó sus reuniones, quemó las obras y á sus autores, y las academias fueron cerradas, las prisiones henchidas, los sábios y los filósofos enviados á la hoguera y los poetas amordazados. La censura fué combinada con el índice para proteger la fé contra la libertad; las artes, inspeccionadas, amonestadas, corregidas como sospechosas de paganismo. ¡Cuántas teorías no se han inventado para explicar su decadencia prematura despues de Miguel Angel y Rafael! Léase la historia de este vandalismo religioso, y aparecerán claras las causas de aquella decadencia. La persecucion alcanzó á los mismos franciscanos, que aún se mantenian adictos á los sueños de Juan de Parma, y tuvieron que retractarse formalmente para escapar al fanatismo de Caraffa y de Búrgos, los dos jefes de la inquisicion. A pesar de su abatimiento politico, Italia habia conservado su supremacia en la esfera intelectual, por el vuelo prodigioso de sus artistas y escritores; la inquisicion le arrebató este consuelo de la desgracia.

El concilio de Trento emanaba de la misma inspi-

racion que habia resucitado la inquisicion y creado la órden de los jesuitas, por lo que rechazó todas las transacciones y mantuvo inflexible el gran principio de la unidad católica. Aunque colocado bajo la mano de Cárlos V, no podia ménos de contribuir á levantar la autoridad espiritual de Roma. El emperador nunca habia pensado en llevar á otra parte el centro del catolicismo ni en cambiar la institucion que le servia de sosten, sino solamente en apoderarse de los que la dirigian. Por esto Paulo III se mostró indiferente al acrecentamiento de sus prerogativas apostólicas, preocupado en su situacion política, y sufriendo con mortal repugnancia la oscuridad de este papel subordinado, resolvió aprovechar la primera ocasion para emanciparse. Así, cuando Cárlos se hallaba más comprometido con los ejércitos de la liga protestante, el papa le retiró de repente sus tropas que guardaban posiciones importantes, y trasladó por decreto las sesiones del concilio de Trento á Bolonia para hacer prevalecer el elemento italiano.

Esta pérfida defeccion, legítima hasta cierto punto por la conducta que se habia seguido con él, sólo fué sostenida desgraciadamente por impotentes intrigas, y le costó muchas humillaciones. En vez de obrar con energia y decision, volvió á contemporizar, vaciló entre várias determinaciones para no elegir ninguna. Privado de su hijo, para quien habia constituido el principado de Parma y Plasencia, segun la moda introducida por los últimos pontífices; vendido por sus sobrinos, cuyo establecimiento le habia costado muchos disgustos, el anciano Farnesio se desalentó y murió en un acceso de desesperacion (1549).

El reinado de Julio III se redujo á una larga campaña, en que dejó al emperador y al rey de Francia disputarse la Italia como si esta cuestion no le interesase, y el de Marcelo no fué mas que una aparicion de algunos dias. La eleccion del cónclave elevó al pontificado á un hombre que era el enemigo más decidido de la influencia española, y que pasó casi toda su vida en servirla á pesar suyo, Paulo IV.

Era aquel mismo Caraffa que habia sido el alma condenada de la nueva inquisicion, y dirigido con Lainez y Salmeron la reaccion del concilio de Trento. Carácter altanero y colérico, su orgullo de sacerdote y de italiano se rebeló contra la humillante dependencia que se le habia impuesto. Aprovechándose de la abdicacion de Carlos V, que separaba á España del Imperio y lo ponía todo en cuestion, juró lanzar á los españoles de la Peninsula, llamó contra ellos al cielo y á la tierra, anatematizó á Felipe II, confiscó los bienes de sus partidarios, ofreció Nápoles al duque de Guisa, llamó á los franceses y sostuvo la guerra con las tropas que estos le enviaron, las bandas suizas y algunos jefes de lasquenets luteranos, contra las armas del muy católico duque de Alba. En su arrebató patriótico llegó hasta pedir auxilios á Soliman I.

La suerte de la guerra no se decidió en Italia, sino en Francia, por la batalla de Saint-Quentin, hecho que prueba bastante cómo los italianos habian quedado fuera de un debate que tan directamente interesaba al porvenir de su pátria.

Caraffa, aplanado por este golpe, hubo de someterse gimiendo de cólera, obrándose en él una de esas repentinas revoluciones comunes á los caracteres ex-

tremados y violentos. Se rindió como si un resorte se hubiese roto en él, dobló la cabeza, tragó su vergüenza y pasó á ser otro hombre. Desde este dia, el politico desapareció y solo quedó el inquisidor. Rompió con su pasado, nada intentó en favor de la causa que habia abrazado, y dejó de proteger á sus sobrinos que habian sido sus cooperadores, empleando todo el ardor y actividad que le quedaba en velar por el dogma y quemar á los herejes. Perfeccionó la congregacion inquisitorial, sin que dejara de asistir á ninguna de sus sesiones, y coronó su vida instituyendo una fiesta en honor de Santo Domingo convertidor de los albigenses.

No fué mas feliz como diplomático que como guerero. Mostró, especialmente en sus relaciones con Inglaterra, el mismo espíritu de templanza que inspiró toda su conducta. Isabel vaciló un instante entre la reforma y el catolicismo cuando estuvo á punto de dar su mano á Felipe II, y se abrieron negociaciones sobre este particular. Un embajador inglés fué á exponer á Caraffa los votos secretos de su soberana; pero Caraffa le respondió que aquella bastarda debia, ante todo, renunciar la corona y dejarle el cuidado de disponer, como le pluguiese, de un reino que era feudo de la santa Sede. Isabel no vaciló ya, y se hizo ferviente protestante.

Así, desde principios del siglo XVI, los papas se habian propuesto alternativamente tres fines: elevar el poder temporal de la santa Sede, libertar á Italia, y matar la reforma; mas cuando Paulo IV murió (1559), habian consagrado su dependencia, agravado la servidumbre de Italia por la doble consolidacion

de Austria en Milan y de España en Nápoles, y asegurado el triunfo de la reforma dividiendo las fuerzas del imperio cuantas veces habia estado en vísperas de derribarla.

El pontificado de Pio IV sólo tuvo de notable la conclusion del concilio de Trento, á los diez y ocho años de haberse abierto. Expresó bastante con estas interminables deliberaciones, á las cuales se mezclaron debates tumultuosos y á veces pendencias, la incertidumbre y perplegidad de los jefes de la iglesia en presencia de los peligros que la amenazaban.

La preponderancia episcopal, sostenida por los españoles en ódio á la centralizacion romana, que habrian trasladado gustosos á Madrid si semejante sustitucion hubiese sido posible, estuvo á punto de triunfar en forma de homenaje tributado á los principios de la primitiva iglesia; por su parte, los alemanes y franceses estuvieron en vísperas de dar el asalto al matrimonio de los sacerdotes. Pero el celibato quedó vencedor, y la supremacia de los papas salió de la lucha más fuerte que habia sido nunca, bajo el punto de vista espiritual, salvados el uno y la otra por la evidencia del peligro. Sintióse la necesidad de dar á la disciplina de la iglesia toda la fuerza que era capaz de recibir: la gerarquía fué sometida á reglas mas estrechas y severas que nunca, sustraída á la jurisdiccion laica y concentrada en la mano del jefe de la iglesia. En vez de obtener la emancipacion que reclamaban, los obispos perdieron la poca independencía que les quedaba; y los papas, léjos de ceder ninguna parcela de su autoridad, se hicieron atribuir por el concilio el derecho exclusivo de interpretar sus deci-

siones, facultad que les constituyó en jueces soberanos de la fé, y dió origen al monstruoso dogma de la infalibilidad.

El resultado de esta especie de golpe de Estado, de dictadura improvisada, fué entrar irrevocablemente el papado en las vías de la reaccion extremada, que hasta entónces habia estorbado más que favorecido, porque la veia dirigida por otra mano que la suya, explotada contra él, y porque implicaba momentáneamente el sacrificio casi completo de la dominacion temporal. El catolicismo, vencido en todas partes por el arrojo de los reformados halló nuevas fuerzas en este supremo esfuerzo de concentracion, y tomó poco á poco la ofensiva; siendo tal el vigor que le dió esta ruda disciplina que, en la pelea que se siguió, el protestantismo solo debió su salvacion á un movimiento de concentracion análogo, cuyo instrumento y expresion fué el calvinismo. Esta doctrina desesperada, que tuvo por dogma el fatalismo, por medio la democracia, por fin la dictadura, trajo á la reforma la organizacion militar, la espada sin la que perecia.

El mundo católico no cesó, sin embargo, de tener su segunda capital en Madrid; pero Felipe II hubo de renunciar, no sin pena, á ser papa, y resignarse al papel de brazo secular. Aunque sus disentimientos con la córte de Roma eran todavia frecuentes, una y otra parte los dieron al olvido, para obtener la unidad de accion que exigia la gravedad de las circunstancias.

Los cardenales eligieron á un santo, san Pio V, que habia sido monje domínico y gran inquisidor, y enseñó lo que es la santidad armada del poder absoluto. Siguió observando puntualmente en el trono las

abstinencias de la vida del convento: oró, ayunó, se disciplinó, vistió de paño burdo. Hasta aquí nada mejor; pero mezcló á estas perfecciones virtudes que hicieron desear los vicios de los Borgia. Hizo taladrar la lengua á los blasfemadores; reformó el tribunal de la Inquisicion que le parecia muy blando, le dió estatutos cortantes como el hacha, le suministró multitud de literatos y filósofos inofensivos para quemarlos vivos, entre otros al inmortal y malogrado Jordano Bruno: llevó á los Países-Bajos insurreccionados las feroces bandas del duque de Alba y de Felipe II, que vacilaba entre el rigor y la conciliacion; excomulgó á la reina Isabel, y osó alimentar la loca esperanza de dirigir un ejército á Inglaterra; en fin, decidió, por las más apremiantes instancias y por subsidios pecuniarios, á Catalina de Médicis á declarar la guerra á los reformados franceses, le envió un cuerpo de tropas auxiliares, despues de haber dado al conde Santafiore que las mandaba la instruccion de no dar cuartel á los hugonotes y de matar á todos los prisioneros en el acto. Pero no tuvo el consuelo de ver la Saint-Barthelemy, que habia preparado desde el principio de su pontificado y que deseaba con todos sus votos: murió la vispera de este gran auto de fé, semejante á aquel profeta que espiró á vista de la tierra prometida sin tener la dicha de entrar en ella.

Esta dicha fué otorgada á su sucesor Gregorio XIII, que recibió la noticia de la degollacion con trasportes de alegria: ordenó descargas de artilleria, cantar el *Te-Deum* y pintar un cuadro conmemorativo de este glorioso acontecimiento. Pero se distrajo en

seguida de su tarea por cuidados profanos, como la reforma del calendario, y no fué mas que pálido continuador de san Pio V, que Sixto V reemplazó mas dignamente (1584).

El reinado de Sixto V señala á la vez el apogeo de la influencia española y el momento en que empieza á declinar. Habia en esta extraña individualidad, que carecia de grandeza, pero no de fuerza, instintos de orgullo y de patriotismo que bullian contra la autocracia de Felipe II, á quien detestaba, pero que sufrió. ¿No era menester á todo trance conservar á la Iglesia la espada de este exterminador de la heregia? Asi admiraba personalmente el gran carácter de Isabel y hacia justicia á la superioridad de Enrique IV, áun lanzandó contra la una lá invencible armada, y comprando contra el otro la democracia de la liga; así tambien aborrecia la compañía de Jesus, pero retrocedió siempre en el instante de herirla y hasta le concedió privilegios.

Sixto V es, sin embargo, el último papa que, por la energia de su carácter, la audacia y aspereza de su ambicion, la actividad de su politica emprendedora, recuerda á los pontifices de la edad Media. Pero su espiritu sin fijeza ni penetracion, más travieso que sagaz, le engañó sobre los límites de lo posible. Los triunfos de la reaccion católica en Alemania y en Francia lo redujeron hasta el punto de creer en la posibilidad de una restauracion de la monarquía teocrática. Anunció, pues, formalmente la intencion de elevar este «poder, superior á todos los reyes de la tierra, instituido para precipitar del trono á los príncipes infieles y hundirlos en el abismo con los minis-

tros de Satanás», y acarició la idea de que él, el antiguo pastor de puercos, sería el héroe de semejante revolución.

Para conseguirlo más fácilmente, empezó por arruinar á sus súbditos con nuevos impuestos que habían escapado á la fiscalía tan perfeccionada ya de los tiempos anteriores, y amontonó millones de escudos de oro en las cuevas del Vaticano. En la esperanza de que realizaria la dominacion universal, Baronius escribió su historia y Bellarmino la teoría, casi tan olvidada como la práctica. Bajo la inspiracion de Bellarmino, los sacerdotes demagogos de la liga, Panigarolo, Boucher, Jenardent, la propagaron en el seno de las masas populares que habían ejecutado la Saint-Barthelemy. Siempre el mismo sistema, grato á la ignorancia democrática, de una soberanía reivindicada en nombre del pueblo contra los reyes, pero en provecho de un poder mil veces más tiránico que la autoridad real.

A esta gran ambicion, Sixto V juntaba otros planes todavía más quiméricos é impracticables. Pensaba expulsar á los turcos de Constantinopla con el apoyo de Persia, conquistar el Egipto, abrir el itsmo de Suez, proyecto entónces algo prematuro y, sobre todo, inoportuno; porque mientras él se entregaba á estos bellos sueños, los *bravi*, restos del régimen de los *condottieri* aniquilados, devastaban á su vista la campiña romana, sin acordarse de las espantosas ejecuciones con que primero se les había reprimido.

Conocidos son los resultados de su política cruel y desacertada en los Países-Bajos, que se perdieron

para España y la Iglesia. Todavía fué más desgraciado en Inglaterra. Se pregunta, al examinar su conducta en esta ocasion, si este extraño espíritu no cedia á un humor antojadizo, imperioso y violento mas que á una voluntad razonada. Despues de haber cambiado una excomunion con la amazona británica, que le volvió golpe por golpe su anatema; despues de haber dado sus Estados á Felipe II, se le vé de repente alegrarse en público de la ruina de la invencible Armada, é invitar á la reina á tomar la revancha desembarcando en España, sin atreverse á romper con esta potencia que le era odiosa.

Su intervencion fué más afortunada en Francia, donde acabó por imponer á Enrique IV la célebre transaccion que más tarde le dió el reino. Pero este éxito fué muy inferior á las esperanzas que habia concebido, dado que el rey salvó por el edicto de Nantes los derechos que habia comprometido con su abjuracion. Esta reconciliacion de Enrique IV con la santa Sede, negociada por los venecianos y aprobada, pero no concluida, por Sixto V, fué por parte de este una verdadera traicion contra Felipe II, que habia tomado muy á pecho los ofrecimientos de los demócratas de la liga, y se prometia hacer de Francia una provincia de España.

Este fracaso señala el decaimiento de la influencia española, que sucumbió aun más rápidamente de lo que se habia elevado. El pueblo español se detuvo en medio de su vuelo, como si el prodigioso gasto de energía y vitalidad que habia tenido que hacer para conquistar en tan poco tiempo la mitad de Europa, cubrir el Océano con sus flotas y poblar de colonias

el inmenso continente americano, hubiese agotado de súbito su fuerza expansiva.

Sus apóstoles y hombres de Estado, Cárlos V, Ignacio de Loyola, Felipe II, Lainez, etc., habian salvado á la iglesia por operacion semejante á la que se practica á bordo de los navios azotados por la tempestad: echando al mar todo el lujo inútil y embarazoso, como las pocas instituciones liberales que se habian conservado en su seno. La Iglesia recibió de ellos su forma definitiva, su disciplina, su arte, su temperamento y espíritu, siendo el ascetismo del siglo XVII puramente español. España le dió de una sola vez tal hormiguero de doctores, predicadores y casuistas, que nada en la historia del mundo podria dar idea de esta deplorable fecundidad.

Esta influencia dejó, sobre todo, profundo sello en la Italia de los siglos XVI y XVII. La combinacion de estos dos genios tan distintos, de la familiaridad italiana con la hinchazon española, este concubinato de la pasion y movilidad con la rigidez y sequedad, dió al mundo su producto ambiguo, equívoco, bastardo, una generacion de impotentes y de abortos. Las costumbres afectaron una austeridad hipócrita, y las maneras tomaron un tono á la vez erguido, pedantesco y servil; nació la etiqueta, y con ella el alto estado, más bajo que el pequeño; el arte cayó en un desabrido naturalismo, imitado de los maestros españoles. La literatura, agotada por la Inquisicion, pasó á ser, como la devocion, una especie de *ejercicio espiritual*, esto es, un repertorio de vanas bagatelas y de fórmulas invariables, haciéndose perdonar sus temeridades de otras veces á fuerza de nulidad, de simpleza y orto-

doxia. Una sola excepcion se produjo á esta nada, la *Jerusalen libertada*, el más católico y devoto de los poemas, y tambien el más artificial; una falsificacion de la *Eneida*, imitacion de una imitacion.

Un rasgo basta para caracterizar el gusto de Sixto V, que se creia llamado á proteger las artes. Pensando y con razon no haber hecho bastante para su gloria mandando erigir las estátuas de los apóstoles San Pedro y San Pablo en lugar de las de Trajano y Antonino sobre las dos columnas que las sostenian y plantando una cruz en las manos de la Minerva antigua, trató de eclipsar el siglo de Leon X con un monumento sin igual: levantar el obelisco delante de la iglesia de San Pedro. Terminada la operacion, mandó acuñar medallas en conmemoracion de este gran acontecimiento, que participó á todos los príncipes de la cristiandad.

Y, sin embargo, esta época fué gloriosa en comparacion de las que le siguieron, y Sixto V parece un gran hombre al lado de sus sucesores. Llevóse al sepulcro el último prestigio del antiguo papado, y la última palpitation de la independenciam nacional. Despues de él, todo es vacío y silencio en esta historia, sólo interrumpidos de cuando en cuando por impotentes aspiraciones.

CAPÍTULO XVIII.

Decadencia del Papado.

Las guerras de religion fueron el último latido del poder pontificio. Miétras conservaron su carácter de fanatismo y sinceridad, miétras duró esta propaganda del furor, los papas, arrastrados en cierto modo por las pasiones de que las más veces no participaban, quedaron por la fuerza de las cosas á la cabeza de las naciones cristianas; pero del ciego desenfreno de estas pasiones y del caos de atrocidades que enjendraron por una y otra parte, salió un pensamiento de imparcialidad que las condenó en nombre de sus mismos excesos, y se elevó á un ideal de justicia colocado sobre sus agitaciones. La nocion moderna del Estado, considerado como un ser abstracto, impersonal, tolerante, comenzó á prevalecer á consecuencia de las guerras de religion. La proclamó primero el partido de los políticos en Francia, declarando las opiniones religiosas descartadas del gobierno de los pueblos. El Estado, su heredero, debia de ser moderado, equitativo, desinteresado, reunir todas las cualidades de que aquellas no se habian mostrado capaces.

Así, la experiencia, el sentido práctico, la diplo-

macia de las altas cuestiones conducian á las mismas verdades que la filosofía especulativa; los hombres de Estado venian á confirmar las conclusiones de los pensadores de la Reforma y del Renacimiento. Claro está que el nuevo principio no triunfó desde luégo; habia de ser explotado en provecho de las dinastías ántes de ser aplicado en interés de las naciones; pero su introduccion trajo desde el siglo XVII mejoras muy felices en el derecho público de Europa. Las alianzas y las guerras se acordaron por consideraciones de equilibrio ó de preponderancia, protectoras de la independencia individual de cada gobierno y extrañas á los siglos precedentes. El nuevo principio se impuso bajo mil formas á aquellos mismos que le negaban homenaje, para los cuales, aunque invocaban antiguas pasiones, el interés religioso era sólo una máscara con que cubrian su ambicion política, no siendo ya el catolicismo más que un arma de que se servian los príncipes para obtener en sus Estados la nivelacion y unidad de que necesitaban.

Las conveniencias particulares de la córte de Roma eran de interés muy secundario, en un órden de cosas donde dominaban tales preocupaciones. Así, el papado pierde toda influencia, no sólo sobre los asuntos generales de Europa, sinó hasta en los débiles movimientos que agitan á Italia en medio de su marasmo.

Realizando el *desideratum* que le habia legado Sixto V, esto es, reconciliando á Enrique IV con la iglesia católica, Clemente VIII puso en el trono la viva personificación de la política que por mucho tiempo iba á gobernar á Europa. Con ésto dió un golpe mor-

tal á la dominacion austro-española, única potencia cuyos intereses habrian podido conciliarse con una restauracion pontificia. El ducado de Ferrara, que gracias al apoyo de Francia y á pesar de España conquistó de la casa de Este como antiguo feudo de la santa Sede, bastó para engañarle sobre la inoportunidad de romper una alianza á la que, á pesar de sus inconvenientes, habian debido los papas sus últimos dias de brillo y de grandeza. Por lo demás, al modo que sus predecesores, no se atrevió á declararse franca y resueltamente contra una dominacion que detestaba, y despues de su expedicion sobre Ferrara, se detuvo como asustado de su obra. Esto fué cuanto pudo emprender contra un enemigo ya tan débil, que una conspiracion dirigida por un soñador como Campanella, bastó para echarlo por siempre del reino de Nápoles.

Ménos inteligencia mostrò aun Paulo V cuando, á propósito de una cuestion de diezmos y de un conflicto de la jurisdiccion eclesiástica con la justicia civil, desplegó todo el antiguo aparato de las excomuniones é interdictos, para aterrar á la república de Venecia. Un monje habia sido condenado á muerte y ejecutado por un robo con asesinato; un canónigo y un abate estaban presos, despues de haber sido convictos, segun todas las formas legales, de incestuosos, adúlteros y envenenadores. Paulo pidió que se entregasen los culpables á su nuncio apostólico, y porque el senado veneciano se negó, lanzó el interdicto sobre Venecia. Poco faltó con este pretexto para que Italia no volviese á ser el campo de batalla de los ejércitos extranjeros; pues se esforzó en coaligar á todas las cór-

tes de Europa contra aquel pequeño Estado, cuya estrella palidecia desde el descubrimiento de América y el desarrollo marítimo de las potencias occidentales. Mas este golpe no le salió tan bien como á Julio II. Sucedió felizmente que España, cuyo auxilio reclamó especialmente, y Francia, que los venecianos llamaron en su ayuda, tenían otras ocupaciones que no les permitieron ofrecer otra cosa que su mediación.

El papa tuvo que contentarse con una guerra de pluma, que fué sostenida por Baronius y Bellarmino por una parte, y por la otra por Fra Paolo Sarpi. La república, dirigida por las valerosas inspiraciones de este religioso, que habia de pagar cara su elocuencia y atrevimiento, cortó de raíz las intrigas y agitacion desterrando á los jesuitas de su territorio y prohibiendo la publicacion de las bulas pontificias. El clero se amedrentó y mantuvo obediente á las leyes del Estado. Paulo V, viendo la opinion de Europa declararse unánimemente contra sus pretensiones, y desesperando de reducir á la República con sus fuerzas, se resignó á aceptar la mediacion de Francia y una satisfaccion más aparente que real. Salvóse su amor propio entregando los prisioneros al cardenal de Joyeuse, representante de Enrique IV, que los entregó al nuncio; pero la República fué absuelta, sin modificarse las leyes que habian dado origen al interdicto y que el papa habia declarado impías y sacrilegas. Poco despues de esta transaccion, Fra Paolo Sarpi caia herido de quince estocadas. Habiendo curado, escribió la historia de la contienda en que acababa de figurar tan honrosamente, y fué todavía blanco de tentativas de ase-

sinato, que se renovaron hasta el fin del pontificado de Paulo V.

Semejante fracaso dá la medida de lo que podia ser su influencia en los demás Estados de Europa. Los antiguos partidos religiosos no estaban, sin embargo, desarmados en Alemania ni en Francia; testigo la muerte de Enrique IV, que fué su obra y que despertó sus mútuas desconfianzas; pero estaban desacreditados, y en vez de motores principales de las combinaciones políticas, pronto no fueron ya mas que sus instrumentos. Los príncipes que más alto proclamaban su ortodoxia, habian dejado de recibir sus inspiraciones de Roma. El mismo Fernando II, el alumno de los jesuitas y héroe de la reaccion católica en Alemania, se apoyó en las pasiones religiosas para elevar la casa de Austria; pero probó muchas veces que sabia prescindir muy bien de la aprobacion del papa, y no se cuidó de restablecer una autoridad tan esencial al catolicismo.

El espíritu de esta trasformaciou, tan importante, aparece sobre todo en la cuestion de la Valtelina.

Una de las grandes causas del decaimiento de la potencia austro-española desde la muerte de Cárlos V, habia sido el enfriamiento siempre creciente de las dos córtes de Viena y de Madrid. Sus comunes peligros y la evidente solidaridad de sus intereses, les inspiraron la idea de unirse; ¿por qué una nueva alianza no les volveria la preponderancia que les habia dado su union bajo el cetro de Cárlos? Para facilitar las comunicaciones que este proyecto hacia necesarias entre los dos Estados, ocuparon los desfiladeros de la Valtelina, que les servian de punto de union

en Italia. Merced á esta aproximacion de sus fronteras, el emperador y el rey podrian juntar sus tropas y recursos, dirigirse en masa á los puntos amenazados, formar, en una palabra, un solo cuerpo.

Saboya y Venecia fueron las primeras en dar el grito de alarma, denunciando una usurpacion que tan directamente amenazaba su independenciam. Francia vió levantarse el espectro de Carlos V, y se aprestó á oponerse con las armas. Gregorio XV, recién elegido papa, se interpuso, suplicó y obtuvo ocupar la Valtelina con sus tropas hasta el arreglo definitivo de la cuestion; mas habiendo muerto Gregorio en estas gestiones, su sucesor Urbano VIII supo de repente con gran sorpresa que, sin cuidarse de su mediacion, los franceses acababan de declarar la guerra al Austria y á España, de expulsar las guarniciones pontificias de la Valtelina, de aliarse con Inglaterra, Holanda, Dinamarca y todas las potencias protestantes de Alemania. ¿Y quién era el autor de esta gran combinacion política, tan extraña á los cálculos de las pasiones religiosas? Un cardenal de la santa Sede, Richelieu. Para que el papa no dudase acerca del sentido de esta determinacion, cuando se acordó la paz, el tratado se firmó sin haberle consultado (1626).

Tampoco fué un pensamiento religioso el que inspiró al cardenal Richelieu cuando, despues de fracasada esta tentativa para abatir la casa de Austria, se alió con ella y con España contra Inglaterra, de la que estaba quejoso, y que Urbano, seducido por este fácil giro, esperó ver aniquilada, tomando por una conversion este titubeo del génio ante obstáculos imprevistos.

Tambien, cuando Richelieu acabó con los calvinistas franceses en Rochelle, persiguió en ellos no una secta herética, sino un partido político, cuya indisciplina se oponia á la unidad que queria realizar en Francia. No pueden ménos de juzgarse severamente ciertas tendencias de su administracion, pero hay que hacerle justicia reconociendo que supo elevarse más que nadie sobre los prejuicios de la clase á que pertenecia, y que nunca desplegó contra los reformados el furor que Luis XIV. En esto, como en todo lo demás, Richelieu domina desde muy alto al gran rey. El sacerdote obra como politico; el rey, como inquisidor.

Su alianza con España era demasiado contraria á la idea que tenia del papel político de Francia en el extranjero, para sobrevivir á la pasajera necesidad que la habia originado. El triunfo de la reaccion hispano-austriaca en Alemania, la gran preponderancia que Fernando adquirió por la propaganda de sus ejércitos y, sobre todo, de los jesuitas, que obraron milagros de conversion manejando la uncion, la diplomacia y la horca, los ambiciosos proyectos de restauracion imperial que osó concebir en la embriaguez de su triunfo, no tardaron en llevar á Richelieu á las tradiciones políticas de Enrique IV que habia abrazado al principio de su ministerio. En adelante no tuvo otro pensamiento que mantener á toda costa la independencia de los Estados de la gran república europea, abatiendo las potencias que comprometian su seguridad, impidiendo la formacion de todo centro que amenazara la paz del mundo.

La sucesion del ducado de Mántua, devuelto al duque de Nevers, de la rama francesa, de la casa de

Gonzaga, ofreció á Richelieu la ocasion que buscaba de romper con Austria y España. Esta vez el mismo Urbano VIII, creyéndose amenazado en su soberanía temporal por los progresos de la dominacion imperial, entró secretamente en la liga protestante, cuyo hombre de estado fué Richelieu y Gustavo Adolfo el héroe; pero, á ejemplo de sus predecesores, Urbano no ejerció influencia en las peripecias de la guerra de los Treinta años, que, bajo señales tomadas de las luchas religiosas, obedecía á un nuevo principio cuyo sentido se le escapaba.

Tuvo el candor de admirarse de que Gustavo Adolfo, despues de haber libertado á Alemania de la autocracia austriaca, se mostrase más preocupado de crear nuevos estados y grupos politicos capaces de resistir á semejante vecino, que de devolver á la iglesia los obispados que habia perdido. Sostuvo, por otra parte, á Richelieu con flojedad en la larga guerra que éste hizo á los españoles en Italia, y dejó tomar el primer rango en los asuntos de la Península á un pequeño Estado, que hasta entónces solo habia figurado oscuramente, á Saboya, gobernada todavia por una regente. Tambien se asombró cuando, al concluirse la paz que consagró el abatimiento de la casa de Austria, se apercibió de que no habia sido más que instrumento secundario del cardenal; pero su despecho no le sirvió mejor que su inútil complacencia.

Este desgraciado ensayo fué por mucho tiempo la última intervencion de los papas en una cuestion europea: renunciaron á las grandes ambiciones, concretándose á las miserables bagatelas de su pequeño gobierno. Del deseo de apoderarse del imperio del mun-

do cayeron al de gobernar á Italia; del sueño de la monarquía italiana, á la ambicion subalterna de acomodar á su familia, fundando principados para sus sobrinos; este fué el último cuidado de su poder espirante.

La administracion de los Estados romanos fué desde entónces lo que es hoy, un mecanismo sabiamente complicado para llegar á la inmovilidad, un sistema organizado para sofocar sin ruido ni brillo, por falta de aire, toda vida, toda actividad, toda expansion intelectual, todo progreso iudustrial ó científico, todo vuelo, en una palabra, que pudiese hacer al elemento lego independiente, ilustrado, enérgico, emprendedor. Ya no tenian cabida en Roma más que dos clases de hombres: el alto estado y el privilegio. El comercio sólo existia en forma de tráfico de las cosas santas; la ciencia no hallaba más que el tormento ó la cárcel perpétua en la persona de Galileo; la agricultura, arruinada por la muerte de los pequeños centros de la campiña, por la destruccion de la nobleza, por la incuria sacerdotal, cómplice de la malaria, no dejaba otra salida á las actividades que funciones serviles, improductivas, donde todo era intriga, venalidad, explotacion. El empobrecimiento, la ruina, invadian á las familias más opulentas, gracias á la expoliacion organizada bajo la forma de los *monti*; la miseria y la mendicidad se ocultaban bajo apariencias fastuosas, último giron de la púrpura romana; la deuda adquiria proporciones espantosas, á pesar de los impuestos y subsidios que afluían de todos los puntos del globo á aquella capital de la usura.

El reinado de Inocencio X no fué más que una ri-

validad entre dos mugeres, doña Olympia Maidalchina y doña Olympia Aldobrandino, que se disputaban su corazon. No quiso pasar, sin embargo, sin dejar huella en la historia; tuvo tambien su empresa, la destruccion de la ciudad de Castro, que fué arrasada en expiacion de la repugnancia que su soberano, el duque de Parma, mostraba en pagar una deuda contraida con los *monti*. Una columnã se erigió sobre las ruinas de este desgraciado pueblo, cuyos habitantes fueron condenados á errar sin asilo, y en ella se leia una inscripcion lacónica para atestiguar á la posteridad la energia del pontífice: «Aquí estuvo Castro.»

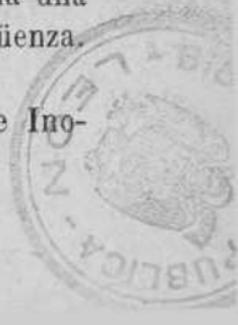
Desgraciadamente para su memoria, esta fué la única prueba que dejó de ella. Las instancias de Mazariño para que se declarara contra España no tuvieron más éxito que las del virey de Nápoles para atraerlo á la causa española; pero cuando este fué derrocado por la doble revolucion que casi puso fin á la dominacion española en Italia, á consecuencia de la corta dictadura de Mazaniello, Inocencio no vaciló en salir de su neutralidad: prometió su apoyo al duque de Guisa, como legítimo heredero de los duques de Anjou, y le decidió con sus promesas á que fuese á reivindicar aquella herencia; pero lo abandonó tan pronto como un giro de fortuna anunció el restablecimiento de los negocios de España en Nápoles (1650).

Tomó parte ménos activa aún en la simulada intentona de restauracion católica, que costó el cadalso al rey de Inglaterra Carlos X. Estas cuestiones no interesaban ya al papado, y su indiferencia no quedaba sin castigo, pues los gabinetes lo trataban con desden fingiendo ignorar hasta su existencia. Así, no lo ve-

mos figurar en ninguno de los tratados que señalan el fin del siglo XVII, y esta omision calculada inspiró al mismo Inocencio un acto extravagante, que colmó el descrédito en que habia caído la corte de Roma: cuando la paz de Munster puso provisionalmente fin á las largas guerras de Europa y permitió á las naciones quebrantadas por tantos combates cicatrizar sus heridas, una voz se elevó para protestar contra el tratado, la del representante de Jesucristo.

Al desprecio siguió luego el ultraje. Inocencio X habia merecido el primero, Alejandro VII recibió el segundo. El rey cristianísimo, el nuevo Constantino, el exterminador de la herejia, Luis XIV, en fin, fué el que se encargó de imponérselo. Lo fútil del pretexto que eligió, revela mejor su intencion. Un dia las gentes del duque de Crequy, su embajador, se trabaron de razones con los guardas corsos del papa, y un hombre resultó muerto de la pendencia que se siguió. Luis XIV, irritado, pidió solemnemente reparacion, que le fué negada: el papa, amenazado por el rey, anunció la intencion de resistir hasta el último trance; hizo demostraciones, pasó revista á sus soldados en el monte Mario. Luis XIV ocupó enseguida á Aviñon, y participó al pontífice que iba á embarcarse un regimiento para Roma; esto bastó. El papa, humillado, tratado tan insolentemente como si hubiese sido el dey de Argelia ó de Tunez, se excusó con una debilidad que justificaba el desden con que se le trataba, y se comprometió por el tratado de Pisa á erigir en Roma una pirámide para eternizar el recuerdo de su vergüenza. (1662).

Odescalchi, que sucedió con el nombre de Ino-



cencio XI al inofensivo Altieri, mostró más valor y dignidad que en muchos años se había visto en el trono de San Pedro, haciendo cara á Luis XIV con singular firmeza en dos circunstancias. La primera fué la célebre cuestion de la Regalia.

Se designaba con este nombre un derecho que tenía el rey de Francia de percibir las rentas de algunos obispados durante la vacante y de conferir los beneficios que dependian de ellos. Luis XIV extendió por decreto este derecho á todos los obispados del reino, y el papa reclamó contra este acto que consideraba como una usurpacion de los privilegios de la corte romana. Mas en vez de declararse en su favor el clero de Francia, se levantó casi á una para defender la obra de su rey. ¿De dónde le venia este celo? Es costumbre extasiarse aquí sobre el espíritu liberal é independiente de la gloriosa iglesia galicana. Qué decir, sin embargo? No era este clero el de las conversiones forzadas, y aquel soberano el rey de las dragonadas?

Un exámen ménos superficial da el secreto de este liberalismo improvisado. Lo encontramos en los mismos procesos verbales de las asambleas del clero francés, en el acta original del consentimiento de los prelados para la extension de la Regalia. El clero estaba entónces empeñado en una empresa que hacia medio siglo perseguia, y para la cual necesitaba del concurso del rey: la revocacion del edicto de Nantes. Dió, pues, al rey la Regalia con la suma de las contribuciones extraordinarias del don gratuito, y el rey le entregó á los reformados. Las condiciones de este contrato están minuciosamente consignadas en una sé-

rie de piezas oficiales que no dejan lugar á discusion. Y para que no se dudase sobre los móviles que lo inspiraban, el clero francés declaró expresamente en la misma acta que su consentimiento se debia á la gratitud por los servicios que el rey habia prestado contra la herejia, y por los cuales le prometia aún más.

A pesar de la extraordinaria inteligencia que revela esta decision, y por la que decia el gran Condé que la iglesia de Francia se haria protestante si el rey se lo exigiese, Inocencio XI no vaciló en condenarla, dando motivo con esto á la declaracion de 1682, que era la antigua tésis de las libertades de la iglesia galicana. Estas libertades habian formado parte, en efecto, de las tradiciones nacionales, puesto que subian por Cárlos VII y San Luis hasta Hincmar, arzobispo de Reims, de la época carlovingia; pero habian sido en gran parte abandonadas desde Luis XI y, sobre todo, desde el concordato de Francisco I con Leon X.

Obra de circunstancias, no inspirada por el espíritu de independencia, sino por la intencion de dar una prenda de servilismo á un rey más celoso que el papa y de quien se esperaban más odiosos servicios, abandonada y renegada más tarde por sus propios autores, esta restauracion de las libertades galicanas sólo oculta, bajo la pompa hipócrita del lenguaje que le prestó el genio de Bossuet, un expediente político, cuyos verdaderos móviles no se descubren sin disgusto. Así, defendiendo con tanta pasion los derechos del poder civil contra la corte de Roma, no tenía aquel clero otro fin que esclavizar definitivamente á Luis XIV á su influencia; así como su iglesia, tan celosa por sus libertades, imponia al rey una doble persecucion reli-

giosa que el papa no queria aprobar, del mismo modo que no vaciló en condenar la loca empresa de Jacobo II contra la constitucion inglesa.

Ménos de once años despues de esta ruidosa promulgacion de las libertades galicanas, uno de los sucesores de Inocencio recibia de Luis XIV una carta llena de arrepentimiento y humildad, que atestigua la debilidad á que le habia conducido el yugo de los confesores, y en la que le suplicaba considerar la declaracion de 1682 como no sucedida. Al mismo tiempo se retractaban de ella los prelados que la habian firmado, en una carta individual, que muestra á las claras la bajeza é indignidad de estos cortesanos perseguidores: «Santísimo padre, decian, cuando la Iglesia se entrega en fin á la alegría, cuando todos los cristianos recogen los frutos de vuestros cuidados paternales y hallan asilo en vuestro seno como en el del más tierno padre, nada me seria más penoso que ver que el estado presente de los negocios me cierra aun el acceso de las buenas gracias de Vuestra Santidad. Sabiendo que experimento esta desgracia por haber asistido en 1682 á la asamblea del clero francés, me arrojé á los piés de vuestra Beatitud para profesar y declarar que mi corazon está vivamente afligido más de lo que puedo expresar, por las cosas que pasaron en la dicha asamblea y que disgustaron á Vuestra Santidad y á sus predecesores. En consecuencia, tengo por no decretado y declaro que debe tener por tal todo lo que se pudo juzgar y decretar en aquella asamblea contra el poder eclesiástico y la autoridad pontificia.... Ofreciendo á Vuestra Santidad esta prenda de mi fidelidad absoluta y de mi profundo respeto, deseo que

nunca se pueda poner en duda la obediencia que le debo y que procuraré prestarle hasta el último día de mi vida.—Espero, pues, que Vuestra Santidad se dignará darme sus buenas gracias, etc.—14 Setiembre 1693.»

Hé aquí en lo que vino á parar la declaracion de 1682. Produjo, sin embargo, más resultados de los que sus autores habian previsto, como si no pudiera invocarse el nombre de la libertad, aun con intencion de venderla, sin hacerle dar sus frutos. La oposicion parlamentaria se apoderó de ella y, por más que nunca podia llegar á ser arma temible en tales manos, sirvió más de una vez en el siglo XVIII de salvaguardia á la independencia civil, amenazada por las reacciones religiosas.

En el curso de esta cuestion, como en el de las franquicias que la siguió luego, Inocencio XI mostró un valor que parece heroismo al lado de las bravatas tan mal sostenidas de Inocencio X.

Las franquicias eran un derecho de asilo establecido en provecho de los embajadores de las grandes cortes europeas en Roma, pero que todas las potencias habian renunciado por lo anticuado, abusivo y contrario á la equidad. Feliz con este pretexto para humillar á su enemigo, Luis XIV reivindicó su privilegio con arrogancia insultante, y envió á Roma para hacerlo respetar al marqués de Lavardin con una escolta de ochocientos hombres; el papa excomulgó al marqués. Lavardin hizo celebrar con ostentacion el servicio divino en la iglesia de san Luis de los franceses; el papa puso la iglesia en entredicho. Lavardin fué á desafiar al pontifice hasta en la iglesia

de San Pedro en actitud amenazadora y provocativa.

Léjos de intimidarse por estas brutales demostraciones, Inocencio se mantuvo hasta el fin, y Alejandro VIII recogió el beneficio de su firmeza recibiendo la sumision de Luis XIV, que renunció á su derecho de asilo como á las libertades galicanas.

Pero estos dos resultados de tan escasa importancia, únicos que el papado consiguió á fines del siglo XVII, no compensaron el abatimiento en que se encontraba. Y, sin embargo, el porvenir no le presentaba mas que amenazas. La Gran Bretaña, que por un instante pudo esperar que volviese á su obediencia, gracias á la conspiracion de Jacobo II, se le escapaba para siempre por la consolidacion definitiva de su doble constitucion politica y religiosa. La católica España, más y más agotada, agonizaba con su rey Cárlos II, cuya herencia se disputaban en su vida las cortes extranjeras. Todo el Norte obedecia á dogmas nuevos; Francia se mostraba indócil, malévolá, tiránica, bajo el rey más ortodoxo que tuvo nunca, y ya nutria con Voltaire y Montesquieu la generacion que habia de preparar las vías de la gran era de 1789. En fin, Italia, cada vez más aletargada despues de sus largas agitaciones, indiferente de su propia suerte, incapaz de manifestar una voluntad, parecia no sospechar siquiera los trastornos que removian á Europa.

Dormia su sueño de decadencia entre dos guardias enfermos llenos de solicitud: el alto estado y la direccion, que le administraban por remedio la pesada prosa de los casuistas, por recreo las insipidas representaciones de la *Comedia dell' arte*, por placer los go-

ces del matrimonio en comandita y por goce estético los esplendores del arte jesuita. Gracias á estos dos ejecutores testamentarios de la dominacion eclesiástica *en extremis*, la energía viril, herida en su foco, la familia, se extinguía insensiblemente en el empalago, la pereza y el aburrimiento.

REVUE

1872

1872

CAPÍTULO XIX.

Nulidad política del papado en el siglo XVIII.

A principios del siglo XVIII se vieron casi todos los tronos de Italia puestos á subasta.

El primero fué el de Nápoles, vacante por la muerte del rey de España, Carlos II, y que los Borbones, sus herederos, disputaron á la casa de Austria, así como el Milanésado y la isla de Cerdeña, que hacian parte de sus posesiones. El segundo fué el de Toscana, que quedó libre por la muerte de uno de los Médicis. El tercero fué el ducado de Parma, disponible por la extincion de la casa de Farnesio.

Estas sucesiones motivaron cuatro grandes guerras y otros tantos tratados, que en cuarenta años cambiaron cuatro veces la constitucion, límites y soberanos de los Estados italianos. Ora eran adjudicados como anejos á un reino extranjero; ora erigidos á modo de mayorazgos para los hermanos segundos ó bastardos de las casas de Austria, de España ó de Borbon, siempre disputados, destrozados, estiraceados en mil sentidos contrarios, como herencia vacante por codiciosos colaterales. Durante estas tristes contiendas, á propósito para herir el amor propio nacional, Italia quedó tranquila espectadora del combate al que habia de ser-

vir de precio, sin admirarse de que no se pensara en consultarla. Solamente los duques de Saboya se mezclaron en la lucha, con fin interesado, para tomar su parte en el botin, del que sacaron primero su título de reyes. Hicieron traicion sucesivamente á sus aliados entregándose al que ofrecia más, con ingénuu truanería, con descaro encantador por lo franco y espontáneo; y en cada defeccion aumentaban su peculio, redondeaban sus pequeños Estados con los restos de algun territorio ó provincia, sin escrúpulo ni remordimiento, persuadidos de que sus descendientes sabrian utilizar más tarde sus piadosos hurtos, como esos hijos de familia que rehabilitan por el uso liberal y generoso las riquezas mal adquiridas de un padre usurero.

El arreglo de Aix-la-Chapelle, que puso fin á las competencias de Austria, Francia y España, fué inspirado por miras relativamente desinteresadas. La imposibilidad en que se hallaba cada una de estas potencias de hacer triunfar su influencia en la Península, y los principios de la política de equilibrio que la fuerza de las cosas tendia á imponer desde el siglo XVII, fueron causa de que resolvieran de comun acuerdo cerrar el campo de batalla, el golfo donde se hundian sus ejércitos, dando á Italia soberanos independientes; pero ninguna de ellas pensó darle, en provecho de Europa, la unidad que cada una habia esperado fundar en su propio interés. Los hombres de Estado convenian en reconocer que la independencia de Italia era indispensable para la paz de los Estados europeos; mas ninguno pensó que la única garantía eficaz de esta independencia era la nacionalidad, esto es, una constitucion, si nó unitaria, favora-

ble á lo ménos para una accion comun y solidaria de los gobiernos italianos. ¿Ni cómo habian de ocuparse en esto cuando lo tenian olvidado aquellos para quienes era cuestion de patriotismo, de honor y de vida?

La organizacion política que salió del tratado de Aix-la-Chapelle, léjos de prestarse á la confederacion de los Estados de la Peninsula, mantuvo por el contrario, en forma de influencias dinásticas, el antagonismo que habia creado el conflicto de las dominaciones extranjeras. Los ejércitos de Austria, Francia y España, evacuaron la Italia, excepto el Milanesado, que quedó para el emperador; mas las casas reinantes de estas naciones guardaron sus representantes en Nápoles, Parma y Florencia, lo cual bastó para hacer imposible la union.

Para este resultado, ¿quién habia trabajado más que los papas? Y hasta ¿quién mas que ellos contribuia á mantenerlo? En vano se objetará la nulidad de su accion politica en el siglo XVIII; su misma existencia era un obstáculo permanente que impedia toda gran reconstruccion. Cualquiera que fuese el descaro con que la diplomacia disponia, á pesar de sus protestas, de las provincias que consideraba como sus feudos, se cuidaba demasiado poco del interés de los pueblos para tocar nunca al arca santa del patrimonio de san Pedro, que quedaba en el centro de Italia, como muro de bronce destinado á impedir eternamente la union de los fragmentos aun vivos de aquel gran cuerpo mutilado.

Los soberanos pontifices no necesitaban ya de los socorros extranjeros para mantenerse contra vecinos incapaces de moverse por lo fatigados, débiles y espi-

rantes, por lo que no se les puede reprochar la menor parte de iniciativa en las guerras del siglo XVIII. Pero su responsabilidad no es menor que la de los tiempos anteriores, porque si franceses, españoles y alemanes consideraban la Italia como su propiedad, como su presa; si se repartían sus pedazos, ¿quién les había dado semejante opinión? quién los había llamado, alentado, sostenido?

La neutralidad que los papas procuraron conservar en las luchas que siguieron á la guerra de sucesión de España, solo fué el tardío expediente de su debilidad, y aun no tuvieron bastante energia para hacerla respetar. Vemos á Clemente XI, favorable primero á Luis XIV y á su nieto Felipe V, volverse contra ellos apenas triunfa la coalición anglo-austriaca. Sus sucesores muestran la misma volubilidad que imitan los demás príncipes italianos cambiando sin vergüenza con la fortuna.

Sólo una vez concibieron, bajo la inspiración de un aventurero descarriado, que casi trastornó á Europa y que tuvo á lo ménos la virtud de la ambición, Alberoni, la idea de reunir todos los Estados en una liga destinada á restablecer cuando ménos la sombra de una autonomía nacional, á no dejar subsistir en la Península más que gobiernos elegidos ó aceptados por los italianos, no impuestos por Europa, á desterrar toda dominación extranjera. Las circunstancias parecían que facilitaban la empresa. Una mujer, María Teresa, ocupaba el trono de Austria, y un imperio amenazaba fraccionarse por momentos; Francia y España, satisfechas por el establecimiento de un Borbon en Nápoles, alentaban el proyecto. Pero el papa

Benito XIV negó su adhesión, á lo cual se juntó la abstencion de Venecia, decadente y envejecida, y la traicion del duque de Saboya, siempre fiel á su política mercantil y pérfida.

Estos testimonios oficiales y repetidos de la muerte de un gran pueblo, que habia llevado por tanto tiempo en sus manos la antorcha de la civilizacion, se dieron precisamente cuando las nacionalidades europeas se afirmaron con más fuerza y originalidad; Inglaterra, por la victoria definitiva de su admirable constitucion; Francia, por su gran creacion filosófica del siglo XVIII, que debia renovar el mundo; Alemania, por la formacion de Prusia, verdadero centro de la personalidad germánica; Rusia, por la poderosa improvisacion de su héroe Pedro el Grande. Sólo España parecia, como Italia, enferma en las fuentes mismas de la vida y por haber abrazado la misma causa, pero á lo ménos no habia dejado de pertenecerse á sí misma.

Esta breve enumeracion, en que entran tres potencias hostiles por naturaleza al catolicismo, y otra que tal vez se apartaba más aun de él, por más que continuase en llevar su antiguo nombre de cristianisima, muestra cuán poco debia ser escuchada en los consejos de Europa la voz de los soberanos pontífices, quienes tampoco se cuidaban de hacerla oír, absortos en intrigas liliputienses ó en disputas teológicas, que ya no interesaban á los pueblos, y aun en esto seguían el impulso en vez de darlo. Así, la famosa bula *Unigenitus*, dirigida contra los jansenistas, y que suscitó en Francia tan ruidosos clamores, fué obra del clero francés y de los jesuitas más que de Clemente XI que le puso el sello apostólico (1713).

Todavía fueron de orden ménos elevado las preocupaciones de su sucesor Inocencio XIII, que sólo pensó en hacer pagar lo más caro posible al cinico abate Dubois su capelo de Cardenal, y éste compró sucesivamente al papa, á sus sobrinos, á sus matronas y á parte del sacro colegio, abriendo el camino á los negociadores que pagaron la eleccion de Ganganelli. Clemente XII establece una lotería bajo el patronato del gobierno pontificio, y fulmina excomunion contra la fracmasonería. Benito XIII canoniza á Hildebrando para poner á lo ménos en el cielo un ideal que habia dejado de ser posible en la tierra. En fin, para colme de desgracia, el espíritu omnipotente que impulsa al siglo, coloca en el trono pontificio á un hombre dulce, tolerante, moderado, lleno de sabiduría y de filosofía, dispuesto á todas las concesiones, al amable y bueno Lambertini, carácter sin mancha, espíritu encantador, papa detestable (1740.)

Ningun acontecimiento podia ser más desastroso para la córte romana. ¿Cuál era, en efecto, el sacrificio que se le pedia en nombre de esas nuevas palabras civilizacion, tolerancia, libertad, progreso, que Lambertini se preciaba de comprender? Nada ménos que el sacrificio de su propia existencia, que se hallaba muy expuesta bajo el gobierno de un papa que no se asustaba de semejante programa. ¿No era su tradicion viva de la que renegaba Lambertini al aceptar la dedicatoria del *Mahomet* de Voltaire? ¿Qué era Mahomet si no el antiguo tipo teocrático, el sacerdote de Inocencio III?

Ya el movimiento de renovacion que en Francia habia de servir de suplemento á la reforma sofocada

en la sangre de sus hijos y traer nuevos beneficios al resto de Europa, tenía en todas partes por instrumentos ministros coronados, que le servían esperando explotarlo en su provecho, sin advertir que serían barridos por él el día en que no necesitase de sus servicios. Reyes y emperadores recibían de Ferney la inspiración filosófica. Lo arbitrario pedía consejo á la libertad, y se ofrecía á ejecutar sus planes, creyendo los gobiernos, sobre quienes había pesado por tanto tiempo el yugo de Roma, que solamente Roma recibiría los golpes y serviría de víctima expiatoria.

El gran principio de la separación de la Iglesia y el Estado, que la revolución francesa había de dejar en el fondo de su crisol, desprendido de los elementos impuros que se le mezclaron, proclamado desde entonces con todas sus consecuencias por los filósofos y publicistas, se anunciaba desde lejos por medidas que, hiriendo el poder político de la iglesia en el seno de cada reino, zapaban por su base el del papado. La caída de los jesuitas fué, sobre todo, su golpe mortal.

A pesar de las incalculables pérdidas que había sufrido en los dos últimos siglos, la supremacía pontificia poseía aún más recursos que su desgracia aparente dejaba suponer; mas ya no obraba sino por medio de esa famosa milicia que había sido instituida para consagrarse á su causa, y que más de una vez le había opuesto resistencia, semejante á los súbditos más realistas que el rey. No por esto sus intereses eran en este momento ménos profundamente solidarios é indivisibles. Para decirlo de una vez, el papa no era ya mas que el representante nominal de la córte

de Roma, una sombra errante entre tumbas. La teocracia habia tomado nueva forma, suave, flexible, equívoca, acomodada á las adversas circunstancias en que se hallaba; habia aprendido el arte del misterio, de la complacencia, de la ubicuidad; habia abandonado aquel centro radiante á donde las miradas y homenajes del mundo no iban á buscarla; habia recurrido á los disfraces y metamorfosis; estaba en todas partes y en ninguna; obraba sigilosamente; poseia á fondo la diplomacia de la alcoba y del confesonario; en una palabra, se llamaba la compañía de Jesus.

Toda la actividad, ambicion é iniciativa que le quedaba en esta época al gobierno de la iglesia católica habia pasado á los jesuitas, y los golpes dirigidos contra su poder político debian lógicamente caer sobre ellos. Poco importan las intenciones de los autores de su caída. Cuando las córtes de Francia, España, Portugal y Nápoles se reunieron para pedir á los papas la supresion de la compañía de Jesus, pedian realmente el suicidio del papado.

Estas intenciones fueron tan várias como las individualidades, tan admiradas de verse juntas, que concurrieron á este memorable suceso. En Pombal fué el ódio de un ambicioso sin escrúpulos, que se libraba de una rivalidad incómoda; en el católico Carlos III, el resentimiento implacable de un espíritu estrecho, tenaz y ortodoxo; en el parlamento francés, el rencor de las antiguas oposiciones y del jansenismo perseguido; en Choiseul, el deseo de agradar á dos reinas entónces omnipotentes en Francia, la opinion pública y la Pompadour; solamente en José II, si acaso, fué la voluntad desinteresada de llevar á cabo una reforma

justa y saludable. Pero habria que ser ciego para atribuir únicamente la caída de los jesuitas á esta coalicion improvisada.

Era ante todo obra de las nuevas doctrinas del espíritu público, del asentimiento universal, que mucho tiempo ya habia pronunciado su condenacion y que, reuniendo estas enemistades en un sólo haz, les dió la fuerza, la consistencia y unidad necesarias para verificar esta revolucion. Sólo semejante espíritu pudo crear un concierto aparente entre el feroz Pombal, que hacia quemar á los herejes para prevenir toda acusacion sobre la pureza de su fé, y el escéptico y brillante Choiseul, que sólo veia en estas negociaciones una disputa de monjes, indigna de ocupar su talento diplomático.

La íntima solidaridad que ligaba los destinos del papado á los de la compañía de Jesus, escapó sin duda á Lambertini, puesto que alentó á los enemigos de los jesuitas, y sacrificó á estos á los sentimientos de rencor que les guardaba, por su insubordinacion en los asuntos chinos; pero su sucesor Rezzonico mostró, con su inflexible resistencia, que se daba cuenta de su papel histórico y de la necesidad de sus servicios. Participó de la mala fortuna de sus clientes; se dejó arrastrar á actos comprometedores, como su desacertada campaña contra el ducado de Parma; opuso voluntad inquebrantable á las intimaciones de las córtes; vió sin conmoverse parte de sus Estados confiscada y elevarse un *tolle* general contra él en Italia y en toda la cristiandad; murió, en fin, de melancolía, causada por la violencia con que le trataron las córtes para obligarle á aceptar sus condiciones; revan-

cha tal vez merecida, pero poco generosa, de los reyes contra Roma, representada por un viejo enfermo y desarmado. Hubiese sido ménos cruel exigir su abdicacion que imponerle este perjurio, pero la mano de Roma habia pesado sobre todos los pueblos, y ahora no habia nacion que no quisiera oprimir á Roma (1769).

Es supérfluo referir en detalle cómo en el cónclave que siguió á la muerte de Rezzonico, los gobiernos, deseosos de acabar con la cuestion de los jesuitas, tomaron el medio de comprar los votos del sacro colegio para asegurar la eleccion de Ganganelli, despues de haber asegurado su concurso con promesa escrita; cómo Clemente XIV cumplió su palabra, despues de muchas vacilaciones, nacidas del espíritu vengativo y perseverante de la sociedad que iba á destruir, y cómo esta supresion le costó la vida. Estos hechos, muy conocidos por otra parte, pertenecen mas bien á la historia religiosa que á la política; basta haber determinado el sentido general del último término de la decadencia pontificia en el siglo XVIII. Cuando la revolucion llegue, no tendrá más que tocar con el dedo á esta institucion caduca para que se convierta en polvo. Feliz si, volviendo su fuerza de destruccion sobre si misma, no hubiese abierto el camino á la restauracion de todos los poderes que acababa de destruir.

La historia tiene singulares ironias. La misma piedad vacila cuando se vé subir al trono de los papas, en visperas de este formidable acontecimiento, al hermoso Braschi, cabeza hueca, frívolo, disipador, dirigido por indignos favoritos, armonioso hablador, trivial, lleno de magestuosa fatuidad, el mismo que

fué á Viena con la esperanza de convertir á José II á sus miras, no por consideraciones políticas ó de sentimiento, sino por la gracia y seduccion de sus maneras. Ni era el héroe llamado para semejante combate, ni la víctima digna de tal sacrificio. Diríase que el destino se complace en imponer estos trágicos papeles á seres nulos, insignificantes, sin iniciativa ni voluntad general, como si quisiera mostrar mejor con esto que es el sistema, no el individuo, el herido en ellos. Así, en la misma época y para destino semejante, puso á Luis XVI en el trono de Francia, á Pio VI en el de san Pedro.

La revolucion francesa no fué una explosion instantánea; se anunció mucho tiempo ántes por conmociones amenazadoras, por múltiples avisos, que llamaron la atencion de los espíritus más atentos. Los políticos de Europa, asustados, tomaron sus medidas de defensa, se prepararon á recibir el golpe, se pusieron en guardia lo mejor que pudieron, y si fueron sorprendidos, no fué á lo menos por falta de prevision ¿Se quiere saber en qué se ocupaba Braschi en este instante en que el mundo estaba turbado por los síntomas de la tempestad? Tenia absorbidas todas sus fuerzas en un sólo pensamiento, en obligar á la córte de Nápoles á restituirle el tributo de la *hacanea* blanca, ridículo impuesto decretado por los papas cuando la usurpacion de Carlos d' Anjou, y que Tanucci habia suprimido en una hora de impaciencia.

Sin embargo, por inferior que fuese este papa al papel que le habia tocado, su insuficiencia fué disimulada en parte por el espíritu de conservacion y por la táctica que la institucion poseia en tan alto gra-

do, y de los que supo hacer uso con tanto vigor y habilidad que, al cabo de poco tiempo, los mayores peligros de la revolucion francesa le vinieron de la oposicion eclesiástica.

El espíritu tan liberal y moderado de 1789 se esforzó en salvar todos los intereses, en conciliar las situaciones adquiridas con el nuevo principio, en establecer una transicion en vez de provocar un trastorno. Tal fué, sobre todo, el fin de la constitucion civil del clero, especie de término medio entre la antigua organizacion sacerdotal y el principio de la separacion de la Iglesia y el Estado, que era el credo de 1789. Para sostener esta obra, cuyas imperfecciones sólo provenian de una intencion demasiado generosa, del noble deseo de perdonar á un enemigo vencido, muchos de los jefes más ilustres de la revolucion no vacilaron en comprometer su popularidad, en exponerse á las suspicias democráticas; mas aquellos para quienes hacian este sacrificio, se lo pagaron buscando armas con que herirlos.

La constitucion civil del clero fué anatematizada, por mas que no tocase á ninguna cuestion del dogma y se limitase á poner en vigor algunas disposiciones tomadas de la disciplina de los primeros siglos. Se fanatizó con incesantes excitaciones á todos los católicos que quedaban entre las poblaciones de Francia; se empujó á la traicion á un rey irresoluto y que sólo tenia un sentimiento enérgico y profundo, su fé religiosa; se creó á la revolucion un enemigo interior, invisible, imperceptible, más temible que los ejércitos de Europa; se la exasperó para que cayese en la exageracion y, de represalia en represalia, se la llevó

á la deportacion de los sacerdotes injuramentados, á las jornadas de Setiembre, á la ley de sospechosos, al culto de la diosa Razon, á todas las locuras, á todos los horrores que la deshonran. Pero no sucumbió sin haber dado á sus enemigos uno de esos golpes que nada significan á los ojos del filósofo, pero que no dejan de tener importancia por el sentido que les atribuye el vulgo, segun su costumbre de personificar una série de hechos en el accidente que les pone fin ó les dá una fecha. Este golpe fué la caida de la soberania política de los papas.

En el curso de las contiendas de la república con la santa Sede, un representante del gobierno francés comisionado en Roma, Basseville, fué asesinado en pleno dia por un tumulto ortodoxo, que en seguida prendió fuego á la casa del cónsul. Los autores de este atentado, conocidos de todo el mundo, quedaron impunes á pesar de las reclamaciones de Francia que, ocupada entónces en echar á los ejércitos extranjeros de su territorio, hubo de aplazar el castigo. Tres años despues, Bonaparte, vencedor del Austria, presentase en las legaciones. Pio VI que habia dispuesto oraciones públicas contra «los ateos y bandidos de Francia», consideróse feliz con someterse á todas las reparaciones que se le impusieron. Declaró el asesinato abominable, prometió indemnizar á la familia de la víctima, y envió al abate Pierrachi á negociar en Paris.

Pero en el momento que más protestaba de sus sentimientos pacíficos, una carta interceptada suministró la prueba de sus inteligencias con Austria. El vencedor hizo aún gracia, se contentó con exigir por

el tratado de Tolentino la cesion de las Romanias y de Aviñon con una fuerte contribucion de guerra, que debia pagarse principalmente en manuscritos y cuadros. La revolucion entró en Roma, y se halló en presencia de la teocracia. ¿Qué transaccion, qué mediador podia interponerse entre ámbas? La cuestion se cortó por un segundo asesinato, el del general Duphot. Berthier marcha sobre Roma, el pueblo proclama la república romana y la abolicion del gobierno sacerdotal, y Pio VI es cogido y trasportado á Valence.

Seria una iniquidad atribuir á este pontífice la menor parte en el doble asesinato que señaló el fin de su reinado; pero haciendo á su causa responsable de la sangre derramada, sus enemigos no hicieron sino aplicarle una ley sancionada en todo tiempo por la conciencia humana, que nunca ha vacilado en imputar los crímenes á los partidos que se han aprovechado de ellos ó que los han dejado impunes. ¿No se ha visto á los que en esta ocasion alzaban la voz hacer á toda la Italia responsable de un asesinato más reciente cometido en el mismo teatro? Por lo demás, el juez misterioso, cuya lenta justicia parecen revelar tantos espectáculos históricos, no necesita ser justificado aquí. No era la sangre de Basseville, ni la de Duphot, la que expiaba el papado al tomar el camino del destierro!

CAPÍTULO XX.

Pio VII y Napoleon.—Gregorio XVI.—Pio IX.—El papado y la nacionalidad italiana.

Al contacto de los ejércitos franceses toda Italia ardió. Su territorio se cubrió de repúblicas formadas á imágen de la constitucion directorial que regia en Francia. Tuvo la república Cisalpina, la Liguria, la Traspadana, la Toscana, la Romana, la Partenopea. Pero esta trasformacion, verificada en nombre de pasiones é ideas que sólo conocia por iniciacion imperfecta y prematura, impuesta por la conquista, no por la voluntad popular, realizada bajo formas políticas extraña á las tradiciones nacionales, fué superficial, no pasó de la superficie del suelo, y en ninguna parte pudo apoderarse del espíritu de las poblaciones.

Por otra parte, desde el principio se halló esta revolucion asociada á un movimiento viejo y gastado; estuvo á merced de protectores que la explotaron, y condenada á seguir como fiel satélite las rápidas metamorfosis de la constitucion francesa; exigió, en fin, para mantenerse una tutela y ocupacion permanente, cuyas humillaciones poco disimuladas hirieron profundamente las almas en quienes respiraba aún el orgullo patriótico. Dos grandes poetas, Alfieri y Fosco-

lo, fueron cada uno en sentido diferente intérpretes de esta decepcion, que faltó poco para hacer perder á Francia el beneficio de la popularidad que su propaganda intelectual le habia dado en Italia ó fines del siglo XVIII.

Al primer fracaso de las armas francesas, todo el edificio se desplomó, para dejar sitio á la restauracion de los antiguos gobiernos, que á su vez desaparecieron en seguida ante un hombre que parecia traer nuevos destinos á Italia como á Francia, Bonaparte, que, vuelto de Egipto, acababa de dar dos fuertes golpes: el del diez y ocho brumario y el de Marengo.

Hacia la misma época, el que se titulaba «ciudadano cardenal Chiaramonti, obispo de Imola» era elegido papa, con el nombre de Pio VII, por el cónclave reunido en Venecia. De espíritu sencillo, moderado, conciliador, pero de carácter débil y voluble, era tan poco á propósito como su predecesor para circunstancias tan criticas. Dominólo desde un principio el cardenal Consalvi, representante fiel de las antiguas tradiciones de la córte de Roma.

En la situacion precaria en que se hallaba la Iglesia, la santa Sede no podia vivir sin protector; pero el único Estado en quien podia esperar encontrarlo, Austria, se mostraba fria y aún hostil; acababa de ocupar á Roma sin cuidarse de restablecer al papa. Esta proteccion, que el Austria le negaba, se la ofreció el primer cónsul.

Poco seguro aún sobre la ruina de las instituciones republicanas, expuesto á las conspiraciones de los partidos que habia derrocado, poseido de una ambicion ilimitada, Bonaparte se esforzaba en tener por

aliados todos los prejuicios antiguos ó nuevos, todos los intereses, pasiones, instintos, que dormitan á veces en el alma popular, pero que se despiertan al primer grito de la fuerza y de la gloria. Quería que su poder reuniese todos los prestigios que, bajo cualquier titulo, hablan á la imaginacion de los hombres. Una tentacion poderosa, que sintió desde la primera campaña de Italia, se apoderó de aquella alma sin escrúpulos: ¿por qué, á ejemplo de los antiguos conquistadores, no daría á su poder la consagracion religiosa? La gran organizacion católica ya no existia mas que como recuerdo, ¿por qué no se levantaria con la nueva monarquia y se prestarian ámbas mútuo apoyo?

Deliberó por mucho tiempo; porque, si por una parte ganaba el corazon de la minoria afecta al antiguo culto, se enagenaba por otra los partidarios de la idea revolucionaria, que era tambien una religion. ¿Quién podria decir, además, el uso que haria la Iglesia del poder que iba á darle? ¿Se creeria encadenada para siempre con su politica por un servicio que tal vez seria la primera en declarar interesado para eximirse de la gratitud? Bonaparte desechó estos supuestos como inverosímiles. Tendió la mano al pontífice, lo reintegró en Roma por el tratado de Luneville, y Pio VII le dió la alianza de la Iglesia por el concordato de 1801.

El concordato se firmó por la ambicion de una parte y el cálculo de la otra, en que para nada entraba el sentimiento religioso, porque Francia gozaba entónces de la libertad de cultos: y este pacto que devolvía á la Iglesia católica parte de su influencia po-

lítica, restringía al mismo tiempo sus franquicias espirituales. Nada lo motivaba fuera de las conveniencias personales de los que lo explotaron en provecho de sus miras egoistas, y que quedaron igualmente engañados en su esperanza. Bonaparte esperaba el apoyo de los sacerdotes, los tuvo en contra; Pio VII esperaba la restitucion de sus Estados, perdió su misma libertad. Lo rigurosamente histórico es el pronto arrepentimiento de sus dos autores, el asombro que escitó y la indiferencia casi general con que fué recibido. El cuerpo legislativo, tan fiel á las consignas que se le daban, mostró tan poca complacencia en ratificarlo, que se retardó su publicacion varios meses. Sólo por una hipótesis injustificada se ha podido ver, por tanto, en el concordato de 1801 la obra de una reaccion religiosa popular; fué ante todo un acto político y gubernamental.

El concordato distaba de estar conforme con los verdaderos principios de la revolucion, puesto que tendia á restablecer la union de la Iglesia y del Estado; pero aun comprometiendo la libertad religiosa, salvaba á lo ménos algunos de los principales intereses revolucionarios. Imponia el papa el reconocimiento de la enagenacion de los bienes del clero, dictada por los constituyentes; dejaba vivir los cultos disidentes al lado de la religion católica; ponía á los eclesiásticos bajo la dependencia del Estado, asimilándolos á los funcionarios asalariados; los sujetaba á un juramento de fidelidad al gobierno establecido; atribuía, en fin, el nombramiento de los obispos al poder civil, dejando su institucion católica á la santa Sede. Pero á pesar de estas prudentes precauciones contra el proba-

ble abuso de las influencias sacerdotales, el concordato no dejaba de ser una restauracion casi completa de la Iglesia bajo el punto de vista espiritual y temporal. El papado restablecido en Roma; el catolicismo alentado y patrocinado en Francia, donde las poblaciones, sin serle hostiles, habian olvidado hasta el sentido de sus ceremonias religiosas, era esto la resurreccion mas milagrosa é inesperada, y el que la hubiese anunciado á Pio VII cuando su eleccion habria hallado en él un incrédulo.

El hombre que esto habia hecho, merecia por parte de la Iglesia, ya que no por parte de los amigos de la libertad, cierto reconocimiento, por mas que no hubiese sido inspirado por el heroismo sentimental que le prestaba entónces Chateaubriand. En el primer arrebató de alegria, se le agradeció con exceso. Sólo á él, despues de Dios, atribuia el nuevo papa esta inaudita fortuna; sin embargo, la Iglesia no tardó en reconocer que habia pagado con su libertad las ventajas recibidas, y Bonaparte tuvo pronto ocasion de advertir que, en lugar de conquistar un instrumento para su reinado ó, á lo ménos, una cooperacion indirecta, se habia creado un peligro.

Desde 1803, Pio VII protestaba contra las libertades galicanas que las disposiciones orgánicas del concordato habian resucitado á su pesar, agravándolas, y reclamaba al mismo tiempo el restablecimiento de su autoridad en las legaciones, que no le habian sido devueltas. El primer còsul se admiró de tamaña ingratitud, y manifestó su descontento. Pero si hubiese podido olvidar las lecciones de la historia hasta el punto de suponer que institucion tan rebelde

á las trasformaciones modificaria dócilmente su espíritu y renegaría de sus máximas seculares, habria debido saber á los ménos, por experiencia personal, cómo crecen las pretensiones con el éxito. Si él, hombre nuevo, hijo de la revolucion, pensaba ya en Carlomagno, ¿cómo podia admirarse de que la córte de Roma citase á Gregorio VII y á Bonifacio VIII?

Tal fué, en efecto, el doble é increíble anacronismo que el mundo vió en este instante. Y como si hubiese en las situaciones artificiales cierta fuerza irónico que juega con los hombres más grandes por su genio, como si no pudiese tocarse á estas mágicas formas sin caer bajo su misteriosa influencia, bastó á Napoleón haber evocado las tradiciones de Carlomagno para verse condenado á seguir como esclavo todas las peripecias de la larga lucha de la Iglesia contra el Imperio.

En lugar de romper con su aliado al primer disenso, resolvió disipar esas sombras importunas con el brillo de una nueva grandeza: trató de hacerlo solidario de su poder con una alianza más estrecha todavía. Ahora fué cuando se le ocurrió la coronacion de Carlomagno, pensando que el papa, comprometido por esta solemne adhesion, nada podria negarle. Veia, además, en esto una victoria contra la vieja Europa; borrada su usurpacion con la supersticion del derecho divino, y la derrota de la coalicion. Así se expresó el mismo en el Consejo de Estado, donde fué muy discutida la oportunidad de la consagracion: «Suponed, les dijo, que en vez de deliberar en las Tullerías, deliberais en Lóndres, y que se os dice que el papa pasa los Alpes para consagrar al emperador de los fran-

ceses, ¿consideraríais esto como un triunfo para Inglaterra ó para Francia?»

Cuán distintos eran los secretos pensamientos del pontífice y de sus consejeros! Tomando este sueño más por lo sério aun que su autor, pensaban ya en todas las ventajas que los papas de la edad Media habian sacado de su asociacion al imperio de los Césares germánicos. ¿Por qué el que acababa de cumplir semejantes milagros no haria tambien este otro? ¿Acaso era más difícil que levantarlos del estado de abatimiento en que habia encontrado á la Iglesia? Se pedia al papa una corona; ¿no era esto reconocerle el derecho de dar y quitar los reinos? Sin embargo, muchos hechos desmentian estas pueriles ilusiones para que la resolucion del papa no sufriese mil alternativos cambios. Consultó al sacro colegio, prometió, rehusó, y se puso en fin en camino despues de largas vacilaciones.

No se estipularon condiciones; pero los negociadores de la coronacion prometieron á Consalvi cuanto pidió. Pio VII fué á Paris y consagró á Napoleon, con menosprecio de sus compromisos personales con Luis XVIII. «Esta religion augusta, dice con este motivo Fontanés, acaba de consagrar los nuevos destinos del Imperio francés, con el mismo aparato que en el siglo de Clovis y de Pipino.... Nunca contempló el universo espectáculo tan imponente, nunca los pueblos recibieron tan grandes enseñanzas. *Pasó ya el tiempo en que el imperio y el sacerdocio eran rivales*; ámbos se dan la mano para rechazar las funestas doctrinas que, etc.» Profecia llena de acierto y de sagacidad!

Se renovó en apariencia el pacto de Carlomagno. Los límites del vasto imperio federal se restablecie-

ron, entrando la Italia en calidad de reino por la coronacion de Napoleon en Milan. Alemania no fué por de pronto incorporada, pero tenia su lugar señalado de antemano. Mas, á pesar de estos esfuerzos, el nuevo imperio, cuyos grandes vasallos estaban representados en Italia por subprefectos franceses, se parecia tanto al de la edad Media como esta ceremonia á las estipulaciones carlovingias, donde los dos poderes trataban de igual á igual, y donde cada detalle de la coronacion simbolizaba una obligacion reciproca.

Semejante pacto de alianza, donde las formas antiguas cubrian elementos tan distintos de los que lo habian inspirado en su origen, no podia mantenerse á la luz del espiritu moderno; pero no dejó de imponerse á sus autores como una especie de fatalidad, y la lucha entre Napoleon y Pio VII siguió una marcha tan lógica como la de los emperadores y papas de la edad Media.

Rompióse sobre la cuestion de *soberania*, palabra algun tanto feudal y anticuada. El papa distaba mucho de creer que el nuevo derecho que acababa de consagrar, implicaba por su parte la renuncia á la soberania sobre los Estados romanos; esperaba, por el contrario, comprar con su complacencia el reintegro en todas las provincias que la santa Sede habia perdido. Como sus predecesores, entendia guardar á la vez los beneficios de la proteccion imperial y las ventajas del dominio independiente. Napoleon le recordó los términos del pacto: «Vuestra Santidad es el soberano de Roma, le decia, pero yo soy el emperador.» Como un César de la edad Media, hablaba de feudos, de soberanos, de vasallos, etc.; y era tal la fuerza de ilusion

que creaba esta fantasmagoría, en que este gran comediante sólo había visto un medio más de apoderarse de la imaginación de los hombres, que Pío VII, para reivindicar su soberanía, no sólo invocaba los derechos de sus predecesores inmediatos, sino que subía también hasta Pipino y Carlomagno.

«Carlomagno, decía, encontró á Roma en mano de los papas, y no reclamó ningún derecho de soberanía ó de dominio sobre los pontífices; *pero recibió el título de defensor de la Iglesia romana con la corona imperial*. Diez siglos pasados desde entónces hacen inútil toda investigación.

»Sabido es, decía también, que las provincias de Urbino y de Camerino fueron dadas al papa por el libre consentimiento de los pueblos, cuando se vieron abandonados por los emperadores de Oriente; y si los lombardos las ocuparon luego, Pipino, el ilustre y piadoso padre de Carlomagno, las conquistó y dió á la santa Sede.»

Así reaparecían los agravios olvidados de la Iglesia y el Imperio, semejantes á esas armas desde mucho tiempo abandonadas que se encuentran en las tumbas antiguas.

Como el debate sólo pasaba realmente entre dos hombres, y nada de lo que había dado motivo á la lucha en la edad Media existía ya, estuvo pronto agotado. Del tiempo de Carlomagno, Napoleón pasó en seguida al de los últimos emperadores gibelinos, luego, á la realidad desnuda del nuevo principio imperial: «No toca á los sacerdotes gobernar, escribió, ¿por qué el papa no quiere dar al César lo que es del César? ¿acaso es más en la tierra que Jesucristo? No

está léjos el tiempo en que, si se continúa turbando nuestros Estados, no reconoceré al papa sino como obispo de Roma, igual y del mismo órden que los obispos de mis Estados.»

Era mucho decir, y la transición parecia un poco brusca. Sin embargo, la lucha no habia terminado aún, y se continuó en otro terreno. Así como él elevaba contra el papado todas las pretensiones del antiguo Imperio, agravadas con los procedimientos de su despotismo, en que se traslucia claramente el desprecio del espíritu revolucionario para las instituciones sacerdotales, así el papado resucitó contra él las pretensiones anticuadas de los papas de la edad Media. Se negó á reconocer las costumbres establecidas en la Iglesia de Francia en tiempo de Hincmar; rechazó el matrimonio civil como vergonzoso concubinato; condenó el divorcio admitido por el Código de Napoleon; recordó á propósito del reconocimiento de algunos bienes eclesiásticos á príncipes alemanes de la comunión protestante, «las santas máximas de Inocencio III,» en virtud de las cuales los príncipes herejes perdian todo derecho de soberanía y hasta de propiedad. «En verdad, decia, hemos caido en tiempos tan calamitosos y de tanta humillacion para la esposa de Jesucristo, que no le es posible practicar ni permitido recordar tan santas máximas, viéndose obligada á interrumpir el curso de sus justos rigores contra los enemigos de la fé; pero si no puede ejercitar su derecho de disponer de sas principados y declarar privados de sus bienes á los partidarios de la herejía, podia permitir nunca que, para enriquecerlos, se la despojase de sus propios dominios?»

Todavía hay más. Cuando Napoleón dió el reino de Nápoles á su hermano José, la primera protesta que se elevó fué la del papa; mas no reclamaba en favor de la dinastía caída, sino en nombre de la santa Sede, única, según él, que tenía el derecho de disponer de aquella corona que había dado á tantos usurpadores, desde Roberto Guiscardo y Carlos de Anjou hasta el duque de Guisa, y pedía en consecuencia que se le tributase homenaje de ella. La querrela de las investiduras reapareció también en forma acomodada á las nuevas relaciones del Imperio y la Iglesia. Claro es que no podía haber cuestión sobre la investidura de los beneficios, no existiendo la propiedad beneficiaria; pero la institución de los obispos dió origen á un debate semejante. El papa pretendió instituir á los obispos sin mencionar el nombramiento civil que había reconocido por el Concordato, y poco después se negó completamente á instituir á los obispos nombrados por el gobierno.

Estas contrariedades eran más de las que podía sufrir Napoleón, que no había previsto que sus servicios serían tan mal recompensados; y habiendo aumentado Pío VII estos agravios con el de negar su adhesión al sistema continental, Miollis entró en Roma con una brigada del nuevo Carlomagno y desapareció la ficción.

Poco después (17 Mayo 1809) publicóse el decreto que ponía fin á la soberanía temporal de los papas. Los considerandos son curioso testimonio de la singular obsesión que padecía aún el espíritu de Napoleón.

«Considerando que cuando *Carlomagno*, empera-

dor de los franceses y *nuestro augusto predecesor*, dió á los obispos de Roma varios territorios, los dió á título de feudo, para asegurar el reposo de sus súbditos, y sin que Roma cesára por esto de ser parte de su imperio;

»Considerando que desde aquel tiempo la union de las dos potestades, temporal y espiritual, ha sido, como es todavia hoy, fuente de continuas discordias; que los soberanos pontífices se han servido con mucha frecuencia de la influencia de la una para sostener las pretensiones de la otra, y que por esta razon los asuntos espirituales, inmutables por su naturaleza, hállanse confundidos con los temporales, que cambian segun las circunstancias y la política de los tiempos;

Considerando, en fin, que cuanto hemos hecho para conciliar la seguridad de nuestras armas, la tranquilidad y bienestar de nuestros pueblos, la dignidad é integridad de nuestro imperio, ha sido en vano;—
Decretado, etc.»

Para venir á parar en esto habia creído aquel hijo de la revolucion deber subir hasta las tradiciones del hijo de Pipino? Es mas que probable que tarde ó temprano se hubiese visto obligado á descender esta pendiente hasta el fin, esto es, hasta la separacion de la Iglesia y el Estado, sin la intervencion de las nacionalidades, que cortó una dominacion tan fatidica como esta resurreccion de la utopia carlovingia. Semejante desenlace hubiese sido de seguro el más favorable para la dignidad de uno y otro adversario; les hubiese evitado las represalias é intimaciones poco generosas de una parte, las concesiones y retractacio-

nes poco honrosas de otra, á que les llevaron las últimas fases de su antagonismo.

Pío VII, sacado de Roma, trasportado á Savona, luego á Fontainebleau, tuvo con los principales dignatarios del clero francés y el emperador Napoleon varias entrevistas, á consecuencia de las cuales firmó otro concordato el 25 de enero de 1813. Este tratado, mas humillante que una abdicacion, no tenia precedente en los anales del papado. El pontifice cedia en todos los puntos; renunciaba á su soberania temporal, partia su derecho de institucion con los metropolitanos, consentia en residir en Francia, y se resignaba á ser simple funcionario del imperio francés, aceptando una pension anual de dos millones en cambio de los dominios que perdia.

El papa firmó este acto de caducidad, no «despues de haber sido arrastrado por sus blancos cabellos,» segun la graciosa frase de los realistas de 1815, sino despues de madura deliberacion y por su libre voluntad. No hizo en esto sino seguir la inspiracion de su carácter pusilánime y ceder á las instancias con que le agobiaron los prelados franceses, ausentes sus habituales consejeros.

Ratificado el concordato, le fueron devueltos sus consejeros. Dos meses despues toda Europa se levantaba contra el imperio, quebrantado ya por el desastre de la campaña contra Rusia. El papa tuvo remordimientos, y escribió á Napoleon para desahogarlos en su seno. Ya no tenia, deciale, reposo ni de dia ni de noche desde que habia puesto su firma al fatal tratado. Se reprochaba, sin reparar en los términos, el escándalo que habia dado á la Iglesia; se declaraba

decidido á reparar su falta, y recordaba al papa Pascual II que, en parecida circunstancia, no habia temido retractar las promesas hechas al emperador Enrique V. Terminaba la carta revocando el concordato de Fontainebleau.

Habiale llegado el tiempo á Napoleon de ofrecer concesiones, y á Pio VII el de rehusarlas. Despues de Leipzig, le propuso Napoleon otra alianza restituyéndole parte de sus antiguos Estados, y el papa rehusó; cuando los aliados estuvieron sobre el Rhin se los ofreció todos, y el papa respondió que sólo trataria en su capital; cuando todo estuvo perdido, lo dejó partir sin condiciones. Pio VII entró en Roma cuando el cañon de los aliados tronaba sobre las alturas de Montmartre.

La caida del imperio dejó á Italia, en vez de la constitucion unitaria que Napoleon concibió, si hemos de creerle, el proyecto de darle una organizacion fraccionada entre la vice-monarquía de Eugenio, el reino de Nápoles de Murat, y los departamentos anexionados al territorio francés. Los italianos, que habian esperado la consagracion definitiva de su nacionalidad, se hallaron más que nunca sin defensa contra las restauraciones, impuestas por el extranjero. Vióseles en el año 1815 mucho ménos libres y, sobre todo, ménos independientes que en visperas de la revolucion francesa, gracias al espíritu de ciega cólera, de furiosa reaccion que hacia las antiguas instituciones mucho más pesadas que ántes, y gracias á la preponderancia ilimitada adquirida por el Austria. Con el Milanesado, poseia esta ahora todos los Estados de la república de Venecia, legados del tratado de Campo-

Formio; tenia derecho de guarnicion en varias plazas fuertes de la Italia central; dominaba enteramente á todos los nuevos soberanos, restablecidos, consolidados, mantenidos por ella. Y no era ya el alma de José II la que inspiraba ahora al Austria; parecia ántes bien haber vuelto á las nefastas tradiciones de Fernando II, y juntaba la arbitrariedad administrativa al absolutismo religioso.

Pero, á pesar de estos desastres en apariencia irremediables, un hecho importante, uno de esos acontecimientos que destruyen todas las combinaciones diplomáticas, y de que no se aperciben los políticos hasta que las destruye, habia ocurrido en el orden intelectual y moral. Tantos espectáculos trágicos y calamidades inauditas sucedidas en tan poco tiempo, no habian dejado de hablar á las almas generosas, y la idea de nacionalidad italiana, muerta desde Maquiavelo, habia recobrado la posesion de los espíritus, y lo que valia más aún, probaba su existencia por obras. Sofocada en el dominio político, reaparecia en el de la literatura.

El pensamiento italiano no era ya, como en el siglo XVIII, débil eco de las ideas francesas, sino que vivia de su propia vida; rechazaba la imitacion extranjera como una forma de la servidumbre nacional, y se esforzaba en elevar los caractéres por el ennoblecimiento de las inteligencias. Será honor inmortal del renacimiento literario que siguió á 1815 en Italia, haber renovado la fuente de las patrióticas emociones, servido de asilo á la libertad proscrita, dado bajo transparentes alegorias la consigna de esas conspiraciones mudas, encendido en los corazones la llama santa del

orgullo viril, de la abnegacion, del sacrificio, de las grandes ambiciones. Por oprimido que esté un pueblo, no hay que desesperar mientras le queden semejantes recursos. Pero cuando las letras abandonan los eternos combates del destino humano, cuando se resignan á ser mero reflejo de los acontecimientos exteriores en lugar de procurar sòmeterse á su propio ideal, entónces hay que dar el grito de alarma, porque el tiempo de las cobardes literaturas es tambien el de las servidumbres sin esperanza!

Merced á esta incesante protesta, la causa nacional no estuvo un momento sin defensores, hasta el dia en que pudo darse de nuevo á conocer á Europa. En 1821 dos sublevaciones respondieron al llamamiento: una, en el reino de Nápoles; la otra, en el Piamonte, que tenian ámbas por consigna una palabra que hacia mucho tiempo no se habia oido en Italia: la independencia italiana. Fueron sofocadas ántes que el papado hubiese podido, no declararse, porque su eleccion no era dudosa, sino intervenir en ellas activamente. Pio VII continuaba gobernando á Roma con su secretario Consalvi. El tratado de Viena le habia devuelto las antiguas provincias de la santa Sede, remunerándolo, para su seguridad y por agrado del Austria, con dos guarniciones imperiales, una en Ferrara, otra en Comacchio. Restableció casi sin modificaciones la antigua constitucion pontificia, si es que puede llamarse constitucion un régimen que era la arbitrariedad organizada; pero mientras vivió, templó sus rigores con la dulzura é indulgencia de su carácter.

Con su sucesor Annibal della Genga (1832), pontifice de piedad ejemplar, se vieron, bajo la uncion

del pastor de los pueblos, reaparecer las venganzas del clero. ¿Quién no ha oído hablar de las siniestras hazañas de los San-Felistas? Este reinado de Leon XII, recuerda las más tristes épocas de la dominacion teocrática. La inquisicion salió del sepulcro; los *carbonarios* fueron acosados como bestias feroces, los judíos expropiados de sus inmuebles y amurallados en su estrecho cuartel. Hubo que cambiar viejos palacios en prisiones para suplir la estrechez de los calabozos, y la sangre de los patriotas no dejó de correr un instante sobre los cadalsos.

Al fin murió. Los romanos quisieron á su vez pagar su deuda á la causa italiana, é impedir que la prescripcion se estableciese contra ella. Las circunstancias eran favorables. Un papa nuevo, Gregorio XVI, subia al trono de san Pedro con la inexperiencia de los reinados que empiezan; la revolucion de 1830 acababa de conmover á Europa, y su gobierno de proclamar el principio de no-intervencion, como profesion de fé destinada á servir de regla en sus relaciones exteriores.

Para dar una prueba no inequívoca de su intencion de hacer respetar este principio, el ministerio francés comenzó por impedir que fuese violado en favor de los insurrectos, deteniendo dos expediciones que tenian por fin secundar el movimiento, en el Piamonte la una, la otra en Nápoles, lo cual era para los patriotas italianos una garantía cuando ménos de que no se consentiria que se violase en perjuicio suyo. En esta persuasion, guardaron el mayor respeto al Austria, á fin de no darle pretexto para una agresion.

Por su parte, los ministros del gabinete francés

participaron al gobierno del emperador su principio de no-intervencion. El Austria les contestó haciendo pasar el Pó á un cuerpo de ejército, que restableció al duque Francisco en Módena, á Maria Luisa en Parma y al papa en Bolonia, despues de haber sofocado la insurreccion. Cuando todo estuvo acabado, el ministerio francés, que habia protestado por notas, exigió la evacuacion de las provincias ocupadas por las tropas austriacas, á cuya peticion se accedió libremente porque nada les quedaba que hacer.

«Hemos adoptado el principio de la no-intervencion, respondió Casimiro Perier interpelado sobre el sentido que queria dar á su principio, *pero solamente por nuestra cuenta*; con los demás lo sostendremos con negociaciones.» Como si una regla de conducta tan trivial y que consiste en defenderse cuando uno es atacado, tuviese nada de comun con un principio.

El gabinete francés mostró en esta ocasion que sabia mejor practicar el principio del perdon de las injurias que el de la no-intervencion, uniéndose á las grandes potencias para pedir al santo padre reformas administrativas y judiciales. Y por quién hizo firmar este requerimiento? Por M. De Metternich, personificacion del absolutismo austro-romano, por el hombre que acababa de sofocar la insurreccion de la Rumania, con menosprecio de las representaciones francesas. Inútil es añadir que las promesas del papa no se cumplieron, siendo el *memorandum* del 10 de mayo de 1831 una prueba más de la incompatibilidad de las instituciones teocráticas con los progresos exigidos por la civilizacion.

Apenas las tropas austriacas habian evacuado las

legaciones, la revolucion estalló de nuevo. Volvieron, pues, para reprimirla, y el crimen de la invasion extranjera en Italia cayó una vez más sobre el papado; mas ahora nuestro principio de no-intervencion produjo otro efecto no ménos inesperado que el primero. Á pretexto de que los austriacos no tenian el derecho de ocupar á Bolonia, los franceses se apoderaron de Ancona, lo cual matuvo en las Romanias dos cuerpos de ejército extranjero, en lugar de uno, hasta 1838.

Léjos de desalentarse por estas decepciones y proscipciones sin número que en todos los Estados de Italia señalaron cada año del reinado de Gregorio XVI, los amigos de la independenciam italiana formaron pronto un partido que comprendia casi toda la nacion, y ora en el extranjero, ora en la misma Italia, discutieron activamente sus proyectos de emancipacion en publicaciones clandestinas, que penetraban en todas partes, gracias á la universal complicidad. Todo el mundo estaba conforme sobre la cuestion de independenciam y de nacionalidad, esto es, sobre el fin, pero habia profundas divisiones en cuanto á las formas para realizar este programa, buscándose la solucion en una ú otra de las instituciones que sucesivamente habian prevalecido en Italia. Unos creian poder confiar la obra de su libertad á una confederacion de príncipes italianos; otros, á la república unitaria; éstos á un jefe único, á la monarquiam, tantas veces sofocada, ya por el imperio, ya por la Iglesia, y á la que la doble caida de estos dejaba al fin libre el campo, al rey-soldado que designara la victoria. En medio de estos debates se levantó una voz en favor del principio güelfo, reclamando para el papado

el honor de regenerar á Italia: era la de un sacerdote.

El libro del *Primato*, donde el abate Gioberti emitia una proposicion tan poco prevista, tuvo inmenso eco; pero fué acogido al principio mas como elocuente paradoja que como programa político. El extraordinario favor que halló desde luego en el clero de la Peninsula, le atrajo pronto considerable número de adictos, seducidos por la esperanza de reconciliar á Roma con la causa nacional. Y sucedió casi al mismo tiempo, por coincidencia prodigiosa, que la muerte de Gregorio XVI, llevó al trono de san Pedro á un hombre que parecia la personificacion viva de las ideas de Gioberti y de sus generosas aspiraciones, el cardenal Mastai Ferretti.

El asombro fué indecible. La cuestion estaba resuelta; la fatalidad de la historia italiana conjurada. Podian darse al olvido todos los recuerdos y lecciones funestas; la dulzura de una alma evangélica iba á doblar el destino, á borrar la ley que durante tantos siglos habia armado el brazo de los papas contra la nacionalidad italiana! Toda Italia lo creyó, y se hizo güelfa al grito de ¡viva Pio IX!

Sin embargo, el sistema del abate suscitaba por de pronto muchas objeciones, y su principal disposicion acreditaba sobre todo profunda ignorancia del pasado político de los papas. ¿Cuál era la espada, el colaborador, el *Deus ex machina*, que Gioberti prometió al papado para la obra de la emancipacion? El rey del Piamonte, el candidato designado del reino unitario tan aborrecido de los papas, el heredero directo de los Lombardos, de los Beranger, de Manfre-

do, de todos aquellos que habian intentado constituir la Italia en nacion, establecer en ella aquella unidad nacional que bajo cualquier forma que se realizase, monárquica ó republicana, era igualmente incompatible con la existencia del papado temporal.

No habia en esto ninguna trampa, sino únicamente la credulidad de un alma muy confiada, que juzgaba fácil conciliar dos principios enemigos porque le eran igualmente caros.

El programa fué aceptado de buena fé por toda la nacion y por el mismo papa, y una era nueva pareció abrirse, la era de las utopias y de las esperanzas ilimitadas. La historia de la humanidad ofrece pocas épocas en que el entusiasmo haya abrazado tan vastos horizontes como en los dos primeros años de este pontificado; pero esto duró mientras que no hubo que cambiar entre el pueblo y el soberano otras estipulaciones que testimonios de clemencia y de bondad por una parte, sentimientos de gratitud por la otra. El dia en que sonó la hora de la accion, todo acabó. La asonada de 1848 dió la señal de esta grande y memorable experiencia.

Sabido es que los principes italianos, arrastrados de buen ó mal grado en el movimiento nacional por el vuelo de sus pueblos, unieron sus ejércitos en una liga contra el Austria, y cualesquiera que fuesen sus secretas impresiones, el papa los imitó exteriormente. El 23 de marzo bendijo de lo alto del Quirinal las banderas de las tropas que partian para la guerra Santa, y la campaña comenzó bajo los más felices auspicios, supliendo el ardor de los soldados, la insuficiencia del capitan. El nombre del nuevo Alejandro

III, se mezclaba en todos los gritos de entusiasmo; pero al día siguiente de Goïto, la primera victoria de la independencia, un rumor extraño, alarmante, empezó á circular. Decíase por lo bajo que el papa abandonaba á su general. Algunos días despues, 29 de abril, una enciclica pontificia cayó como una bomba en el campo de los aliados y dió á los príncipes la señal de las defecciones: el papa retiraba sus tropas.

«.....Muchos piden, decia que, reuniéndonos á los pueblos y príncipes italianos, declaremos la guerra al Austria. Hemos creido deber nuestro protestar muy alto contra semejante revolucion enteramente contraria á nuestros pensamientos, dado que, á pesar de nuestra indignidad, ocupamos en la tierra el lugar de Aquel que es el autor de la paz, el amigo de la caridad, y que, fiel á las obligaciones de nuestro supremo apostolado, abrazamos todos los paises, todos los pueblos, todas las naciones en un mismo sentimiento de amor paternal.»

No podian definirse en términos más decisivos las obligaciones morales que prohibian al papado el papel anti-natural que se le habia querido imponer: pero estas obligaciones, quitándole el derecho de la guerra, le prohibian por ende toda soberania politica, porque no hay soberano para quien la guerra no pueda ser en un momento dado el más santo de los deberes. Este escrúpulo debemos creerlo sincero en el alma de Pio IX, pero era muy nuevo por parte de una institucion que habia hecho derramar tantas olas de sangre humana para su propia conservacion, y se tiene el derecho de suponer que el temor de ver triunfar á la unidad italiana no fué extraño á este brusco cambio.

En este instante supremo se revelaba en toda su fuerza la doble incompatibilidad que habia hecho de los pontífices de Roma los eternos enemigos de la nacionalidad italiana.

Como príncipe espiritual, el papa debe negar su consentimiento á toda guerra contra un pueblo católico, porque es igualmente pastor del austriaco que del italiano, padre del opresor que del oprimido, en una palabra, amigo del enemigo. Como príncipe temporal, tampoco puede consentir en la nacionalidad italiana, que amenaza tan directamente su soberania. Su carácter sacerdotal le prohíbe tener pátria, y su carácter político le prohíbe dejar constituir ninguna en torno suyo. Si la córte de Roma acude tan fácilmente á la intervencion extranjera, es porque para ella no hay mas que fieles.

Así se turbó ante este terrible problema el alma mas cristiana que ha habido entre los soberanos pontífices. Los acontecimientos que despues se han sucedido confirman elocuentemente los hechos anteriores de esta historia. Los esfuérzos de Italia para constituirse en 1848, se quebraron contra la ocupacion francesa llamada por el papa. Renovada en seguida, á pesar de este fracaso, servida por los mismos que habian ido á combatirla y conducida por un hombre de génio, esta patriótica empresa estuvo un momento en vísperas de triunfar definitivamente. En pocos años se vió á los italianos, obedeciendo á la inspiracion de dos grandes ciudadanos, Manin y Cavour, rechazar la dominacion extranjera, expulsar á sus soberanos absolutistas, adoptar instituciones libres y formar una sola nacion, una sola voluntad, una sola alma,

único medio de salvar su independencia; mas luego, todas estas conquistas han sido puestas en peligro por el poder que las ha amenazado siempre, y el papa, apoyado por una parte, en los ódios sacerdotales, por otra en miserables pasiones políticas, ha armado otra vez contra los derechos del pueblo italiano á la nacion que promulgó en el mundo los principios de 1789. Pero este triunfo no puede tranquilizar á los que lo han obtenido, y todo anuncia que será poco duradero. El mundo moderno está basado en principios enteramente opuestos á los que representa el papado, que no podrá luchar contra el espíritu que lo invade por todas partes. En cuanto á Italia, en esto estriba su existencia. Hoy, como en la edad Media, Italia se halla en situacion de elegir entre el papado temporal y la nacionalidad, los cuales, no pudiendo vivir en el mismo suelo, es preciso que el uno devore al otro.

En la edad Media se decidió por el papado. Pero entónces los papas le traian, como don de advenimiento, ya la direccion intelectual y moral del mundo, ya parte de la supremacia imperial que halagaba el amor propio nacional, ora, en fin, la dictadura teocrática y la esperanza de la dominacion universal, compensaciones deslumbradoras que fascinaban las imaginaciones á pesar de tantas realidades dolorosas. Hoy no le traen ya ni siquiera la sombra de todo aquello, mientras que las ventajas que esta ilusion obstinada le hace perder, son cada vez mas necesarias á los pueblos que quieren vivir. Cúmplele decidir si quiere recobrar en el mundo el lugar eminente que su génio le señala, ó hundirse en el triste letargo du-

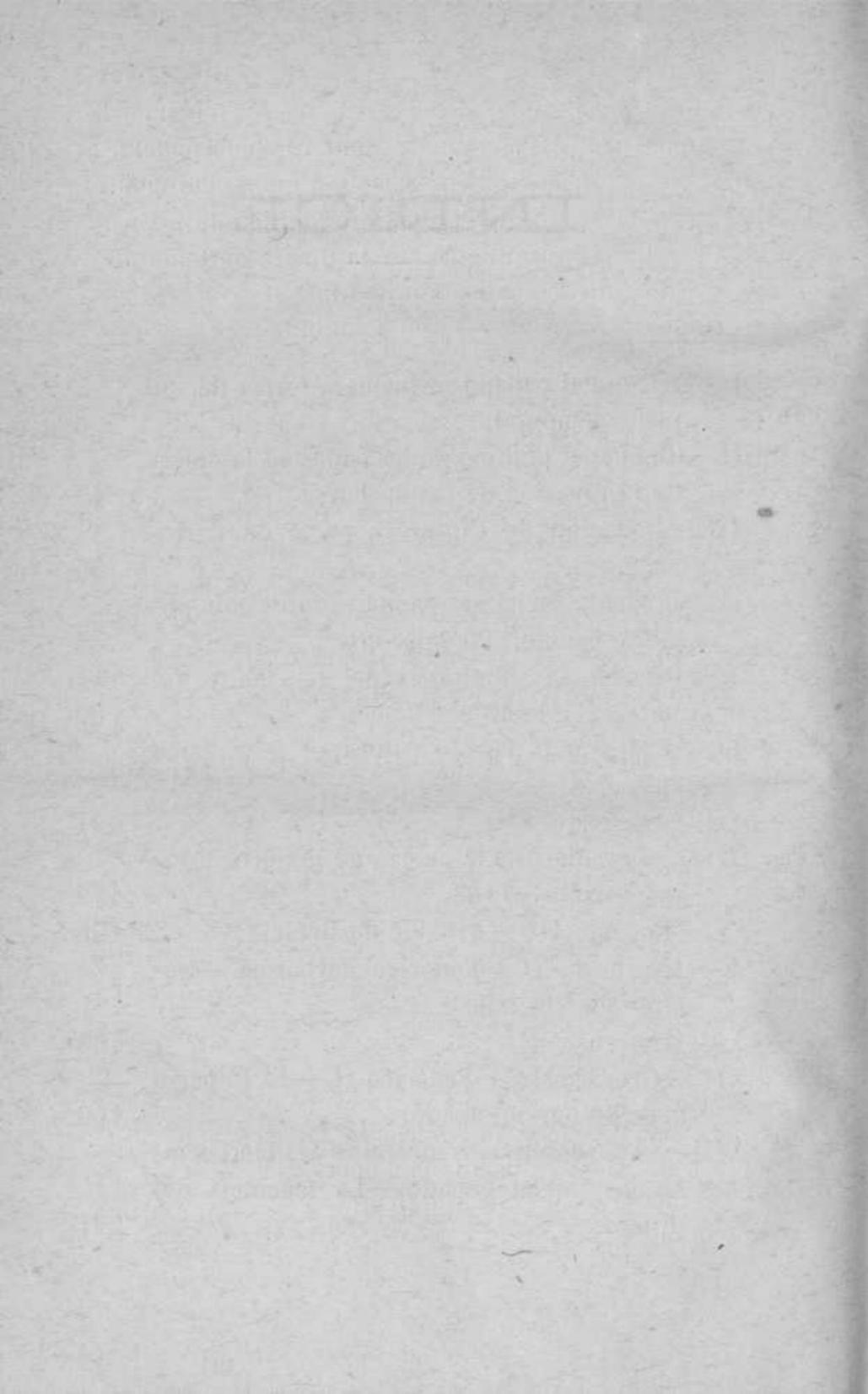
rante el cual tantas veces se la ha creído muerta.

Condenado por el mundo entero como poder cosmopolita, el papado debe serlo también como gobierno nacional, porque el dominio político de los papas nunca ha sido otra cosa que la piedra de toque de la teocracia universal. El edificio no está construido, y es preciso arrancar hasta los cimientos. (1)

FIN

(1) Fueron arrancados en 1871, en que con la supresión del poder temporal de los papas y la constitución de la monarquía italiana por Víctor Manuel, se puso fin para siempre al interesante y sangriento drama que se ha narrado en esta historia.





ÍNDICE

<u>Capitulos.</u>	<u>Páginas.</u>
I.—Origen del papado y primera forma de su poder temporal.	5
II.—Del papel político de los papas en la época de la invasion de los bárbaros	47
III.—Donacion de Pipino y pacto de Carlomagno	25
IV.—Primera lucha del papado contra el imperio.—Feudalismo episcopal	51
V.—Decadencia simultánea del papado y del imperio ante el feudalismo.	69
VI.—Lucha del papado contra el feudalismo episcopal.	77
VII.—Gregorio VII.	91
VIII.—Desenlace de la guerra de las investiduras.—1035—1123.	119
IX.—Eugenio III y Arnaldo de Brescia.	135
X.—Alejandro III y Federico Barbaroja.—Decreto de Graciano	151
XI.—Inocencio III	169
XII.—Gregorio IX y Federico II.—El Imperio vencido por el Papado.	199
XIII.—Nuevos ensayos de reino italiano combatidos por el papado.—La teocracia del dinero.	221

XIV.—Cautividad de Babilonia.—1305—1378.	245
XV.—El gran cisma (1395—1450)	261
XVI.—El papado cae al nivel de los principados italianos.—Sixto IV.—Alejandro VI.—Julio II	275
XVII.—La Reforma y el Catolicismo español.—Leon X.—Paulo III.—San Pio V.—Sixto V	291
XVIII.—Decadencia del Papado	315
XIX.—Nulidad politica del Papado en el siglo XVIII.	333
XX.—Pio VII y Napoleon.—Gegorio XVI.—Pio IX.—El papado y la nacionalidad italiana.	347

FÉ DE ERRATAS.

<u>Página.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
Anteportada	2	Libro XXVII	Libro XXIX
494	17	paraxismo	paroxismo

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA.

OBRAS PUBLICADAS.

Flores de invierno, por Federico de Castro, ex-Rector y Catedrático de la Universidad de Sevilla.—1 tomo, 14 rs.

El Arte Cristiano en España, por J. D. Passavant, Director del Museo de Francfort, traducido del Aleman y anotado por Cláudio Boutelou, ex-Director y Catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla.—1 tomo, 14 rs.

Filosofía de la Muerte.—Estudio hecho sobre manuscritos de D. Julian Sanz del Rio, por Manuel Sales Ferré.—1 tomo, 14 rs.

La pintura en el siglo XIX, por Cláudio Boutelou.—1 tomo, 14 rs.

Historia de los Musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides (711-1110), por R. Dozy, traducida y anotada por Federico de Castro, ex-Catedrático de Historia de España en la Universidad de Sevilla.—4 tomos, 64 rs.

Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos, por Vivien de Saint-Martin, traducida y anotada por Manuel Sales y Ferré, Catedrático de Geografía-Histórica en la Universidad de Sevilla.—Con mapas intercalados en el texto, 2 tomos, 40 rs.

Estudios políticos y sociales, por Herbert Spencer, traducidos del Inglés por Cláudio Boutelou.—1 tomo, 14 rs.

Libro de Agricultura, por el árabe Abu-Zacaría, seguido del «Catecismo de Agricultura» por Victor Van-Den-Broeck y de las «Conferencias agrícolas sobre los Abonos químicos» por Georges Ville.—2 tomos, 32 rs.

Investigaciones acerca de la Historia y Literatura de España durante la edad Media, por R. Dozy, traducidas de la segunda edición y anotadas por Antonio Machado y Alvarez.—2 tomos, 36 rs.

El Gobierno representativo, por Jhon Stuart Mill, traducido del Inglés con notas y observaciones, por Siro Garcia del Mazo, Jefe de Trabajos Estadísticos de la provincia de Sevilla.—1 tomo, 18 rs.

El Cristianismo y la Revolución Francesa, por Edgar Quinet, traducido por Siro Garcia del Mazo.—1 tomo, 12 rs.

La verdad y el error en el Darwinismo, por Ed. de Hartmann, traducido por M. Sales y Ferré.—1 tomo, 12 rs.

Estudio de los pueblos en la Exposición de París de 1878, por Cláudio Boutelou.—1 tomo, 16 rs.

El Sol, por el P. A. Secchi S. J., Director del observatorio del Colegio Romano, traducido por A. García, ex-Catedrático de Física y Química.—2 tomos, 40 rs.

Lecciones de Fisiología general y Medicina experimental, por Cláudio Bernard, traducidas por Javier Lasso de la Vega y Cortezo, Bibliotecario de la Academia de Medicina de Sevilla.—1 tomo, 14 rs.

Educación física, intelectual y moral, por H. Spencer, traducida por Siro García del Mazo.—1 tomo, 12 rs.

El Génió de las Religiones, por Ed. Quinet, traducido por Ricardo Macías Picavea, Catedrático del Instituto de Valladolid.—1 tomo, 16 rs.

Psicología alemana contemporánea, por Th. Ribot, traducida por Francisco Martínez Conde, Profesor de Psicología.—1 tomo, 14 rs.

El Libro de la Naturaleza.—Mineralogía, Geognosia y Geología, por Federico Schoedler, traducido por Antonio Machado y Nuñez, Catedrático de Historia Natural en la Universidad de Sevilla.—1 tomo con 163 grabados, 20 rs.

El Nihilismo, por Arnaudo, traducido del italiano por Siro García del Mazo.—1 tomo, 12 rs.

Prehistoria y Origen de la Civilización.—Edad Paleolítica, por Manuel Sales y Ferré, Catedrático de Geografía Histórica en la Universidad de Sevilla.—Tomo I, con 78 grabados, 30 rs.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA
EN ESTA ADMINISTRACION.

Compendio razonado de Historia general, por D. Fernando de Castro, continuado por Manuel Sales y Ferré.—4 tomos, 80 rs.

Resúmen de Historia general, por D. Fernando de Castro. Duodécima edicion, aumentada por Manuel Sales y Ferré.—1 tomo, 20 rs.

Resúmen de Historia de España, por D. Fernando de Castro. Duodécima edicion aumentada con la edad antigua por Manuel Sales y Ferré.—1 tomo, 12 reales.

Discurso acerca de los caractéres históricos de la Iglesia española, por D. Fernando de Castro.—4 reales.

Comentarios á la «Historia natural del Hombre» de Quatrefages, por Manuel Sales y Ferré.—Primer cuaderno, 4 rs.

El Quijote para todos, abreviado y anotado por un entusiasta de su autor. Libro de lectura para las Escuelas Normales de Maestros.—10 rs. en rústica y 12 en holanlesa.

El Quijote de los niños, abreviado por un entu-

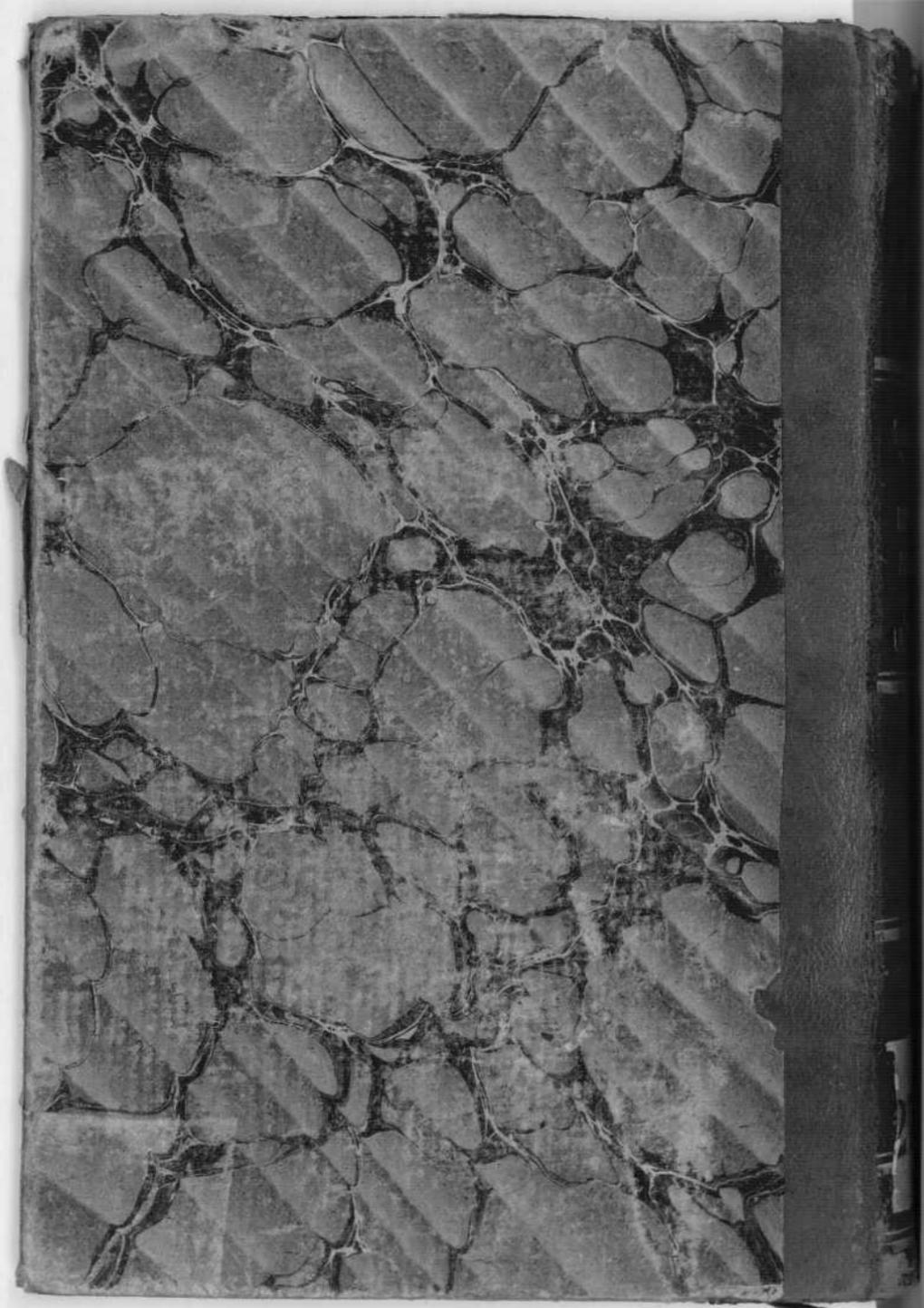
siasta de su àutor. Libro de lectura para las escuelas.
—Tercera edicion, 8 rs. en holandesa.

Catecismo de Agricultura, por Victor Van-Den-Broeck.—Un tomo, 4 rs.

Apologia de los Asnos, por un asnólogo aprendiz de poeta.—1 tomo, 4 rs.

Coleccion de Enigmas y Adivinanzas en forma de Diccionario, por Demófilo.—1 tomo de 500 páginas, 12 rs.





Lanefree

HISTORIA
POLITICA
DE
LOS PAPAS

2767